La divorciada

URSULA PARROTT

gatopardo ediciones

La divorciada

La divorciada

URSULA PARROTT

Traducción de Patricia Antón

gatopardo ediciones

Título original: *Ex-Wife*

Copyright © 1929, Jonathan Cape and Harrison Smith, Inc.
Copyright renovado en 1957 por Lindesay Marc Parrott, Jr.
Todos los derechos reservados

© de la traducción: Patricia Antón, 2024
© de esta edición: Gatopardo ediciones S.L.U., 2024
Rambla de Catalunya, 131, 1.º- 1.ª
08008 Barcelona (España)
info@gatopardoediciones.es
www.gatopardoediciones.es

Primera edición: marzo, 2024

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: © Herbert Matter, 1943
Imagen de la solapa: cortesía de McNally Editions

eISBN: 978-84-127967-3-5
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Portada

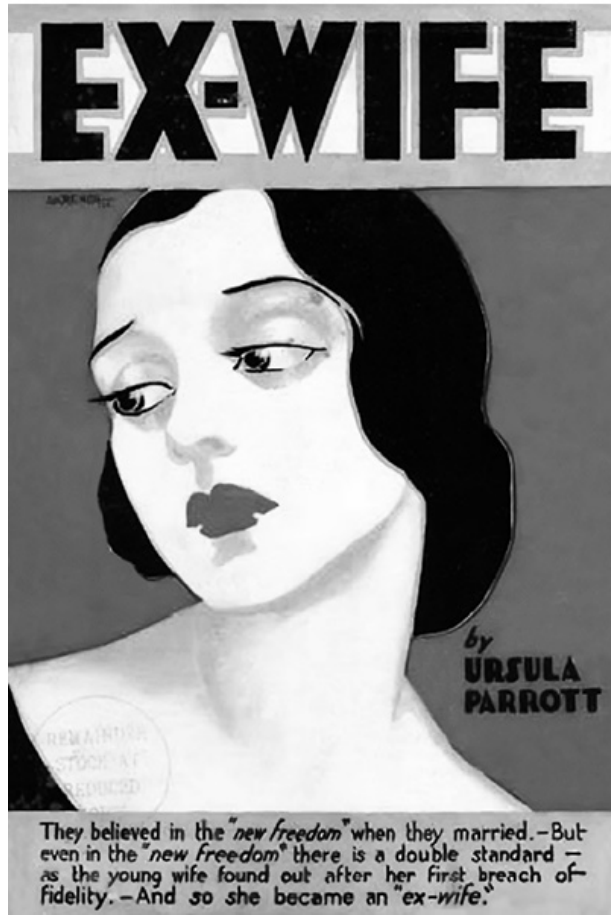
Presentación

LA DIVORCIADA

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Epílogo a la edición de 1989

Ursula Parrott

Otros títulos publicados en Gatopardo



Cubierta de una edición temprana de *La divorciada* (1930).

Para H.

LA DIVORCIADA

Capítulo 1

Mi marido me dejó hace cuatro años. Todavía no acabo de entender por qué. Sospecho que él tampoco. Hoy en día, cuando la catástrofe que pareció entonces y sus causas ya son cuestiones igualmente intrascendentes, cada vez me inclino más a creer que llegó al extremo de abandonarme por las escenas tan escandalosas que le monté cuando me mencionó por primera vez esa posibilidad.

Por supuesto, durante los frenéticos seis meses que precedieron a su partida real, expuso razones para ello, a montones. Recuerdo algunas de ellas. Unas veces decía que ya no estaba tan guapa como antes; otras, que aparte de ser guapa no tenía otros atributos. Se quejaba de que no mostraba ningún interés en sus asuntos; decía también que insistía en inmiscuirme en todos ellos. Decía que era una mosquita muerta o bien que era temperamental; que no tenía sentido alguno de la moral o bien que era una mojigata. Decía que quería casarse con una mujer a la que amara de verdad; y que una vez que se hubiera librado de mí no se casaría con nadie más solo por demostrar que era capaz de hacerlo.

En los cuatro años transcurridos desde entonces, he oído las causas que se alegan para los funestos finales de muchos matrimonios, y he llegado a pensar que la lista de mi marido era tan sensata como la de la mayoría.

Se cansó de mí; buscó motivos para justificar su fastidio y los encontró. Le parecieron válidos. Supongo que si yo me hubiera cansado de él habría hecho lo mismo.

Pero no estaba cansada de él, de modo que entablé una lucha encarnizada y muy estúpida en contra de su marcha. Estaba convencida de que si luchaba, ganaría. Nunca he vuelto a estar tan segura de mí misma como entonces, cuando tenía veinticuatro años. Nada vino a complicar mis esfuerzos por conservar lo que quería: ni escrúpulos éticos a causa de mi actitud posesiva, ni la idea de que forzar las emociones fuera totalmente inútil.

Al principio, creo, fingí tener motivos elevados: «Quédate por el bien de nuestras familias», etcétera. Más tarde, a medida que crecía mi

pánico, experimenté con trifulcas, rabia, angustia, histeria y amenazas de suicidio; y me negué a admitir, hasta cinco minutos antes de que se marchara, que la posibilidad de que se fuera era real, a pesar de todo...

Mientras él terminaba de hacer las maletas, yo seguía ahí sentada empezando a creérmelo. Intenté que se me ocurriera algún milagro de última hora: consideré cortarme las venas para que él tuviera que ir en busca de un médico y luego quedarse hasta que me recuperara. Pero me di cuenta, en un mundo que de repente se había convertido en un lugar del todo increíble, de que él podía marcharse y dejarme morir desangrada.

Esperaba parecer desconsolada; esperaba parecer adorable. Entonces me acordé de que la butaca en la que estaba sentada era un regalo de boda de su tía Janet, y me pregunté qué se hacía con los regalos de boda de los parientes del marido cuando este se marchaba. (En Nueva York, resulta que una se los vende a amigos que se han casado jóvenes y pobretones.) La lámpara que tenía a mi lado era de las primeras modernistas; recordé que no se la habíamos pagado a los almacenes Wanamaker's.

El ruido de tapas de baúles al cerrarse se interrumpió. Mi marido entró.

Ahí plantado, se lo veía muy apuesto, testarudo e infeliz. Me asaltaron recuerdos de lo guapo que me había parecido la primera vez que nos vimos, en una fiesta en New Haven, cuatro..., no, cinco primaveras...

—Voy a parar un taxi para llevarme mis cosas —declaró.

—Peter, no te vayas —le pedí.

—¿De qué sirve eso ahora? —repuso él.

Nos miramos. Y de repente, tras seis meses en los que siempre me las había apañado para encontrar una protesta más, relevante o no, ya no supe dar con ninguna.

Sentía un gran dolor de corazón. Nos habíamos amado durante tres años y nos habíamos odiado la mitad del cuarto. Parecía que habíamos recorrido un camino muy largo desde unos comienzos alegres y llenos de confianza.

Al parecer, si yo no era capaz de abrir el pico, él sí tenía unas últimas palabras que ofrecerme. Después de morderse la lengua tras un par de intentos, preguntó:

—¿Cuándo te divorciarás de mí, Patricia?

—Jamás de los jamases —solté.

Se encogió de hombros. Ni siquiera estaba enfadado; solo parecía cansado.

—Como quieras, Patty. —(Hacía meses que no me llamaba «Patty». Solo «Pat», con indiferencia, o «Patricia», con tono furibundo) —. Bueno, no llores por mí mucho tiempo, querida —añadió. Luego se

acercó, me acarició el pelo y se fue.

Y entonces, a modo de mi definitivo y más absurdo momento de inspiración, pensé: «Si no puede llevarse los baúles, no podrá irse», y eché el cerrojo a la puerta del apartamento. Volvió con el taxista y llamó con los nudillos. Me quedé muy quieta.

—Si no abres la puerta, la echaré abajo.

Habría sido muy capaz, de modo que la abrí. Él arrojó sus llaves sobre una mesa.

—No voy a necesitarlas nunca más —concluyó.

Volví a sentarme en la butaca. Los baúles, las maletas, el taxista y el marido se marcharon metiendo mucho ruido, y pensé: «Esto es el fin. ¿Cómo es que no me echo a llorar o algo?».

Capítulo 2

En ese perezoso espacio del domingo que va de un desayuno tardío a la hora de vestirte para un cóctel, Lucia, con quien compartía piso, trataba de definir el concepto de «divorciada».

—No todas las mujeres que han estado casadas lo son. Hay mujeres sobre las que resulta más significativo saber que trabajan en esto o aquello, o que les gusta viajar, o que van a conciertos sinfónicos, que saber que estuvieron casadas con alguien.

Me miró, pensativa.

—Tú eres una divorciada, Pat, porque es lo que más te define: que estuvieras casada una vez con un hombre que te abandonó explica todo lo demás sobre ti.

—Según eso, tú también lo eres. Que una vez estuvieras casada con Arch lo explica casi todo sobre ti.

—Sí, pero digamos que me estoy recuperando. Dejas de ser una divorciada cuando vuelves a estar enamorada, o incluso si ya no piensas nunca en tu marido.

—¿Cuántos años hacen falta para llegar a esa fase? —quise saber. Había cenado con Pete la noche anterior y sabía que iba a sentirme desdichada durante una semana.

—Vamos, vamos, jovencita —me consoló ella—. Te sentirás mejor mañana. —Empezó de nuevo—: Una divorciada, una «ex», es una mujer con tortícolis de tanto mirar atrás por encima del hombro hacia su matrimonio.

Aporté mi granito de arena:

—Una divorciada es una mujer que, en las fiestas, parlotea sobre los placeres de ser independiente cuando está sobria... y que, cuando lleva alguna copa de más, se lanza a hablar sobre las virtudes o las vilezas del marido que la ha dejado.

—Una divorciada —añadió Lucia— no es más que una mujer sobrante, como aquellas que tanto preocupaban a los sociólogos durante la guerra.

—Sin embargo, nadie se preocupa por una ex, excepto su familia... o su marido si es de los que se avinieron a una pensión alimenticia —

dije.

—No nos hace falta inquietarnos todavía por eso, querida. Estamos demasiado solicitadas. Espera a que tengamos cuarenta..., si es que no hemos muerto antes por falta de sueño.

—Yo moriré de tanto beber absenta barata —anuncié con tono de resignación.

Lucia protestó.

—Me gustaría que dejaras de tomar eso. Se acabará notando en tu aspecto.

Pero su voz sonó lánguida. Solo estábamos charlando; no tardaría en llegar el momento de maquillarse y ponerse un vestido de terciopelo, y entonces las cosas volverían a pasar deprisa. No era una mala vida, siempre y cuando las cosas pasaran deprisa. Y solían hacerlo.

Probé con una definición más.

—Las divorciadas..., las que son jóvenes y guapas como nosotras, ilustran cómo esta libertad para las mujeres resultó ser el mayor regalo que Dios les hizo a los hombres.

Nos reímos. Entraba un cálido sol de invierno que nos daba en los hombros; era agradable estar ahí sentadas. Peter y yo nos habíamos peleado como locos la noche anterior.

—No pienses en él —dijo Lucia—. Siempre noto cuando lo haces: se te pone la boca horrible. —De repente retomó el tema de las exesposas.

Me sentí llena de amargura. Al cabo de un rato comenté:

—Una divorciada es una joven para la que la eternidad prometida en la ceremonia de la boda se ve reducida a tres, cinco u ocho años.

Lucia añadió:

—Criadas bajo los maltrechos estandartes de «Amor eterno» y «La pureza ante todo», ahora tenemos que adaptarnos a la vida en la era de las aventuras de una noche.

Recordó de pronto que intentaba alegrarme un poco.

—Cariño, qué más da... Somos increíblemente populares, y conocemos a un sinfín de hombres, y vamos a todas partes.

—Todos quieren acostarse con nosotras —repuse—. Apenas han llegado a cenar cuando ya andan tramando cómo quedarse a desayunar.

—Y eso tampoco importa gran cosa, Pat. Ya sabes que no, lo que pasa es que hoy no andas muy fina, nada más... ¿Qué vas a ponerte?

Se lo dije, y fui a vestirme. Cuando volví a bajar, Lucia había preparado dos martinis. Me sentí mejor al tomarme el mío.

Luego llegó Max. Le dimos un martini, y soltó:

—Por el crimen y otros placeres. —Siempre decía eso a modo de brindis. Después se interesó por nuestra salud y por nuestros empleos;

parecían importantes para él, supongo que por eso lo preguntaba.

Para nosotras no lo eran. Las dos trabajábamos en publicidad: Lucia en una agencia, yo era redactora de anuncios de moda en unos grandes almacenes. Ganábamos unos cien dólares a la semana cada una, más algún extra de escribir por cuenta propia. Teníamos lo que llamábamos una buhardilla, en Park Avenue. El alquiler era de ciento setenta y cinco dólares al mes, y el resto del dinero, prácticamente, lo gastábamos en ropa. Nunca ahorrábamos nada.

Lucia decía que cuando estaba casada sí solía ahorrar. Yo también. En cierta ocasión ahorré cinco dólares a la semana durante un año, para una alfombra que sería «un detalle precioso cuando tuviéramos una casa». Cuando Peter se fue, vendí la alfombra por cuarenta dólares y me compré un par de zapatos y un sombrero.

En mi época de casada, ahorraba dinero y hacía planes para los cincuenta años siguientes y todo eso. Después, no hacía planes ni para el mes siguiente. Me parecía una pérdida de tiempo.

Cuando pareció que ya no quedaba gran cosa que decirle a Max sobre nuestros empleos, nos lo llevamos al cóctel. Le encantaba observar a la generación más joven, o eso decía.

No conocíamos a muchos judíos; él era de los más simpáticos. Era viejo; parecía un retrato de Rembrandt; había ganado alrededor de un millón de dólares en el negocio de la chatarra, y lo había captado gente que quería que donara dinero a sus obras benéficas. Tenía una esposa enorme a la que adoraba. Un día nos contó con orgullo que estaba aprendiendo a escribir. Durante un instante creímos que se refería a escribir libros; pero no, se refería a dejar de ser analfabeto.

No era uno de los nuestros. Aunque tampoco es que fuéramos un conjunto, solo piezas sueltas. Los nombres en mi agenda de compromisos del primer año después de Peter ilustran bastante bien qué clase de gente conocíamos. (No recuerdo a quiénes pertenecían algunas iniciales.)

«Cena, Richard»: solía redactar el artículo de fondo de los domingos en un periódico. Se fue a Hollywood con uno de esos contratos de prueba de tres meses. Tengo entendido que ahora escribe sobre deportes en San Francisco.

«H.R.G., 8 de la tarde»: autor de una obra dramática que fue un éxito y de dos fiascos. Fui con él al estreno de uno de los fiascos. No fue una velada de gala.

«David, desayuno el domingo»: ¿quién era David? Lo asocio con algo vagamente desagradable… Ah, sí, esa fue la noche en la que acabé bajándome de un taxi en la calle Ochenta y seis, furibunda y en plena tormenta de nieve. David importaba tripas de Rusia para embutir salchichas. Una ocupación bien extraña…

«Hal, cita para salir de cervezas al aire libre en Hoboken»: solo era un exembajador que se creía muy muy joven de corazón.

«Leonard, en el Russian Bear, a las 8 en punto»: era bastante dulce. Un antiguo alumno de la Universidad de Rhodes que trabajaba en la prensa amarilla por treinta a la semana.

«C.L.C., en el Ritz a las 7.15 de la tarde»: el novelista por excelencia de la generación más joven. Siempre reconocía serlo sin que se lo preguntaran.

«Dominic, cita para cenar en el Cecelia»: era un joven cirujano italiano, muy solemne, y bailaba como un profesional argentino.

«Gerard, en el Brevoort a las 6.30»: era un don nadie en Wall Street.

«Ken, Ken, Ken»: quedaba con él al menos tres veces por semana durante la mayor parte de ese año. Cuando leo su nombre, veo cómo las luces de los salones de baile de Harlem arrancan destellos al pelo más dorado que haya visto jamás. Podría haber sido el mejor director de fotografía del cine. Pasamos los mejores momentos imaginables juntos. Pero no me besó ni una sola vez.

«John, en el Samarkand a las 9 de la noche»: pintaba murales para gasolineras, albergues de la hermandad de los Alces y sitios así.

«Ned, en su casa a las 6.30»: trabajaba de no sé qué en una editorial; acumulaba botellas de Napoleón y nos obsequiaba con cantidades interminables de coñac maravilloso.

Los hombres eran así. No tenía muchos compromisos con mujeres.

Capítulo 3

La conversación con Lucia sobre mujeres divorciadas tuvo lugar un año y pico después de la noche en que Peter me dejó en la butaca de su tía Janet.

Estuve allí sentada cuatro horas y media. Lo sé con exactitud porque, al oír cómo arrancaba el taxi de Pete, miré el reloj de pared que nos había regalado mi abuelo. Eran las seis y diez.

A mi lado había un paquete de cigarrillos sin empezar. Destrocé dos o tres al abrirlo; encendí uno e intenté hacerme a la idea de que Peter ya no estaba. Pero entonces empecé a acordarme de cosas que habíamos hecho juntos. Se deslizaban en mi pensamiento como imágenes de un libro animado que alguien pasara demasiado deprisa, solo que eran de colores vivos, no en blanco y negro y gamas de grises, y contenían sonidos de voces y fragancias de cosas.

Invierno en Londres. (Gastamos hasta el último penique de nuestros cheques regalo de boda en cuatro meses en Inglaterra y una primavera en París; porque, después de eso, Peter tendría que trabajar duro mucho tiempo y convertirse en un reportero famoso. O en crítico teatral, sugerí, porque me gustaba mucho el teatro.) Al acabar de comer, solíamos correr al banco Brown Shipley, en Pall Mall, a cobrar un cheque; y luego bajábamos a toda prisa por el Strand hasta el bar americano Romano, para llegar antes de que dejara de servir a las dos y media. Normalmente nos plantábamos en la puerta, sin aliento, a las dos y veinticinco.

Peter pedía suficientes whiskies dobles con soda para que nos duraran toda la tarde. Una pequeña parte de la niebla se filtraba en el interior. Fui capaz de recordar el olor a niebla, el aroma ahumado del whisky, los reflejos de las luces en los botellines de Schweppes esparcidos por toda la mesa, la voz grave de Peter diciendo cosas alegres sobre lo guapa que estaba y lo bien que lo pasaríamos, y los lugares desconocidos a los que viajaríamos algún día, cuando tuviéramos dinero: Moscú y Buenos Aires, Budapest y China.

O ante el tercer vaso de whisky:

—Te estoy enseñando a beber como es debido, querida Patty. Las

esposas de casi todos los hombres son malas bebedoras. Un buen whisky escocés siempre será tu aliado, Pat, en los días de grandes pesares, aunque no voy a dejar que tengas grandes pesares.

»Nada de grandes penas, y nada de niños, por lo menos durante muchos años. Eres demasiado joven y guapa, y no quiero que sufras.

Sin embargo, sí tuvimos un niño tras volver a casa, cuando Peter ganaba cuarenta y cinco dólares a la semana. Estaba muy preocupado. Cuando no se inquietaba por cómo íbamos a mantenerlo, se preguntaba si me iba a hacer sufrir mucho y si volvería a ser guapa.

En aquel entonces, él tenía veintidós años. Yo tenía veintiuno.

Nuestras familias dejaban que pasáramos estrecheces porque se supone que eso les da una idea a los jóvenes de las realidades de la vida. Aunque creían que nos estaban dejando pasar estrecheces con setenta y cinco dólares a la semana, porque les habíamos dicho que ese era el sueldo de Peter.

Cuando me acostumbré a la idea de que estaba gestando un hijo, me dije que podía llegar a ser agradable tener un niñito parecido a Pete.

—¿Dónde diablos vamos a meterlo en un apartamento de una habitación y un único baño? —se quejó él—. Nunca volveremos a estar solos. Y consumirá todo tu tiempo: habrá que lavarlo, mecerlo y darle de comer sin parar.

—A lo mejor podría dormir en la cocinita integrada, y dejaré que visite a mi familia largas temporadas para que no te canses de él.

—Ay, Dios —se lamentó—, se pasan todo el tiempo llorando, ¿verdad?

—Pues no lo sé. Pete, ¿estoy muy horrorosa?

—Claro que no, y, de todas formas, espero que se te acabe pasando.

Me fui a casa, a Boston, a tener al bebé. Tenía la sensación de que soportaría más fácilmente lo que fuera que me ocurriera si no veía a Pete con pinta de desdichado y esforzándose por resultar útil.

El bebé fue un niño. Tenía unos ojos enormes de un azul oscuro y una pelusa de pelo claro como el de Peter en la cabeza, y pesaba casi cuatro kilos. Yo estaba loca por él; o lo estaba entre los intervalos en que me sentía sin energía ni interés por nada, y creía que ya nunca los tendría.

Pete se acercó a Boston a echarle un vistazo, por supuesto; pero pareció tan encantado de que yo volviera a estar delgada, que ni siquiera habló del bebé, salvo para decir:

—Ponle de nombre Patrick, porque te llamas Patricia; y cuando haya crecido, Patrick será un nombre tan poco corriente que volverá a tener cierto prestigio.

Hice lo que me decía. Me pareció divertido tener un bebé que se llamara Patrick.

Tras haber pasado tres meses en casa con Patrick, fui sola a visitar

a Pete durante una semana, para buscar un piso donde pudiéramos tener al bebé. La solución de la cocinita integrada no parecía adecuada ahora que ya había nacido.

El bebé murió el segundo día que estuve en Nueva York.

Cuando volví con Peter, estábamos sin un centavo. Él había pedido dinero prestado para pagar mi factura del hospital, pues no queríamos que nuestras familias supieran que no podíamos correr con ese gasto. Esperaba que le pagaran diez dólares más por semana y solo le subieron cinco.

No éramos muy felices. A veces, cuando estaba cansado, Peter se exasperaba porque yo lloraba mucho por lo del bebé, y por mi parte siempre me sentía un poco resentida con él porque no parecía lamentarlo en absoluto.

Al cabo de un tiempo, las cosas mejoraron. Nuestras familias, que habían empezado a percatarse de que éramos muy pobres, nos enviaban cheques por nuestros cumpleaños, con los que pagábamos las deudas. Nos mudamos a un piso hacia el límite occidental de Greenwich Village. Tenía una azotea, donde nos sentábamos las noches calurosas de agosto y hablábamos de nuevo sobre los lugares a los que iríamos y las cosas que haríamos, bastante pronto (aunque no tan pronto como nos había parecido el año anterior).

En la casa de enfrente, un hombre tocaba a Chopin de maravilla. Solía sentarme con la cabeza apoyada en el hombro de Pete, escuchando; me sentía en paz.

Un día, él me dijo:

—Patty, tenemos que ajustar el presupuesto para incluir un par de zapatos para mí. Estos se abren en los costados y además se me ha hecho un agujero en una suela.

—Es una gran tragedia, Pete. Hace un mes que no consigo tener aplacados al mismo tiempo al repartidor de hielo y al de la lavandería. ¿Cuánto cuestan unos zapatos de hombre?

—Querida, lo que solía pagar por un par de zapatos y lo que puedan costarme ahora son cosas totalmente distintas.

Al día siguiente, comentó:

—He visto unos zapatos por seis dólares que no parecen demasiado horrorosos. ¿Podemos rascar tres dólares de la paga de esta semana y tres de la próxima, tesoro? —Peter recortaba un cartón para ponerlo en la suela del agujero, al parecer muy satisfecho.

Me sentí muy triste. Pobre Peter. Con lo bien vestido que había ido siempre, aunque fuera de manera informal.

Los zapatos nuevos se convirtieron en el gran acontecimiento de aquellas dos semanas.

La víspera del segundo día de paga, llegó a casa más contento que

unas pascuas.

—El tío Harrison me ha telegrafiado a la oficina: estará en el Brevoort a las siete para invitarnos a cenar por todo lo alto, Pat. Date prisa y vístete. Ojalá fuera ya mañana y tuviera esos zapatos tan bonitos. —Habían pasado de «no demasiado horrorosos» a «bonitos» en quince días de ansiosa espera.

Me vestí. Me quedaban un par de cosas de mi ajuar que podían servir. Pero...

—Pete, ¿qué prefieres, una media con una larga carrera en la cara interior o una con una mediana por detrás?

—Santo Dios, querida, ¿tienes todas las medias rotas?

—Eso parece.

Nos decidimos por las que tenían la carrera por la parte interior, y disfrutamos de una cena estupenda con su tío.

Al día siguiente, llegó a casa con aire cohibido. Busqué con la mirada los bonitos zapatos, pero no vi que los calzara. Llevaba un paquete pequeño en la mano.

—Te he traído un regalo, Patty —me dijo.

Me había comprado tres pares de medias.

A la semana siguiente le aumentaron el sueldo diez dólares y, al cabo de un mes, respondí a un anuncio del *Times* en el que solicitaban un redactor publicitario; mentí sobre mi experiencia previa y conseguí el puesto por cuarenta dólares a la semana. Al principio, Pete me escribía por la noche los anuncios del día siguiente, hasta que aprendí a hacerlo yo misma.

De repente teníamos dinero para una criada, y para que Pete se parara a tomar unas copas de camino a casa, y para que los dos saliéramos a cenar todas las noches, y dinero para la ginebra de las fiestas.

Después de aquello, duramos solo un año.

Peter y yo éramos buenos bebedores; es decir, él no se ponía estridente y yo no soltaba risitas tontas; y a ninguno de los dos nos encontrarían, al final de una velada, pálidos y mareados en la cama más cercana; pero eso no quiere decir que él no bailara más pegado con cualquier chica con ocho copas que con tres, o que yo no aceptara con creciente interés discursos bonitos de casi cualquiera en la misma proporción.

Seguíamos enamorados y sentíamos muchos celos mutuos, aunque nunca lo habríamos admitido porque estar celoso estaba tremendamente pasado de moda. Él me animaba a ir a cenas y bailes, a lugares que no podía permitirse, con alguno de los amigos de fuera de la ciudad que aparecían de vez en cuando, porque quería que me lo pasara bien. Y Pete se hizo con dos o tres bonitas esposas algo

incomprendidas, que lo llamaban para ser el cuarto en las partidas de bridge, o el segundo en un té. Todo eso me parecía muy agradable para él.

Pero sentíamos celos. Cuando lo sorprendí, en cierta ocasión, besando un par de hombros encantadores en una fiesta, no dije nada, pero me sentí molesta. Y una noche en que sufrí un leve accidente de coche en Nueva Jersey y aparecí, a las cinco de la mañana, muy desaliñada, él se comportó como un marido moderno, tranquilo y divertido, pero había furia en sus ojos.

En esa clase de cosas hay una progresión.

Una vez en que yo estaba de fin de semana en la costa, Peter pasó una noche con una de aquellas esposas no del todo felices. Me lo contó. Los dos estábamos decididamente comprometidos con la política de la honestidad. No hice ninguna escena al respecto, y nunca volví a sentir por Peter lo mismo que antes.

Me habría parecido increíble que alguna vez pudiera serle infiel. Pero lo fui, dos o tres meses después de aquel episodio.

Pete se había ido a Filadelfia a pasar un domingo. Rickey llamó por teléfono para preguntar si podía unirse a nosotros para la habitual velada de copas de los sábados, con cena en alguna parte. Le contesté que Pete no estaba y me dijo que me llevaría a algunos sitios a pasarlo bien. Ese tipo de cosas ya había ocurrido montones de veces, muchas de ellas con Rickey.

Resulta que era el más antiguo amigo de Pete: iban a la misma clase en el instituto, etcétera. Rickey era una persona absolutamente encantadora. Yo le caía bien; bailábamos de maravilla juntos; solía besarme un par de veces en el transcurso de una velada, y Pete lo sabía. No creo que Rickey tuviera ambiciones más definidas sobre mí en esa ocasión que en cualquier otra.

Nos apetecía visitar los barrios bajos, de modo que fuimos a Harlem; pero hacía una noche calurosa y Harlem estaba abarrotado y pegajoso, así que Rickey dijo:

—Vente a mi casa. Prepararé algo refrescante para beber y pondremos una sinfonía en el gramófono. Será más tranquilo.

No me pareció que hubiera ninguna razón para no ir. Aún era bastante temprano y, al fin y al cabo, yo no tenía sueño.

Rickey preparó unos *gin fizzes* y nos sentamos un rato junto a la ventana para admirar Washington Square; pusimos unos discos y tomamos más *gin fizzes*. Hablamos de Galsworthy, Wells y Bennett, creo recordar. Entré en su dormitorio para pintarme los labios y él entró y se sintió impulsado a besarme. Yo también le besé. Rickey me gustaba mucho.

Y entonces, importa poco si fue a causa de la noche de verano, la atracción física o los cócteles de ginebra, Rickey se volvió troglodita. Al

principio, solo me sobresalté un poco. Luego me enfadé y le dije:

—Rickey, te pido que te detengas en este instante. —El instante concreto fue cuando dejó de besarme en la boca y empezó a besarme el cuello.

Se detuvo y su brazo permaneció un minuto rodeándome los hombros. Alcé la vista —me sacaba medio metro— para mirar a aquel agradable joven de pelo castaño.

—Lo siento —me dijo.

—No pongas esa cara tan trágica, Rickey, querido. No me halaga en absoluto provocar esa expresión en alguien.

Se echó a reír y me besó de nuevo, y al cabo de un instante todo había vuelto a la casilla de salida.

Pero en ese momento yo había perdido en gran medida las ganas de resistirme. ¿Por curiosidad? ¿Por deseo? ¿Por la sensación de que, si Pete experimentaba, por qué no iba a hacerlo yo? ¿O porque me pareció que sería una aventura? Ahora no me acuerdo. Han pasado tantas cosas desde entonces...

Me desperté a las seis. Rickey dormía como un angelito. Daba igual desde qué ángulo mirara aquella cabeza suya tan afable: no conseguía que se pareciera mucho a la de un villano.

Pensé en Peter y tuve ganas de vomitar, de modo que me levanté sin hacer ruido, me duché y me vestí. Rickey todavía dormía. Le dejé una nota. La recuerdo bien. Decía: «Rickey, no me ha dado ningún ataque de histeria, pero sé que no se me ocurriría nada que decir en el desayuno. Llámanos pronto».

En cuanto llegué a casa sí me puse histérica. Todos los fantasmas de mis antepasadas que habían sido buenas mujeres se sentaron a mi alrededor para condenarme. Luego consideré el problema de Peter. Me dio otro ataque de histeria. Tenía mucha hambre, así que fui a la cafetería Alice McCollister y desayuné a lo grande.

Peter debía llegar a casa a las seis de la tarde. Eran más o menos las cuatro cuando descubrí que me daba miedo decírselo, que me superaba tener que enfrentarme a un joven marido teóricamente moderno y al hecho real de la infidelidad de su mujer.

Así pues, lo que hice con respecto a Peter fue darme otro baño. Luego me maquillé con esmero y lo recibí con té y magdalenas en lugar de con una confesión. Cenamos fuera y nos encontramos a Rickey por casualidad, y Pete y él pasaron una de sus veladas de recuerdos de «cuando jugábamos en el mismo equipo». Escuché y pensé que la vida no era muy sencilla que digamos. Es probable que fuera la primera vez que eso se me pasaba por la cabeza.

Además, comprendí que, si se lo contaba a Peter, no podía decirle que había sido con Rickey. El patrón de «tu esposa y tu mejor amigo» era particularmente atroz. Por si fuera poco, Peter podía pensar de

manera convencional que debería liarse a golpes con el hombre que había descarriado a su mujer, y no era probable que pudiera vencer a Rickey, mucho más robusto que él, lo cual vendría a aumentar la humillación de Pete.

Sé que todo esto suena absurdo, como si hubiera creído que la cuestión debiera representarse mediante una farsa. No fue así. Sentía angustia, arrepentimiento y desconcierto, pero ya se han desvanecido. Solo recuerdo mi sorpresa ante el hecho de que todas las teorías sobre el derecho a experimentar y la conveniencia de vivir experiencias variadas —que tan adecuadas me habían parecido para comentar las aventuras sexuales de nuestros conocidos— no sirvieran de nada cuando la decisión nos concernía a Peter y a mí.

También me sorprendía que, pese a llevar casada con Pete más de dos años, no tenía la menor idea de cómo se lo tomaría. Pensé que era concebible que me pegara un tiro —aunque lo más probable es que no lo hiciera y me dejara para siempre—, y solo era posible que comprendiera hasta qué punto todo aquello había sido fortuito.

Pasó una semana. Me compré un sombrero que Pete admiró; escribía textos publicitarios durante el día; bailaba por las noches; intentaba ser «buena» con él, sirviendo en el desayuno cosas que le gustaban y sugiriéndole sus restaurantes favoritos para cenar.

Y pensaba, cada vez que me besaba, que iba a echarme a llorar.

Por eso, a finales de aquella semana, se lo conté. No esperé el momento oportuno; nunca habría llegado, por supuesto. Se lo dije mientras terminábamos un agradable desayuno de domingo. En ese momento en que cuanto pudiera ocurrir no parecía peor que seguir como si nada, me sentía incluso relativamente alegre.

Terminé mi gofre. (Había hecho gofres porque a Pete le encantaban.) Y me dije: «Apuesto a que no vuelvo a comer un gofre en mi vida». (Y nunca he vuelto a hacerlo.) Cuando le servía a Pete una segunda taza de café, pensé: «Tengo las manos frías, pero no me tiemblan». Luego encendí un pitillo y me dije: «Es agradable tener una salita aparte para desayunar».

Y entonces, contemplando nuestro reflejo en el espejo de la pared —Pete, rubio, delgado y en forma, y tan cómodo en su desgastada bata de seda púrpura, y yo, menuda, morena y de piel blanca, y el toque seductor de mi *negligé* de satén turquesa—, pensé que ambos teníamos un aspecto sin duda encantador.

Aún soy capaz de vernos sentados allí, pero no como si fuéramos Peter y yo; más bien es como si contemplara, a través del cristal polvoriento de una ventana, a dos desconocidos en un portal en la otra acera de una amplia avenida.

Me las apañé para adoptar un tono frívolo.

—Peter, quiero montar un numerito de esposa confesa.

No pareció preocupado.

—Vaya por Dios, tesoro, ¿te has comprado un abrigo de piel y lo has cargado a la cuenta?

—Es algo peor.

—¿Te han echado del trabajo y tendremos que volver a ser pobres y honrados?

—No te hagas el gracioso, Pete.

Su tono de voz cambió.

—Perdona, Patty, ¿qué pasa? Y no pongas esa cara de preocupada. No te voy a pegar, ya lo sabes.

Inspiré profundamente.

—Te he sido infiel.

(«Infiel», qué palabra tan rara.)

No conseguía mirarlo, y entonces tuve que hacerlo. Siempre había admirado el aplomo de Pete. Ahora estaba ahí sentado con el rostro totalmente inexpresivo… pero tan inmóvil que daba mala espina.

—Patty…, ¿es una broma?

—No. —¿Qué había liberado yo con eso? ¿En qué estaba pensando Peter?

—¿Cómo sucedió? —Su tono de voz era muy tranquilo.

No podía contarle lo de Rickey. No había planeado de antemano qué contarle y qué no; ni había pensado en qué preguntas me haría. Bueno…

—Estaba borracha, Peter. —Eso fue poco convincente; él sabía que yo no me emborrachaba hasta ese punto.

Lo dejó pasar.

—¿Quién era él, Patty?

(«Intenta ganar tiempo. A lo mejor llama alguien por teléfono o algo así y me da margen para pensar.»)

—Yo no te pregunté el nombre de la mujer con la que estuviste. —Me enteré de todos modos, por supuesto.

—Eso no tiene nada que ver.

Y no lo tenía, si a él no le daba esa impresión.

(«No debo decir "Rickey"… ¿No habrá alguien que acabe de marcharse de aquí?… No, más vale que no nombre a nadie.»)

—Dime quién era, Patty.

Peter conocía a Rickey desde hacía quince años… Excepto yo, Rickey le importaba más que nadie. A mí, Rickey me importaba un comino, la verdad es que me daba igual si iba y se moría en alguna parte, pero no podía humillar a Pete de una forma tan atroz.

Me cogió la mano:

—No tengas miedo. Voy a intentar entenderlo, tesoro. —Qué vieja sonaba su voz—. Pero debes decirme quién es, porque tendré algo que decirle.

(«Intenta ganar tiempo..., tienes que conseguir tiempo para pensar.»)

—Te has vuelto convencional, Pete.

Uy, eso no servía de mucho.

—Supongo que sí. ¿Podrías no andarte con evasivas?

Perdí la cordura. Como la tradicional asesina de un diario sensacionalista, fue como si oyera un disparo, por lo visto.

—No tiene mucho sentido —me oí decir—. Verás..., es que fue con más de un hombre.

Volcó la taza de café, que cayó de la mesa.

—Lo siento —se disculpó—. Qué torpe soy. Continúa... ¿Qué decías?

—Peter, tú no lo sabes, pero a veces en las fiestas, cuando he bebido demasiado, me confundo bastante... y parece que pierdo un poco el control, y eso viene pasándome desde hace algún tiempo... —(«No puedo permitir que compruebe las fechas»)—, y estaba deseando contártelo pero no me atrevía..., y por supuesto me iré de casa o te daré el divorcio o lo que tú quieras. —(«Ay, que me crea..., no, que no me crea.»)

Movió la boca como si le doliera.

—No hables tan rápido, Patty.

Dejé de hablar del todo. Estaba dispuesto a creerme, estaba claro. Siempre lo había hecho; nunca le había mentido.

Se puso en pie. Y, con una voz completamente impersonal, añadió:

—Y yo que siempre te había creído la persona más pura del mundo.

Me eché a llorar, no porque fuera a servir de algo, sino porque no podía evitarlo.

—No hagas eso, Patty —pidió él, de nuevo con tono dulce—. Oye, ¿querrás hacer algo para complacerme?

—Sí —contesté.

—Pues siéntate y lee un libro un rato, como una buena niña... No pasa nada, solo quiero estar solo.

Me senté. Peter fue al dormitorio, entró y cerró la puerta. Derramé lágrimas sobre todas las fotos en huecograbado, y supe que era una tontería hacer eso.

De pronto pensé: «A lo mejor se suicida. Debo decirle que no lo haga». Abrí con delicadeza la puerta del dormitorio. No me oyó. Estaba tumbado boca abajo en la cama, sollozando. Fue la única vez que he visto llorar a Peter.

No me atreví a entrar. Volví y me quedé mirando la pared del salón. Era de color crema. Le hacía falta una mano de pintura, pero no mucho más.

Al cabo de un rato, oí que Peter se daba una ducha. Cuando entró

tenía buen aspecto, o casi.

—Oye, Pat, tengo que decirte algo, y no me interrumpas, tesoro. Eres una joven tremendamente atractiva y yo nunca te he cuidado nada. Te he animado a beber y esa clase de cosas. Este numerito es culpa mía. No hablaremos más del tema, pero... no volverás a hacerlo, ¿verdad?

—¡No, no! —exclamé—. Jamás. Pero no fue culpa tuya, tú confiaste en mí.

—Para ser más exactos, si te hubiera cuidado un poco... Bueno, querida, ve a darte una ducha y a vestirte, yo prepararé unos cócteles; nos tomaremos un par y luego saldremos. Podríamos averiguar qué anda haciendo Rickey.

Me vestí, tomamos dos *manhattans* por cabeza y fuimos a ver a Rickey, que preparó unos whiskies. Después del primero, Peter me quitó el vaso.

—Esta jovencita está reduciendo la dosis de licor, Rick. Es malo para sus nervios —declaró.

Rickey pareció sorprendido, pero no dijo nada.

Peter y él acabaron bastante borrachos y hablando de fútbol.

Al cabo de dos semanas, le dije a Peter:

—Oye, si pensándolo bien quieres que me vaya de casa o algo así, por culpa del numerito aquel, dímelo.

—Olvídalo, cielo. Yo ya lo he hecho.

No lo había hecho, pero no volví a sacar el tema.

Luego reinó la calma durante tres meses. Los pequeños detalles eran distintos. Peter censuraba lo que yo bebía; y cuando Bill Martin, un conocido mío de Boston, vino a la ciudad y me propuso ir a bailar a una azotea, Pete dijo que no quería que fuera.

No me importó en absoluto. Ya amaba a Peter antes de todo eso y lo quise el doble después. Me parecía que su conducta con respecto a aquello era maravillosa. Todavía lo creo.

«Intentaré compensar a Pete estando siempre de buen humor —pensé—, poniéndome lo más guapa posible, estando pendiente de todas sus historias y dejando de ser extravagante.» Me sentía muy mayor.

Un día, Peter me dijo:

—¿Sabes que te estás convirtiendo en la persona más encantadora con la que uno pueda estar casado? En la esposa perfecta.

Entonces volví a ser feliz de verdad.

Una semana más tarde, Hilda Jarvis llegó a Nueva York.

Cualquier estimación que haga del carácter de esa mujer resultará necesariamente inexacta, supongo. En cierta ocasión, cuando me explicaba, en un gesto de amabilidad, por qué yo era nociva para Peter,

me dijo que no tenía sentido de la moral y que por eso no podía entender a la gente que sí lo tenía.

Y le contesté que tal vez fuera así, pero que yo tenía más capacidad de comprender a los hombres en mi pulgar izquierdo que ella en todo su cuerpo de más de setenta kilos.

Todas nuestras conversaciones se volvieron tan irrelevantes y viperinas como aquella. Nunca habíamos hablado el mismo idioma. Eso no había tenido importancia durante todos los años que vivimos a la vuelta de la esquina una de otra en Boston, porque solo hablábamos de libros, de ropa y de sus luchas a brazo partido con su tía Genevieve. Era maravillosa con su tía Genevieve.

Permítanme que lo intente de nuevo: Hilda tenía cierta rigidez en las articulaciones, al igual que en el alma. Era de complexión robusta y de manos y pies vigorosos. Tenía el cabello castaño, largo y liso, y unos ojos azules que habrían parecido más profundos de haberse aplicado colorete en las mejillas, pero no lo hacía. Era una muchacha muy pura. Debería haberse casado con algún alma sencilla y haber sido una esposa afable. Por supuesto, habría engordado mucho tras haber tenido un par de plácidos hijos.

Sí, le tengo bastante manía. Ella me convenció de la relatividad de la virtud: o sea, que si a una mujer la han invitado a veinte camas y ha logrado no pasar por diecinueve de ellas, partiendo de una base puramente porcentual es mucho más virtuosa que una mujer a quien solo la han invitado a una y se mete en ella.

No se había casado porque su tía inválida no la dejaba andar por ahí conociendo hombres. Era la enfermera, acompañante, secretaria y ama de llaves no remunerada de su tía. Llevaba una vida aburrida, y cuando le propuse que pasara tres meses con nosotros en Nueva York, le encantó la idea (a la tía la habían invitado a Florida, y a Hilda no).

A Pete y a mí nos habían subido el sueldo y habíamos conseguido un piso con un segundo dormitorio, de modo que pude proponérselo. Fue la primera persona que tuvimos invitada en casa, y la última.

Al principio nos veía con malos ojos a los dos, por los cócteles, los cigarrillos y nuestra conversación, y a Pete lo aburría un poco su actitud. Pero después de que la hubiéramos llevado a un par de restaurantes italianos muy entretenidos, decidió que aquello era ver mundo. Con dos copas de vino tinto, sencillamente florecía. Me pareció bastante dulce y un poco patético, pues revelaba la poca alegría que había tenido en su vida.

Pete descubrió una noche que Hilda leía poesía francesa de maravilla, y quedó encantado, porque era una de sus pasiones. Yo sabía francés, pero había tenido malos profesores y mi pronunciación era horrible. De modo que pasaban ratos estupendos, empezaron por François Villon, y a partir de ahí continuaron dos o tres veladas por

semana, mientras yo trabajaba. (Había aceptado por cuenta propia un par de trabajos de publicidad que me ocupaban temporalmente parte de las noches, con la intención de reunir dinero para un abrigo de castor.)

Hilda se enamoró de Pete, con los poetas franceses como telón de fondo. Me pareció comprensible y en absoluto preocupante. Ella nunca había frecuentado a ningún hombre tanto como a Pete, y él era absolutamente encantador. Y Hilda era tan plácida, amable y educada que, a esas alturas, a Pete ya le caía bien.

Yo me planteaba hacer algo habilidoso respecto a ella: decidir qué hombre entre los que conocíamos podía encontrarla atractiva y no demasiado aburrida; acto seguido, el plan era que él anduviese mucho por aquí, y ver si la transferencia de afecto de Pete al otro podía efectuarse sin que nadie sufriera daño alguno.

Pero estaba ocupadísima y cansada todo el tiempo, y dejé que la cosa siguiera su curso. Me percaté de que ella estaba cada vez más absorta en Pete, porque empezó a ser definitivamente grosera conmigo. Siempre andaba poniendo objeciones a la cantidad de carmín que usaba, o a la profundidad de mi escote, o a lo cortas que eran mis faldas. Me irritaba un poco, pero estaba demasiado atareada para preocuparme.

Una lluviosa noche de viernes tuve que elegir entre entrometerme en una sesión de poesía de Peter y Hilda o cenar con Rickey, la única persona con la que Pete estaba dispuesto a permitirme salir en esa época. Eso tenía su lógica: Rickey era su amigo más antiguo y la persona en quien más confiaba.

Rick y yo ya habíamos superado cualquier vergüenza que pudiera haber habido entre nosotros. Cuando se presentó la ocasión, me explicó en diez minutos que lamentaba lo ocurrido por Pete. No sabía qué le había contado yo a mi marido, ni si le había dicho algo siquiera; pero, partiendo de la base de que lo ocurrido había sido un lamentable accidente, él y yo nos sentíamos a gusto el uno con el otro.

Por lo tanto, ante la disyuntiva de ser el público en una velada poética o cenar con Rick, me decidí por Rick. Llamé por teléfono a Peter para decirle que volvería a casa sobre las once. Llevó a Hilda a cenar por ahí.

A las once, Hilda ya le había dado un tirón de orejas a mi vida, con la sensación además de haber cumplido con su deber cristiano al hacerlo. Aunque sostengo que, para conseguir lo que quería, utilizó sin escrúpulos un arma que le pusieron en la mano en aquella cena.

Pete se emborrachó y empezó a hablar de mí. Hilda hizo gala de una actitud condescendiente, tachándome de impulsiva e inestable. Y Peter, para que esa chica tan equilibrada y «buena» lo consolara por la terrible herida aún abierta que yo le había infligido, se puso

confidencial, como es comprensible.

Le dijo a Hilda que yo era en efecto impulsiva e inestable, hasta tal punto que le había sido infiel con cuatro o cinco hombres distintos.

Bueno, lo cierto es que Peter nunca había conocido a la tía Genevieve de Hilda.

No sabía que a Hilda la habían educado para creer en mujeres buenas y malas; en el blanco y el negro; en el bien y el mal; en el vicio y la virtud; y que su vida no había contenido experiencia alguna que viniera a modificar su confianza en los absolutos.

—Pobre Peter —se compadeció—. Es una mujer completamente despreciable y promiscua. Estoy segura de que ya antes de conocerte tuvo cuatro o cinco aventuras con hombres en Boston. A lo mejor no puede evitarlo. Pero tú sabes muy bien en qué consisten el honor y la lealtad. Deberías arrancarla de tu corazón antes de que vuelva a decepcionarte.

(Eso se podría tachar de apostilla de una vida. Es posible que Hilda creyera lo que decía, pues, según había declarado Pete, yo era «mala». Pero fue solo dos años después, en una de nuestras escasas cenas juntos, cuando Pete me explicó qué le había dicho Hilda.) Lo que le contó no era cierto. Yo nunca había tenido aventuras antes de conocer a Peter.

Aquella noche de otoño de 1925, volví a casa, tranquila y feliz, y a un Peter que había puesto fin a su relación conmigo; y nunca supe el motivo, aunque bien podría haberme sido útil saberlo.

Entré. El piso estaba a oscuras. Cuando me desvestía, le comenté a Peter, que se movió con aparente nerviosismo:

—Rick y yo hemos visto un espectáculo muy divertido.

—Me da igual lo que hayáis visto —respondió.

«Parece muy enfadado —pensé—. Probablemente está hasta las narices de las veladas con Hilda. Debo hacer algo al respecto.» Y me dormí.

Al día siguiente, cuando llegué a casa, Peter me pidió el divorcio. Así, sin más, sin preámbulos.

—Esto es bastante sorprendente —repuse—. ¿Por qué?

Y él contestó:

—Porque quiero casarme con Hilda.

(Hilda se había ausentado esa noche.) Pensé que uno de los dos se había vuelto loco, y no me parecía que fuera yo.

—¿Por qué quieres casarte con ella, así de repente?

—Porque es pura, y tú no tienes la menor idea de lo que eso significa —respondió Pete.

Todo eso fue antes de que me hubiera quitado el sombrero o el abrigo. No me los quité. Me fui. Di un largo paseo por el puerto y traté

de pensar.

Decidí que Pete le había contado a Hilda lo de mi infidelidad y que, de algún modo, ella le había sacado partido. Decidí también que yo lo habría dejado meses antes de haberlo querido él así, pero que no lo dejaría ahora a causa de una niñata de mi ciudad que le soltaba aforismos sobre la virtud frente al vicio y que no sabía de la misa la mitad.

Decidí luchar por Peter. Pero no sabía contra qué luchaba.

Pedí algo de cenar en un Coffee Pot, donde un par de estibadores intentaron hablar conmigo; no reparé en que estaban allí hasta una hora más tarde, cuando hice memoria.

Hilda estaba en casa cuando llegué, toda pureza y más feliz que una perdiz, y me preguntó si mi paseo había sido agradable. Peter parecía incómodo.

¡Qué mal me sentó!

Fui breve. Le dije:

—Hilda, mañana te vuelves a tu casa. Ya no es conveniente que estés aquí. Pete ha tenido tres semanas de tu vida, y unos tres años de la mía.

»Al parecer tú y él sentís ahora un gran amor el uno por el otro. De acuerdo. No voy a manteneros separados para siempre: vete a tu casa. Pete se queda aquí. Si al cabo de seis meses, durante los cuales trataré de convencer a Peter de que está loco, tú y él seguís sintiendo lo mismo que ahora, me divorciaré de él sin protestar. Si no me das seis meses, nunca le concederé el divorcio. Sean cuales sean mis defectos, y no estoy admitiendo ninguno ante ti, él los ha consentido y no puede divorciarse de mí. Lo tomáis o lo dejáis. Buenas noches.

Fui a acostarme. Pete pasó la noche en la habitación de Hilda.

Me tumbé en la cama y me dije: «Voy a dar batalla. Me ofrecí a pagar por lo que hice y me dijeron que no hacía falta. Pues se acabó. No pienso renunciar a Pete por esta mujer. La conozco mejor que él. La primera vez que vuelva borracho y diciendo: "Todo me da vueltas, querida, pero serán vueltas muy afortunadas si me dejas apoyar la cabeza en tu hombro", y cuando en efecto Pete le ponga ahí la cabeza como un crío cansado, ella le hablará con tono severo de los males de la bebida. Hilda no sabe cómo es él, ni cómo es cualquier persona complicada. Y yo quiero a Peter y no pienso perderlo por una estúpida como ella».

Al día siguiente, ella se volvió a su casa tras haberme soltado aquel discursito sobre mi falta de sentido moral.

—Tendrás tus seis meses —me dijo Pete—, total, para lo que van a servirte... Por una vez me arriesgaré a que estés diciendo la verdad y te divorcies de mí cuando hayan pasado. Esta parece ser mi mejor oportunidad para librarme de ti relativamente rápido.

«Esto es increíble —pensé—, pero debo mantener la calma y no enfadarme. Al fin y al cabo, él me encuentra atractiva; está acostumbrado a mí; hay cosas a mi favor. Y dispongo de seis meses.»

Trabajé, me compré ropa bonita, contuve mi mal genio. Y no tardé en descubrir que Peter no volvería a besarme estando sobrio.

«Eso quizá también cambie», me dije, y mantuve la calma.

Nunca cenaba conmigo. Nunca me decía adónde iba; si se lo preguntaba, se reía de mí. A veces pasaba días sin dirigirme la palabra: leía el periódico en la mesa del desayuno y pasaba el día fuera, hasta después de que yo me hubiera ido a la cama. De vez en cuando yo intentaba tener invitados. Por lo general, Peter no aparecía, aunque yo le hubiera dicho que iban a venir. Si aparecía, era cortés con ellos y nunca me dirigía la palabra, por largas que fueran las veladas.

Ella le había hecho prometer que no tendría roce alguno conmigo.

Pero cuando volvía a casa borracho, se le olvidaba. Se sentaba en el borde de mi cama y decía:

—Patty la fulana. Tan guapa..., qué lástima que seas una putilla, si bien una encantadora.

«Voy a gritar, voy a volverme loca, no puedo soportar esto», pensaba yo. Y él se quedaba allí sentado, tan fresco tras darse una ducha, sonriente, extraño. Y yo le echaba los brazos al cuello.

Me dedicaba a fingir que todo era como antaño. A la mañana siguiente, él ni me hablaba.

Peter siempre había sido un ángel con el dinero. En aquel momento, no me daba nada. Me vi obligada a pagar el alquiler, a la criada, al repartidor de hielo, el teléfono, la luz, el sastre de Pete y mi tintorería con cincuenta y cinco dólares a la semana.

Nos enzarzábamos en trifulcas terribles, sórdidas y estúpidas por dinero. Una mañana apareció el tipo del hielo reclamando dos dólares. Pete se estaba afeitando en el baño. La criada no había venido.

Encontré veinte dólares en mi bolso, y nada más, de modo que saqué dos dólares de la cartera de Peter para pagarle al repartidor de hielo. Pete salió del baño. Tenía resaca.

—Ya te enseñaré yo a hurgar en mis bolsillos en busca de dinero o lo que sea, zorra. —Me dio un golpe en la boca. Me salió sangre.

«Esto es un mal sueño —pensé—. A la gente como Peter y yo no les pasan estas cosas. Se ha vuelto loco, y debo esperar a que vuelva a estar bien; él haría lo mismo si yo me volviera loca.»

Peter solía ir a visitar a Hilda los fines de semana. Cuando volvía, siempre estaba mucho peor. Se sentaba a leer. Yo hacía otro tanto. Procuraba durante media hora que se me ocurriera algo divertido que decir. Cuando lo decía, a veces me arrojaba su libro.

Ella le escribía todos los días. Peter sacaba sus cartas por la noche y las leía y releía delante de mí.

A Rickey, como a todos nuestros amigos, no le costó mucho deducir que lo mío con Peter estaba llegando a su fin. Rickey se debatió durante algunas semanas, tratando de decidir cuál era la actitud correcta. Al parecer, ponderó sus quince años de amistad íntima frente a un revolcón de una noche... y la conclusión fue fácil. Ya nunca venía a vernos, pero cenaba con Pete en el Yale Club dos o tres veces por semana. También me pareció lógico.

Hilda llevaba dos meses fuera cuando Peter le propuso que pasara un fin de semana en Nueva York. Se alojó en un hotel para mujeres en Gramercy Park. Ella y Pete fueron juntos a una fiesta.

Intuí que Hilda estaba en Nueva York; él se mostró especialmente misterioso en sus idas y venidas durante aquellos dos días, y mucho más huraño de lo habitual después. Pero no supe nada en concreto hasta que Rick me llamó por teléfono el martes a la oficina.

—Pat, confío en que no divulgues esta conversación —me dijo—. Pete es mi amigo y le tengo mucho cariño, pero esa Hilda me parece horrorosa. Esto puede serte útil: el sábado, en la fiesta de los Hilles, le montó un numerito a Pete porque bailó tres veces con otra chica, y muy apretado. Es demasiado pronto para que ella empiece con esa actitud de controlarlo por su propio bien, pero no tiene suficiente cerebro para saberlo. Sé paciente; es posible que salgas airosa de esto. Buena suerte.

Así que tuve una pequeña esperanza.

Transcurrió otro mes, y al cabo de unos días de mareos y dolor de cabeza por las mañanas, comprendí que estaba embarazada. Me negué a creerlo durante semanas. Me decía: «Es demasiado horrible, no puedo afrontar esto junto con todo lo demás. A lo mejor, si no pienso en ello, resultará que no estoy embarazada».

Tras otro mes de días agotadores escribiendo textos, de espantosas peleas con Pete por las noches, dolores de cabeza y mareos cada vez más grandes, y comentarios de mis amigos y de Pete sobre mi mal aspecto (Pete lo expresó así: «Últimamente tienes una pinta horrorosa; ya ni siquiera eres guapa»), supe que sí, que lo estaba.

Recordaba la primera vez que había sucedido y la timidez con que se lo había contado a Peter; y pese a que él pensó entonces que aquel embarazo era de lo más desafortunado, lo amable que había sido conmigo, cómo me traía alegres cajas de bombones de licor que no podía comer, y flores y cosas así. Pero eso había pasado dos años atrás.

En esta ocasión, le solté:

—¿Te importaría dejar de leer un momento? Tengo algo que decirte.

Levantó la vista.

—Hurra, o sea que tienes un nuevo amiguito.

—Estoy embarazada de diez u once semanas.

Transcurrió un minuto sin que hiciera comentarios, y luego

preguntó:

—¿De quién es esta vez?, o no lo sabes...

Me levanté y me puse a gritarle, como si fuera una pescadera y él un carretero. Mi voz sonaba horrible, incluso a mis propios oídos.

—¡Es tuyo! ¡Tuyo, maldito seas, y bien que lo sabes!

—Deja de gritar y ve a mirarte al espejo —repuso—. Eso te hará parar más rápido que cualquier otra cosa.

Fui a mirarme. Tenía un aspecto horroroso, con la cara enrojecida y crispada, y parecía rondar los treinta y cinco años. Y odié a Peter como nunca había odiado a nadie. Olvidé por completo cómo habíamos llegado a aquel punto; solo sabía que él era una persona que decía cosas espantosas con una voz tranquila y repugnante, que había hecho que me convirtiera en alguien que parecía una bruja y que lo odiaba, lo odiaba mucho.

—Bueno, eres un objeto atractivo para tenerte cerca, ¿no? —soltó a mis espaldas.

Me volví. Cuando hablé, mi voz había recuperado un tono normal.

—De acuerdo, dejaremos pasar ese «de quién es esta vez». Y ahora, ¿te interesaría saber qué voy a hacer al respecto?

—Sí, desde luego. El funcionamiento de tu mente siempre me resulta entretenido.

Encendió una pipa, observándome por encima de ella. Me quedé ahí plantada y pronuncié las palabras muy despacio. Me dolía mucho la garganta.

—Esta noche voy a escribirles a tus padres para contarles que vamos a tener otro hijo y que voy a dejar mi trabajo de inmediato, por supuesto. Le escribiré a Hilda para decirle lo mismo. Si tan «buena» es, le daré algo por lo que serlo a gusto. Entonces tendremos el bebé, y tú cuidarás de mí y de él. Ahí habrá acabado todo con respecto a Hilda.

Se levantó muy despacio. Dejó la pipa. Me miró fijamente.

Tuve miedo.

—Haz el favor de salir de esta habitación ahora mismo, antes de que te mate. Si tengo que verte diez segundos más, te estrangulo. —Entonces se me acercó, de repente, y me rodeó el cuello con las manos.

Pero yo sentía hacia él más odio que temor, y le dije:

—No me matarás. A partir de ahora, harás lo que yo te diga.

No me mató. Se limitó a levantarme y arrojarme a través de la puerta de cristal de la salita donde desayunábamos. Luego se fue.

Me tumbé en el suelo de la habitación y pensé vagamente que esa clase de cosas no pasaban. Por lo visto me pasaba un montón de tiempo pensando eso, de forma intermitente.

Entonces me di cuenta de que me sangraba el brazo izquierdo. Me levanté y entré en el cuarto de baño, despacio. La manga izquierda de mi vestido estaba hecha jirones, donde el cristal la había cortado. Al

parecer, me había protegido con el brazo de manera instintiva y no tenía cortes en la cara. Me sentía un poco débil, pero no mucho.

Me quité el vestido. Tenía siete cortes en el brazo izquierdo, pero todos menos uno eran solo rasguños. Me lavé el brazo con cuidado. El corte en cuestión era profundo y no podía detener la hemorragia, de modo que me lo vendé lo más apretadamente posible, me puse un vestido sin mangas y me calcé unas bailarinas que hicieran juego.

Sabía que Pete tenía una petaca de whisky en el tocador; fui a buscarla y me serví un vaso. Con cierta indiferencia, me pregunté si iba a estrangularme cuando descubriera que había cogido un poco de su whisky.

Pero ya no lo odiaba, ni lo amaba, ni sentía nada por él. Sentía cansancio. No había la menor posibilidad de que consiguiera retenerlo si tenía al bebé, no funcionaría. Y, en cualquier caso, era demasiado complicado.

Mi brazo seguía sangrando. Recordé que al día siguiente tenía que ocuparme del anuncio del *Sunday Times* sobre las importaciones de París, así que me dije que haría bien en ir al médico a que me curara.

Conocía a un doctor que vivía en Waverly Place. Había ido a verlo por resfriados, amigdalitis y cosas así.

Cuando salí en busca de un taxi, el aire frío era sorprendentemente agradable. Ya eran las nueve y el horario de consulta del médico casi había concluido. No tuve que esperar mucho.

Era un joven rubio y educado, con un aspecto que ofrecía mucha confianza. Cuando me preguntó qué me había pasado, le dije tranquilamente que mi marido me había arrojado a través de una puerta de cristal. No se me ocurrió nada más. Soltó un grito ahogado, pero no hizo más preguntas.

Tuvo que ponerme un punto en el brazo. Cuando terminó, dijo que haría bien en sentarme a fumar un cigarrillo y me preparó unas sales de amoniaco para inhalarlas. Me preguntó por mi trabajo: recordaba que tenía que ver con la publicidad.

Lo interrumpí.

—Por cierto —le dije—, tengo que abortar. ¿Me lo haría usted? ¿Y cuánto cuesta?

No pareció inmutarse.

—Será mejor que acabe con esas inhalaciones. ¿Y le importaría decirme por qué tiene que someterse a un aborto, si en efecto está embarazada?

Eso fue fácil.

—Porque mi marido me va a dejar un día de estos, y no tengo dinero, y debo conservar mi trabajo.

—Pero... No quisiera inmiscuirme en sus asuntos privados, aunque se sabe que tener un hijo contribuye a acercar a maridos y

esposas.

Me eché a reír. Me limité a seguir allí sentada riéndome.

—Pete se alegró mucho cuando murió el bebé que tuvimos, doctor.

—No se altere —repuso él.

Hubo una pausa. Me sorprendí a punto de contarle, como si fuera un hecho de extrema importancia, que el pequeño Patrick, muerto hacía ya más de un año, tenía las pestañas más largas que había visto nunca.

—Lo lamento por usted —dijo el médico—, pero no puedo llevar a cabo una operación de esa clase. Nunca, en los seis años que llevo ejerciendo... La ética de la profesión requiere...

Lo detuve. Lo sabía todo sobre la ética de la profesión: mi padre era médico.

—De acuerdo. Si usted no quiere, dígame quién puede hacerlo. Tengo conocidos que me darían los números de teléfono de varios médicos, pero no sé si serían buenos. Y morir por «una operación de esa clase», como la describe usted, parece poco conveniente.

—No se altere —repitió.

—Es usted un buen hombre —dije.

—No es probable que muera. Los únicos riesgos son que haya alguna infección; o si el médico en cuestión es de los que dependen de esa clase de práctica para ganarse la vida, tal vez la víspera se emborrachó y su mano no sea del todo firme... Bueno, no hay necesidad de asustarla. ¿Cuántos años tiene?

—Casi veinticuatro.

—Pues parece que tenga diecinueve. —Titubeó—. A veces los médicos que realizan esa clase de operación dicen que es necesaria, lo sea o no realmente... Si está dispuesta a que la someta a un examen...

Más tarde añadió:

—No debería postergarlo demasiado; por lo que parece está casi de tres meses. Hay un hombre que podría recomendarle, íbamos a la misma clase en la Facultad de Medicina. Según he oído, tiene un método muy científico. Sin embargo, como se ve obligado a tratar con mujeres que a menudo tienden al histerismo, es un poco... seco, digamos. Yo podría acompañarla si eso le facilitara las cosas.

—Bueno, doctor, si pudiera pedir hora para el sábado por la mañana, podría tomarme el día libre.

—¿Iría su marido con usted?

—No lo creo.

—Entonces puede contar conmigo. Llámeme mañana y concertaré la cita.

Me sentí muy agradecida a aquel joven tan capaz.

Desde entonces hasta el sábado, Pete y yo no mantuvimos más

conversaciones. Me las arreglé para conseguir un adelanto de mi sueldo contándole a mi director de publicidad unas cuantas mentiras interesantes.

Sábado.

Me vestí con sumo cuidado, con la sensación de que podría convertime en un cadáver antes de la puesta del sol, cosa que me daba bastante igual, pero preferiría ser uno bien arreglado.

Las sales de baño me resultaron agradables, lo mismo que la preciosa ropa interior de seda que se adaptaba a mi piel como un guante. Antaño, la vida había estado llena de sensaciones placenteras como esas, y ¿por qué no disfrutar de lo que quedara de ellas? El doctor pasaría a recogerme a las diez. Peter se había ido a trabajar.

—Voy a someterme a un aborto esta mañana —le había dicho.

—Eso es cosa tuya. Espero que no sea muy desagradable.

Me pregunto si esas habrán sido las últimas palabras de Peter en esta vida.

Bueno, ahora vamos a hacer que ese joven médico tan amable se sienta orgulloso.

Crema exfoliante, mascarilla nutritiva, tónico astringente, polvos, colorete, lápiz de labios. Tengo unos ojos grises enormes, bordeados por espesas pestañas negras, y una piel blanquísima, teniendo en cuenta hasta qué punto es negro y liso mi cabello.

Me pregunto si será cierto que mi bisabuelo tuvo una aventura con una muchacha india y que eso explique por tanto mi pelo lacio y muy oscuro. Me pregunto si fue amable con ella.

Cabello negro, cejas negras, hombros bonitos, muy blanca. Y vaya si me habían servido de mucho, al fin y al cabo. Aunque, ya puestos, me habían servido más que cualquier otra cosa.

«Una mujer de metro cincuenta y cinco de estatura y cincuenta kilos de peso...» ¿Me convertiría en un parrafito en varios periódicos entre las muertes fortuitas de la jornada? Probablemente no.

Seré un motivo de orgullo para ese joven médico que se está tomando tantas molestias por mí. Llevaré el modelito original de Jane Regny que el fabricante me vendió por una bicoca y un par de anuncios en *Women's Wear*: traje chaqueta de tweed en grises suaves con un cuello y grandes puños de piel de zorro gris, una blusa color crema. Los ribetes escarlata hacen juego con el sombrero *cloché* y el brillante bolso de mano. Una bufanda en vívidos tonos de escarlata y azul, guantes gris moca del tono exacto de mis medias y unos zapatos de *sport* de lagarto negro. La figura de una joven menuda, delgada, temerosa y elegantísima.

«Puede que no sea pura, pero gracias a Dios voy inmaculada.»

Las diez menos cinco. Busca un pañuelo que coincida

exactamente con el azul de la bufanda. ¿Eso importa? ¿Qué es importante? El bebé muerto, Patrick, pequeño y fragante, sin dientes y de labios sonrosados. Que murió cuando su madre se había ido y lo había abandonado. Eso es ponerte sentimental. Bueno, pues este no vivirá para morirse.

Rocía con un poco de perfume el pañuelo y tu pelo. Solo un poco de esencia de gardenia, un aroma ligero para el día.

Peter, Peter.

Suena el timbre. Abrirá la criada.

—Es el doctor, señora.

—Dile que no tardo ni un minuto, Nora.

Bolso, dinero, guantes.

—Buenos días, doctor.

—Tiene muy buen aspecto. Espero que no sienta muchos nervios.

(Y un cuerno, en realidad me siento como si estuviera muerta.)

—En absoluto, doctor, ¿nos ponemos en marcha?

Una vez en el taxi, me dice:

—Va a sobrevivir a esto, ¿sabe? Es una de esas mujeres saludables y con un tejido glandular normal, capaz de sobrevivir a muchas cosas sin efectos nocivos. Me interesaría ver cómo lo hace. Esto puede parecerle poco ético, pero me gustaría, si usted y su marido se separan, que de vez en cuando me tuviera al corriente de cómo le va.

»Es muy joven, y la vida le tiene reservadas muchas cosas. —(¿No se está poniendo un poco pedante?)—. Me gustaría tener el privilegio de invitarla a cenar en alguna ocasión —continúa—, cuando haya olvidado todo este... desafortunado asunto. No dude en llamarme en cualquier momento, para mí será un gran placer.

(Un joven agradable. Bastante atractivo. Peter, Peter, ¿estás pensando en mí? En plena corrección de las pruebas del *City News*, ¿piensas en mí... cinco minutos?)

—Doctor, ¿le importa si le pregunto si esto va a llevar mucho tiempo?

—Como mucho, veinte minutos. Le recomiendo encarecidamente que no recurra al gas anestésico si le parece que puede mantener la compostura. El corazón...

—Lo que usted aconseje, doctor. —(¿Quería yo este bebé? No tiene sentido preguntárselo ahora.)—. Está siendo muy amable, doctor. Se lo agradezco. Espero poder llamarle pronto para preguntarle si está libre para cenar.

Sonríe. Bueno, lo cierto es que llevo un precioso conjunto de tweed, y tengo la piel lo bastante clara como para llevar un sombrero de un rojo vívido.

—Ya hemos llegado. No olvide que estaré aquí cerca y que todo habrá acabado en cuestión de media hora como mucho.

(¿Serás un cadáver para entonces? Ay, no te acobardes, Patricia. En la ciudad de Chicago hay mil al día, dicen.)

Una sala de espera muy lúgubre, con sofás de felpa verde. No hay revistas; supongo que las pacientes pueden contemplar sus propios pensamientos. Las cortinas están corridas y hay una maceta con una palmera seca.

Mi médico me coge de la mano, de un modo totalmente impersonal y muy amable. Entran un hombre y una muchacha. Ella viste ropa de alguna tienda de baratillo del Bowery, pero es una rubia preciosa, de rostro amable e increíblemente joven. Tendrá diecisiete años como mucho.

Mira al joven que la acompaña como si fuera su salvador. También parece un buen chico, un judío de ojos azules. Lleva un chaleco. No parece tener más de veintiún años.

—Doctor —digo en voz muy baja—, esa chica solo es una niña.

—Ya me he fijado. Estos lugares me deprimen. Ah, doctor Cohen...

—Mi paciente.

El traje de tweed de París deja impresionado al doctor Cohen. Qué rostro tan severo tiene, pero sus manos se ven eficientes y limpias.

—Venga por aquí.

(La oficina es puro camuflaje, como es obvio. El quirófano parece muy higiénico, eso sí hay que decirlo: una sala con cinco camas al fondo. Hay una enfermera. Qué guapa, ¿no? Me tiende una especie de kimono azul lavanda. Me pregunto si el color es simbólico o si consiguieron un montón en unas rebajas. Le doy cinco dólares a la enfermera. Parece contenta.)

—No tenga miedo, madame. He oído que su médico le ha desaconsejado el gas anestésico. Es lo más sensato, la verdad.

—¿Puedo cogerle la mano, enfermera?

—Por supuesto, querida.

Aprieta los dientes. Ya.

La cama es muy cómoda. Aquí está mi médico. Debo pensar en algo que decirle, algo apropiado... ¿Serviría decirle: «Bueno, he sobrevivido a esto y me da igual»?

—No trate de hablar. Es una joven valiente. —(Solo porque me he negado a llorar delante de ese médico asqueroso que ha contado un chiste sobre el precio del placer)—. Voy a ponerle una inyección. Intente dormir y volveré dentro de un par de horas para llevarla a casa.

Se marcha.

Solo quiero descansar, sin pensar. Aquí está la jovencita rubia poniéndose lentamente su kimono azul lavanda. Tiene ganas de hablar.

—Oye, ¿duele mucho?

(Echémosle una mano a la niña.)

—No es tan terrible, querida, y pasa muy deprisa.

Menuda camisola lleva, de un amarillo chillón. Increíble. Y qué figura tan bonita tiene, si bien poco desarrollada.

Está muy asustada, se desviste muy despacio. Tiene ganas de hablar un poco más. Quizá yo consiga permanecer despierta.

—Ay, Dios, tengo miedo. Pero lo de mi novio es peor: está sentado ahí delante secándose el sudor de la frente.

—Lo he visto. Me ha parecido muy guapo.

—Y que lo digas, es estupendo. Me regaló esta camisola. Me la he puesto para sentirme valiente.

Pobrecilla.

—Pasa muy deprisa, ya verás.

—Él y yo nos casaríamos ahora mismo, y no tendría que hacer esto, pero es que su madre es judía ortodoxa y se moriría si él se casara con una chica que no fuera *kosher*. Él se porta muy bien con su madre.

Se quita la camisola amarilla. Se pone la especie de kimono. Luego me coge la mano.

—Esto no es tan duro, ¿verdad?

La enfermera la llama.

—No, qué va. Aguanta la respiración y di: «Puedo aguantar otros cinco minutos». Buena suerte.

Ella sonríe, con valentía.

La puerta del quirófano está entreabierta. Se oye la voz severa:

—¿Ha pagado por el gas anestésico, jovencita?

Y la voz joven, ardiente y ronca de la chica:

—Oh..., vaya, pues supongo que sí. Mi novio me ha dicho que tuviera todos los complementos. —La puerta del quirófano se cierra de golpe.

Duerme, duerme ya. Patrick, Peter... Me pregunto si este habría sido niña... Bueno, mejor duerme.

—¿Todo bien?

—Recuperándome, doctor, gracias. Ahora voy a vestirme.

La jovencita rubia está dormida, parece tranquila. No volveré a verla. Me gustaría hacerle un regalo: esta polvera de esmalte *cloisonné*. Se la pongo en la mano, que se cierra como haría... la de un bebé.

—Enfermera, ¿le dirá que he querido que tuviera esto?

—Sí, madame.

—Adiós. Mañana te sentirás mejor.

Esa noche Peter dijo:

—Siento que te encuentres tan mal... ¿Te preparo una sopa o algo?

—No, gracias.

—Mira, Pat, siento lo nuestro, pero las cosas serían más fáciles

para ti si pudieras dejarlo estar..., si no intentaras aferrarte tanto.

Es peor cuando se pone amable. Voy a seguir luchando, y a lo mejor tengo suerte.

—Solo quedan nueve semanas de servidumbre, Peter.

No dijo nada. Salió del piso.

Todo era descabellado, ridículo, horrible; pero iba a luchar hasta el final. Me había comprometido a hacerlo. Ya no era capaz de pensar más; ni de sentir gran cosa; pero debía tratar de ganar un poco más de tiempo. Hilda era estúpida. A lo mejor cometía una estupidez a tiempo para salvarme.

Otra semana, y otra, y otra más. Él guardaba todas sus cartas en el cajón de arriba de su escritorio. El cajón no estaba cerrado con llave. Qué curioso que pudiera depender tanto de una educación decente. Y también podía..., pero si pudiera saber qué cosas le escribía ella, qué planes tenían, tal vez se me ocurriría algo que hacer.

Entretanto, agradecía el negocio de la publicidad y todo el ajetreo navideño. Pasaron dos semanas más.

Peter me retorció la muñeca una noche cuando, vencida por el cansancio, hice una parodia de Hilda explicando por qué era pura. Me pareció que me la había roto. Me dejó llorando, llena de cólera, suplicando. Aquello había llegado a ser crónico. En cuanto yo empezaba a protestar, dijera lo que dijera, él se iba a pasar la velada fuera. Y en ocasiones toda la noche.

Tenía la curiosa sospecha de que a veces iba a ver a Judith, la esposa recién divorciada de un pelmazo bienintencionado. Judith siempre había mirado con avidez a Pete. Qué extraño sería si, en efecto, él iba a verla ahora; pero me resultaba demasiado complicado para darle muchas vueltas, como lo de Hilda. Esas cartas... Sentía un dolor palpitante en la muñeca. Si supiera lo que había en aquellas cartas...

Solo leí un par de frases de la primera. Decían así:

«Si sigues desalentando los avances de Pat, no tardará en conseguirse otro amante y, entonces, tú y yo nos libraremos de ella, mi querido Peter...».

Volví a meterla en el sobre con cuidado. Aquella chica no sabía lo que hacía. No duraría ni un mes con un Peter que hubiera recuperado la cordura. Pero sí podía durar el tiempo suficiente para acabar con lo mío con Peter.

Cuando llegó a casa aquella noche, le dije:

—Peter, te sugiero que cojas esas cartas de tu querido amorcito y las guardes bajo llave. Si leo más consejos suyos sobre cómo tratarme, podría llevárselos a un abogado. Además, me da igual lo que haya dicho antes al respecto: no pienso darte el divorcio para que te cases con esa mujer, nunca, jamás de los jamases.

Pensé que iba a pegarme. Ya me daba igual. La primera vez que

anduve por ahí con un moretón en la boca, me dejó una huella bastante indeleble en el alma, o lo que tuviera a modo de alma. A partir de ahí, me limitaba a bromear sobre que me había caído tras chocar contra una mesa en la oscuridad. Nadie me creía; no importaba si lo hacían o no.

Pero no me pegó. Cogió las cartas, se las metió en el bolsillo y dijo:

—Me voy el sábado de la semana que viene, Pat.

Ya había llegado el sábado en cuestión y llevaba mucho tiempo sentada en aquella butaca recordando cosas irrelevantes. Busqué un cigarrillo. No quedaba ni uno. Me había fumado todo el paquete.

En el piso reinaba un silencio insoportable. Me dije que era probable que estuviera así para siempre, sin un Peter que entrara alegremente, arrojara el abrigo en una silla, el sombrero en otra y los guantes en una tercera, y me llamara con avidez: «¡Patty, Patty, querida! Oh, deliciosa jovencita, tu marido ya está en casa por esta noche, gracias a Dios».

Sí, era probable que el piso quedara sumido para siempre en un silencio desesperante, sin Peter. Se me ocurrió, entonces, un hecho muy sorprendente: puesto que solo tenía veinticuatro años, bien podría vivir cuarenta o cincuenta años más, sin Peter. ¿Cuántas noches suponía eso? Una cifra espantosa de miles de ellas.

Me levanté. Quería un cigarrillo. Había un paquete que Peter había dejado sobre la chimenea, con dos o tres. La tonta del piso de arriba estaba poniendo baladas sentimentales. La que sonaba era «¿Qué voy a hacer?», una canción tremendamente estúpida. «Tus labios y los míos se juntaron en un beeeso, un beeeso sin un finaaal feeeliz… ¿Qué voy a haceeer con solo mis recueeerdos…?» ¿Pararía el gramófono si la llamaba por teléfono? Para qué, daba igual.

«Llamaré al médico. Será divertido. ¿No se asustará? ¿Y por qué no? El número está en el listín.»

Miré el reloj de pared. Eran las once menos veinte.

—¿No dijo que le interesaría saber qué pasaba después? Bueno, pues por fin me han abandonado.

(Sí que se acordaba de mí. Su voz sonaba muy alegre y en absoluto profesional.)

—Esto es motivo de celebración. ¿Puedo ir a felicitarla y sacarla a bailar?… ¿Dentro de media hora? Espléndido.

Vestido de brocado dorado y bailarinas rosas, collar de pedrería de fantasía y bolso bordado también con pedrería. Pintalabios muy brillante. Echarpe de terciopelo rosa. Casi había olvidado qué aspecto tenía el doctor.

Si no paraba de regodearme en mi dolor, me echaría a llorar en

público y deshonraría a aquel hombre. Esperaba que trajera whisky; eso me ayudaría. «Será tu aliado en los días de grandes pesares.» Alguien le dijo eso una vez a alguien mucho más joven que yo.

Todo listo, y me sobraron cinco minutos.

Había un viejo espejo alargado entre dos ventanas. Me contemplé en él. No estaba mal, nada mal. Una melenita de pelo liso y negro muy brillante, ojos grises, nariz recta, labios muy rojos, suaves y cálidos, barbilla puntiaguda, hombros bonitos, cintura fina, piernas esbeltas, pies pequeños. Nada de todo aquello me servía de gran cosa sin un Pete que le diera vida, pero era cuanto tenía para los próximos cuarenta años más o menos.

Podría haber habido un bebé que se pareciera a Pete, o que se pareciera a mí. Ahora ya nunca lo habría. ¿Y qué? Había que pasar las noches de los siguientes cuarenta años. Sonó el timbre de la puerta; eso llenaría la primera de ellas.

—Me alegro de verle, doctor. De modo que es uno de esos hombres que con un esmoquin parecen cinco años más jóvenes, y mucho menos impactantes. Tome, mi último cigarrillo.

Capítulo 4

La luz pálida del sol de marzo entraba por la ventana, sucia por el goteo de la nieve caída dos días atrás, e incidía en la arrugada colcha de la cama de Peter. Bajo sus nítidos azul y blanco, el médico dormía plácidamente. Si me incorporaba y estiraba el brazo, podía tocarle el hombro, pero no me apetecía hacerlo, en absoluto.

Peter me había dicho el día anterior: «No llores por mí mucho tiempo».

En cierto sentido, mi querido Peter, te lloré solo siete horas, pero es posible que acabe llorando por ti toda la vida. El doctor era una persona eficiente. Sin embargo, no me gustaba mucho. La forma en que cambiaba de profesional a apasionado, y viceversa, me parecía un poco automática. Grifo de agua caliente, grifo de agua fría, grifo de agua caliente… Debió de ser un don juan entre el personal de algún hospital hará seis o siete años. Pero me resolvió una noche, y eso era lo que creía necesitar.

(Me pregunté si Peter se estaría despertando solo o no. Peter. Sería capaz de gritar y golpear el suelo con los puños y sollozar durante horas, días y semanas con tal de que regresara, para que volviera a ser el año 1922. Y cuanto ocurriría, si me ponía a hacer eso, es que despertaría al doctor. Ante una emergencia, sacaría pastillas de bromuro del bolsillo de su esmoquin, no lo dudo. Tendría que llamar un taxi para volver a casa con aquella vestimenta de gala. Me pregunté si dormiría todo el día.)

Yo había dormido bien, por increíble que parezca. Se supone que una no debe hacerlo; se supone que una debe quedarse despierta mordiendo las sábanas, o algo por el estilo, cuando su marido la abandona. Pero estaba muy cansada.

Me parecía extraordinario ser una esposa abandonada cuando solo tenía veinticuatro años. No era precisamente eso lo que había planeado hacer con mi vida. Mis planes eran ser enfermera de la Cruz Roja, a tiempo para otra guerra. Solo tenía dieciséis años en la anterior, y me sentí mal porque era demasiado joven para casarme con alguien en su último permiso, por el bien de mi país, bajo una bandera.

Peter también era demasiado joven. Habría tenido un aspecto maravilloso de uniforme... con el verde de la aviación naval. Pero la mayoría de ellos no salieron airosos. Imaginaba a Peter marchando con el sol arrancando destellos de su pelo rubio.

Ay, Dios, si empezaba a llorar, no podría parar. Era mejor que me levantara y viera qué había de desayuno para el doctor. Quería estar completamente vestida cuando se despertara.

Pierna izquierda fuera de la cama, pierna derecha fuera de la cama, *negligé*, zapatillas. Me sentía muy lúcida. No bebimos mucho. El doctor tal vez creía que hay que mantenerse en forma. (Debía preguntárselo, seguro que mencionaba lo de «*mens sana in corpore sano*». Habían puesto eso en la pared del gimnasio de la escuela.) Yo también creo que hay que mantenerse en forma. Decidí hacer un poco de calistenia en la salita de estar, pues no quería que él se despertara y me observara. La práctica de la calistenia todas las mañanas, y por las noches cuando no hay nada exigente que lo impida, supone diez minutos consagrados al recuerdo de una adolescencia atlética.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho. Los ejercicios ayudan. Me gusta levantar los pies sobre mi cabeza hasta tocar el suelo por detrás de ella con los dedos. La calistenia me hace sentir como un animal vivo y caliente revolcándose en un prado. El licor también hace que todo se aleje, pero me hace sentir como una mente que vaga en libertad por el espacio, no como un cuerpo caliente en un pasto.

Mejor me iba a echarle un vistazo al doctor. Seguía durmiendo. «Luego de la fiebre agitada de la vida...» No, eso se refiere a otra cosa. Decidí que me ducharía. Alguien debería inventar un método para utilizar sales de baño en una ducha, así resultaría perfecta.

Lo cierto es que tenía hambre. Se supone que la gente con el corazón roto es incapaz de comer. Me sentía como un despertador al que le hubieran dado demasiada cuerda. No debía pensar..., contaría ovejas saltando una valla... No, eso era para dormirse.

Me pondría el vestido de punto azul con el cuello y los puños blancos que parecía tan casto. «Señor, no he sido muy casta que digamos, pero no era fácil con una jauría detrás.» Maldición, debía recobrar la compostura, aquel hombre estaba a punto de despertarse. Me pregunté cuál sería su nombre de pila. Había olvidado preguntárselo. ¿Debería buscarlo en el listín telefónico?

Me pregunté qué habría traído Nora para desayunar. Era muy buena criada. Menos mal que no venía los domingos. Tendría que conseguirle otro trabajo; Gretchen se la quedaría encantada. No podría conservar ese piso. ¿Qué iba a ser de mí? Me esperaba un mal final, sin duda, caminando por la Sexta Avenida y tocando a Peter en el brazo para suplicarle cincuenta centavos... Y un cuerno.

Qué agradable y soleada era esa cocina. Le pondría al doctor un

zumo de naranja, por supuesto, que estaba lleno de vitaminas.

Había huevos de pato... Nora había ido a Jefferson Market y comprado huevos de pato para el desayuno dominical de Pete, porque sabía que le gustaban con locura. Me dije que iba a llorar, aunque solo durante un minutito... Los huevos de pato tendrían que servir para el doctor. No había otros. Como mejor quedan es al plato.

—Buenos días, Patricia..., se te ve muy saludable.

—He estado haciendo calistenia.

—¿Por lo de *mens sana* y eso?

(Tuve que aguantar mientras me besaba, contando ovejas que saltaban la valla. Un beso no lleva mucho tiempo.) Era un joven más perspicaz de lo que esperaba.

—¿Estás teniendo la clásica reacción de la mañana después? Lo siento, querida.

—No pasa nada. Solo estoy un poco... alterada, como solía decir mi marido.

—Es comprensible. ¿Tienes por casualidad un accesorio tan masculino como una navaja de afeitar, Patricia?

—Una pequeñita y dorada..., en mi tocador. Iré a buscarla... ¿Podrás apañártelas con eso? —(Pete usaba una grande y recta..., era con la que había pensado cortarme las venas..., se la llevó con sus cosas... El baño se había vuelto femenino de la noche a la mañana.)

Durante el desayuno, el médico habló sobre medicina, vitaminas, glándulas endocrinas y esas cosas. Era extremadamente perspicaz. Y le gustaban los huevos de pato.

Telefoneó al hotel Brevoort para pedir un taxi.

—Voy a tener el tacto de esperar a que me llames tú, Patricia —dijo entonces—, porque no quiero que tengas la impresión de que me estoy abalanzando sobre ti.

Sonreí con aire simpático, esperaba.

—Soy algo mayor que tú... —añadió— y me gustaría darte un pequeño consejo, o advertirte sobre algo, si me lo permites.

—Por supuesto, y lo siento si estoy siendo un poco infantil esta mañana, doctor.

—En absoluto... Quizá no te habrás dado cuenta de que, como mujer joven e increíblemente atractiva separada de su marido, los hombres van a considerarte la presa más fácil del mundo. Te acostumbrarás a eso y te irás adaptando, sin duda. Al principio puede ser difícil... —(Bueno, ¿por qué no llegaba ya a su consejo? ¿Iba a sugerir acaso un curso de psicología del sexo? No debería mostrarme tan impaciente, había sido muy amable conmigo. El que llamaba al timbre debía de ser su taxista.)—. Intenta recordar que ese dicho banal sobre que el tiempo lo cura todo es bastante cierto.

(¿Eso era cuanto podía ofrecerme la profesión médica? Lo que yo

quería saber era cuánto tiempo lleva eso.)

—Sí, taxi, espere fuera un momento.

—Entretanto, Patricia, no te tomes las cosas muy a pecho —sonrió —. Ha sido una de las noches más agradables de mi vida —añadió muy serio.

Recuperó su sombrero, se abstuvo de besarme y me tendió la mano. Esto último me hizo sentir de pronto tan afectuosamente agradecida que fui capaz de sonreír con verdadera alegría y decir algo que en aquel momento era cierto:

—Me alegro de que te quedaras.

—Espero que me llames, Patricia.

La puerta se cerró tras aquel hombre tan comprensivo y amable.

Yo sabía que nunca lo llamaría, que nunca volvería a verlo. Y él también era consciente de eso.

Sonó el teléfono. Era Lucia. La preciosa Lucia era la exmujer de un hombre llamado Archibald. Coincidí con Arch en una ocasión; había conocido a Lucia por casualidad un tiempo antes, en el club de publicitarios. Últimamente parecía tener más interés en mí, pues sabía que había tenido lo que en los grandes almacenes llaman «problemas familiares».

—Me he enterado, por un amigo de un amigo de Rickey, de que tu marido y el propio Rick celebraron anoche la vuelta de tu marido a la vida de soltero, en el Yale Club, ¿no?

—Pues no me extrañaría, Lucia. Ayer se fue de casa antes de cenar.

Siguió un breve silencio.

—¿Cómo te sientes?

—Bien, supongo.

(Iba a ser horrible que la gente me preguntara cómo me sentía todo el tiempo, como si estuviera convaleciente de un tifus.)

—¿Subes a tomar el té conmigo?

—Me encantaría.

—Y Pat, cuando te acostumbras, no está mal ser una ex, una divorciada. A mí me gusta esta vida.

—Cuéntamelo durante el té.

—Vale.

La exmujer de Peter se puso un abrigo de castor y unos guantes blancos limpios. No soportaba ser la exmujer de Peter.

Los últimos rayos de sol del domingo iluminaban a la exmujer de Peter mientras caminaba a toda prisa hacia la parte alta de la ciudad, entre las multitudes de gente divertida que se recuperaba de comidas demasiado copiosas paseando con andares de pato por las manzanas de la Quinta Avenida. (Me daba cuenta, por la expresión de las caras de los hombres, de que tenía buen aspecto; probablemente el mismo aspecto

que la semana anterior y no muy distinto del que tendría la semana siguiente, o al cabo de cinco años, o incluso después, si seguía haciendo ejercicio. Pasados cinco años o diez, ¿seguiría deseando encontrarme con Peter en medio de la siguiente manzana?)

Park Avenue.

Lucia es una madona pelirroja de rostro oval, y ese día llevaba un vestido de terciopelo negro. Aunque en realidad es mucho más delgada que una virgen de Tiziano, una especie de cruce entre las mujeres del pintor italiano y las de Burne-Jones.

—Pat, voy a ponerte un whisky con soda en lugar de un té.

—Lucia, no hace falta que me des la noticia con delicadeza, pero dime, ¿alguna vez se supera?

Le dio un sorbo a su whisky. Sujetaba un cigarrillo entre los dedos largos y finos. Me miró con compasión, y luego calibrándome. Esbozó una sonrisa pilla que no encajaba muy bien en su bonito rostro. Por lo visto me encontraba muy graciosa. No contestó a mi pregunta.

—Una nunca lo supera, ¿verdad?

Arrojó el pitillo a la chimenea con un gesto de impaciencia.

—Haré una profecía, Pat. Dentro de tres años no recordarás el color de sus ojos.

—Eso es un consuelo.

—¿Tú crees? —repuso Lucia.

Capítulo 5

Ya era hora de volver a casa. Lucia, sin duda, tenía un compromiso para cenar. Pero no me apetecía irme. De repente no quería pasar una noche más, ni siquiera otra hora, en aquel piso que habíamos compartido Pete y yo.

—Ven, sube conmigo, hay algo que quiero que veas —dijo Lucia.

Quería enseñarme su pisito dúplex, que ocupaba las dos plantas superiores. Había una habitación grande y un baño en cada nivel, con una divertida escalera interior que los conectaba. Tenía la vista habitual de Manhattan con obras de construcción en curso.

—Si te vinieras a vivir conmigo —prosiguió Lucia—, podríamos permitirnos este sitio. Y en cualquier caso me gustaría vivir con otra mujer; la cosa tendría sus ventajas, siempre y cuando hubiera una relativa intimidad.

Sentí que me invadía una oleada de indiferencia bastante agradable. Tendría que vivir en algún sitio, y Lucia era encantadora. ¿Por qué no?

—Pero ¿tienes por costumbre ser amable con los típicos corderitos tontos, Lucia?

Se echó a reír.

—Y en efecto así de tonta te sentirás durante un tiempo, Pat. Ahora yo voy a ponerme el sombrero, porque Checko aparecerá en cualquier momento. Será mejor que te quedes aquí esta noche. Hay una tarta de frutas que puedes comerte o, si lo prefieres, sal y cómprate algo nutritivo. ¿Para qué volver a casa y esperar a que tu marido llame? No lo hará, de momento. Yo volveré tarde... Puedes abrir el diván o dormir en ese pequeño sofá.

»Por cierto, ¿tienes un diván que se convierta en cama, Patricia? La casa de una divorciada no está completa sin uno. Es una cama individual, tan decorativa como sea posible, pero capaz de adaptarse para hacer frente a las crisis a medida que ocurran.

No me interesaban mucho los divanes.

—¿Quién es Checko? —quise saber.

—No es nadie. Solo alguien que echa una mano algún domingo

libre. Va a escribir un poema épico de aquí a un par de años y, mientras tanto, trabaja como negro literario para un par de estrellas de cine y un boxeador. Me reuniré con él abajo si no te importa, porque eres su tipo y se pasaría una hora charlando contigo, y me muero de hambre.

—¿De verdad quieres que viva contigo, Lucia?

—Sí. Nos divertiremos, ya lo verás.

El timbre de la puerta hizo bajar a Lucia. Encendí un cigarrillo y empecé a leer *La cuchara de plata*.

Lucia lo arregló todo. Fue a ver a mi casero y le pidió permiso para rescindir el contrato de mi piso; eligió los muebles que me llevaría a la zona alta; quedó con Nora y decidió que nos las apañaríamos para costearla a ella además del alquiler si nos dejaba la ropa planchada y los tirantes de la lencería cosidos; me compró un diván cama.

El día que los del almacén guardamuebles vinieron a llevárselo todo fue la única vez, después de aquel domingo, que pasé más de diez minutos en mi antiguo apartamento.

Las camas de arce con postes en forma de piña, el espejo de marco dorado con un águila que había sido de mi bisabuela, los preciados sujetalibros de Peter, las cortinas y los tapices que habíamos comprado en Liberty's en Londres..., todo se embalsamó a toda prisa en papel de estraza y se lo llevaron.

Encontré una botella de oporto que había dejado Pete y se la di a los de la mudanza.

Habría que amueblar y redecorar el piso antes de que lo ocuparan otras personas. Me pregunté si lo harían con los mismos colores.

Los transportistas habían terminado. Yo misma llevaría la plata al almacén, en taxi. Le dejé la llave y diez dólares al conserje. Me dio las gracias, dijo: «Lamento sus problemas, señora», y me consiguió un taxi.

De camino al depósito, se me ocurrió meter mi alianza de boda con las cucharillas de café. Cuando llegué, me di cuenta de que los del guardamuebles lo revisaban todo antes de extender los recibos. Me sentí avergonzada cuando llegaron a la caja de franela roja con las cucharillas de café y la alianza, y les dije:

—Supongo que les parecerá raro que quiera dejar en el depósito un anillo de boda.

El empleado que estaba haciendo la comprobación me miró por encima de unas gafas sin montura, con ojos viejos y sin un ápice de curiosidad.

—Pues la verdad, señora, es que ahora mismo debemos de tener doscientas o trescientas alianzas en las cámaras acorazadas —comentó.

Ya me había acostumbrado a los azulejos verdes del baño en lugar de

los blancos, a ir al centro a trabajar en autobús en dirección contraria al trayecto de antes en el metro, a Lucia, siempre amable, siempre de buen humor, con su manera de tratar todas las cosas como si carecieran de importancia y fueran igualmente entretenidas. Llevaba tres semanas viviendo con ella.

—Tienes que ir a muchos sitios —me dijo Lucia el primer día—. Acabas de salir por ahí con cinco o seis amigos de tu marido, ¿verdad? Y cuando la conversación se ponía aburrida intercambiaban recuerdos sobre las grandes carreras de 1919 o cosas así, ¿verdad? Bueno, pues iremos a unos cuantos sitios.

En tres semanas habíamos estado en seis fiestas, tres estrenos, cinco bares clandestinos, cuatro clubes nocturnos, dos óperas y un concierto donde un negro cantaba espirituales.

—Eres increíblemente popular, Lucia.

Era domingo otra vez, y por lo visto disponíamos de una hora sin nada que hacer.

—Querrás decir que las separadas son populares, Pat. Es la clase más popular de Nueva York. Cualquier devoto puede postrar toda su vida a los pies de una ex, y ella no hará nada inconveniente a los ojos del mundo si la acepta; por lo menos es el caso de una exmujer como tú, porque no tienes el divorcio. ¿Por qué no te divorcias de Peter?

—Nadie está arrojando toda su devoción a mis pies. No puedo hablar en las fiestas; tienes que contarme qué decir.

—Lo sé, y ¿te importa, Pat? Eso ya se te pasará, dentro de un mes o así, cuando te sientas mejor. En serio, deberías hacer algo para conseguir el divorcio. Cuanto antes, mejor, así la ruptura es limpia... ¿Has sabido algo del tal Peter? No quiero parecer entrometida...

Sí, había tenido noticias suyas. Tenía una nota. Fui en su busca y se la enseñé a Lucia. Decía:

> Aquí tienes un cheque por el último mes de alquiler. No pienso contribuir más a tu manutención. Por supuesto, si te mueres de hambre o algo así llámame y te enviaré unas cuantas cosas de comer. Pero imagino que te las arreglarás bien; eres de las que saben espabilarse. Estoy viviendo por el momento en el hotel Wilton Arms, aunque será mejor que te dirijas a mí a través de la oficina. ¿Qué tal si me pasas algunos muebles cuando alquile un apartamento? Pásalo bien. Peter.

—Un joven escueto —comentó Lucia, y dudó un instante. Luego añadió —: He oído hablar de él, Pat.

—Vale, pues cuéntame —repuse.

Me lo estaba preguntando. Durante el par de semanas que duró la mudanza, Lucia había experimentado un poco con una actitud tentativa del tipo «Puede que vuelva, Patricia, no pierdas las

esperanzas», para luego pasar definitivamente al punto de vista de «Todo ha terminado, pero algún día te alegrarás de que así sea».

—Hice averiguaciones —explicó Lucia—, y es una larga historia. Todo el mundo aconseja siempre a una mujer separada de su marido. Decenas de personas me aconsejaron a mí; unos me ayudaron, otros ni por asomo. No quería presionarte para que hablaras de él, pues eso podía angustiarte demasiado, pero pensé que ya que te había acogido, más o menos, era mejor que averiguara cómo andaba la situación, si podía, para no aconsejarte mal.

—Eres un ángel, Lucia. Dime, de verdad, por qué te molestas.

—Por varias razones. Quería vivir con alguien, y sabía que serías divertida cuando te recuperaras un poco, y eres un tipo de persona que contrasta de maravilla conmigo. Quiero decir que tú eres de pelo negro y vivaz (normalmente) y menuda, y yo soy alta y lánguida y rubia tirando a pelirroja. Además, alguien hizo lo mismo por mí mientras yo estaba en el estado en que estás tú, y eso es una especie de factura que quería pagar en algún momento... Todo eso es irrelevante ahora. Me lo contaste todo sobre ese asunto de Hilda..., pero ¿dónde encaja esa tal Judith? Me enteré por una chica que conoce a un hombre del periódico de Pete de que lo ven con ella todas las noches de la semana.

—Algo debe de haber pasado con Hilda —aporté yo.

Volví a sentirme muy desdichada. Lo estaba pasando muy mal, tratando de no especular sobre dónde estaba Peter, y con quién, y qué andaba haciendo, en cada media hora tranquila que tenía.

—Eres brillante, Pat. Lo siento; no pretendo burlarme de ti. En cualquier caso, antes de enterarme de eso, pensaba que tu amado probablemente se hartaría de su Hilda en cuestión de semanas, y sería más sensato... y se sentiría más satisfecho por un tiempo. Parece que estás loca por él y, pese a lo mal que lo habéis pasado, se podría haber montado una gran escena de reconciliación.

Extendió un brazo asombrosamente blanco para coger un trozo de pasta turca, lo mordisqueó mientras pronunciaba unas palabras sobre dar gracias a Dios por estar lo bastante delgada como para comer tantos dulces como le viniera en gana, y me miró para ver si estaba al borde de las lágrimas o algo así.

—Tienes un bonito kimono chino, Pat —añadió.

Yo me reí. Me estaba acostumbrando a las irrelevancias de Lucia. Solían significar: «Si esta conversación te está molestando, pasaremos a hablar de otra cosa en este mismo instante».

—Qué gran picardías verde el tuyo, cariño —le dije—. Continúa. No me molesta hablarte de Pete. De hecho, más bien me ayuda. Le dije que nunca me divorciaría de él, pero empiezo a sentir que soy una persona muy rastrera ateniéndome a eso si él realmente quiere el divorcio.

—Sí —coincidió Lucia—, todas nos volvemos sensatas, pero lleva su tiempo... Lo que quería decir con lo de Judith es que, si en efecto «ha pasado algo con Hilda», como tú dices, y él se ha ido con Jude en lugar de volver contigo..., mi querida niña, lo mismo te da ir a ver a un abogado ahora que el año que viene.

(Pensé: «Todavía no; no lo dejaré ir todavía; puedo ocupar el tiempo mientras tenga la esperanza de que es solo un entreacto por el que hay que pasar, y no algo más serio».)

Lucia continuó:

—Los hombres..., los hombres siempre andan volviendo de pequeñas excursiones; pero una vez que empiezan con los cruceros por el mundo...

—Judith no es ningún crucero. No es tan buena como Hilda, en realidad, ni tan guapa.

—Hablaré de ella dentro de un momento. Con lo de las excursiones y los cruceros, quiero decir que un hombre, por muy enamorado que esté de una mujer, a menudo puede dar alegres tumbos con otra, si bien breves, simplemente porque tiene una voz conmovedora o unos ojos grandes e inocentes. Luego vuelve a la primera mujer, y no en peor estado, sino a veces incluso mejorado. Pero una vez que se embarca en un largo viaje, mi niña, se detendrá en tantos puertos que olvidará tal vez de qué ciudad partió, y ciertamente por qué era única esa ciudad entre todos los parajes que ha visto desde entonces. Tu Peter parece navegar sin parar, Pat.

—Aún no puedo creerlo, Lucia.

Ella se mostró comprensiva al momento.

—Por supuesto que no. Tampoco lo intentes. Es posible que me equivoque y, en cualquier caso, para lo único que sirven los consejos es para guardárselos en el bolsillo y dejarlos ahí hasta que te apetezca seguirlos, si pasa alguna vez... ¿Has visto en alguna ocasión a la tal Judith?

—En la oficina, varias veces; se ha metido a estilista desde que se divorció, ya sabes. Y una vez coincidí con ella en una fiesta.

—¿Te cae bien?

—No... Pero tampoco lo haría ahora, de todos modos. Me temo que soy una persona muy celosa, Lucia.

—Todo el mundo lo es, y todo el mundo finge no serlo... A mí tampoco me gusta Judith, pero tiene sus puntos. ¿Te importa que me extienda con eso? Porque me gustaría explicarte por qué creo que acabará contigo, por decirlo sin pelos en la lengua, si Peter se ha liado con ella.

—Adelante.

(Vaya, Peter «emparejado» con aquella joven de cara larga. Era ridículo. Y, sin embargo, yo era consciente de que estaba siendo

ingenua con respecto a ella. Tenía estilo, era divertida.)

—Patricia, sé buena chica y quítame este dulce de delante, o voy a vomitar. Y tráeme mi pitillera, la de ámbar.

Y entonces Lucia empezó con su explicación:

—Judith me desagrada sobre todo por algo trivial: su lenguaje. Por supuesto, el uso de la lengua vernácula, de la obscenidad, en el habla común no es más que otro vicio ceremonial estrictamente masculino, como beber y fumar, que, de un tiempo a esta parte, se ha vuelto propio de ambos sexos. Sin embargo, creo que hay una diferencia. Las mujeres, las mujeres atractivas, pese a la opinión de los más beatorros, no parecen menos femeninas o deseables con un pitillo en una mano y una copa de cóctel en la otra que sus abuelas con un abanico en la derecha y un ramo en la izquierda. La copa de cóctel y el cigarrillo son provocativos y más alegres, eso es todo. No estoy hablando, en efecto, de las mujeres que uno ve envueltas en una nube de semisopor etílico entre las mesas de los clubes nocturnos baratos. Los hombres de esa clase son igual de penosos.

»A lo que me refiero es a su lenguaje. Tal vez la jerga castiza sea pintoresca y tenga cierto sabor en los clubes y bares de hombres, como esos chistes obscenos y muy fisiológicos que ahora empiezan a contarnos. Sin embargo, para mí sigue siendo incongruente en el habla de una mujer supuestamente bien educada. Cuando Judith adorna sus comentarios sobre el mal tiempo, o cualquier cosa dicha de pasada, con frases que una ve de vez en cuando garabateadas en las paredes de edificios vacíos, me afecta igual que si apareciera con sus muy buenas imitaciones de ropa francesa mascando tabaco y escupiendo a intervalos.

—Lo sé, Lucia. Por eso no creo que Peter pueda tomarla en serio.

—Esa no es una deducción lógica, en absoluto, Pat. Verás, le diste a ese joven tuyo un susto tremendo, si me permites que lo mencione.

Hice una mueca, y ella lo notó, pero decidió continuar.

—Oh, fue un gesto grandilocuente, el de contarle tu infidelidad, y nunca volverás a ser tan joven como para hacer algo semejante... Deberías haber decidido no repetir el incidente y no mencionarlo nunca. Los grandes gestos salen caros. Y hasta qué punto lo fue el tuyo, si va a costarte a Peter para siempre, aún no se sabe. Pero probablemente lo será muchísimo. Debes de haber echado por tierra todas las ideas que ese joven universitario a medio cocinar tenía sobre las mujeres.

(¿Peter un joven universitario al que le faltaba un hervor? Nunca lo había pensado. Quizá lo era.)

—No importa, Pat. Yo cometí una locura juvenil como esa una vez, con Arch. Te lo contaré algún día. Sigamos con Judith, sin embargo. Una mujer de su clase, con esa actitud suya de ser «uno de los chicos»,

puede ser justo lo que Pete quiere en este momento, en particular si algo ha fallado con la maquinaria del otro amor puro de su vida. Judith tiene magnetismo sexual, un magnetismo deliberado. Por supuesto, no como el tuyo, Pat.

—Yo no tengo ninguno: no he podido conservar ni a mi propio marido.

—No generalices a partir de un ejemplo irrelevante. Tienes un magnetismo casi universal. En cuanto empieces a interesarte mínimamente de nuevo por la gente, en lugar de resultar decorativa pero del todo insensible, tendrás docenas de hombres pidiéndote «amor» —su acento era burlón— durante una noche o un mes o dos o incluso más tiempo. Eso me preocupa.

»Yo misma tengo muy poco magnetismo sexual, Pat. No hay nada apasionado en mí, excepto el color de mi pelo. Mi tendencia espiritual aleja a los hombres de mí, excepto como compañera diurna. Y me alegro de que así sea. Lo otro, el tener que huir de la persecución incesante, es tan agotador... Pero eso será un tema para otro sermón dominical.

»Judith, y las mujeres como ella, cultivan el atractivo sexual porque lo necesitan. Las mujeres de su tipo, que no son verdaderamente femeninas, ni bonitas en realidad, tienen éxito por ser lo bastante inteligentes para acentuar lo que tienen. Fíjate en ella. Tiene un bonito pelo castaño, unos ojos que no están nada mal (de color avellana, ¿verdad?) y una buena figura, esbelta pero con curvas. Eso es todo. Sus rasgos parece que los hubieran dispersado por su cara. ¿Puedes recordar su nariz, sus manos, su boca o su barbilla? Sus rodillas están mucho más grabadas en mi memoria. Siempre las cruza en alto. También son muy bonitas. Las recuerdo mejor, en realidad, y su pelo, porque se quita el sombrero en todas las ocasiones posibles e imposibles para dejar que la luz lo haga brillar. Me pregunto ahora por qué recuerdo sus ojos... Ah, sí, porque los entorna para mirar a la gente con expresión soñolienta.

Solté una risita.

—Maravilloso, Lucia... ¿Alguna vez se metió contigo?

—No, la verdad. Aunque alguien de su calaña sí lo hizo... Lo que expresa una chica así, con su lenguaje desinhibido, con la audacia de su maquillaje, oh, y hasta con su forma de contonearse, es: «Estoy disponible, estoy disponible, y soy muy divertida, de hecho». Y sí, también son muy divertidas. Le dan a un hombre la cómoda sensación de no tener que andarse con etiquetas. Estoy segura de que Judith le pondrá las cosas más fáciles a tu Peter de lo que lo hicisteis tú o Hilda. Es guapo, ¿verdad? Y la gente del periódico la entretendrá mucho... Patricia, querida, es probable que ella consiga retenerlo hasta que le dé otro ataque de idealismo, e incluso puede llegar a curarlo de cualquier

recaída. Las mujeres de su clase suelen hacerlo.

—Lucia, esta tarde estás hecha toda una Casandra.

—Tomemos una copa, que en el Stevens no van a darnos de beber..., aunque sí tienen unos rusos de lo más increíbles que de repente se ponen a cantar. Vale la pena, por lo general. ¿Preparas tú el cóctel?

—Tendrá que ser un *bronx*. No hay más que ginebra y naranjas...

»Pues está bueno. Lucia, ¿crees que debería escribir a Pete y preguntarle si aún quiere el divorcio?

—¿Por qué escribirle? Eso supone una indiscreción evidente... ¿Por qué no lo llamas por teléfono?

—Ahora mismo estará en el club, probablemente.

Lucia no dijo nada en absoluto. Me acerqué al teléfono, al pie de la pequeña escalera que unía su casa con la mía. En el bloc de notas junto al aparato estaban garabateados nuestros compromisos de la semana. Lucia los había cumplido todos.

—Oye, Pat. Piensa bien qué vas a decir antes de llamar.

—Eso es bien simple.

—Murray Hill 0003.

Di el nombre de Peter. Lucia me trajo un segundo cóctel y se sentó en el escalón por encima de mí.

Tuve que esperar un rato.

—Pat, ¿por qué no cuelgas? No hay prisa —dijo Lucia.

—Siempre tarda mucho.

»Hola, ¿Peter? Soy Pat.

—Sí, he reconocido tu voz. ¿Cómo estás?

Su voz sonaba bastante alegre.

—Muy bien. Llamaba para decirte que puedes divorciarte, si todavía quieres.

Siguió un minuto de silencio.

—Vaya, pues gracias. Pero no hay prisa.

—¿Cómo está Hilda?

(Eso lo pregunté por sugerencia de Lucia.)

—Muy bien, por lo último que he sabido.

«¿Y ahora cómo prosigo?» (De nuevo Lucia acudió en mi ayuda.)

—¿Por qué no vienes a verme algún día?

—A lo mejor lo hago, algún día. ¿Cuál es tu dirección?

Ya la sabía, porque le había escrito, pero volví a dársela.

—Bueno, pues podríamos cenar y hablar de lo del divorcio... ¿Cuál es tu número de teléfono?

Se lo di.

—Gracias por llamar, Pat.

—Adiós.

—Ahora —concluyó Lucia—, será mejor que acabes con lo que

queda en la coctelera. Supongo que tu tarde ha quedado arruinada por completo.

»Cielo santo, son las cuatro, Pat. Tenemos que vestirnos en un cuarto de hora. ¿Estás muy alterada?

—No lo sé.

—Bueno, pues maquíllate aquí abajo en mi baño y así podemos hablar.

Lucia se soltó el pelo y empezó a cepillárselo rápidamente. Yo procedí a embadurnarme la cara de crema exfoliante. Peinarme solo me llevaría unos instantes.

—Qué contenta estoy —comentó Lucia— de que el fin de mi matrimonio fuera…

—¿Cómo? —quise saber.

—… hace mucho tiempo —concluyó.

Capítulo 6

Estábamos a principios de la primavera: había llegado el momento de escribir anuncios de «Ropa y accesorios de Pascua», de añadir nuevas páginas de moda a los catálogos tras las reuniones de última hora con los encargados de compras. Hubo que acelerar las tareas de diseño, apremiar a los maquetadores, llevarle corriendo los textos al tipógrafo y meterle prisa con las pruebas. La redactora de moda se fue; entonces yo me convertí en la redactora de moda. La subdirectora de publicidad estaba enferma y me dejaron hacer su trabajo. Me alegré. Así los días pasaban más deprisa.

—Consiga un bolso de lagarto, de importación, para que lo dibujen junto con esos zapatos de lagarto, señorita Thomas —dije—. La señorita Hastings ya viene hacia aquí; va a hacer todos los figurines en las dos columnas de accesorios. Medias, guantes, conjunto de zapatos y bolso, pañuelo, artículos de joyería, y aún queda un espacio. Dígale al señor Johnson que tanto el encargado de compras de flores como el de perfumes querían ir en la página, y pídale que decida él. No quiero que quien se quede fuera se ponga a discutir conmigo el porqué... No, podemos agrupar el botonier y el frasco de perfume, y así ponemos los dos. Serán un buen complemento para los zapatos y el bolso. A Hastings se le dan muy bien esa clase de cosas.

Era la jerga del sector, una jerga que había aprendido rápidamente. Me permitía pagar el alquiler, los taxis a la oficina y la ropa, más ropa de la que había tenido desde que me casé. Me hice con un nuevo conjunto de primavera en azul (un vestido con estampado de Ducharne y un abrigo que era una buena copia de un Vionnet) con «la intrincada sencillez del original» que costaba 89,50 dólares al por mayor. El encargado de compras me llevó a ver al fabricante; admiré toda su línea con educado interés; le hablé de publicidad; logré que me encargara la redacción de sus textos para *Women's Wear*; veinticinco dólares extra a la semana. No estaba mal. Conseguí una cuenta de un sombrerero de la misma manera, lo que me suponía otros quince dólares. En la oficina me sacaba sesenta y cinco, ya que era redactora de moda. En esos días me compraba dos pares de zapatos a la vez, y bolsos a juego, y decía que

era economizar: así duraban más tiempo en buen estado.

Tenía un montón de guantes de ante lavables, que Nora mantenía como nuevos; bisutería vistosa y algo ridícula para usarla un mes y tirarla, pero que entretanto debía completar la idea de conjunto; un abrigo de seda negro que era más que un simple abrigo de seda negro; un vestido de Patou blanco y negro; sombreros, sombreros y más sombreros, porque me encantaban. (Qué tristes días aquellos en los que vivía con Peter y, al final de la temporada, andaba en las rebajas a la caza de un sombrero por cinco dólares.) Carísimos y divinos polvos, pintalabios y perfumes. (Peter me compró una vez un frasco de Idéal de Houbigant. No es muy caro, pero debió de pasar tres días sin almorzar para poder hacerlo.)

Hacía siete semanas de la marcha de Peter; cinco semanas desde que yo había empezado a vivir con Lucia. No tenía tiempo, o no mucho, para pensar en él entre despertar, practicar calistenia, tomar zumo de naranja y tostadas y café en un *drugstore*, coger un taxi para ir a la oficina. No tenía tiempo para pensar en Peter de nueve a una, ni de dos y media a cinco y media; ni después, cuando volvía a casa andando deprisa, tres kilómetros en cuarenta minutos, y me daba un baño, me vestía y salía.

Los hombres le decían a Lucia que yo era preciosa, pero muy fría. ¿Fría? ¿Por qué? Los dejaba besarme cuando debían, en taxis, bailando en clubes nocturnos muy de moda, en fiestas. No eran reales. Tampoco lo era la oficina.

La ropa sí era real. Compraba mucha ropa para que, cuando Peter me llamara, pudiera decirle «Ven ahora mismo» y lucir un atuendo maravilloso. Siempre ponía mucho esmero en vestirme, porque podía encontrarme con algún amigo de Peter que luego le contara a él: «He visto a Patricia; estaba guapísima». Entonces, él llamaría antes.

El teléfono era real. Algún día, o quizá alguna noche, tarde, sonaría de manera significativa. Sería Peter. Empezaría diciendo: «Patty, lo de estos últimos meses ha sido todo un absurdo error; voy a volver».

Y yo le diría: «Me alegro».

Le hablaría a Peter de las primeras noches, y del divertido redactor de artículos sensacionalistas que llegó y se puso a escribir sus cosas en mi máquina de escribir cuando yo quería irme a la cama, hasta que subió Lucia y me llevó a dormir abajo. El redactor pareció muy decepcionado.

Le contaría a Peter mi acuerdo con Lucia de presentarme en Childs a las tres de la mañana cuando saliera sin ella; así podría encontrarla, supuestamente por casualidad, e irnos juntas a casa. El plan se debía, según ella, a que todavía yo no había abierto los ojos lo suficiente para poder manejar a nadie. A Peter le divertiría que le dijera que había

andado medio sonámbula por ahí durante todas las semanas que él había estado fuera.

Entretanto, los días pasaban deprisa, y las tardes también; y cuando me acostaba en el diván que podía desplegarse en una cama para dos personas (¿para qué querría eso Lucia, si no tenía amante?), solía dormir bien.

A veces, cuando me despertaba en plena noche, añoraba la sensación de la cabeza de Peter contra mi hombro y pensaba que ojalá pudiera acariciar su pelo sedoso y alborotado... con suavidad, para no despertarlo...

Luego bajaba las escaleras y dormía en el pequeño sofá del apartamento de Lucia. Cuando se despertaba, se limitaba a decir:

—Hola, querida. Menuda resaca tengo.

—Deberías hacer calistenia por la noche, Lucia —contestaba yo—. Es maravillosa para la resaca.

—Ay, qué pesada te pones en ese papel de cándida atlética. Me canso con solo pensar en la calistenia. ¿Ya son las ocho?

Una tarde en la que había trabajado hasta las seis y media, volví a casa en taxi, porque Lucia y yo teníamos una cena de cuatro a las siete y tenía que vestirme en un cuarto de hora.

Pero Lucia no estaba. Comprobé que había una nota en el bloc junto al teléfono, donde siempre nos dejábamos mensajes. Decía así:

> Ha llamado tu marido a las seis. Le he dicho que volviera a llamar a las siete. Me he llevado a nuestros dos acompañantes. Buena suerte.
>
> Posdata: Mantén la calma, cariño.
>
> Posposdata: Estaré en casa en torno a la medianoche, por si quieres bajar.

Faltaban doce minutos para las siete. Dejé caer en las escaleras el sombrero, los guantes, el bolso y los paquetes (dos pares de medias de chifón en un tono llamado «éxtasis» y un bandó con redecilla de París) y me senté a su lado. Me temblaban las rodillas, tanto que no paraban de entrechocar, cosa que me divertía de forma desmesurada. Saqué un cigarrillo y cerillas del bolso, fumé y puse a volar mis esperanzas.

(Va a volver conmigo; todo ha terminado con Hilda y ya no podía soportar a Judith; va a volver. ¿Qué haré con este apartamento? Me pregunto si Pete viviría en Brooklyn Heights o en algún sitio económico para que podamos ahorrar y tener otro bebé dentro de un par de años. Siempre he sabido que si yo no creía que todo había terminado, no sería así. Debes actuar con tacto y no mostrar demasiada curiosidad en lo que sea que haya estado haciendo. Acaba de hacer una escapadita, y según Lucia vuelven mejor de esas salidas; debo recordarlo. ¿Le cuento lo del médico? No, desde luego que no. Estaba

un poco loquita; si no, no habría ocurrido.)

Sonó el teléfono.

—¡Peter, querido!

—Oh, ¿eres tú, Pat? Me preguntaba si estarías libre para cenar, así podríamos hablar de nuestro divorcio.

Pasé unos instantes sin poder contestar. (Pero qué estúpida era... Pete no iba a admitir, de inmediato, que quería recuperarme, pues así parecería que pecaba de falta de coherencia. A los hombres les importan esas cosas.)

—Sí, estoy libre para cenar, Pete, si me das tres cuartos de hora para arreglarme. Acabo de llegar a casa, y tengo que bañarme y esas cosas...

—De acuerdo. Eso será a las ocho menos cuarto. ¿Te paso a buscar o vienes tú a reunirte conmigo? He pensado que podríamos cenar en el Blue Star.

(Oh, aquel agradable local clandestino francés donde cenábamos de vez en cuando para celebrar cosas, cuando andábamos bien de fondos. Era una buena señal que quisiera ir a ese sitio. Mejor quedar con él allí, así podría tomarse un cóctel mientras esperaba. Entonces seguro que estaría de buen humor.)

—Pues qué tal si nos vemos allí, Pete, a las ocho.

—De acuerdo. Hasta dentro de una hora. Adiós.

¿Qué me ponía, el conjunto azul o el vestido Patou y el abrigo negro? Corrí al piso de arriba, empecé a llenar la bañera, saqué una combinación francesa en rosa pálido que tenía muy bien dobladita y plisada. A Pete le encantaba la ropa interior de colores bonitos y detestaba los encajes.

Y de pronto las implicaciones de aquello, mi certeza de que iba a admirar la combinación, me dejaron hasta tal punto sin aliento que tuve que sentarme unos instantes y fumarme otro pitillo.

Me pondría el vestido de Patou, sin duda, pues era mucho más llamativo y me hacía parecer increíblemente delgada, si bien con suficientes curvas. Me bañé y me vestí deprisa pero con eficacia. El gran problema era cuánto colorete ponerme. Tenía buen color en ese momento, pero si se desvanecía más tarde, no quería parecer triste y desamparada. Mejor arriesgarse un poco: las luces del Blue Star eran tenues, y con un vestido y un sombrero negros podría llevarlo bien.

Me puse el vestido, de crep marroquí negro con un ancho cuello blanco y puños exagerados en forma de pétalos. Luego vinieron unos zapatos de lazo de satén negro; no me gustaban mucho los zapatos de satén, pero esos hacían que mis pies parecieran muy estrechos. Y un sombrero Milano negro casi sin ala, con el bordado de una flecha dorada que recorría la parte frontal de banda a banda. Y perlas..., no, el collar plano de oro.

Cuando buscaba el collar, encontré un viejo anillo, una esmeralda con imperfecciones montada en un curioso engaste italiano. Pete me la compró en Londres, en una tienda de antigüedades de Oxford Street. Me lo puse como gesto de buena voluntad.

Lucia tenía perfume Nuit de Noël. A Pete le gustaba. Bajé a por él. En el baño, contemplándome en su largo espejo, tan resplandeciente, me sentí agradecida por mi aspecto. Me había sido útil con Pete, y de eso no hacía tanto tiempo. Lucia había escrito algo sobre que mantuviera «la calma». Con Pete nunca había podido. Nunca lo hice. Pero tener el mejor aspecto posible me resultaba tranquilizador.

En el taxi, poniendo mucho cuidado en sentarme de modo que el faldón del abrigo de seda negra no acabara hecho un desastre y procurando no tocar nada que pudiera ensuciarme los guantes, sentí de repente una punzada de frío porque no conseguía recordar qué le había gustado a Pete de mí aparte de mi aspecto, si es que le había gustado algo. Tendría que hacer memoria para averiguarlo, pues hacía casi dos meses que no lo veía y, antes de eso, habíamos librado nuestra guerra de seis meses. (Oh, no pienses en eso, piensa en qué vas a decir cuando lo veas.) Vestido con un traje azul que nunca le había visto, Peter estaba sentado fumando frente a una copa de cóctel vacía. Me pareció delgado y duro, y un poco extraño, en cierto sentido. No me vio hasta que estuve bastante cerca.

—Oh, ya has llegado, Pat, ¿cómo estás? ¿Qué vas a beber?

—Un martini, creo.

—Muy bien; pidamos la cena enseguida; luego podemos hablar —dijo—. Estás muy guapa, Pat.

—Tú también.

—¿Cómo va el negocio de la publicidad?

—Muy bien. Me han subido el sueldo. ¿Cómo va el negocio de la prensa?

—A mí también me lo han subido. ¿Quieres otro martini?

—Sí, gracias.

Me notaba fría y seca, como un martini. Me había sentado cientos de veces a una mesa estrecha frente a Pete y me había sentido tan cerca de él como si la encantadora firmeza de sus brazos me rodeara. Ahora había entre nosotros una distancia compuesta de mentiras, peleas y aventuras por separado. No había sido consciente de que habría una brecha tan grande. Tal vez pudiera salvarse. (No le metas prisa, intenta pensar. No puedo. Tengo ganas de decirle: «Acéptame de nuevo, dame otra oportunidad, así volveré a estar viva».)

Con la excusa de sacar un pañuelo, me miré en el espejo del bolso. Mi rostro parecía sereno. Eso estaba bien.

—¿Ya me has sustituido, Pat? —Sonrió con expresión bastante simpática.

—No. —(Tengo que hacer algo ante esta situación. No sé si será correcto o estúpido, pero tengo que hacer algo)—. ¿De verdad no me has echado de menos, Pete?

—Cualquier persona echa de menos a alguien con quien ha estado tanto tiempo como yo contigo. Estoy recuperándome poco a poco.

Eso me hizo enfadar un poco, y sabía que no debía.

—¿Cómo va tu gran romance, Pete?

—¿Cuál?

El camarero se llevó la sopa. Pete llenó mi copa de vino.

—Me refiero a Hilda, la del alma pura.

—Oh, eso se fue al infierno..., ¿no te has enterado? —Su tono era totalmente despreocupado. Se comía el pescado con evidente placer—. Las salsas son buenas aquí, ¿a que sí, Pat?

—No, no me he enterado. ¿Qué pasó?

—No me importa contártelo. Esa cría armó un tremendo escándalo una noche que yo iba achispado porque besé a alguien cuyo nombre ni siquiera recuerdo mientras bailaba. Al día siguiente montó un numerito porque la hice esperar diez minutos y llegué oliendo a cerveza. Al final, en una sola noche, trató de hacerme prometer que dejaría de fumar, de besar y de beber. ¡Por Dios, qué mujer tan posesiva! De modo que le dije que no podía dar la talla, y ella me contestó que tú eras más o menos lo que me merecía. ¿Eso te hace feliz?

—Pues no demasiado.

Apuré mi copa de vino y respiré hondo. Pete volvió a llenar el vaso.

—Eres una magnífica persona, Pat. —Pero su tono seguía siendo despreocupado.

(Bueno, vamos a por todas. No tengo nada que perder, e incluso podría ganar algo.)

—¿Y dónde me deja la marcha de Hilda, Peter?

—Donde estabas.

El camarero trajo el pollo.

—¿Y eso qué significa, Pete?

Él esbozó una sonrisa apacible, como si fuera una cuestión sin importancia.

—Fuera —contestó.

Ninguno de los dos dijo nada durante un rato; nos limitamos a seguir comiendo pollo. Pete habló primero.

—Me pareció que sería agradable verte, cenar contigo. Y lo es. Te tengo cariño; creo que tienes un aspecto encantador, una voz y unas manos muy bonitas y todo eso. Y lamento haberte montado esas escenas. No puedes evitar ser lo que eres, supongo. No te preocupes por eso; fue equivocación mía, para empezar. Toma un poco más de vino... Y por cierto, cuando quieras divorciarte, dímelo y me ocuparé de ello. Yo no tengo prisa, por supuesto. De hecho, empiezo a tener la

impresión de que la situación, tal como está, me ofrece cierta protección...

No pude hablar durante un momento.

—¿Qué has querido decir con «ser lo que soy»?

—Oh, venga ya, Pat. ¿Qué sentido tiene tocar ese tema?

—¿Por qué no?

—Me niego a llamarte zorra cuando te saco a cenar.

Me sentí indignada.

—¡No soy más zorra que Judith!

—Vaya, conque estás bien informada, ¿no? Quizá no lo seas más, pero ella nunca pretendió ser otra cosa para mí.

De modo que la cuestión ya no tenía remedio. La distancia entre nosotros parecía ocupada por una barricada tangible. ¿Podía salvarse? No se me ocurría cómo. Dos lágrimas cayeron sobre mi ensalada. Confiaba en que Peter no las viera, que una tenía su orgullo. No, eso era una tontería. No tenía ni pizca de orgullo, porque aquello me importaba. Simplemente me daba la sensación de que debería tenerlo.

Su voz era afectuosa como la de un hermano mayor.

—No pretendía hacerte llorar, Pat. No le des más vueltas. ¿Quieres un licor de coñac y Bénédictine mezclados? Antes te gustaba, ¿no?

—Gracias. —Lo miré. Alargué la mano hacia donde la suya reposaba sobre la mesa. Quizá si me dejaba tocarlo...

Deslizó su mano sobre la mía y entonces se fijó en el anillo de esmeralda.

—Oh, Dios mío, Pat —dijo—, ¿te acuerdas?

Hablamos de Londres; del primer apartamento que habíamos tenido allí; de cenas para dos que yo había logrado comprar por un dólar; de cosas lejanas y de hacía mucho tiempo.

Cuando salimos, me cogió del brazo y paseamos en la noche primaveral, mirando escaparates, haciéndonos reír uno al otro al recordar cosas que habíamos hecho y sobre las que habíamos bromeado cuando éramos increíblemente jóvenes.

Ahora él tenía veinticinco años y yo veinticuatro; y hablábamos de «cuando éramos increíblemente jóvenes». Le pedí, con timidez, que viniera a ver mi apartamento. Dijo que le gustaría, de modo que cogimos un taxi y nos dimos cuenta de que íbamos cogidos de la mano con desespero.

No había luz en el piso de Lucia cuando pasamos. Subí directamente y cerré la puerta de la escalera. No quería que ni ella ni otras personas extrañas entraran y se pusieran a hablar de obras de teatro que habían visto, cuando en lugar de eso yo podía hablar con Peter.

Pero se me tenía que ocurrir algo de que hablar. Le di un cigarrillo.

Me miraba como si le encantara mirarme y, a la vez, como si le doliera.

—Peter, últimamente he conocido a dramaturgos y columnistas y a un pintor que va a hacer mi retrato, y a más gente divertida...

—Sí, supongo que ahora te dedicarás a perseguir famosos.

Eso me detuvo. Deseé que estuviéramos en otro sitio que no fuera ese piso que no tenía nada que ver con Peter y conmigo.

—Lo siento, Pat. No quería ponerme desagradable.

—No pasa nada.

(Todavía no me había besado. Quizá, cuando lo hiciera, funcionaría realmente bien. Podía salvar la distancia.)

Se paseó de aquí para allá. Estaba un poco borracho. Yo temía decir alguna estupidez, de modo que no decía nada. Peter empezó a hablar.

—Antes de enamorarme de ti, Pat, aquella chica, Natalie, me hizo mucho daño. ¿Te acuerdas? Ya te la había mencionado. Le escribía versos y ella me abandonó por Gerard porque tenía mucho dinero. Fue muy sensato por su parte, porque de todos modos ella me llevaba cinco años y, por lo que a mí respecta, era solo un caso de amor primerizo. Pero me lo tomé relativamente mal... Entonces te conocí...

Sentí cansancio. ¿Adónde quería llegar?

—Parecías tan pura, había algo en ti..., quizá es un adjetivo pasado de moda, pero solías parecerme candorosa, Patricia.

Se quedó ahí con las manos en los bolsillos, mirándome fijamente, pero no con indignación, ni como si me odiara, ni mucho menos como si me amara; solo perplejo, y también como si estuviera un poco cansado.

—Pat, ¿te importaría decirme... si fui un amante muy inadecuado? ¿Por eso te acostabas con cualquiera?

Me sentí como imagino que se sentirá un hombre cuando lo han noqueado y acaba de recobrar el conocimiento. ¿Qué le había hecho a Peter?

—Peter, querido mío, ¡no! ¿Me dejas intentar explicarte lo que pasó de verdad?

Le hablaría de Rickey; por mí, Rickey podía irse al infierno si con eso borraba esa mirada, esa mirada cansina, del rostro de Pete.

Esbozó una sonrisa que más bien fue una mueca.

—No, francamente, Pat, preferiría no oír una nueva versión. No me la creería. Ya me has ofrecido varias en los últimos ocho o nueve meses; ¿te acuerdas?

—Pero esta es la verdad.

—Todas lo fueron en su momento.

Ya no iba a creerme. ¿Qué sentido tenía intentarlo?

—Peter, por favor, ¿podrías besarme de una vez?

Se acercó al instante. Nos besamos. Por fin me sentí como si aquel último año no hubiera pasado nunca.

Luego me cogió en brazos y me dejó en el nuevo y decorativo diván, recorrió la habitación, examinó una imagen que había visto antes, y fue como si escrutara su vida y la mía, y nuestra generación, sobre la que todos habían estado opinando a gritos desde que nos habíamos convertido en adultos, y antes; por lo que sé, fue como si escrutara sus propias opiniones sobre la inmortalidad. Su expresión era suficientemente distante.

Se volvió. Parecía muy desdichado.

—Jesús, y yo que una vez creí que eras una especie de milagro creado para mi especial beneficio. —Se quedó mirándome.

Yo no dije nada.

—Bueno, en la cama sigues siendo la mujer más agradable que he conocido.

¿Para qué protestar? Que dijera cuanto quisiera si lo hacía sentirse mejor. Aquello no significaba nada, solo eran palabras. Su voz sonó insegura entonces:

—Quiero besarte otra vez.

—Sí —repuse.

¿Era eso lo que había deseado realmente, ese Peter dormido con la cabeza sobre mi pecho como un niño, esa pasión que se suponía que debía disminuir antes que nada en el matrimonio, pero que en nuestro caso había sobrevivido a todo lo demás, de modo que ahora era el único medio que teníamos para comunicarnos? No, yo no quería eso, o no tanto. Quería al Peter de antes.

Aun así, eso a lo mejor podía servirme para recuperar el resto. Por la mañana, nos vestiríamos e iríamos a desayunar a alguna parte, y yo estaría tan alegre y divertida en el desayuno que Pete detestaría tener que irse y volvería al día siguiente, o sin duda al otro, y entonces, poco a poco... Me sentí reconfortada y feliz. Sería encantador salir a desayunar con Peter.

¿Y Judith? Algo en mí se endureció mientras yacía con la cabeza de Peter en mi hombro... Había sobrevivido a Hilda, quizá podría sobrevivir también a Judith... Me sumí en un sueño tranquilo.

Pero cuando desperté por la mañana, Peter ya no estaba.

Por un instante no me lo creí; no podía creer que Pete pudiera marcharse sin decir palabra, como si yo fuera una chica que había conocido en un bar clandestino la noche anterior, y que ni siquiera le había parecido muy divertida. Peter no me haría algo así. Sin embargo, acababa de hacer precisamente eso.

Tenía tantas ganas de salir a desayunar con él..., había deseado tanto salir a desayunar con él... Me eché a llorar; me levanté y busqué un pañuelo. Entonces vi una nota en la que se leía «Patricia» sobre la

repisa de la chimenea y recordé que una vez yo le había dejado una nota a Rickey.

«Gracias por la hospitalidad —decía—. Hasta otra.» Eso era todo.

Bajé por las escaleras dando traspiés en busca de Lucia. Tal vez ella podría decirme qué hacer a continuación, porque no tenía ni idea. Le enseñé la nota.

—Le odio; no pienso volver a verlo. Voy a besar a tantos hombres que no recordaré cómo era. Dice que soy una zorra; pues seré una zorra, pero nunca más con él. Lucia, ¿por qué me ha hecho esto?

—Pat, cariño, cálmate un momento. Lo siento, Pat. No hay nada que puedas hacer, y lo sabes. Solo... llora todo lo que quieras... y luego hablaremos.

Me senté y sollocé. Lucia se vistió mientras decía de forma intermitente:

—Pronto te sentirás mejor, cariño.

No me sentí mejor, pero al cabo de un rato dejé de llorar.

—Voy a llamar a tu oficina, Pat, y les diré que has tenido que ir al dentista y que llegarás a mediodía. Yo también faltaré al trabajo. Hace buen día, y no me he tomado una mañana libre desde el día después de que zarparan los Borden.

—Me gustaría coger un coche y conducir muy deprisa, y echarles carreras a los trenes hasta los pasos a nivel, Lucia.

—Ya. Vístete, Pat, e iremos a comer a algún lugar tranquilo.

Me puse el conjunto azul nuevo. Fuimos al restaurante Mary Elizabeth. Había poca gente, para tomar un desayuno tardío; y teníamos vistas a la avenida.

—Lucia, dejé que se quedara porque pensé que era la forma de recuperarlo.

—¿Por qué quieres que vuelva?

—Porque antes nos queríamos mucho.

—¿De verdad le sigues queriendo ahora?

—En este momento desearía verlo muerto. Pero en general le amo.

—¿Como es ahora o como era antes?

—Como era antes.

—¿Y cómo vas a conseguir que vuelva a ser como antes?

Se sirvió una segunda taza de café.

—Dentro de un momento, Pat —añadió—, te citaré la conocida fuente de textos para anuncios de cigarrillos.

—¿El *Rubaiyat*?

—Exacto. «El dedo en movimiento escribe y, habiendo escrito, sigue adelante...» ¿Qué me dices de eso? Haz como yo. Mira a la gente actuar y no te involucres.

—El *Rubaiyat* no representa más que el ideal adolescente de la filosofía, excepto las partes sobre la bebida.

—Cítame alguna filosofía que no sea adolescente. ¿La autoexpresión, la nueva libertad para las mujeres, o Freud, esa gran excusa para todo?

—Pero sí ha habido progreso, Lucia. Yo misma he progresado, en cuestión de gustos, de Scott Fitzgerald a Ernest Hemingway.

—¿Y cuánto progreso supone eso?

—Una distancia condenadamente larga en el camino hacia léxicos más grandes y amplios.

Eso la hizo reír.

—¿Has visto? Ya te sientes mejor, Pat. ¿Sabías que soy cinco años mayor que tú?

—No creía que fueran tantos.

—Sí, tengo veintinueve. Arch me abandonó cuando tenía veinticinco. Intenté controlarlo demasiado; quería convertirlo en un hombre de éxito, ya sabes. Y le montaba escenas con las otras mujeres. La historia de siempre. En cuanto le fue lo bastante bien como para tener la posibilidad de dirigir la sede de su oficina en Chicago, se largó, y me dijo que me consolara con mi amor por la música, o algo por el estilo. Lo he olvidado.

»Solía pasar por el aro por él, me dolían sus visitas a Nueva York. Ahora ya hace un par de años que no lo veo, y me alegro, porque todavía... Bueno, el primer hombre al que has amado siempre te provoca un levísimo instante de trastorno.

Lucia parecía muy tranquila, pese a todo. Yo me sentía dolida, pero me ayudaba estar allí sentada escuchándola.

—Cuando una tiene veintinueve años —dijo—, es probable que haya entrado en la fase de generalizar. Ya no me considero una persona única, ni pienso que sea terriblemente importante. Creo que soy un interesante ejemplo de mujer soltera que anda por la ciudad, víctima de la nueva libertad que se me ha impuesto, me guste o no. Tú perteneces al mismo tipo, pero eres más joven y te importa más.

—¿Qué va a ser de nosotras, Lucia?

—Nada. ¿Qué va a ser de cualquier otro? Solo nos queda envejecer, y volvernos canosas, gordas o esqueléticas.

No podía ser indiferente hasta ese punto.

—¿Qué piensas de verdad de las divorciadas y separadas, Lucia?

Se animó.

—Se supone que somos libres. ¡Menuda sandez! Libres para pagar nuestro propio alquiler, y comprar nuestra propia ropa, y soportar las excentricidades de media docena de hombres con autoridad sobre nosotras en todos los asuntos, en lugar de tener que complacer a un solo marido.

»Ya no tenemos que soportar que nos dominen. ¡Tonterías! Sí te concedo que una mujer casada con un bruto o un degenerado bajo el

antiguo sistema era muy desafortunada. Pero ¿cuántas había, en comparación con las mujeres casadas con hombres decentes y con sentido de la responsabilidad?

»Si tú y tu Peter hubierais sido jóvenes hace cincuenta años, no le habrías sido infiel ni una sola vez, porque no habrías tenido veinte oportunidades para el adulterio en un año; y si él te hubiera sido infiel, lo habría hecho con discreción, porque si no se habría visto condenado al ostracismo social. Y no te hubiera dicho que siguieras tu camino alegremente, porque no habría camino alguno que pudieras emprender. El principal logro de la liberación de las mujeres de la monotonía de la vida doméstica ha sido liberar a los hombres de la necesidad de ofrecerles estabilidad a cambio de amor, fidelidad, etcétera.

»Las mujeres solían tener un estatus, una relativa seguridad. Ahora tienen el estatus de cualquier prostituta y disfrutan del éxito solo mientras su aspecto físico aguante. Si la próxima generación de mujeres tiene algún sentido común, dinamitarán la estatua de Susan B. Anthony y emprenderán una cruzada por el renacimiento de la caballerosidad.

»¿Libertad frente a los hombres? ¿Quién de nosotras es libre si está volcada emocionalmente en un hombre? Las opciones para las mujeres solían ser: el matrimonio, el convento o la calle. Siguen siendo las mismas. El matrimonio conserva su nombre. También puedes labrarte una carrera, dejando que absorba toda la energía emocional (igual que el convento). O puedes imitar la actitud masculina hacia el sexo y tener una sucesión de aventuras sin sentido y una vida de promiscuidad (o sea, la calle) y cobrar en orquídeas y citas para cenar en lugar de en dinero dejado sobre el tocador.

»Las mujeres solían ser felices si sus hombres eran buenos con ellas; y cuando envejecían, si a sus hijos les iba bien. Ahora son felices basándose en lo mismo. Siempre seguían a sus amantes en sus sueños, a la guerra o al trabajo, pero estaban lo bastante contentas en casa si tenían una ocupación y un mínimo de besos. Las anómalas, supongo, lo pasaban fatal, y por eso gritaban y empujaban, y acabaron por volcar el carro de manzanas para el resto de nosotras. —Se detuvo para encender un cigarrillo.

—Sin embargo, Lucia, aquí estamos, con el sol de la nueva era brillando sobre nosotras; ¿qué vamos a hacer al respecto?

—Pat, tomemos más café y un poco de mermelada. ¿Te sientes más tranquila, mi querida niña? ¿Pensar en el grueso de las mujeres te hace veros a Pete y a ti misma en proporción? Supongo que no, pero dale un par de años a la cosa.

»Las divorciadas parecen hacer tres cosas. Algunas optan por el celibato y el éxito en los negocios; lo segundo requiere casi siempre lo

primero, ya sabes, sencillamente porque la cantidad de vitalidad que almacena una mujer es limitada. La mayoría de las mujeres no pueden soportar el ritmo de una carrera y una gran aventura amorosa (o varias seguidas) gestionadas de manera simultánea. En cierto sentido, sin embargo, a las que hacen carrera les irá bien: ahorrarán dinero para su vejez y todo eso. Pero no tendrán hijos, de modo que el problema acaba con ellas. Esa es la clase número uno.

—Yo no pertenezco a esa clase, Lucia. Me alegro, o me siento afortunada, de poder hilar palabras y tener un empleo bien pagado, y de conseguir otros encargos aparte. Pero mi trabajo me importa un bledo salvo porque me permite una vida más lujosa que si fuera una oficinista en algún sitio y cobrara veinte a la semana.

—En este momento, Pat, estás en la clase dos y diría que vas de camino a la tres, donde estoy yo. En la clase dos se dice: «El amor se acabó, solo queda... tener aventuras por ahí». A juzgar por tu estado de ánimo antes del desayuno, planeas besar a tanta gente que olvidarás qué aspecto tenía tu marido. Es probable que eso te permita poner distancia con respecto a él; y te hará más bien que daño si sigues adelante con esa idea.

—Por supuesto, Lucia, los escrúpulos que quedan en una por la forma en que la educaron siguen ahí.

—Sí. Pero creo que la castidad se acabó, en realidad, cuando hicieron su aparición los anticonceptivos. Si no hay «consecuencias», ya no es importante. Las ideas de la gente, las cosas que dicen sobre los «líos amorosos», empiezan a cambiar mucho, y sus ideas van media generación por detrás de su conducta, de sus experimentos.

—De todas formas, Lucia, la idea de salir y conseguir cincuenta amantes no me seduce mucho. ¿Qué me quedará al final? Mis recuerdos, supongo. ¡Diablos! Es posible que la memoria les supusiera cierto consuelo a los victorianos, a juzgar por su poesía; pero no me siento capaz de verle el lado milagroso. Recordar que Peter me adoraba en 1923 me deja absolutamente fría en 1926. Tendré que cenar con alguien distinto a Pete esta noche, no importa que él dijera una vez que la cosa era hasta que la muerte nos separara.

—Lo sé. Al final llegarás a la clase tres: te casarás otra vez, Pat.

—¿Tú vas a casarte otra vez, Lucia?

—Claro que sí, cariño, dentro de un año más o menos. La inminencia de los treinta me hace creer en la probabilidad de mis cuarenta, y ¿crees que pienso ser una mujer agotada e irritable en una oficina de publicidad, que tiembla cada vez que contratan a un brillante redactor recién salido de la universidad y que debe mostrarse penosamente educada con un director creativo diez años más joven? Pues no.

—¿Te has enamorado?

El rostro sereno esbozó de repente una expresión melancólica.

—No. Después de Arch, nadie ha dado nunca la talla para mí. Oh, he experimentado, y he tenido amantes, no muchos: amantes ocasionales, mucho más interesados en sí mismos que en mí, siempre; los amantes fortuitos son así. Y se sentían heridos cuando yo no cumplía la promesa que entrañaba el color de mi pelo (en tu caso, Pat, sería la forma de tu boca), y es difícil saber qué decirles entre beso y beso. Podría haberme interesado por alguien de nuevo, supongo, si no hubiera estado siempre esperando a que Arch viniera a la ciudad. Ese es el tipo de cosas que no deberías hacer, pero que sin duda harás.

—¿Con quién te vas a casar?

—Puedes dedicarte a asaltar a cualquiera de mis hombres excepto a Sam.

—Pero no me parece guapo..., ¿y no es aburrido?

—Pensaba que iba a sorprenderte con esto. Tiene más sustancia (y me refiero tanto al carácter como al bolsillo) que cualquier otra persona que conozcamos. Ha dejado de preguntarse de qué va todo el asunto. Sabe que hay algunas cosas que sí quiere de este mundillo. Yo soy una de ellas.

—No puedo creer que vayas a casarte con él.

—Espera un año y verás. Salgamos a hacernos la manicura.

Tras la sesión de manicura, fui a la oficina y realicé una jornada entera de trabajo en una tarde. Sabía que si tenía un minuto para pensar en Peter me daría un ataque de histeria sobre la máquina de escribir; y la histeria, en las oficinas de publicidad de unos grandes almacenes, solo se permite a unas pocas clientas de éxito. Terminé a las cinco y tuve ganas de llamarlo. Pero ¿qué iba a decirle? «Podrías haberme llevado a desayunar, ¿no, Peter?» No tenía mucho sentido. Así que subí al salón de belleza y me hice un tratamiento facial antes de que cerraran.

Lucia iba a llevarme a una fiesta que se celebraba en honor de una mujer que había vuelto de Arabia y era la mayor autoridad mundial en canciones de amor árabes.

Las dos solíamos vestirnos juntas, abajo en su habitación, para poder hablar.

—Te has hecho un tratamiento facial, ¿verdad, Pat? El resultado es fantástico. He movido algunos hilos por ti esta tarde; he llamado a Ned para que traiga a Charlie. Puedes empezar tu carrera criminal con la joven generación de novelistas, si todavía tienes interés. ¿Lo tienes?

—No lo sé. Todavía me siento con el corazón hecho trizas, y ya que no puedo tener a Peter tan cerca como quisiera, prefiero que parezca que está muy lejos.

—La distancia media no es ni fu ni fa. Pasa como con las rosas de color rosa, ¿no? Bueno, inténtalo con Charlie. Tendrás posibilidades. Él

es de esos... Me interesará ver los fuegos artificiales, si realmente te decides a aprovechar algunas oportunidades. Hasta la fecha, solo has sido lo bastante guapa para que a los hombres que te he presentado no les haya importado demasiado el hecho de que estuvieras tan inerte como un cojín del sofá. Veo que has elegido el vestido rojo vivo.

Todavía no lo había estrenado; lo compré porque el color era divino. Pero era un pelín demasiado obvio que se trataba de un vestido que una se ponía para que la mirasen: ceñido en las caderas y con la espalda al aire.

Lucia llevaba uno dorado y abullonado que la hacía parecer un ángel, solo que más sofisticado.

Ned y Charlie aparecieron con una petaca con cóctel ya preparado. Ned era editor. Nunca me había prestado atención, pero el vestido rojo cambió la situación. Sin embargo, Lucia no tardó en absorberlo. Charlie resultó ser un joven rubio corriente, de mediana estatura, que habría tenido mejor aspecto si se hubiera dedicado a empuñar una raqueta de *squash*. Pero lucía su conciencia de éxito al igual que su muy perfecto esmoquin: de forma un poco ostentosa.

—Otra mujer con manos exquisitas —dijo en la segunda o tercera frase.

Y su quinta o sexta frase fue:

—Tus hombros podrían hacer que un hombre olvidara todas sus decepciones.

Luego fuimos a cenar al Ritz. Lucia se ocupaba de Ned, en voz baja, así que hablé con Charlie sobre sus libros. Por suerte los había leído, pero lo cierto era que leía un montón. Dije que eran conmovedores, y eso pareció agradarle. Hacía mucho tiempo que no intentaba complacer a nadie; con aquel hombre no costaba mucho.

Cuando llegamos a la fiesta, vimos a la mujer que lo sabía todo sobre las canciones de amor árabes, diez años demasiado mayor para resultar atractiva mientras las cantaba, pero aun así lo hacía.

Dejé que Charlie me llevara al piso de arriba en busca de bebidas. Hablaba de mujeres, y del amor, y de pillar al vuelo los irrepetibles momentos dorados a medida que llegaban, pues si no el champán se quedaba sin burbujas. Ese era el tenor general de la conversación, en cualquier caso. Dejé que me besara.

Era técnicamente un experto. Una sabe de esas cosas a partir del segundo curso de universidad. Dijo que hacía años que no se sentía tan estimulado. Seguramente era lo que siempre decía después. Pero aquello me divertía.

En el vestidor (Charlie y yo íbamos a dar un paseo en taxi por el parque, por supuesto «lejos de toda esta gente estúpida», según dijo), me encontré con Lucia, que se estaba pintando los labios.

—Oye —me dijo—, ¿de verdad quieres hacer esto? Charlie se

considera uno de los grandes amantes de la ciudad, y de momento lo veo perdidamente enamorado, pero ¿qué supone esto para ti?

—No sé si quiero. Pero no quiero no hacerlo.

Intenté pensar qué era lo que sí quería.

—Lucia, me gustaría ser más dura por dentro. Tratar de tomarme estas cosas como se supone que lo hacen los hombres, por la aventura, por la alegría del momento, tal vez por la calidez y la simpatía y la anestesia contra el sentimiento de estar tan sola. Sé que no lloraré por Charlie mañana por la mañana. No me importará lo suficiente. Maldita sea, y por nada del mundo voy a llorar con este maquillaje recién puesto... Lucia, podría ser divertido...

—Está bien, pues no llores. Quédate aquí un momento; más vale que lo hagas esperar un poco. Mejor coge mi abrigo, es más calentito que el tuyo, y el dorado queda bien con tu vestido. Y he aquí mi última protesta, porque de todos modos me estoy comportando contigo como una tía solterona... Pat, ¿eres capaz de largarte con este joven novelista malcriado, recordando que pasaste la noche pasada con Peter?

—Sí, porque si este tal Charlie puede hacerme sentir que lo de anoche fue hace un mes, o incluso una semana, le enviaré gardenias.

—Termina tu cigarrillo y vete corriendo. Y si de verdad puedes adoptar la supuesta actitud masculina hacia el sexo, tienes toda Nueva York para consolarte por Peter; dispondrás de Nueva York en préstamo a corto plazo mientras tengas el aspecto y la ropa para ello. Aunque apuesto a que no podrás; no muchas mujeres lo consiguen.

Charlie se paseaba arriba y abajo tomándose un whisky con soda a grandes tragos. Fuimos a pasear por el parque. Reconocí un par de cosas que había utilizado en sus libros entre lo que dijo, pero se mostró agradablemente halagador, y no tan engreído como para insinuar gratitud, ni siquiera sorpresa, ante mi conformidad.

Fuimos a mi piso. No se apresuró.

—Qué extraña carita de flor tienes, con una boca de Mona Lisa —dijo.

Yo quería que me besara y dejara de hablar. Él no lo sabía, pero era posible que me hiciera algún bien. Seguía recordando a Peter paseándose arriba y abajo la noche anterior, y quería exorcizar deprisa aquel fantasma.

Al final, Charlie me besó.

Se fue cuando empezaba a amanecer. Me dormí.

Por la mañana, Lucia y yo desayunamos juntas a toda prisa. No me hizo preguntas, sino que habló de ir al circo esa noche con dos hombres del *Tribune*.

—A menos que tu nuevo novio te lleve a algún sitio, Patricia.

—Se va de la ciudad esta tarde, Lucia. De haberlo sabido, no habría sido tan imprudente anoche.

—Cómo está madurando mi protegida —comentó ella.

Caminamos un rato juntas por la avenida, riéndonos de las cosas bajo el sol primaveral. Luego seguí sola. No me sentía ni feliz ni desdichada. Lo de Peter parecía haber pasado en un tiempo confortablemente remoto. Me puse a pensar en cómo escribir el anuncio de la venta de sombreros para después de Pascua.

Capítulo 7

Cuando Charlie regresó a Nueva York, le dije que estaba muy ocupada las tres veces que me llamó por teléfono.

Después de eso, cuando de vez en cuando nos encontrábamos en las fiestas, nos sonreíamos al cruzarnos en la senda hacia territorios aún inexplorados. Varios sucesores de Charlie siguieron el mismo camino durante unas semanas que pasaron tan rápidamente como los estados de ánimo.

En cuanto a esos estados de ánimo, a veces sentía angustia por Peter, y aunque disminuía, era más amarga porque con ella disminuía también la esperanza de recuperarlo; o cansancio, cuando el esfuerzo de trabajar, vestirse o pensar en cosas que decirle a la gente era menor que el esfuerzo necesario para afrontar una tarde o un día a solas. Otras veces me sentía alegre, cuando Nueva York era puro glamur, desde el sudor selvático de los salones de baile de Harlem hasta las frías luces de los barcos más allá de Battery, que se vislumbraban desde el coche al recorrer al amanecer las vacías y resonantes calles del centro. O en ocasiones experimentaba calma, cuando entre mí misma y cualquier dolor se interponía una dulce sensación de irrealidad, y la gente y los sucesos de los días abarrotados eran gente y sucesos de un sueño sin importancia, y toda mi vida con Peter semejaba un sueño que se desvanecía, que se volvía tan remoto como el recuerdo de las puestas de sol sobre las marismas nevadas que contemplaba de niña a través de una ventana.

Había hombres en mi vida. De tanto en tanto, su deseo era suficiente para romper la defensa de mi indiferencia, y cuando eso ocurría, ni me alegraba ni lo lamentaba mucho. Confiaba en despertar alguna vez y descubrir que había dormido junto a un amante y un amigo, pero dormía para despertar junto a un extraño exigente, triunfal o exasperado, o tal vez tan aburrido y cortés como yo.

Pasó la primavera y escribí anuncios sobre ropa que lucir en las vacaciones; compré algunas de esas prendas y me fui con Lucia dos semanas a Maine: pasé esos días nadando y durmiendo, y sintiéndome

sana y lo bastante cómoda como para estar tumbada en la arena al sol, sin pensar.

El calor del verano envolvía Nueva York como una niebla. Ataviada con vestidos de seda estampados, que luego metía en un cesto, húmedos y arrugados y polvorientos, para llevarlos a la tintorería al final de cada día, escribía anuncios sobre ropa para la playa y las rebajas de pieles de agosto. Lucia y yo, con vestidos de chifón floreado y bailarinas de colores pastel, acudíamos juntas a bailes en las azoteas de los hoteles o a cenar a los bares de carretera de Long Island.

Un día, el boceto de un buceador que me había dibujado un artista para ilustrar un anuncio de trajes de baño masculinos me hizo recordar, de repente y de forma muy vívida, la ocasión, dos veranos atrás, en que sentada en el borde de una balsa balanceaba las piernas y veía cómo Pete se zambullía de cabeza. Entonces decidí llamarlo por teléfono.

—Hola, Pat. ¿Me llamas por algo en especial?

—Solo pensé que igual se te ocurría algún sitio bonito donde llevarme a cenar.

—No hay ningún sitio bonito, que yo sepa. Estoy bastante ocupado esta semana. ¿Qué tal si te llamo el lunes o el martes?

—De acuerdo. Estaría bien.

No llamó.

Una noche, en la azotea del Bossert, con vistas al puerto, Lucia y yo vimos a Pete y Judith bailando. Nosotras no bailábamos; estábamos sentadas con Sam y otro banquero un poco gordo, amigo suyo. Las dos nos sentíamos muy cansadas y en baja forma, y nos limitábamos a decir cosas brillantes aquí y allá para entretener a los banqueros mientras dábamos sorbitos a nuestras bebidas frías, y la mayor parte del tiempo los dejábamos hablar sobre quiénes iban a emitir préstamos para hacer frente a los pagos de las reparaciones alemanas.

Lucia se fijó primero en Judith y me preguntó si era Peter quien estaba con ella. Le dije que sí y, durante un instante, sentí unos celos tremendos de Judith, que parecía contenta y bailaba con gracia y a la vez con actitud cariñosa; pero luego se me pasó y no volví a mirarlos, y me limité a saludarlos con la cabeza cuando pasamos junto a su mesa al marcharnos, y me pareció que Peter tenía un aspecto más bien paliducho y cansado.

La semana siguiente me encontré con Judith delante de la biblioteca, a mediodía. Hacía bastante fresco, y yo lo celebraba luciendo una estola de zorro plateado que era mi extravagancia más reciente y más querida. Cómo no, la había comprado al por mayor, pero incluso así todavía debería pagarla durante tres meses más. Lo primero que sentí al ver a Judith fue alivio por haberme puesto aquella magnífica estola, porque no podía soportar encontrarme con ella si no

llevaba la ropa más bonita que tuviera. A Judith le sentaba muy bien su propio atuendo. Examiné el resto de lo que yo llevaba puesto, y lo comparé en cuanto a elegancia con la ropa de ella (las dos dábamos la talla con nuestros estampados vestidos importados, aunque el mío era una copia de un Vionnet reciente, y el suyo de un Chanel de principios de primavera; mi amplia pamela negra era de una paja tan fina como la suya, y coincidíamos hasta en las bailarinas, que eran de hecho el mismo modelo) antes de darme cuenta de que todo aquello resultaba bastante divertido.

—Hola —me saludó—, ¿adónde vas?

—A almorzar —contesté—, ¿y tú?

—Sí, yo también —repuso—. ¿Te apetece comer conmigo?

—Me encantaría —respondí.

Fuimos al salón de té Vanity Fair, en la calle Cuarenta.

Se quitó el sombrero en cuanto se hubo sentado, diciendo que hacía calor. Me di cuenta de que tenía una lámpara sobre la cabeza y recordé lo que Lucia había dicho sobre que Judith nunca perdía la oportunidad de que la luz hiciera brillar su cabello castaño.

Entonces comprendí que me estaba comportando como una estúpida. Pues claro que vestía con elegancia, al igual que yo. No era tan guapa como yo, pero por lo que sabía bien podía ser más lista, tener mejor carácter, etcétera. Sin embargo, como se interponía en mi camino con Peter, no podía pensar en ella, ni valorarla ni juzgarla, con calma y ecuanimidad.

Dejé de esforzarme por mostrarme civilizada, pedí una macedonia de frutas y me pregunté si yo le provocaría los mismos sentimientos que ella a mí o si, como yo representaba el pasado de Peter y ella su presente, podía distanciarse y contemplarme como si solo fuera una especie de reliquia.

Hablamos del calor que había hecho y de cómo sería la ropa para el otoño, y sobre dónde habíamos pasado las vacaciones. Mencionó a Peter ella primero, cuando ya estábamos en la fase del café helado y el sorbete.

Para ser exactos, no lo mencionó, sino que se refirió a él de forma indirecta.

—Supongo que te divorciarás este otoño, Patricia.

—Oh, pues no lo sé. No tengo prisa.

Vaciló. No la ayudé, de modo que generalizó.

—No tiene mucho sentido aguantar cuando un hombre ha dado por zanjada una relación.

Reflexioné durante un instante. Judith no me conocía lo suficiente como para entrar en el terreno de lo personal. Yo podía cambiar de tema y entonces no le sería posible volver a él. Pero si la dejaba continuar, quizá averiguaría cómo andaban las cosas entre Peter y ella.

No sabía de qué podía servirme eso, si es que me servía de algo. Aun así... le di un sorbo a mi café helado y finalmente le pregunté:

—¿Cómo sabes que Pete da por zanjada su relación conmigo, Judith?

—Lleváis separados casi seis meses, ¿no?

—Sí.

—¿Sabías que Pete va a alquilar un piso a primeros de septiembre?

—¿Él solo?

—Él y yo viviremos en apartamentos contiguos en una casa de la calle Diez Este.

Tenía coraje, o bien estaba desesperada, ¿cuál de las dos cosas?

—Pues qué bien para ambos.

Lo intentó de nuevo.

—Patricia, no trato de ser maliciosa. Quiero decir que me pareció que tú y yo estaríamos mejor si hablábamos de esto.

—¿De qué? ¿De dónde vivís? Eso es asunto vuestro, Judith.

—Sabes muy bien que Pete y yo estamos enamorados.

—No sé de qué me hablas.

Pero ¿por qué debería mostrarme desagradable? Ella estaba haciendo que una parte de mí sufriera por Peter como no había sufrido en meses, pero también era posible que no lo supiera. Y estaba siendo sincera, hasta cierto punto; sincera acerca de ella, y optimista con respecto a Peter, probablemente. Bueno, yo también era optimista respecto a Peter, con menos razón hoy en día que ella.

—¿Me estás pidiendo que me aparte de tu camino, Judith?

—Sí.

—¿Por qué debería hacerlo?

—¿Por qué no? De todas formas, Pete nunca volverá contigo.

—No estoy tan segura de eso.

Su expresión fue de repentina preocupación.

Y, al mismo tiempo, lo lamenté por ella y por mí. Ella estaba jugando sus cartas y yo las mías, ¿qué diferencia había?

—Oye, Judith, yo también sigo loca por Pete.

—Oh. Vaya, creía que lo estabas superando. Sales mucho por ahí.

—Eso no significa nada —repuse—. Judith, Pete no te ha pedido que te cases con él; solo crees que podría hacerlo si se divorciara.

—De acuerdo, digámoslo así.

Estábamos dando vueltas y vueltas al asunto, y me sentía cada vez peor. Mejor poner fin a aquello.

—Ya no sé por qué quiero que Pete vuelva, pero quiero que lo haga. Me divorciaré de él si me lo pide y cuando me lo pida; hace meses que tenemos ese acuerdo. Hasta entonces, procuraré ganar tiempo.

—Eso es todo, entonces.

Recogió sus guantes. Estaba un poco compungida, casi como si

hubiera chocado con alguien que pasa por una puerta.

—Lo siento, Judith. Pero al fin y al cabo yo no irrumpí en tu vida, sino que lo hiciste tú en la mía.

—No, en la tuya no. Irrumpí en la de Hilda.

Eso era pura casuística, pero a lo mejor se lo creía, de modo que lo dejé pasar.

Recorrimos juntas la avenida, hablando otra vez de ropa, y la dejé en la puerta de los almacenes Franklin Simon. Después se me ocurrió que había sido una conversación curiosa.

En su momento me pareció bastante natural.

Capítulo 8

Era un sábado de septiembre, y las siete y media de la tarde, y mi cumpleaños. Me acordaba de todo eso. Era más fácil recordarlo que pensar en qué dirección se curvaban las escaleras.

Kenneth había organizado un cóctel en mi honor. Yo había vuelto a casa en autobús para que me diera un poco el aire y ahora tenía que vestirme para una cena tardía con Bill. Suponía tan solo una pausa en una jornada de beber en serio. Antes de vestirme, iba a contarle a Lucia lo que sentía al ser yo. Ella no había podido ir al cóctel: tenía que acompañar a Sam a algún sitio. Sam se estaba convirtiendo en un elemento constante. Qué pena. Lucia debería casarse con alguien que se pareciera más a Apolo que Sam. Pero ya lo había hecho una vez: Arch se parecía bastante a Apolo. Muchas otras mujeres además de Lucia también lo habían creído, por lo que decían todos.

Bueno, ese era el último tramo de escaleras. Me pisé el dobladillo del vestido, logré volver a sacar el pie de algún modo y di contra la puerta de Lucia. Se abrió, así que entré. Estaba tumbada leyendo. Se incorporó y se echó a reír.

—Patricia, querida, ¡menuda cogorza!

—Estaba celebrando..., celebrando que he cumplido veinticinco años. Siéntate y te cuento.

—¿Quieres algún remedio para la resaca?

—No. Quiero hablar.

—De acuerdo. ¿Qué se siente al tener veinticinco años? Se me ha olvidado.

—Tú lo superaste, y espero hacerlo yo también, dame tiempo. Ya superé los veinte. Lucia, algún día, me guste o no, tendré treinta y cinco.

—Entonces podrás sentar la cabeza y dejar que se te ensanchen las caderas.

—No puedo comer tanto ahora con veinticinco como cuando tenía veinte. Antes almorzaba hamburguesas de pollo y pastel con varias capas de chocolate. Ahora como ensalada de endibias; supongo que esa es la mayor diferencia.

—¿Qué otras más hay, Pat?

—Soy igual de guapa y estoy más delgada, y desde luego me sienta mejor la ropa. Solía llevar pamelas con flores y Pete me decía que me veía candorosa. Solía ser una chica ingenua, pero ahora, gracias a Dios, ya no lo soy. ¿Es gracioso eso, Lucia, o estoy borracha?

—Ambas cosas —contestó educadamente—. Continúa.

—Oh, sí, cuando tenía veinte años, soñé con tener un gran romance, un gran amor. Bueno, pues lo tuve, ¿no? ¿Y a que me casé con él?

—Habla de otra cosa, Pat. ¿Qué regalos te han hecho?

—Los hombres solían traerme violetas y ahora me regalan whisky escocés. El licor no es un obsequio para una mujer, solo una inversión en ella. El gran romance que tuve…

—Madre mía —exclamó Lucia—. Bueno, si no queda otra, cuéntamelo. ¿Qué pasa con él?

—Mi gran romance fue… Pasión, recuerdo, polvo… Ay, Lucia, tengo un ramalazo literario… Eso es de Galsworthy. ¿No es curioso que mi gran amor se cansara tanto de mí? De haber sabido tantas cosas a los veinte como a los veinticinco, quizá podría haberlo conservado, ¿no crees? Nunca tendré otro romance igual, otro gran amor como él, Peter…

—He ahí la eterna misericordia del Señor, espero —dijo Lucia.

—Sí, otro gran romance sería mi muerte. Una tiene la misma sensación, o casi, con cuatro *manhattans* si son buenos, y si no lo son, siempre puedes comprobar qué efecto tendrán cinco. La resaca de *manhattan* es más corta que la de los romances…

—Cuéntame más sobre los *manhattans* —pidió Lucia.

—Qué buenos son los *manhattans*. Nunca te convertirán en una «dama que hace su entrada en la sala precedida por su diafragma», y tampoco si los combinas con pan y pasteles. La forma en que una debe considerar su gran romance es…

—Madre santa —susurró Lucia.

—Es magnífico superarlo de joven. Y nadie se ha cansado de mí desde entonces. Yo me canso primero. En un par de ocasiones me he cansado después de solo una cita, pero eso es adecuado, ¿no, Lucia?

—Completamente adecuado, querida.

—El aire es una de esas cosas que supone mayor bendición dar que recibir. También el Señor nos da y el Señor nos quita romances más pequeños y menos problemáticos. Lucia, he ahí una ventaja bíblica que tengo.

—Estupendo. ¿Y qué quieres, ahora que tienes veinticinco años?

—No lo sé. Pero nunca supe qué quería, excepto a Peter, y bien poca ayuda que fue eso para mí, ¿no? Supongo que quiero ganar ocho mil dólares el año que viene e invertir en un par de bonos para mi vejez.

—Es más probable que te compres tres abrigos de piel, Pat.

—Es posible. De todos modos no ganaré ocho mil, soy demasiado vaga para trabajar tanto por mi cuenta. Ganaré unos seis mil y gastaré unos siete. Ah, se me olvidaba. Cuando tenía veinte años quería escribir, y ahora redacto textos de moda.

—¿Has logrado todo lo demás que te propusiste en la vida así como así, Pat?

—Diablos, no, pero soy «banalitaria», así que no importa. Yo soy banal, tú eres banal, nosotras somos banales, ellos son más banales. Pero lo pasamos bien, nosotras dos. No nos aburrimos tanto como para tener que hablar de sexo.

—No empieces a hablar de sexo ahora.

—Claro que no, para qué hablar de eso, mejor aguantarlo con alegría.

—Como una mujercita valiente —añadió Lucia.

—Me siento terriblemente mareada, Lucia. Oye, ¿tú crees que me voy a pasar toda la vida esperando a Peter, cuando tenga veinticinco, treinta y cinco y cuarenta, Lucia? Es tan largo...

—Déjalo, cariño. Piensa en otra cosa, rápido. Mira el periódico. Aquí viene un gráfico. Mira qué bonita foto de la divorciada más vieja del estado de Nueva York. (Apuesto a que es un fotomontaje: es probable que hayan usado las piernas de su nieta.) Mira, ¿lo ves? Tienes mucho tiempo por delante. Es posible que aún te entusiasme lo de ser una divorciada.

—Qué vieja es, Lucia. Pobrecita, ¿tú crees que se habrá pillado una cogorza alguna vez en su vida? Ay, Lucia, piensa en todas las viejas que nunca habrán cogido una buena melopea, pobres...

—Piensa en todas las mujeres de mediana edad que nunca lo habrán hecho, en todas las feministas, Pat.

—Qué pocas, Lucia, qué lamentablemente pocas, habrán conocido alguna vez esa hermosa sensación de que las esferas se mecen, hacia el final de una noche de mucho empinar el codo..., cuando una podría caer redonda, o reírse ruidosamente de cosas absurdas que se le ocurran..., pero ellas no hacen ninguna de las dos cosas, sino que se limitan a respirar pausadamente y a seguir hablando en voz baja sobre los orígenes del sentimiento anti Ku Klux Klan en el Sur, o algún tema por el estilo..., y se sienten a punto de saber lo que realmente piensan sobre todas las cosas. Qué pocas, qué triste que sean tan pocas... Ay, Lucia, la nueva libertad para las mujeres llegó demasiado tarde para salvar la vieja taberna.

Capítulo 9

En Nueva York, octubre es el mes más agradable del año. Los días frescos se suceden *in crescendo*, como los estados de ánimo en la convalecencia tras la fiebre. El aire es tan claro que las siluetas de los edificios altos se recortan contra el cielo, nítidas y limpias como trazos en pinturas chinas.

En los días soleados, la calidez de las pieles y los trajes de tweed de invierno suponen un lujo escandaloso, y en la Quinta Avenida pende una fragancia mezcla de esas pieles y tweeds con botoniers y guantes de cuero nuevos y perfume francés, y nunca faltan el olor subyacente de la gasolina ni el aroma de los vapores ahumados del whisky escocés.

Las noches brillan con la inminencia de cosas a punto de ocurrir: muchos estrenos en los teatros, multitud de fiestas en honor de la gente que regresa de París con historias alegres o ridículas sobre todos los que estaban allí.

Una puede vivir todo octubre y no ver nunca las hojas de otoño teñidas de escarlata, excepto como centros de mesa en los salones de té. Sin embargo, de las hogueras que los chiquillos encienden al anochecer en las calles oscuras, a base de tres duelas de tonel y un cajón de madera, emana cierto olor acre que evoca el de las hojas de otoño amontonadas en el cuidado césped de las casas de las afueras.

Iba al gimnasio casi todas las tardes, entre las cinco y media y la hora de cenar, porque el ejercicio me ayudaba a tener la cabeza despejada para escribir durante el día y un aspecto más fresco por la noche. El gimnasio tenía una pista de atletismo en la azotea. Allí, corriendo en círculos, contemplando la vista de los letreros luminosos de Broadway, o pensando que quien inventó la sudadera no tenía el menor sentido del diseño, o simplemente contando las doce vueltas necesarias para cubrir cada kilómetro, y debatiendo con indolencia si mostrarme enérgica y llegar a los cinco mil metros o perezosa y quedarme en los tres mil, me sentía de lo más satisfecha. Mis pies arrancaban un sonido repetitivo a la pista de tablas de madera. Era una ocupación sencilla pero absorbente.

Esa sensación de correr, de haber estado haciéndolo sin parar hasta quedarme sin aliento, y de que sin embargo debía seguir corriendo para siempre, parecía resumir mi vida. Corría durante el día, haciéndome pasar por una joven y eficiente mujer de negocios, y durante la noche, interpretando el papel de una joven y sofisticada mujer de ciudad. Siempre huyendo del recuerdo de Peter, daba igual si corría hacia algo o hacia nada.

—Eres todo un éxito —comentó Lucia un día—. De cada cinco veces que suena el teléfono ahora, tres son para ti. Has resultado ser una ex de clase A.

Y en efecto era una separada de clase A: tiene atractivo sexual, viste bien, parece joven, baila bien, puede hacer bromas y es autosuficiente. Deja hablar a un hombre. No es una cazafortunas, excepto cuando se trata de otra ronda de licores después de la cena. Nunca se desmaya, ni se pone nerviosa, ni enferma. No es vulnerable a la actitud de «te deseo, cuánto te deseo», pero es probable que sucumba una vez a «ten compasión de mí, llevo una vida solitaria» con cualquier hombre.

Tres hombres llegaron a ser fijos entre los transeúntes fortuitos.

El primero fue Nathaniel.

En un té multitudinario y absurdo, ofrecido por una mujer de la agencia para la que Lucia escribía textos, me fijé en un joven alto que deambulaba con pinta de querer estar en otra parte. Yo también deseaba estar en otra parte. La sala estaba abarrotada y hacía calor, y todo el mundo hablaba en la jerga publicitaria. Finalmente alguien me presentó al joven alto, y reconocí su apellido porque figuraba con frecuencia en los carteles de los rascacielos en construcción.

—No hace falta que hables —me dijo—. Pareces un dibujo de Étienne Drian.

Fue un comentario tan bonito por su parte que intenté hablar de la forma más divertida posible. Pero él seguía con cara de querer estar en otro sitio, así que al final le pregunté qué hacía en aquel té.

Me explicó que su padre era cliente de la agencia, me preguntó cómo había llegado allí y le expliqué que era amiga de Lucia, que a su vez era amiga de la anfitriona.

—Lucia —me dijo— es guapísima, pero tiene un aspecto avejentado. No tiene tu evidente lozanía.

«Lozanía» era un término que de un tiempo a esa parte no se utilizaba mucho en relación a mí. Lo cierto es que me dejó algo sorprendida, si bien complacida.

—Tomemos un taxi —propuso— y demos una vuelta a la ciudad. Detesto las habitaciones calurosas y llenas de humo.

Como era un joven de aspecto tan agradable, y no tenía nada que hacer hasta las ocho, me fui con él.

Con «una vuelta» a la ciudad había querido decir literalmente eso: desde West Street, junto a los muelles, hasta Battery, y hacia la parte alta en el otro extremo del East Side, donde se veían retazos de río en los extremos de las calles.

Me pareció la persona más «lozana» que había visto en meses. Tenía un cabello castaño que habría sido un desorden de rizos de no haberlo llevado tan corto, unos ojos grises alegres y muy abiertos, una boca curiosamente delicada y una buena barbilla, y lucía un bonito traje de rayas y una corbata que no me gustaba. Se le notaba que el toque de vagabundo eran un pelín estudiado. Para compensar, tenía unas manos enormes, musculosas y bien formadas.

Era divertido. Hablaba sobre las formas, los colores y los sabores de las cosas. En media hora supe que sentía más pasión por la belleza que nadie que hubiera conocido: una suerte de pasión impersonal por la línea, la forma y el tono. Hablaba de los cascos curvos de los barcos, recuerdo, con una calidez que había captado en las voces de otros hombres cuando, ante una copa de vino, recordaban a alguna mujer a la que habían amado mucho.

Yo había decidido ya que ese tal Nathaniel era de lo más atractivo, cuando de repente se quitó el sombrero, se inclinó, me besó en la comisura de los labios, me soltó al instante y, sin un respiro, anunció:

—Besas muy mal. No volveré a besarte.

Me eché a reír sin parar. Él se avergonzó; se ruborizó de lo lindo; yo seguía riendo. Cuando pude respirar, le pregunté:

—¿Siempre sueltas ese discurso?

—Te lo contaré alguna vez —contestó—. Hay una maravillosa exposición de pintores franceses modernos en la galería Dudensing. ¿Mañana podrías salir de tu oficina un poco antes para ir a verla?

—Me encantaría —le dije.

Meses después me contó lo del discurso en el taxi.

El día antes de conocerme, su compañero de cuarto en la universidad se había burlado de él por no tener una «pose» ante las mujeres, y le había recomendado besarlas antes de que pasara una hora de haberlas conocido, decirles que lo hacían fatal y comprobar cómo demostraban hasta qué punto era errónea esa afirmación. Nat dijo que le había parecido que el discurso serviría también para indicar que era enormemente sofisticado, y que así podría seguir llevando a las mujeres a galerías de arte y restaurantes rusos sin preocuparse más por sus personalidades.

Sin embargo, como yo no reaccioné como esperaba, eliminó la frase de su repertorio.

Cuando por fin me explicó lo de «besas muy mal», yo ya sabía muchas otras cosas sobre él. Era el único hijo superviviente de un hombre que había pasado de pequeñas contratas de obras a la

construcción de rascacielos, y de vivir de alquiler en la calle Allen a una residencia en la Sesenta Este, en el transcurso de veinticinco años más o menos.

Cuando Nat tenía veinte años, su hermano mayor había muerto en un accidente de automóvil, al que la corista que lo acompañaba aportó un toque de champán y escándalo.

De la noche a la mañana, el padre se volvió canoso, se culpó por haber permitido que el muchacho gastara demasiado dinero y, acto seguido, se trajo a Nat de la universidad, lo puso a trabajar, le asignó cincuenta dólares a la semana, le abrió una cuenta en una sastrería y le dio lecciones a intervalos sobre los males de la bebida y las mujeres.

Muy de tarde en tarde, el viejo celebraba juergas gigantescas por su cuenta, encerrándose en la biblioteca con media caja de whisky que había reunido su difunta esposa y llamando por teléfono para que le dejaran la comida fuera en bandejas. Cuando Nat y el médico de la familia entraban por la fuerza al segundo o tercer día, solían encontrarse a un hombre hosco y silencioso, que sostenía en las manos retorcidas y temblorosas una copa de plata que su hijo muerto había ganado al tenis, o alguna carta informal que el muchacho le había escrito para hablarle de fútbol americano y la necesidad de aumentar su asignación.

Cuando Nat dejó la universidad a instancias de su progenitor y volvió a casa, con ocasión del muy cacareado fallecimiento de su hermano, el médico de su padre le había dicho que era probable que el viejo muriera repentinamente de una enfermedad cardíaca, y que podía pasar en cualquier momento o tal vez no antes de veinte años, dependiendo sobre todo de si sufría algún otro sobresalto. No debían irritarlo ni llevarle la contraria en nada.

Así que Nathaniel sonreía con su sueldo de cincuenta dólares que nunca le aumentaban, cargaba ropa con despreocupación en la cuenta del sastre abierta para él y arrojó por la borda sus ideas de estudiar arquitectura en París. Deseaba viajar, ver cuadros en Florencia, escuchar a Wagner en Bayreuth, sentir los refulgentes rayos de sol al incidir en las pirámides, pero nunca se había alejado de Nueva York más allá de la casa de campo de su padre en Long Island.

Me llevó a exposiciones de arte, a conciertos y más conciertos, a cervecerías donde el Kapellmeister alternaba la hilaridad de «Ei, du schöne Schnitzelbank» con el patetismo de «Nur eine Nacht». Me llevó al único restaurante chino de la calle Pell, donde el chef había recibido formación para cocinar para un mandarín. Hizo que nos desviáramos diez manzanas de camino a una cena para enseñarme el diseño de las puertas de hierro forjado de un edificio nuevo en Madison Avenue. Y me llevaba al Lido y al Montmartre a bailar, y al restaurante Pierre a comer, y a bares clandestinos donde él, que nunca había visto Francia,

humedecía las etiquetas de las botellas de coñac con la esperanza de encontrar la marca de agua de Hennessy.

Una vez me habló de mujeres en estos términos:

—Patricia, soy consciente de poseer una virtud muy pasada de moda.

—¿A qué te refieres con «una virtud muy pasada de moda»?

—Soy poco sexual o algo parecido. Las mujeres no me interesan lo más mínimo. Prefiero acostarme solo a las diez de la noche del sábado, para poder levantarme a las seis del domingo y salir a cabalgar por Westchester, que pasar la noche en brazos de cualquier mujer que haya visto. ¿Crees que me pasa algo? ¿Debería tratar de conquistar a alguna modelo sofisticada de Central Park Oeste, con mi asignación de cincuenta a la semana, para demostrar que soy viril?

—No, para qué, a menos que te apetezca... Pero ¿por qué pasas tanto tiempo conmigo si no te gustan las mujeres?

—No pienso en ti como mujer. Eres atractiva, como un cachorro de collie de buena raza... y además te ríes de las cosas y te gusta ver pinturas.

—Menudo consuelo eres, Nathaniel.

Y lo era; solía hacer que me sintiera en paz. Rara vez me irritaba con su costumbre de apartar la mirada de las emociones, los deseos y los conflictos de la gente. Siempre pasaba por alto la fealdad de los transeúntes para centrarse en mejores vistas, como alguna torre oscura que se alzara contra un fondo de nubes dispersas.

Sin embargo, era el único cristiano practicante que conocía. Descubrí por casualidad, al cabo de mucho tiempo de conocerlo, que muchas semanas la mitad de los cincuenta dólares, que era casi todo lo que tenía permitido manejar de la fortuna de su padre, iba a parar a un viejo chófer de la familia que se había quedado medio ciego por beber alcohol de quemar.

A Nat le parecía muy gracioso ser el heredero pobre de un par de millones.

Antes he dicho que cincuenta dólares a la semana era casi cuanto tenía. Además de eso, el médico de la familia le daba de vez en cuando cien más, una cantidad que añadía a la factura del padre de Nat. El médico le había sugerido ese método, considerándolo preferible a poner en peligro el corazón de su padre si le montaba escenas por el dinero. Así, cuando Nat deseaba un grabado de Anders Zorn o algo por el estilo, conseguía el dinero a través del médico.

Nat trabajaba en el negocio de la construcción de rascacielos de nueve a cinco, gestionando toneladas de acero y ladrillos, mientras soñaba con rascacielos de cristal y azulejos de colores, con terrazas para que Nueva York pareciera una versión más alta de los jardines colgantes de Babilonia.

Nunca me preguntó a qué dedicaba las veladas cuando no estaba con él. Yo sospechaba que prefería no saberlo.

También estaba Kenneth.

Un día, almorzando en el Algonquin con Lucia, me quedé mirando la nuca del hombre de la mesa contigua y me pregunté por qué me recordaba a Boston y a mi medio olvidado primo Roger, que se había ido a la guerra y a la muerte con la 26.ª División de Infantería. El hombre de la mesa contigua tenía el pelo más dorado que había visto en mi vida. El pelo de Roger había sido muy oscuro.

Roger fue el primer hombre al que amé, supongo. Estaba en la Facultad de Derecho de Harvard cuando yo cursaba el primer año en Radcliffe. Quería ser abogado y luego estadista, porque, según decía, Estados Unidos necesitaba más estadistas y menos políticos. Yo estaba segura de que se convertiría en lo que quisiera, porque era muy guapo.

Cuando se fue a Plattsburg, hice un curso de Principios de Gobierno, para poder ayudarlo cuando fuera un estadista. Me había dicho, alegremente, que se casaría conmigo después de la guerra si le prometía crecer bien mientras él estuviera fuera.

La 26.ª División partió desde Framingham, y conduje hasta allí sola un lluvioso amanecer de agosto, con mi mejor vestido de organdí de color rosa bajo el impermeable, para despedirme de él.

Yo tenía dieciséis años.

Me besó delante de un batallón entero. Nunca me habían besado antes, y me hizo sentir muy orgullosa, y preocupadísima por si la lluvia empapaba por completo el vestido de organdí (había dejado el impermeable en el coche, cómo no) y no me veía guapa. Me besó otra vez cuando pasaba con su compañía hacia el tren, y después ya no pude ver a ninguno de los soldados que desfilaban porque la lluvia arreciaba en mi cara y se mezclaba con las lágrimas.

Lo mataron en Château-Thierry. Llevaba años sin pensar en él, excepto en algún instante, cuando me llegaba inesperadamente la fragancia de las rosas de té; me hacía recordarlo porque justo estaba abriendo una caja de rosas de té, que me había enviado para lucirlas en el baile de oficiales de una noche de sábado en Ayer, cuando llegó el mensaje telefónico de que había muerto.

—¿De qué te estás acordando? —quiso saber Lucia.

Y volví al hotel Algonquin y a los huevos Benedict en mi plato, y a la vista de la Mesa Redonda, que ya había dejado atrás sus mejores días, y al hombre de cabellos dorados sentado entre ella y yo.

Le conté a Lucia lo de Roger, y luego hablamos sobre Boston y Portland, Maine, donde ella había nacido, y estuvimos de acuerdo en que no podríamos volver a vivir en ninguno de esos dos lugares, al menos mientras fuéramos jóvenes, pese a que ambas eran ciudades

agradables. Y Lucia dijo que Nueva York es una cárcel donde, una vez entre rejas, cumples cadena perpetua; pero es una cárcel tan bien amueblada que no te importa gran cosa estar ahí.

De tanto en tanto, seguía mirando al hombre del cabello dorado. Cuando se levantó, lo reconocí. Roger lo había traído a bañarse un fin de semana a Cape Cod, durante uno de sus últimos permisos. Se llamaba Kenneth y vivía en Springfield, Massachusetts. Mi tía había conocido a su madrastra y eso contribuyó a que el joven le agradara.

Aquel fin de semana me había parecido que su cabello dorado brillaba de un modo maravilloso cuando le daba el sol, pero también que el tono oscuro del pelo de Roger era en realidad más distinguido, y que Roger era más guapo en general, y llegué a desear que aquel hombre se marchara para que Roger tuviera más tiempo para hablar conmigo.

En la mesa de al lado, Kenneth me miró; luego se levantó y se puso a hablar con alguien un momento.

Había sabido de él desde la guerra. Mi tía nos había contado algunas cosas, como la historia de que se casó con una bailarina de vodevil y luego se fue a Hollywood para ser director de fotografía, para gran disgusto de su familia, que quería que ejerciera de abogado en el bufete de su padre en Springfield. Habían renegado de él con gran formalidad.

Se dio la vuelta para marcharse y volvió a mirarme. Era muy alto y estaba muy flaco. Tenía unos ojos de un azul nomeolvides, como los de un niño, que producían un extraño contraste en un rostro tan demacrado. No se acordaría de mí, por supuesto.

Pero sí, me recordaba.

Se acercó y me dijo:

—Tú antes eras una niña con un bañador escarlata; Roger llevó consigo media docena de fotos tuyas durante toda la guerra.

Nunca lo supe.

—Tú eres Kenneth —dije, y le presenté a Lucia.

Se sentó con nosotras.

En cierta ocasión me leyó tres líneas de Galsworthy, de *La Saga de los Forsyte*. Eran las siguientes: «Todos estamos condenados a muerte. Jolyon, cuya sentencia era apenas un poco más precisa y apremiante, se había acostumbrado tanto a ella que, como el resto de la gente, solía pensar en otras cosas».

Kenneth se había distanciado, quizá en exceso y demasiado deprisa, de la clase de vida tranquila para la que había nacido. De haber sido el amor de su vida una debutante de Nueva Inglaterra de ojos serenos y voz fría, como bien podría haber ocurrido, Kenneth habría ejercido la abogacía en Boston, con las conexiones adecuadas para labrarse un buen porvenir, durante los siguientes cuarenta años, y

habría satisfecho su interés por el arte con la compra ocasional de un Sargent.

Pero el amor de su vida resultó ser una menuda bailarina húngara, llena de pasión, belleza y crueldad a partes iguales. Buscó refugio en él de las palizas de su pareja de baile, y Kenneth se casó con ella porque creyó que estaba embarazada. En París, ella lo dejó por un argentino, y después volvió con él porque contrajo una neumonía (y una enfermedad más duradera que se fue complicando). Se recuperó de la neumonía y se fueron a Argel. Allí sufrió una recaída y fue exhalando su vida en toses contra el hombro de Kenneth, protestando amargamente hasta el final contra la necesidad de morir, sin disculparse por haberlo condenado a muerte también a él.

Fuera lo que fuese aquella mujer, él la había revestido de todas las ilusiones de un joven romántico. Para Kenneth, ella representaba el amor más alto y puro posible. Decía que no se lo habría perdido por nada. Cuando hablaba de ella, con la dulzura de quien habla de una criatura muerta, su rostro cansado vibraba con una vivacidad ardiente y juvenil, y yo recordaba cuánta vida había irradiado aquel fin de semana de verano de hacía casi diez años.

Iba a morir, al cabo de un par de años o tres, porque a su enfermedad se añadía la complicación de un antiguo problema pulmonar causado por el gas en Argonne. Le dijeron que, si se iba a vivir al Oeste, si dejaba de beber, los dos o tres años podían prolongarse a seis o siete.

—Pero me aburriría tanto y me sentiría tan solo… —dijo.

Y se quedó en Nueva York.

No frecuentaba a ninguna mujer excepto a mí. Aquel día me dirigió la palabra solo porque lo había hecho acordarse de Roger, a quien también había querido («en otra vida», dijo).

Me invitó a cenar porque sintió un repentino deseo de volver a hablar con alguien sobre Roger y de los frescos veranos de Nueva Inglaterra y las tranquilas calles de los pueblecitos de Massachusetts.

Pero algo en su rostro desdichado, aquella primera velada que pasamos juntos, me llevó a hablarle, no de Roger, tenue figura en la lejana orilla de la juventud, sino de Peter. A esas alturas, por lo general, nunca sacaba el tema con los hombres que conocía.

Kenneth parecía capaz de entender lo de Peter, así como que anduviese besando a otros hombres para curarme de su recuerdo, y que todavía abrigara una llamita de esperanza con respecto a él pese a la sensatez y el sentido común y los bienintencionados consejos de los amigos. Parecía comprender que no se ama a un hombre porque merezca la pena amarlo, o porque te sientas merecedora de su amor a cambio, ni por cualquier otra razón que los conocidos considerarían sensata.

Le hablé a Kenneth de Peter, no solo aquella noche, sino a lo largo de otras muchas noches. No pudo ayudarme. Tampoco yo podía ayudarlo a él cuando hablaba de aquella muchacha que bailaba a la luz de la luna en un jardín de Argel. Pero, curiosamente, éramos felices juntos.

Tenía un poco de dinero; el suficiente, según decía, para el resto de su vida, herencia de un tío que parecía haber considerado que las bailarinas húngaras se cuentan entre los destinos ineludibles de los hombres.

Lo gastaba en teatros y en los más alegres clubes nocturnos. Iba a ver cualquier nueva película llegada de Alemania y quedaba fascinado por la técnica de su fotografía. Era el único interés que le quedaba de los cuatro años en los que había soñado, entre los besos de la bailarina y sus consecuencias, con dirigir una película que supusiera una contribución realmente significativa al arte moderno.

Y así, tan cerca del fin y de dejar de ocuparse de las cosas, significativas o no, cuando había dejado atrás toda ambición y cualquier deseo, era a veces pura alegría.

Luego empezamos a ir a Harlem. No al Harlem de los grandes cabarets de negros frecuentados por blancos, cabarets que destacaban sobre todo por sus buenas orquestas, su insulso *chow mein*, una atmósfera cuidadosamente siniestra y un aire general de afectación excepto por aquellos tan borrachos que deberían irse a casa, sino al Harlem de los pequeños salones de baile sin pretensiones.

Allí, a los pocos blancos que entran más o menos los ignoran y no los atienden mejor que a los negros, y a veces un poco peor. Los blancos no son especialmente bienvenidos. Pero, si son discretos, pueden viajar mil kilómetros hacia el sur y otros tantos años atrás en el tiempo, mientras un percusionista rememora a los antepasados que tocaban el tam-tam para llamar a las tribus a la guerra, y una bailarina luce unos músculos que ninguna mujer europea ha ejercitado desde la época de la antigua Roma.

Allí, la absenta devolvía a la vida a Kenneth, que disertaba sobre la música de Stravinsky o el futuro de Mussolini, el estilo de Marcel Proust o los ojos de su bailarina perdida, o sobre el significado del amor y la muerte.

Compraba su absenta en un barco italiano. Durante mucho tiempo no me permitió beberla. Entonces, una noche que salí con él, en el vestíbulo de un teatro, vislumbré a Peter y Judith, que parecían felices y absortos el uno en el otro; ellos no me vieron. Kenneth advirtió cómo se me demudaba el rostro.

Esa noche, y algunas noches puntuales más, me dio absenta. Al principio dudaba de que yo reaccionara bien a ella. Resultó que sí.

Al beberla, era capaz de hacer que cobraran vida días más cálidos, incidentes, momentos de años atrás en los que Peter me amaba. Podía retroceder más todavía y evocar la mirada, la voz y la risa de Roger; incluso revivir la trepidante alegría de los descensos en trineo y la emocionante sensación de deslizarme por un río reluciente mientras salían las estrellas, cuando aquella niña que yo había sido sabía con sentimiento de culpa que debería haber emprendido el camino de vuelta a casa una hora antes.

Cuando bebía a sorbitos lentos, muy lentos, viendo la cabeza gacha y dorada de Kenneth sobre su vaso, entre los sonidos de saxofones y baterías y gritos de bailarines que parecían muy distantes, no había dolor, pesar ni cansancio. La paz me envolvía como un mantón de Manila.

Kenneth me pidió que le prometiera que solo tomaría absenta con él; mucho tiempo después me pidió que no la bebiera nunca, porque no estaba tan cerca como él de liberarme de la vida.

Desde entonces, nunca lo he hecho.

Además de Nathaniel y Kenneth, estaba Bill. Una noche al poco de irme a vivir con Lucia, una velada aburrida y sin incidentes, mi amiga declaró:

—Vamos a llamar a Bill para que venga.

—¿Qué es? —quise saber—, ¿un contrabandista?

—Es un caballero de la vieja escuela, querida, y una gran ayuda en pequeñas dosis. —Llamó por teléfono al Racquet Club.

Al cabo de diez minutos, apareció Bill, con whisky y soda y cigarrillos del club, y tres cotilleos del mismo lugar, de calibre medio, que nos contó antes de quitarse el abrigo.

Cuando me miró, dijo:

—Jesús, me recuerdas a una mujer que conocí en Honolulu en 1906. Y era una mujer de bandera. —Exhaló un profundo suspiro, muy sonoro, tomó asiento y nos habló de cómo fabricaba ginebra, dónde compraba whisky escocés, hasta dónde y a qué velocidad había conducido por Rhode Island el domingo anterior, el estado de la bolsa y lo preciosas que éramos las dos.

Era calvo y de mejillas sonrosadas como las de un bebé, y tenía una sonrisa que debió de haber sido irresistible alrededor de 1906 y unos modales tan finos como sus manos bien cuidadas.

Al cabo de una hora, Lucia reprimió un bostezo. Bill se levantó, nos besó a las dos con toda naturalidad, nos dio las gracias por haberle invitado a pasarse y se marchó con un trotecillo.

—Ha estado bien, pero no veo exactamente por qué… —empecé a decir.

—Oh, a veces es tan cómodo como una vieja mecedora —declaró

Lucia—. Es un hombre que nunca se ha perdido entre los matices, porque no distinguiría un matiz ni aunque lo viera. Su vida ha consistido en buen vino y buena comida y un buen cupo de mujeres guapas, y en el código de un caballero de su tiempo, cuyos principios son pagar sus deudas de juego, ser un buen bebedor y nunca dejar que su mujer y su actual amante se encuentren.

—¿Qué haría si empezaras a hablarle de un código moral con los mismos estándares sexuales para hombres y mujeres o, ya puestos, del impuesto único?

—Me daría una palmadita en la cabeza y me diría que una chica tan guapa como yo no debería preocuparse por tonterías. Si insistiera, se iría a dormir. Bill es magnífico, sano y sencillo.

—¿Qué opina de las mujeres modernas?

—Nunca ha oído hablar de ellas. Cree que hay tres clases de mujeres: las que uno lleva al altar y mantiene, las que deberían haber acabado casadas y mantenidas, pero de algún modo echaron por tierra sus oportunidades, y las mujeres a las que a uno le gusta llevarse a la cama por una noche y a las que paga bien.

—¿Alguna vez es un tipo interesante?

—Sí, esta noche estaba haciéndose el moderno para impresionarte, por eso parecía tan horrible. Hazlo retroceder treinta años y que te cuente cómo los jóvenes llegaban cabalgando al Brevoort los domingos por la mañana y dejaban sus caballos atados fuera mientras desayunaban un mágnum de champán y un bistec por cabeza. Esas cosas se le dan bien.

Con el tiempo, Bill me contó esa historia. Me contó también la de la mujer de Honolulu en 1906; y la de una muchacha china que compró en Shanghái, en el curso de un viaje a Oriente que para él sería el epítome de horizontes lejanos. Decía de ella que no hablaba ni una palabra de inglés, y que sin embargo siempre le pareció la mujer mejor educada que había conocido en su vida.

A los sesenta, algunos hombres son la suma de las experiencias que han vivido y las filosofías que han contemplado. Bill era el total de las comidas y los vinos que recordaba haber tomado y de las mujeres a las que había besado. Ahora, satisfecho, analizaba la juventud de otras personas.

Entre otros hombres complejos, agotadores y cansados, Bill era puro consuelo para el corazón, y no pedía otra cosa, de mí o de Lucia o de cualquier mujer, salvo que fuera bonita y hablara con voz de «dama».

Nathaniel, Kenneth y Bill eran mis tres amigos. Stepan era un hombre que me odiaba.

Era apuesto, si te gustan los tipos de grandes carrillos, bigote

negro bien recortado y constitución tan robusta que parece torpe, pero que, por desconcertante que resulte, camina como un gato. Era ruso, obviamente: judío ruso, quizá. Su apellido no era revelador, ni él tampoco. Me enteré de que tenía mucho dinero; se dejaba ver por los teatros, los buenos restaurantes y las fiestas más concurridas.

Lo conocí en una de estas fiestas. Estaba bastante borracho, pero circulaba por la sala llena de invitados sin que se le notara mucho. Me lo presentaron, bailó conmigo de una forma demasiado íntima, pero frente a la que me fue difícil protestar, y me llevó a una habitación vacía contigua con el pretexto de buscar cigarrillos.

Allí, sin preámbulos, me rodeó con unos brazos fuertes como los de un simio, me besó los hombros y declaró:

—Estás hecha a mi medida. Esta noche te vienes a casa conmigo.

—¿Cómo consigues que te inviten a los sitios? —le solté—. Supongo que sobornas al mayordomo para que te deje entrar, y confías en que la anfitriona recordará tu cara, pero no que la vio en algún bar clandestino de poca categoría.

—No cometas la estupidez de subestimarme. Soy un hombre cosmopolita. No me hago falsas ilusiones sobre vosotras, las mujeres americanas, con vuestra fachada de superioridad. Como cualquier mujer, tenéis una función. ¿Cuánto sacas al mes en tu ridículo trabajo? ¿Doscientos dólares? ¿Trescientos? Yo te los pagaré. Puedo pagar por mis placeres. Ve a buscar tus bártulos.

—Ahora sé qué quiere decir la gente con lo de «rasca en un eslavo y encontrarás un tártaro» —me burlé. Y entonces deseé no haber dicho eso, porque despertó algo en él, y me miró con tanto odio en los ojos que me asusté.

Entraron un hombre y una muchacha en busca de intimidad. Al pasar junto a Stepan, le dije en voz baja:

—Si nos encontramos en el vestíbulo de algún teatro, no te molestes en hacerme una reverencia, haz el favor —y fui al encuentro de Lucia.

Aquella misma noche, más tarde, se me acercó un instante mientras esperaba a los hombres que iban a llevarnos a casa.

—Vendrás conmigo, estoy segurísimo —me dijo—, pero es posible que no sea esta semana.

A partir de entonces, en las ocasionales veladas en que nos veíamos, se dedicaba a observarme.

Yo lo encontraba ridículo y melodramático, me olvidaba de él cuando no estaba presente y trataba de ignorarlo cuando sí estaba. Sin embargo, me produjo una sensación de inquietud durante meses.

Entonces, una noche, un hombre llamado Henry decidió dedicarse a mí en cuerpo y alma. Había visto a Henry una docena de veces. La gente contaba historias desagradables sobre él, en el sentido de que

una sucesión de mujeres maduras lo habían mantenido mientras escribía una novela, aún inacabada. Era un muchacho rubio de cara agraciada y pelo rizado, con cierto matiz trágico en la evidente debilidad de su boca y sus manos.

La tarde en que advertí que me seguía como una especie de cachorro indefenso en busca de dueño, me sentía muy cansada. Había tenido una semana bastante dura en la oficina. Nat estaba en Long Island y Kenneth había desaparecido en una de sus ocasionales borracheras de absenta de tres días.

Henry pasó a la fase siguiente:

—Tienes un aspecto tan cálido y puro, y eres tan joven... No te imaginas cómo me ayuda hablar contigo.

Soltaba las clásicas sandeces, y sin embargo era el tipo de joven que despertaría la compasión de la mayoría de las mujeres. Ese rasgo debía de serle muy útil en muchas ocasiones, aparte de esa.

—Este fin de semana voy a estar solo en el apartamento de un amigo —me dijo—. Si pudieras estar allí conmigo, durante una hora..., solo para poder hablar contigo, ni te imaginas hasta qué punto me harías un favor.

Yo estaba agotada y aquel joven me parecía inofensivo, de modo que fui. Una vez en la puerta de un piso bastante espléndido en Madison Avenue, reparé en que Henry estaba curiosamente nervioso. Me pregunté si esperaría una llamada telefónica o la aparición de alguna mujer; decidí que, si en efecto eso ocurría, en el peor de los casos solo tendría como resultado una divertida historia que contarle a Lucia, y me quité el abrigo y el sombrero.

Dejé los guantes y el bolso sobre un escritorio y, al bajar la vista, me encontré con una fotografía del tal Henry junto a Stepan. Sentí como si de repente hubiera soplado un viento frío en mi nuca.

—¿Es este el apartamento de Stepan, por casualidad?

—Sí, se ha ido a Chicago dos o tres días.

Tuve ganas de volverme a casa al instante, pero entonces me dije que estaba siendo una tonta. Al final, me quedé con el tal Henry, porque antes me había dicho: «Si pudiera tener a una persona pura, fuerte y joven entre mis brazos, creo que eso volvería a hacerme sentir puro, fuerte y joven».

Nadie era lo bastante bueno para mí, pero de vez en cuando sí surgía en mí el deseo de ser buena para alguien.

Me desperté y encontré la cama vacía a mi lado; creí que Henry había ido en busca de algo de beber y volví a dormirme. Volví a despertar rodeada por unos brazos fuertes, con unos labios que besaban los míos y una voz horrible y severa diciéndome:

—Soy Stepan, no tengas miedo, quédate quieta. —Me tapó la boca con una gruesa mano.

Creí que iba a morir de terror en la oscuridad. Le mordí la mano, forcejeé. Finalmente, permanecí inmóvil.

Me trajo un poco de brandy. Parpadeé al verlo a la luz. Llevaba una bata de terciopelo rojo con armiño, y pensé que la habría adquirido entre el sangriento botín de algún palacio ruso del antiguo régimen y que lo volvía más espantoso incluso de lo que era.

—Ahora podemos hablar —dijo. Y eso hizo—. Vosotras, las jóvenes, creéis que podéis ser «duras de pelar», como decís los americanos. No sabéis lo que significa ser «duro de pelar». Yo sí lo sé.

No le contesté.

Me recorrió la mejilla con el dedo, y supe que si me estremecía o gritaba eso sería de su agrado, de modo que ni me estremecí ni grité.

—Eres muy guapa —prosiguió—. Me gustan las mujeres como tú. Me recuerdas mucho a las rusas de clase alta, a las que solía observar, desde lejos, cuando era niño… y con las que ahora puedo tener trato.

Se quedó sumido en ese complaciente ensueño suyo, y me pregunté si, en caso de ponerme a gritar, me oiría el ascensorista. Pero era probable que Stepan tuviera bien sobornado al ascensorista.

Volvió a hablar.

—Eres una mujer bonita, sí, pero tonta, por oponerte a la fuerza de un hombre que sabe lo que quiere. Te contaré una historia, para que sepas que eres una tonta y nos entendamos mejor.

No dije nada.

—En Rusia, en el pueblo donde nací, hubo un pogromo cuando yo tenía seis años. Mi padre nos llevó a mi madre y a mí a una cabaña en el bosque, por seguridad, y volvió a ocuparse de sus asuntos. Venía por las noches a traernos comida, hasta que empezó a nevar y pasaron tres días sin que pudiera venir.

Hizo una pausa y esbozó una sonrisa de labios rojos y húmedos.

«Me está contando esta historia para asustarme —pensé—. Se la está inventando. Será aterradora, pero debo recordar que solo la está inventando.»

—Pasamos tres días sin comida, y en el bosque reinaba el silencio y yo lloraba de hambre y de miedo. A la tercera noche oímos unos arañazos en la puerta…

Había una extraña luz verde en sus ojos. Se lo veía robusto y salvaje y parecía estar divirtiéndose.

—Mi madre preguntó: «¿Quién anda ahí?». No hubo respuesta, pero oímos un suspiro. «Será un mensajero de tu padre, Stepan», dijo mi madre. Pero cogió el revólver que él le había dejado. Hubo otro arañazo en la puerta. Ella la abrió y un lobo negro le saltó encima. Me arrojé al suelo. Mi madre le disparó con el revólver en las fauces abiertas y el lobo cayó, se retorció un momento y murió. Ella atrancó la puerta mientras yo seguía en el suelo, gritando. «Nunca vuelvas a

llorar, nunca vuelvas a gritar, Stepan, hijo mío —me dijo—. El lobo no es más que alimento del bosque.» Cogió un cuchillo de trinchar del aparador, le cortó el cuello al lobo muerto y dijo: «Bebe, hijo mío. Su sangre te hará fuerte».

Stepan echó la cabeza atrás y soltó una carcajada.

—Recuerdo lo caliente y sabrosa que estaba la sangre... ¿Te divierte esta historia, niña que se cree «dura de pelar»? —Me acarició el pelo con su enorme mano.

«Está loco y yo me estoy volviendo loca —pensé—. Sus ojos verdes son como los de un lobo.» Y me vine abajo.

—¿Puedo irme a casa ya? —le rogué—. Por favor, deja que me vaya a casa ahora, y volveré, si quieres..., pero ahora déjame marchar...

Se echó a reír de nuevo.

—Qué educada se está volviendo esta niña tan independiente..., pero no puedes irte a casa todavía. Voy a contarte más historias.

Me tapé la cara ante la visión de aquellos ojos brillantes. Gruñó y me apartó las manos.

Dormía, jadeando un poco, como un lobo. Muy despacio, centímetro a centímetro, me alejé de él; me levanté y descubrí que casi no me tenía en pie. Hacía frío. Me envolví en la bata de terciopelo y me senté en una silla junto a una mesa; recordé que había dejado brandy sobre la mesa y lo busqué a tientas. En la habitación solo se oía el leve sonido de su respiración jadeante. El brandy me tranquilizó y empecé a vestirme, pensando: «Ojalá tuviera un cuchillo... para cortarle el cuello mientras duerme tan profundamente...».

Al acabar de vestirme, fui con sigilo hasta la puerta en la oscuridad, la cerré con toda la suavidad posible al salir, y pulsé el botón para que acudiera un ascensorista soñoliento que sonreía con insolencia. Solo me separaban dos manzanas de casa. Me apetecía ir andando; el aire frío me devolvía la cordura. En la primera esquina, me topé con un policía que bostezaba.

—¿No es un poco tarde para que una joven señorita como usted ande por ahí? —preguntó.

—Vengo de visitar a una amiga enferma, agente...,y solo debo recorrer dos manzanas hasta mi casa.

—Pues la acompañaré hasta la puerta, si le parece —repuso él.

Y habló alegremente por el camino, sobre el frío y sobre su esposa, a quien no le gustaba su nuevo turno de servicio. Y yo agradecí el sonido de su reconfortante voz irlandesa.

A la mañana siguiente, cuando me maquillaba, pensé: «Ha sido una pesadilla. No puede haber ocurrido, tengo que haberlo soñado». Pero tenía un moretón azulado en el cuello, donde Stepan me lo había agarrado, y las manos todavía me temblaban.

Entró Lucia con muy buen aspecto.

—Pat, cariño, si me tomo un día libre para ir a Portland y pasar el fin de semana con la familia, ¿te vendrías conmigo hasta Boston? Hace meses que no ves a tu anciano padre, ¿verdad?

—Cojamos el tren de las cinco de esta tarde —sugerí.

Capítulo 10

Un camino de piedra conducía a la puerta entre hileras de arbustos de celinda que, incluso con el peso de la nieve recién caída y la aspereza de las ramas desnudas, desprendían la leve fragancia floral de todas las primaveras de mi infancia.

Me sentía menos real a mis propios ojos que el recuerdo de la niña regordeta que había corrido por aquel sendero; menos real que el recuerdo de la muchacha que había caminado con paso reposado para ocultar el rápido latido de su corazón junto a un hombre llamado Roger.

Mi padre en persona abrió la puerta; sí, por supuesto, pues eran las once y el ama de llaves y la criada ya estarían en la cama. Le di un beso, conteniendo la respiración para ocultar el olor de mi último cigarrillo en el taxi.

—Tienes buen aspecto, querida.

—Tú también, papá. ¿Cómo te encuentras?

Parecía terriblemente frágil y cansado. Hablamos un rato, con mucha formalidad, sobre *Victorianos eminentes* de Lytton Strachey y de cómo las biografías modernas estaban escritas con el ritmo dramático de las grandes novelas. Luego me dijo que Nellie, el ama de llaves, había dicho que quería verme, y emprendí el ascenso de aquellas escaleras curvas. Tenía una barandilla por la que había sido divertido deslizarse antes de cumplir los quince años y ponerme muy digna cuando oía a alguien decir que iba a ser muy guapa.

Dejé a mi padre sentado leyendo *Alice-for-Short*, de William de Morgan, que lo intrigaba porque era una novela escrita por un hombre de casi setenta años, y él siempre había planeado escribir una novela cuando la profesión de médico le dejara tiempo libre. Mi padre ya pasaba de los setenta.

Cuando me aseaba un poco antes de ir a ver al ama de llaves, recordé haber oído que, a causa de mi sexo, yo había sido la mayor decepción en la vida de mi padre. Y consideré, sin apasionamiento, el hecho de que él no tuviera tanta conciencia de mí, en mi calidad de persona, como la tenía de cualquiera de las mujeres que habían sido

sus esposas, mujeres cuyos retratos colgaban en el largo salón. Yo no podía ser tan real para él como ninguna de esas mujeres.

Mi padre terminó la carrera de Medicina el año en que el orador que pronunciaba el discurso de graduación a los jóvenes médicos (sobre «La necesidad de conservar el sentido de la proporción») lo ilustró con el espantoso ejemplo de ciertos médicos que en aquel momento se estaban volviendo locos por unos seres microscópicos llamados «gérmenes».

Dos o tres años después, mi padre y otros jóvenes médicos sin recursos de Boston reunieron sus exiguos fondos para traer de Filadelfia a uno de esos «locos» que creían en los gérmenes, e hicieron que les diera una conferencia.

Un hombre vive ciertas cosas y no mucho más. Mi padre había vivido los años en que Darwin y Huxley eran los dioses de su joven generación; una gran pasión por una esposa que murió joven; un feliz segundo matrimonio con mi madre, que probablemente fue para él como una encantadora hija. Vivió para ser un médico de éxito. Vivió para envejecer y acabar cansado, demasiado cansado para seguir ejerciendo, excepto con los pacientes a quienes atendía por caridad, que habrían tenido más dificultades para encontrarle un sucesor. Era poco razonable esperar que le quedara interés o comprensión por una hija fruto de una generación que desechaba el ideal de «servicio a la humanidad» y prefería la filosofía imperante de «divirtámonos por el camino porque el final puede resultar decepcionante».

Fue cortés conmigo; lamentó la catástrofe de mi matrimonio con el desapego de un hombre cuyos setenta años llenos de acontecimientos lo han dejado con la sensación de que nada tiene importancia, excepto el problema, cada vez más acuciante, de «y después de la muerte, ¿qué?». Ese problema lo absorbía con mayor intensidad ahora, porque antes había tenido una vida demasiado atareada para considerarlo.

En mi infancia, un hombre más joven y vigoroso en aquel entonces, solía decirle a mi madre, aquella joven alegre y exquisitamente vestida que se nos fue antes de que yo cumpliera los doce años: «Lleva a la niña a la iglesia: la religión es un gran consuelo para las mujeres, y la necesitan en este mundo».

Era una frase que yo recordaba de manera vaga, junto con el sonido de la risa desdeñosa de mi madre, el olor a Eau de Violette y la luz que entraba por los vitrales, tan hermosa que compensaba el sopor de la voz del pastor.

Ahora, mi padre me instaba cortésmente a que volviera a vivir en el hogar familiar, y yo sabía que mi presencia resultaría molesta en una casa tan lenta como sus andares de anciano. Y sabía que él lo sabía también, pero le parecía que su deber era insistirme en ello. Y yo ya no

podía vivir en la casa familiar, pues ni siquiera entonces estaba lo bastante cansada, ni era lo bastante mayor, para vivir solo de los recuerdos.

Llamé a la puerta del ama de llaves.

Se llamaba Nellie. Había llegado como cocinera treinta y ocho años atrás, el año en que mis padres se casaron. Procedía de los bosques canadienses y pasó tres años en una familia alemana y cuatro en una francesa, donde aprendió a hacer salsas complicadas y acumuló cierta impaciencia con los puntos de vista ajenos (esto es, los no irlandeses-canadienses).

Decían que había sido una chica guapa y delgada, de mejillas sonrosadas, pero rondaba los noventa kilos desde que yo tenía uso de razón. Cuatro o cinco años después de su llegada, trajeron a una criada, también llamada Nellie, para que la ayudara. Pasaron a llamarse Gran Nellie y Pequeña Nellie. Nunca se llevaron bien. Mamá decía que se acostumbrarían la una a la otra, pero no fue así, ni al cabo de treinta y cuatro años.

Pequeña Nellie decidió retirarse (como me había contado mi padre por carta unos meses antes) e irse a vivir con una prima a Braintree. Cuatro días después de su jubilación, empezó a dejarse caer por la casa para tomar el té con Gran Nellie, pese a que nunca había habido entre ellas ni una sola palabra de cortesía. Le confesó que Braintree, una ciudad rural cercana a Boston, era aburrida, y que el pastor de la iglesia no era como «nuestro padre de casa». Al cabo de una semana, Gran Nellie habló con mi padre.

—Doctor —le dijo—, creo que debería pedirle a la pobre que volviera. Tiene muy mal aspecto y estoy segura de que no come lo suficiente.

Y él así lo hizo. La criada volvió de inmediato, y antes de que pasaran seis horas de su regreso, ya estaba discutiendo con Gran Nellie sobre si había secado bien los platos o no.

El vocabulario público de Gran Nellie, el que utilizaba con mi padre y sus invitados, era de lo más correcto. Su lenguaje privado, que utilizaba ocasionalmente conmigo, puesto que yo me había incorporado a la familia muchos años después, era más pintoresco.

Llamé a su puerta. Tras un instante de conmovedora satisfacción al verme, me resumió la partida y el regreso de Pequeña Nellie.

—Ya ves —comentó—, ese demonio que es mi maldición se había marchado, pero volvió.

Estaba en la cama, una enorme cama de latón que le había suplicado a mi madre unos treinta años atrás, cuando las camas de latón pasaron de moda. Había ordenado que Pequeña Nellie le subiera la cena, solo «algo ligero y sabroso». En su gran regazo había una

bandeja con medio pato joven, una jarra de medio litro con su propia compota de manzana (hecha con canela y piel de limón) y una generosa cantidad de relleno a base de ostras (una proeza suya, la de rellenar el pato con ostras y hacer que el resultado fuera delicioso). En la bandeja, además, había un cuarto de hogaza de pan de nueces, dos botellas de su cerveza casera y un trozo grande de tarta de manzana.

Empezó diciendo que tenía reuma y que «el doctor» opinaba que debía hacer dieta, pero que, al fin y al cabo, tenía que conservar las fuerzas para cuidar de él. Luego me dijo que me veía muy flaca y que debería pasar un tiempo en casa comiendo bien. Después, tímidamente, me preguntó por Peter y «si se le había pasado toda esa tontería y había indicios de que fuera a volver a casa con su bonita esposa, como un buen cristiano».

Y me transportó a los años de mi adolescencia, cuando ella había indagado para descubrir los hechos que se escondían tras cualquiera de mis fechorías en la escuela, para poder interponerse con firmeza entre mi persona y la ira de una tía solterona que estaba decidida a que no fuera una «malcriada».

Le pareció que podía haberme angustiado con lo de Peter, de modo que cambió de tema.

—Puedes fumarte un cigarrillo aquí, si quieres —me dijo—. Sé que fumar no significa que seas mala, es solo una tontería que aprendiste de ese marido tuyo. —Dejó a un lado la bandeja vacía de la cena.

Encendí un cigarrillo, me paseé y examiné las fotografías que eran la única decoración en sus paredes. Había fotografías y daguerrotipos. En uno aparecían su hermano y su novio, que se habían alistado juntos en el ejército unos cincuenta años atrás, cuando corrían tiempos difíciles en Canadá. Murieron en alguna olvidada guerra fronteriza británica, en las colonias de Su Majestad. El daguerrotipo era una imagen descolorida de dos jóvenes con aspecto solemne y por lo visto incómodos en sus uniformes pasados de moda.

Al parecer, Nellie seguía siendo «fiel a un recuerdo». Mi padre solía decirme que, cuando ella era joven, él esperaba que se casara porque le encantaban los niños. Pero cada «primer viernes» a lo largo de cuarenta años había ido a comulgar por el reposo de las almas de su hermano y de su «joven novio». Cuando yo era niña, me decía a menudo que la posibilidad de volver a verlos en el Cielo la llenaba de alegre esperanza.

Además de aquella imagen de los dos, tenía fotos de mamá, y de los bebés que murieron, y por lo menos ocho mías, ya que yo era el último vástago y «su bebé».

Recorrí la habitación observando las fotografías, y me detuve, de repente, ante una que no había visto.

Era una imagen de una madre con su hijo: de mí, que parecía muy

abrumada, y de aquel bebé que tuve, Patrick. Lo había olvidado.

Cuando el niño tenía dos meses, Nellie me convenció para que le tomaran una foto. Los calotipos de esas fotografías llegaron después de su muerte. Nunca los había mirado. No quería hacerlo.

Su voz ya vieja sonó muy dulce.

—No te importa que la tenga, ¿verdad, tesoro? Encontré los calotipos y los hice imprimir; era un niñito tan precioso…

Apagué el cigarrillo y traté de recuperar mi voz.

—Me parece bien —repuse—. Qué traje tan bonito llevaba.

—Ahora tendría dos años y dos meses —dijo ella.

Era la viva imagen de un bebé con su pelusilla en la cabeza, una boca sonriente y desdentada y unas manos increíblemente pequeñas y cuadradas. En la fotografía se distinguían sus enormes ojos y las larguísimas pestañas.

La observé. Había pasado un año mirando a los bebés en sus carritos por la calle; la mayoría eran gordos y sanos, pero ninguno tenía unas pestañas tan rizadas como las suyas. Hacía tiempo que había dejado de mirarlos.

—Nellie —dije—, los bebés de dos años pueden hablar y andar, ¿verdad? ¿Qué cosas dicen?

—Claro que pueden hablar —contestó ella—. Recuerdo que te enseñé un poema de un libro, para que se lo recitaras a tu madre cuando volviera de un viaje. Tenías poco más de dos años. Era un fragmento de «El naufragio del *Hesperus*» y no sabías lo que significaban las palabras, pero las pronunciabas como si lo supieras…

Me quedé mirando la fotografía. No habría hecho falta que la joven que había sido yo pareciera tan desconcertada, pues el bebé no supuso un problema mucho tiempo. El crío llevaba un absurdo faldón, en cuyo borde asomaban los dedos de los pies, si una se fijaba mucho. Se llamaba Patrick. Notaba su calidez al tenerlo en brazos.

Ya había dejado atrás cualquier pena por él.

Y entonces, como ya había superado su pérdida y no recordaba muy bien cómo había sido, fui a sentarme en el borde de la amplia cama de Nellie y me eché a llorar sobre su impecable camisón de algodón.

Ella me dio palmaditas en la cabeza con sus viejas y ásperas manos.

—Vamos, vamos, mi niña. No debes afligirte por él. Ahora es un angelito en el Cielo y a menudo pienso que tu madre debe de estar contenta de tenerlo allí para hacerle compañía. Podría haberse convertido en una decepción para ti, y ahora está a salvo con Dios. A su debido tiempo volverás a verlo en el Cielo…

Su voz dulce sonaba perfectamente alegre. El Cielo era para ella un lugar tan real como lo era para mí el Departamento de Publicidad

donde pasaba mis días.

Me tranquilicé bajo el cariño inefable que me transmitían sus manos.

Deseé que el Cielo fuera real para mí también, y me pregunté por qué no lo era, ni para mí ni para ninguno de mis contemporáneos conocidos. Los victorianos habían podido dejar las cosas en manos de Dios o de la siguiente generación. Pero el ruido de las armas y la certeza de la inmediatez de la muerte y el deseo de vivir lo más deprisa posible, en el poco tiempo que duraban la juventud y la capacidad de vivir deprisa, se habían interpuesto entre esa próxima generación y cualquier susurro de los ángeles. Tal vez por eso (en realidad no importaba por qué), teníamos que seguir adelante sin el Cielo lo mejor que pudiéramos.

Nellie había encontrado la manera de volver a cambiar de tema.

—Patricia, me gustaría que me aconsejaras. He hecho algo que me parece muy perverso.

No había hecho nada más perverso en toda su vida que pedirle a mi padre que le recetara vino para usarlo en su salsa madeira.

—¿De qué se trata, Nellie?

—He hecho los trámites para pedir la nacionalidad.

No entendí por qué aquello era tan perverso, pero me pareció sorprendente, porque mi padre llevaba años intentando que se convirtiera en ciudadana americana, puesto que había vivido en Estados Unidos la mayor parte de su vida y comprado propiedades aquí con sus ahorros. Ella siempre se había negado. «¿Renegar de mi lealtad a la Corona por la que murió mi hermano? ¡Jamás!» (Eso era más o menos lo que decía siempre.)

—¿Cómo se te ocurrió hacer eso, Nellie?

Tendió una mano para coger una caja que contenía dinero, un rosario, un devocionario e instantáneas de sus sobrinas en Canadá. Tras hurgar un poco, sacó una foto de periódico de Al Smith saliendo de la catedral tras la boda de su hija. Me la enseñó.

—Ahí tienes —dijo—, ¿no te parece un buen padre y un marido piadoso? El doctor dice que se presentará a las elecciones presidenciales del año que viene, ¡y me he nacionalizado americana para poder votarle! Parece un cristiano honesto, y pensé que debía hacerlo. —Soltó un leve suspiro—. Pero me siento fatal, porque es como si echara mi lealtad a la cara de mi hermano y de ese amigo suyo de la foto de ahí. Hace que parezcan perdidos en algún lugar muy lejos de aquí. Que haya vivido lo suficiente como para renunciar a mi lealtad a la Corona... ¿Sabes, Patricia? De haber ocurrido en vida de la vieja reina, jamás lo habría hecho.

—Nellie, Nellie, esta historia debería titularse «La muerte de la

reina Victoria hace ganar un voto a Al Smith» —bromeé.

No me entendió del todo, pero esbozó una sonrisa.

—No te burles de mí, jovencita; me resultó muy difícil tomar esa decisión. Ahora vete a la cama y descansa, y por la mañana te enviaré a Pequeña Nellie con el desayuno.

Pasé el fin de semana conversando con mi padre sobre la política de Massachusetts y sobre sus dificultades con las propiedades inmobiliarias de cuyas rentas dependía, ahora que era viejo y estaba retirado de la práctica activa; un fin de semana de comidas demasiado copiosas y muy elaboradas impuestas por Nellie, que preparó en rápida sucesión todos los platos que más me habían gustado de niña y adolescente.

El domingo por la tarde (era el «día libre» de Nellie y mi padre estaba descansando) me senté junto a una ventana del largo salón y leí *Vanity Fair* (la de Thackeray, no la de Condé Nast), tomé el té y observé cómo oscurecía. Desde aquella ventana podía contemplar la ladera de Milton Hill y ver el pálido reflejo del crepúsculo que se extinguía sobre el río helado.

Roger me había enseñado a patinar en aquel río, hacía toda una vida, o anteayer mismo; en un tiempo indeterminado. Pensé en el Cielo del que Nellie estaba tan segura e intenté imaginar a Roger como estadista de algún otro país más allá de aquel firmamento invernal. Parecía concebible. Quizá algún día me pareciera más real, si llegaba a ser muy vieja.

Entretanto, tenía Nueva York y el negocio de la publicidad.

Mientras un taxi esperaba en la puerta y me despedía de papá, que no se encontraba lo bastante bien para ir a la estación, y de una Nellie con los ojos llorosos que me instaba a que escribiera a mi padre más a menudo, deseé no tener que irme y dejarlo.

Las familias las integran extraños que te conocieron bien de niña.

En el taxi, encendí un cigarrillo y me pregunté si el tren de Lucia desde Portland enlazaría con el de las cinco hacia Nueva York.

Capítulo 11

Era subdirectora de publicidad y estaba a un paso de tener mi propia secretaria. Ya disponía de un despacho privado con un escritorio, una alfombra, una máquina de escribir, una ventana y un teléfono que sonaba veinte veces por hora.

Aquel día era el quinto aniversario de mi boda. Eso me puso triste durante unos diez minutos en el taxi de camino al trabajo; y era posible que me entristeciera de nuevo al volver del trabajo. En el intervalo, estaba muy ocupada contestando al teléfono y confiando en ser directora de publicidad y tener pronto una secretaria que lo atendiera.

Sonó el teléfono. La encargada de compras del departamento de sombreros de señora quería más espacio en la página del viernes. Le dije que le daría una respuesta definitiva más tarde.

Sonó el teléfono. El tipógrafo quería saber dónde estaban las planchas para la página de huecograbado, porque lo habían llamado del *Times* para saber cuándo estaría lista. Le dije que llamara al grabador. Luego le dije a alguien del departamento que telefoneara al grabador y le metiera prisa.

Empecé a redactar un anuncio sobre «Setenta y cuatro años de plena juventud». Era un anuncio «de prestigio», de esos en los que los dueños de las tiendas se gastan el dinero, a su pesar, porque otros dueños de tiendas también se gastan el dinero en anuncios «de prestigio», a su pesar.

Sonó el teléfono. La encargada de compras del departamento de lencería quería más espacio en la página del viernes. No me mostré concluyente sobre si lo lograría o no. Sonó el teléfono. Un impresor quería decirme que no conseguía encajar en el papel un folleto del que necesitábamos quinientos ejemplares más para enviar por correo antes de mediodía. Animé a una joven redactora que aspiraba a ser subdirectora de publicidad a que le diera unas cuantas vueltas al asunto.

Sonó el teléfono. El encargado de compras del departamento de calzado quería más espacio en la página del viernes.

Escribí un poco más de texto sobre «Esperamos ser jóvenes

durante setenta y cuatro años más». (No tardaríamos en hacer unas rebajas por el aniversario.)

Sonó el teléfono. Los del *Times* anunciaron con irritación que nuestro huecograbado llevaba ya tres horas de retraso y que no podrían retener el espacio durante mucho más tiempo. Con ellos me mostré apesadumbrada. Envié a alguien a discutir con el grabador por las planchas que faltaban en esa página. El grabador me telefoneó para decirme que había tanta faena en esas planchas que no podría entregárselas al tipógrafo para que hiciera las pruebas de impresión y las mandara al *Times* hasta al cabo de tres horas. Con él, a la pesadumbre se unió la rabia.

Escribí un poco más. La joven y ambiciosa redactora entró en busca de alabanzas por haber resuelto el problema del impresor. La alabé en consecuencia. Sonó el teléfono. El encargado de compras del departamento de guantes quería más espacio en la página del viernes. Con él me mostré pesimista. Sonó el teléfono. El director de publicidad (en conferencia con la plana mayor de la compañía) me dijo que redujera la página del viernes a seis columnas, y que recortara en proporción el espacio de cada departamento. Sonó el teléfono. Lucia quería saber cómo lo tenía para almorzar juntas. Le dije que iba a hacerme traer un bocadillo al despacho.

Sonó el teléfono. El encargado de compras del departamento de joyería quería más espacio en la página del viernes. Con él me mostré compasiva. Luego le dije al maquetador que recortara el espacio de todos en la página del viernes. Escribí un poco más. Llamaron del *Times*, y les dije: «Solo por esta vez, hagan el favor de concedernos un poco más de tiempo... No volverá a ocurrir». (Les decía lo mismo una semana sí y otra no.) Me llamaron del salón de belleza para decirme que llegaba diez minutos tarde a mi cita para lavar y marcar. Les dije que la cancelaran.

El director de publicidad telefoneó para decir que querían el texto de «Setenta y cuatro años de plena juventud» allí arriba en menos de una hora. Se lo pasé a la joven y ambiciosa redactora, que quedó encantada. Sabía que tendría que reescribir su versión, pero sería más rápido que hacerlo yo misma.

Sonó el teléfono. La encargada de compras del departamento de sombreros quería saber definitivamente cuánto espacio de más iba a tener el viernes. Le dije a la redactora de moda que bajara a convencerla de publicar su anuncio el domingo. El tipógrafo llamó para decirme que seguía sin recibir las planchas para el *Times*. El impresor telefoneó para decirme que el papel que la redactora ambiciosa le había enviado de nuestra otra imprenta no era el correcto.

Sonó el teléfono. El encargado de compras del departamento de calzado quería saber cuánto espacio de más tendría el viernes. Llamé al

maquetador y le dije que combinara los espacios previstos para sombrerería y calzado y los dedicara todos al calzado. La secretaria del director de publicidad entró para decirme que la encargada de compras de sombreros estaba ahí fuera, furiosa por no poder disponer de más espacio el viernes. El director de publicidad me dijo por teléfono que se iba a comer y que volvería a las cuatro, y que me ocupara yo de todo hasta entonces. Sonó el teléfono. Los del *Times* estaban furiosos conmigo. La encargada de compras del departamento de sombreros entró llorando.

Sonó el teléfono.

—¿Hola? ¿Pat?

No reconocí la voz. La mía fue fría; no me gustaba que los hombres me llamaran a la oficina. El teléfono ya sonaba demasiado.

—Sí, yo misma.

—Muchas felicidades.

(¿Por qué? Ah, sí, era mi aniversario de boda. Pero ¿quién sabía eso?)

La encargada de compras de sombreros soltó un resoplido.

—¿Quién llama, por favor?

Se oyó una risita al otro lado de la línea.

—Soy Peter.

—Dios mío..., quiero decir, qué maravilla.

La encargada de compras de sombreros exhaló un suspiro de impaciencia.

—¿Estás muy ocupada dándotelas de joven ejecutiva importante, Pat?

—Sí, y que lo digas.

La encargada de compras de sombreros empezó a tamborilear sobre el escritorio. Al diablo con ella. Notaba cómo me ruborizaba de puro entusiasmo.

—Hoy me he acordado de ti, Pat. ¿Vendrás a cenar conmigo esta noche?

—Sí, ¿a qué hora?

—¿A las siete?

—Trabajaré hasta tarde, Peter, querido..., ¿podemos quedar aquí? Si preguntas por mí, te dejarán entrar por la puerta lateral.

La encargada de sombreros se marchó. Había que hacer algo con respecto a ella, y deprisa, pero no al instante.

—De acuerdo, así lo haré. A las siete en punto.

El escritorio, la ventana, la alfombra y la máquina de escribir se pusieron a dar alegres vueltas. Adopté una expresión formal y llamé a la redactora ambiciosa.

—Ocúpate de todo esto durante diez minutos, hazme el favor. Voy a bajar al departamento de sombreros de señora. Y llama por teléfono

al encargado de calzado. Sé muy amable con él y pídele que venga a verme lo antes posible. Dile que quiero proponerle que cuente con un espacio suficiente el domingo, en lugar de uno insuficiente el viernes.

La muchacha sonrió. Iba a ser subdirectora de publicidad de un plumazo, pobrecilla. En la puerta de mi despacho choqué con el maquetador, que venía con la maqueta del viernes.

—Oye, Milt —le dije—, quita el calzado y dale todo ese espacio a los sombreros de señora.

—Maldita sea —soltó—, he rehecho esta página cuatro veces. Los sombreros tienen que ir arriba.

—Venga, venga —repuse pasando de largo junto a él.

Oí cómo sonaba mi teléfono. La joven redactora me llamó desde el despacho.

—Son del *Times*, muy enfadados por el anuncio en huecograbado. ¿Qué les digo?

—Dales cariñosos recuerdos de mi parte y diles que al final todo irá bien.

Fui a aplacar a la encargada de compras del departamento de sombreros.

Aquella tarde cargué a mi cuenta un vestido de Chanel de terciopelo rojo y un sombrero a juego con forma de gorro holandés. Envié a la joven redactora a por unos zapatos de gamuza (calzaba el mismo pie que yo), guantes, medias y un bolso. (La chica tenía estilazo; sin duda algún día ocuparía mi puesto.) Quedó encantada, porque tenía que ir a otra sección en busca de los zapatos y eso le daría la oportunidad de comprarse té y pastelillos por el camino. Soborné a dos chicas del salón de belleza para que se quedaran después de cerrar y me hicieran un tratamiento facial y la manicura y me lavaran el pelo.

A las cinco y media me di una ducha en la «zona de descanso» para los empleados, y luego fui a mi cita para lavar y marcar y la manicura y todo eso. A las siete menos diez estaba de vuelta en mi humilde despacho privado, revisando el texto de la muchacha sobre «la juventud perpetua». (Lo cierto es que había quedado mucho mejor de lo que me esperaba. La plana mayor quedó satisfecha con él. Solo tenía que incorporar las sugerencias que recordaran haber hecho.)

Terminé el anuncio y llamé por teléfono al tipógrafo para que enviara en su busca a un aprendiz. Luego salí, crucé el largo y vacío departamento de publicidad y me puse el sombrero ante un pequeño espejo resquebrajado. Eran las siete. Recordé que Pete solía llegar tarde. Encendí un cigarrillo y me lo fumé en el camino de vuelta a mi despacho.

No estaba especialmente emocionada. Si Peter me quería de vuelta y me lo decía, algo que estaba cómodamente muerto en mi interior resucitaría y rompería a cantar aleluyas. Si Peter no quería que volviera

y la llamada solo había sido fruto de un impulso, cenaría con él, y a la mañana siguiente me levantaría, desayunaría, me iría a trabajar y luego haría lo que me deparara la velada, como cualquier otro día... Si Peter quería el divorcio, iría a ver al abogado de Lucia. Si no, dejaría las cosas como estaban y seguiría viviendo con la esperanza de un milagro. ¿Y por qué no? No había nada que deseara tanto como ese milagro. Quizá eso demostraba que era una tonta. Me daba igual. Ya había pasado tantas veces por ese terreno en mi fuero interno... Ya no quedaba nada por lo que emocionarse.

Eran las siete y cinco. Salí de nuevo al departamento y me traje los archivos del último mes del periódico de Pete. Así podría hablar con él durante la cena sobre algunas de sus crónicas recientes. No había leído ningún artículo de Pete desde que me había dejado. Sabía que me perturbaría encontrar en ellos frases que le había oído utilizar. Sin embargo, sí sabía que había cubierto la ejecución en la silla eléctrica de la señora Doane. (Se trataba de aquella joven que había matado a su marido dormido con tanta sangre fría que el jurado la condenó pese a su cara de ingenua.)

Pasé las páginas de los ejemplares atrasados en busca de artículos firmados por Peter. Había muchos; estaba resultando ser un buen periodista. En otros tiempos, yo había recortado todo lo que escribía, en la época en que sus crónicas se limitaban a tres párrafos enterrados en una página interior. El recuerdo de semejante hecho me perturbó; me produjo la categórica sensación de haber sido mucho más joven que ahora.

Empecé a leer su relato de la ejecución, y no supe decir si era bueno o malo. Los recuerdos de Pete no paraban de interponerse entre el contenido de aquella historia y yo.

Sin embargo, una frase hacia el final llamó mi atención. Me hizo reír. Al describir la entrada de la señora Doane en la sala de electrocución, comentaba: «Parecía muy menuda». Me reí porque Pete siempre decía eso, o algo parecido, de todas las mujeres que conseguían conmoverlo un instante.

Oí cómo se abría y cerraba suavemente la puerta del fondo del departamento.

Y de pronto tuve la sensación de que algo terrible estaba a punto de suceder. Oí pasos, los familiares andares de alguien borracho que ponía mucho esfuerzo en no torcerse, acercándose por la larga y oscura sala exterior. Luego el sonido se detuvo.

Levanté la vista y esbocé una sonrisa.

Peter estaba apoyado contra la puerta de mi despacho; le sonreían los ojos. Estaba muy borracho.

—Hola, Pat, ¿aún estás trabajando? Esta mañana al leer el periódico he visto por la fecha que era nuestro aniversario de boda. Te

he traído un regalo. Hace años que tú y yo no pasamos una noche de copas y ya va siendo hora de que lo hagamos. Te traigo una botella de whisky.

(Mientras tenga memoria de los últimos seis meses que vivimos juntos, tendré miedo de Peter borracho... Piensa rápido, piensa rápido. ¡Demonios! Eso lo dice alguien en *El precio de la gloria*.)

—Gracias por el whisky, Pete. Apuesto a que te has tomado media botella tú solo donde lo has comprado.

(Piensa..., ¿dónde está Judith? Oh, manéjalo por ti misma; ya lo has hecho antes.)

—Pat, estás preciosa, aunque pareces asustada. No tengas miedo, estoy borracho pero me comportaré. Solo he pensado que estaría bien que nos fuéramos de fiesta... como amigos.

—Gran idea, cariño. Hay dos vasos en ese cajón de ahí abajo. Tomemos un trago de whisky.

(Y si entra el vigilante nocturno y me encuentra bebiendo aquí, me echarán del trabajo. Me da igual, puedo conseguir otro.)

—Bésame, Pat..., porque te casaste conmigo una vez... y porque eres preciosa... Eso no tiene sentido, ¿verdad? Bésame porque me gustaría y ya está.

Nos besamos. Yo había besado a mucha gente desde Peter, y sin duda él también, desde mí. Eso no significaba nada. Quizá esto de ahora tampoco.

—Peter, sírveme un trago mientras me pongo el abrigo.

Nos tomamos tres, muy deprisa.

—¡A tu salud, Pat! Yo te enseñé a beber. Haz que me sienta orgulloso de ti. Bebe lo justo, pequeña.

(Este escocés es peleón. Me emborracharé como una cuba si no como algo pronto. Debo mantener la cabeza en su sitio. Oh, qué más da si la mantengo en su sitio o no.)

Habló de la muerte de la señora Doane.

—Se la veía tan poquita cosa, Pat, y tan rubia. Cuando la sacaron en camilla y pasó por delante de nosotros, una de sus manitas asomó bajo la manta que la cubría, como si quisiera aferrarse a un hombre más antes de que la enterraran. Dios mío, Patty, fue brutal.

(Sus amigos no han dejado de preguntarle por aquella ejecución, y sin duda él ha adoptado el papel de duro al respecto y se ha alterado cada vez más. En realidad, Pete no es duro en absoluto; o por lo menos no lo era cuando lo conocí.)

—Te he educado bien, Pat. Nos hemos pulido media botella y tan frescos. Vamos a comer algo.

Fuimos a algún restaurante en las Cuarenta que no recuerdo bien. Tomamos whisky con soda. Me habló de la prensa, de Judith, de Hilda, de Londres, de él y de mí y de lo pobres que habíamos sido.

Me daba igual de qué hablara. Me perturbaba. Ningún otro hombre me perturbaba gran cosa, ni por mucho tiempo. Pete me hacía pensar en cosas que no tenía sentido pensar. Aun así, era más agradable cenar con él que con cualquier otro.

Tomé tres whiskies. (Gracias al cielo por el whisky. Todo flota de un modo magnífico, ya nada es real. Tienes vistas al infierno, pero sin duda es un infierno bien anestesiado.)

—¿Te acuerdas de cuando compraste un bote de champiñones franceses para mi cena de cumpleaños, Pat? Costaban un dólar y veinticinco centavos, y se te cayó el tarro de cristal de camino a casa…

—Y cuando llegaste, yo no paraba de llorar, Peter, y tú insistías en saber por qué. Lloraba porque no tenía otro dólar y cuarto, y en casa no teníamos otra cosa para comer que alubias en lata y el pastel de cumpleaños.

—Siempre cenábamos alubias en lata la víspera del día de paga, ¿verdad, Pat? Pero aquella noche lavamos los champiñones para quitarles los cristales y nos los comimos. Estaban buenos.

(Supongo que, hoy en día, nuestro sueldo anual entre los dos es de unos doce mil, y sobrevivimos durante dos años con alrededor de cuarenta dólares por semana.)

Peter hablaba de ir al infierno llamativamente, siguiendo la tradición tropical, por medio de alguna revolución centroamericana.

—Cuando lleve bebiendo cinco o seis años más, Patty, me largaré. Compraré un sombrero con monedas de plata tintineantes, una canana y dos pistolas, y pondré fin a todo alegremente a base de mezcal. Eres la única mujer a la que le pediría que viniera conmigo, Patty, pero no lo harías. Ni siquiera tienes el valor de ser despreciable de verdad. Aunque sí tienes una carita preciosa, maldita sea; una cara y unas manos como joyas y un alma de baratillo.

Siguió con su perorata.

En cierta ocasión le había dicho con tono melodramático: «Sea cual sea la cuneta que elijas para morir, yo estaré ahí contigo. Tengo la intención de vivir de modo que podamos reunirnos en el infierno para siempre». (¡Menuda sandez! Vivirás sola y morirás sola, he ahí lo más probable. Y con desenfado, además. Él me enseñó a ser desenfadada; es posible que algún día se lo agradezca.)

Se estaba volviendo bastante profano, no tardaría mucho en ponerse obsceno. Por influencia de Judith. Ay, eso era tremendamente injusto. Peter solía hacerlo, en la época de Hilda, para escandalizarme. Pues que intentara escandalizarme ahora… Era tan desdichado como yo, qué curioso.

Si pudiera volverlo hacia la poesía… Podía probar con «A Shropshire Lad», de Housman, que nunca erraba el tiro.

—Pete, ¿cómo eran aquellos versos, los que empezaban por:

«Cuando tenía veintiún años...».

—«Cuando tenía veintiún años, oí decir a un sabio: regala coronas, libras y guineas, pero nunca tu corazón.»

«Ya está, con eso volverá derechito al buen camino. ¡Ay, qué borracha estoy!»

—Pete, vamos a dar una vuelta en taxi.

—De acuerdo. Que nos traigan la cuenta.

—Taxista, suba por Drive hasta la tumba de Grant y de vuelta.

Me rodeó con el brazo, y me arrebujé contra él. No significaba nada, pero era un gesto amistoso. Hacía frío en el taxi; al fin y al cabo, los animales se acurrucaban para entrar en calor.

—Está nevando, Pat.

—Qué bonito... Oye, Peter, ¿vas a casarte con Judith?

—Qué va. No quiero casarme con nadie. Tú me curaste de eso. Cómo estás, ¿muy mareada?

—No, cada vez más sobria, este aire es maravilloso.

—Tienes buen beber, Pat, para ser una chica... Y yo soy de bastante buen beber también. —Se rio—. Menos mal que nuestro hijo murió, porque probablemente no habría llegado a mucho más que a mejor borracho de su generación.

—Vete al infierno, Peter.

—Vaya, lo siento... Hablaré de otra cosa. ¿De verdad te sigue importando tanto aquel bebé?

—Y tú también me importas todavía, soy estúpida hasta ese punto. ¿Me enciendes un cigarrillo?

Su rostro, a la luz de la cerilla, me pareció duro. Ya no era el muchacho que había conocido...

—Supongo que me consideras «el hombre que arruinó tu vida», Patricia.

Le di vueltas a eso.

—Todos estropeamos nuestra propia vida a su debido tiempo, probablemente.

—Bueno, lo que tú le hiciste a la mía fue considerable, pequeña. Aunque también me enseñaste muchas cosas.

—Sin duda. ¿No has oído ninguna buena historia últimamente, Peter? No estás siendo muy divertido que digamos.

—Eres una joven muy bella, Patricia. ¿Así está mejor? ¿Me he ganado un beso?

—¿Por qué no? —No significaba nada, pero mientras durase podía fingir que significaba lo que yo quisiera.

—Pat, Judith no está. Tiene el piso junto al mío, ya sabes. ¿Te apetecería venir a ver dónde vivo?

—Muchísimo.

Me había escrito una nota cuando alquiló el apartamento y yo había enviado una carta a los del guardamuebles para que le permitieran llevarse lo que quisiera.

Volvió a besarme. Bueno, era mi marido, y besarte con tu marido era de lo más respetable. Eso me hizo reír, y se lo conté. A él también le pareció divertido.

En su piso había unos grabados que habíamos comprado juntos en Francia, y unas cortinas y una alfombra nueva del gusto de Judith, no del mío.

Hablamos sobre los grabados. Me quité el sombrero y el abrigo, y él alabó el precioso tono rojo de mi vestido. Me trajo una copa de coñac. Era bueno, mucho mejor que el whisky de antes.

—Nunca fuiste real, Pat —me dijo entonces—. Yo te inventé.

—¿Y eso qué significa?

—Que no debería condenarte tanto como lo hago.

—Supongo que soy tan responsable de la clase de persona que eres hoy en día como tú de la clase de persona que soy yo —repuse—. Nunca lo había pensado. En esta obra sencillamente no hay villanos.

—Uy, Patty poniéndose filosófica... No lo hagas. Prefiero que me beses a que hables.

—Como quieras.

Tenía razón. Era mejor besarle que intentar hablar con él. Y esos besos podían llegar a significar algo, ¿quién sabía? También era agradable dormirme entre sus brazos; significaba tanto como cualquier otra cosa, desde luego.

Su voz me despertó.

—Pat, ¿piensas quedarte toda la noche? La verdad es que esto no es muy cómodo para dos.

Deseé no haberme casado con él, no haberlo besado, no haberlo conocido, no haber oído ni hablar de él. También deseé tener un revólver y así poder pegarle un tiro.

—Si quieres, me visto y te llevo a casa —añadió.

—Gracias, pero no quisiera causarte tantas molestias —respondí. Cogí mi ropa y entré en su cuarto de baño para vestirme, pero decidí darme una ducha.

Bajo el chorro de agua, se me ocurrió que debería escribir anuncios para fontaneros, porque en cada crisis de mi vida, por lo visto, me daba una ducha o un baño.

Una vez vestida, volví a por mi abrigo. Estaba sentado en la cama, fumando.

—Peter, dime, solo para satisfacer mi curiosidad, ¿por qué me haces estas cosas? No creo que midas a tus otras mujeres por el mismo rasero... Oigo decir con demasiada frecuencia que tienes éxito con

ellas.

—Oh, diablos, ¿tenemos que entrar en ese tema, Pat?

—Simplificaré la pregunta: ¿me amas o me odias?

—Eso no es una simplificación, y lo sabes.

El tono de ambos era de absoluta indiferencia.

—Bueno, Patricia, por si te sirve de algo: antes de besarte pienso en ti como eras antes, y después de besarte me pregunto con cuántos hombres te habrás acostado ya.

—Las otras mujeres que conoces no carecen precisamente de pasado.

—Y me da igual en su caso. Tú estás en desventaja porque te remontas a la época en la que rebosaba tanto de ideales sobre la lealtad y la constancia de las mujeres que no me quedaba espacio para la menor sensatez con respecto a ellas.

»Aun así, Patricia, tú sigues siendo... un poco distinta de las demás. Será mejor que te vayas. Debo de estar borracho todavía, o no hablaría tanto.

Me puse el abrigo y recogí los guantes. Tuve la sensación de que aquel era el final definitivo de lo mío con Peter; sin embargo, sabía que había sentido eso antes y no había sido así. Me pinté los labios con cuidado.

—Peter, ¿me darías un beso de despedida, como si fuera el año 1922?

(Maldita sea, ¿por qué le he pedido eso? Me lo echará en cara como una muestra espantosa de sensiblería. Es solo que... estoy bastante segura de que lo nuestro acaba aquí, y quería ponerle fin con un gesto amistoso.)

Apagó su cigarrillo y encendió otro.

—Eres una joven a la que no es fácil satisfacer, Patricia.

Cuánto lo odiaba. Pero yo también sabía cómo hacerlo estremecerse.

—Vaya, Peter, mis amantes siempre se quejan de que soy frígida.

—Lárgate de aquí, ¿quieres? —espetó él.

Me fui sin volverme para mirarlo. Fuera nevaba con fuerza.

«Y aquí estoy, de patitas en la calle en medio de la tradicional tormenta de nieve, ¿no es ridículo?», me dije, y me eché a reír.

Llegué a la Sexta Avenida, y debí de girar hacia el sur en lugar de hacia el norte, porque me encontré ante la puerta del Dave's Blue Room, un gran restaurante abierto toda la noche. Había acudido a ese sitio a menudo en busca de bocadillos y sabía que quedaba al sur de la calle donde vivía Peter. Al llegar, me sentí incapaz de dar un paso más. Me dije que un poco de café negro me vendría bien, de modo que entré.

Bill estaba sentado con otros tres hombres de su edad, tomando huevos revueltos con beicon. Supuse que habían estado jugando al

bridge en alguna parte.

Se levantó cuando entré.

—Ven a sentarte con nosotros, Patricia. ¿Qué haces deambulando sola a las tres de la mañana?

Me presentó a los tres hombres. Me miraron un poco extrañados y comprendí que probablemente tenía un aspecto horrible. No me había dado cuenta ante el espejo de Pete.

Más valía dar alguna clase de explicación; al cabo de un momento, en cuanto recuperara el control de mi voz.

—Cuánto me alegro de que estéis aquí, Bill. Tenía la desagradable sensación de llamar mucho la atención entrando aquí sola, pero necesitaba de verdad un poco de café. He pasado una velada bastante perturbadora.

Bill pidió café y me recomendó los huevos revueltos.

Dejé que también me los pidiera.

—Veréis, he estado debatiendo con mi marido los detalles de nuestro divorcio, y ese tipo de cosas siempre son duras, supongo.

Los cuatro viejos se mostraron comprensivos de inmediato, lo suficiente como para cambiar de tema. Dijeron cosas amables y joviales, en el sentido de que era encantador que una mujer joven y bonita se inmiscuyera en su aburrimiento.

Al cabo de un minuto y un sorbo de café, supe que no me iba a desmayar. Pero no podía hacer nada con respecto a los huevos revueltos. Bill me cogió la mano y me la apretó con fuerza por debajo del mantel. Bueno, en su época había sabido mucho de mujeres.

Me acompañó a casa y me dejó en la puerta tras haberme sugerido que viéramos tres espectáculos musicales la semana siguiente.

Subí por las escaleras pensando que Bill era un hombre muy agradable.

Una vez ante la puerta de Lucia, decidí despertarla y decirle que iba a tramitar el divorcio. Estaría lo bastante interesada como para que le diera igual que la hubiese despertado.

—Lucia, voy a divorciarme de Peter.

—Me alegro, Pat. Te llevaré a mi abogado mañana a la hora de comer.

Me senté en su pequeño sofá. Estaba demasiado cansada para subir a mi piso.

—Habla si te apetece, Pat.

—Está bien. Me aferré porque no podía dejarlo ir. Ahora lo estoy dejando ir porque ya no aguantO más.

—Será mejor que duermas aquí abajo, Pat. Siéntate en una silla mientras te hago la cama en el sofá.

—¿Cómo es lo de divorciarte, Lucia?

—Como sacarte una muela. Un buen tirón, y al día siguiente te

sientes mejor.

—Mi gran amor me ha echado a la calle en plena tormenta de nieve, Lucia, así que he decidido que ya estaba harto de mí.

—Patricia, cariño, contrólate. Piensa que mañana será otro día; o si eso no te sirve, recuerda que después de esto ya nada te hará mucho daño en toda tu vida.

—¿Es eso cierto, Lucia, o estás siendo amable conmigo?

Se echó a reír, me puso un cojín bajo la cabeza y me dijo que me quitara los zapatos, porque estaban empapados de caminar por la nieve.

—Es la verdad, Pat. Ahora ya es poco probable que otro hombre te «abandone», o que te apetezca aferrarte a cualquier hombre. Porque, cuando sospeches siquiera que tiene intención de irse, le harás el equipaje y le comprarás un billete solo de ida a donde quiera, tan rápido que se irá a regañadientes. No volverás a aferrarte a nadie. Es ese aferrarse lo que hace daño, la diferencia entre una muerte súbita o una que se alarga en el tiempo. ¿Te parece que serás capaz de dormir ahora si te metes en la cama? Son las cuatro de la madrugada.

—Creo que sí.

A la mañana siguiente, Lucia me trajo el desayuno a la cama, y estuvo muy divertida con su relato de las virtudes de Sam. Ese mediodía fuimos a ver a su abogado.

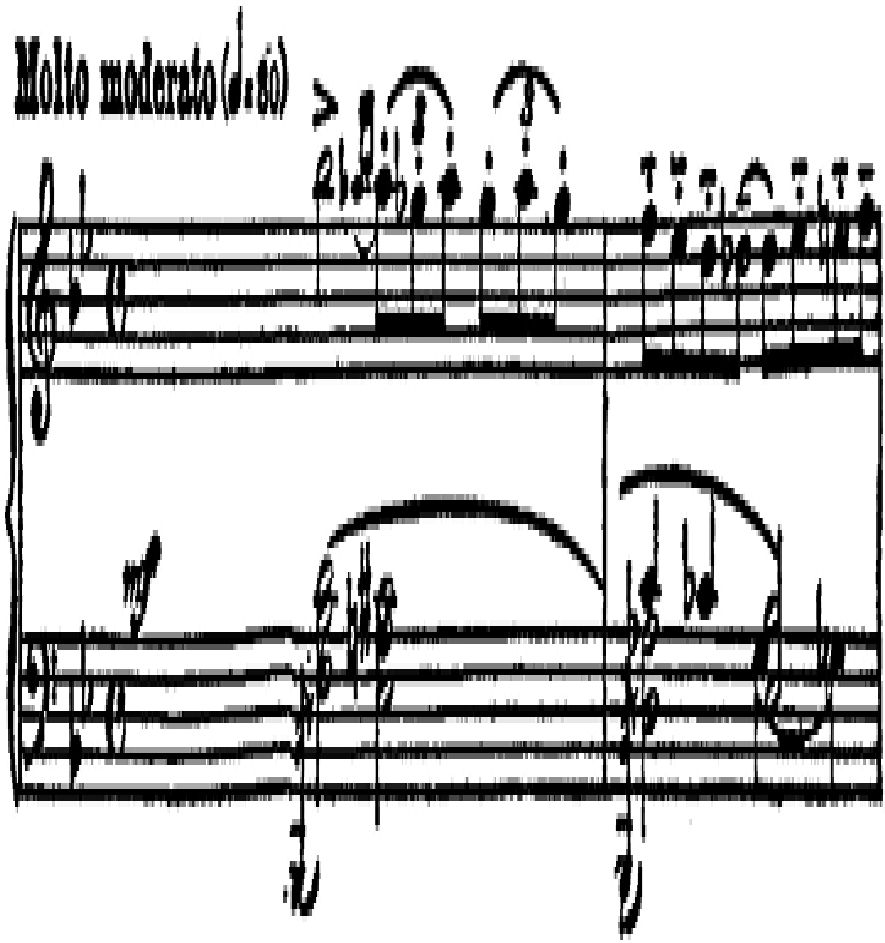
Capítulo 12

Sam le regaló a Lucia un fonógrafo ortofónico por su cumpleaños. «Rhapsody in blue» de Gershwin era prácticamente el único disco que poníamos en él. Lo encendíamos por lo menos una vez cada hora que pasábamos en casa.

—Es la melodía de fondo perfecta para Nueva York —comentó Lucia—. Para el Nueva York que conocemos. Mezcla alegría y color e irrelevancia, inutilidad y glamur, que se funden de forma tan deliciosa como los ingredientes de una *crêpe Suzette*.

—Me hace pensar en rascacielos y en Harlem, y en transatlánticos navegando y en repartidores de periódicos pregonando ediciones especiales —repuse.

—A mí me hace pensar que tengo veinte años y voy camino de ser la dueña de la ciudad —concluyó Lucia—. Vuelve a ponerla, ¿quieres?



Las siete de la mañana.

Lucia me llamaba desde abajo.

—Pat, ¿lo pasaste bien anoche? He traído algo de comida; baja a tomar pomelo y huevos conmigo; tengo algo emocionante que contarte.

—De acuerdo, pero es muy temprano, Lucia.

Me levanté. La boca me sabía a tabaco, de tanto que había fumado

la noche anterior. Pero al cabo de unos minutos (y tras la calistenia y una ducha) me sentía tersa como la seda y tonificada. Fuera despuntaba un alegre amanecer de febrero.

Me puse un vestido de punto verde pálido, medias beis y zapatos marrones de cocodrilo; metí el dinero, el maquillaje y un pañuelo verde en el bolso de cocodrilo; me calé un sombrero beis muy ladeado sobre el ojo derecho y dejando el izquierdo bien al descubierto. Me até un fular beis y verde al cuello, saqué unos guantes de gamuza limpios y me los llevé al piso de abajo junto con el abrigo verde y el bolso. Lucia llevaba un atuendo del mismo estilo y estaba muy guapa.

—Tu pomelo está sobre la repisa de la chimenea —me dijo—. No quedaba sitio en la mesita. Cómetelo mientras termino con los huevos.

—¿Por qué has hecho que me levante una hora antes, querida? —quise saber.

—Me he despertado pronto y tenía ganas de charlar.

—No es por eso —repuse con un bostezo.

—Muy bien, pues mira esto —dijo.

Llevaba en el dedo un precioso anillo nuevo con una esmeralda.

—¡Oh, Dios mío! —exclamé—. ¡No me digas que vas a casarte con Sam!

Las dos nos echamos a reír.

—Y yo que esperaba que me felicitaras, Pat.

Me arrepentí un poco de mis palabras y añadí que Sam era una gran persona.

—Querrás decir —repuso Lucia— que tiene cuarenta y cinco años y le sobran veinticinco kilos para ser esbelto. Me alegro de ambas cosas; seré la última mujer de su vida, con un poco de suerte. Si fuera una boxeadora de prestigio, querría tener la oportunidad de figurar alguna vez en la pelea principal de la velada, y no pasarme toda la carrera acabando fuera de combate en las primeras rondas. Además, ¿no has oído hablar de las quince monedas de oro? Es toda una filosofía.

—Cuéntamela.

—Toda mujer atractiva dispone de quince monedas de oro, para gastar una cada año entre los veinte y los treinta y cinco. Puede malgastar las diez o doce primeras si quiere, pero las restantes debería invertirlas en algo seguro para su madurez.

—¿Quién te contó eso de las piezas de oro?

—La mujer que me lava el pelo. Antes era modelo de portada en las revistas.

—Podrías casarte con muchos hombres más jóvenes y alegres que Sam —le recordé.

—Pero no quiero hacerlo. Insisto en que quiero ser la última mujer, la definitiva, en la vida de alguien.

—¿Te gusta escuchar discursos sobre los nuevos mercados

comerciales del mundo y sobre cuánto petróleo esperan encontrar en China en los próximos diez años?

Lucia sonrió.

—Me encanta. Tengo treinta años y llevo cinco escuchando discursos sobre libros nuevos y estrenos de obras de teatro y ropa de moda... y chistes ingeniosos... No quiero volver a oír un chiste en toda mi vida. Me encanta oír hablar del glamuroso futuro de Sudamérica, y de cómo afecta el tipo de cambio de divisas a... Aún no estoy segura de a qué afecta, pero ya lo averiguaré...

—Madre mía, Lucia, de modo que esperas ser feliz.

—Por supuesto, espero ser feliz y tener una vida tan estable y protegida como la de mi abuela. También tengo intención de hacer feliz a Sam. Me casaría con él aunque fuera relativamente pobre.

—¿Qué te hace sentir la idea de acostarte con él?

—Prefiero acostarme con él el resto de mi vida para tener siempre cerca su bondad, su buen humor y su franqueza, antes que soportar el egoísmo y la vanidad y las desgarradoras infidelidades de cualquier hombre «atractivo» que conozco, solo por disfrutar de momentos puntuales de gozo supremo en la cama.

—¿Quieres tener hijos, Lucia?

—Los tendré si él los quiere. Ciertas mujeres que han sido económicamente independientes empiezan a pensar que nos hemos ganado tomar nuestras propias decisiones. Toma un poco más de café, Pat.

—Ay, querida —me lamenté—, te voy a echar muchísimo de menos y sigo pensando que deberías casarte con alguien que te volviera loca.

—Puedes venir a visitarme a Long Island cada fin de semana, cariño, y ya me casé una vez con alguien que me volvía loca... Te encontraré un buen banquero, más joven y delgado que Sam, si te apetece.

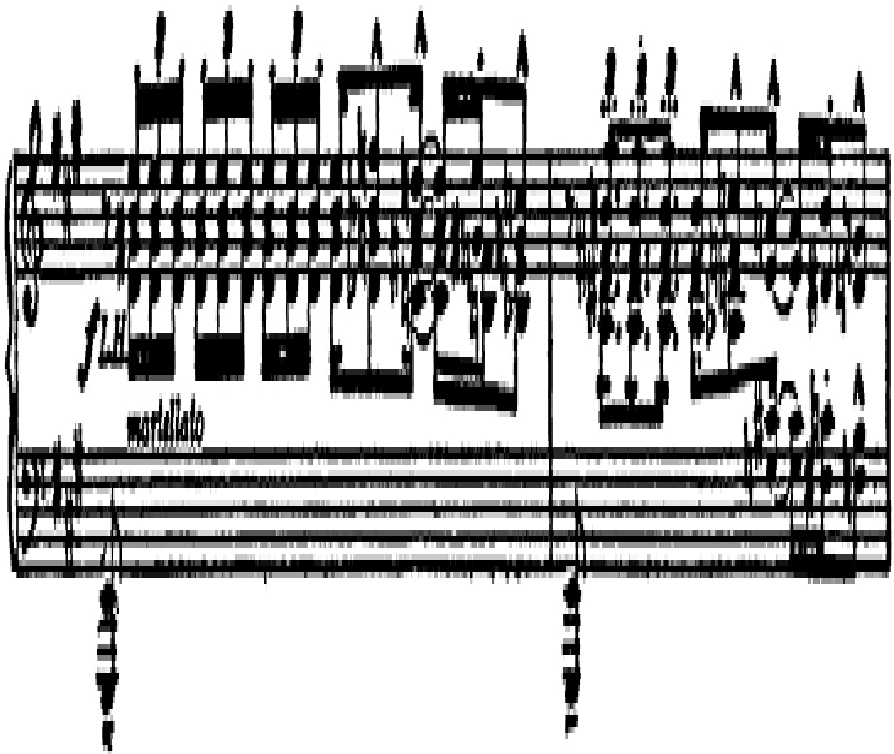
—No, no me apetece... No quiero volver a casarme.

—No sentirás lo mismo cuando te hayas divorciado el mes que viene —dijo Lucia—. Vete a trabajar. Yo tengo una cita fuera de la oficina y puedo entrar más tarde.

Me puse el abrigo.

—Lucia, ¿Sam es realmente lo que quieres?

—No se parece mucho a lo que solía querer. Y es mucho más de lo que esperaba tener, en este momento.



Las ocho y media.

Mi taxi estaba parado en medio del tráfico. Encendí un cigarrillo. A esas alturas, todos me decían: «No sentirás lo mismo cuando te hayas divorciado» o «Te sentirás mejor después de tu divorcio», al igual que dicen: «Te sentirás mejor cuando te hayan quitado las amígdalas» o «después de que nazca el bebé» o «cuando hayas comido».

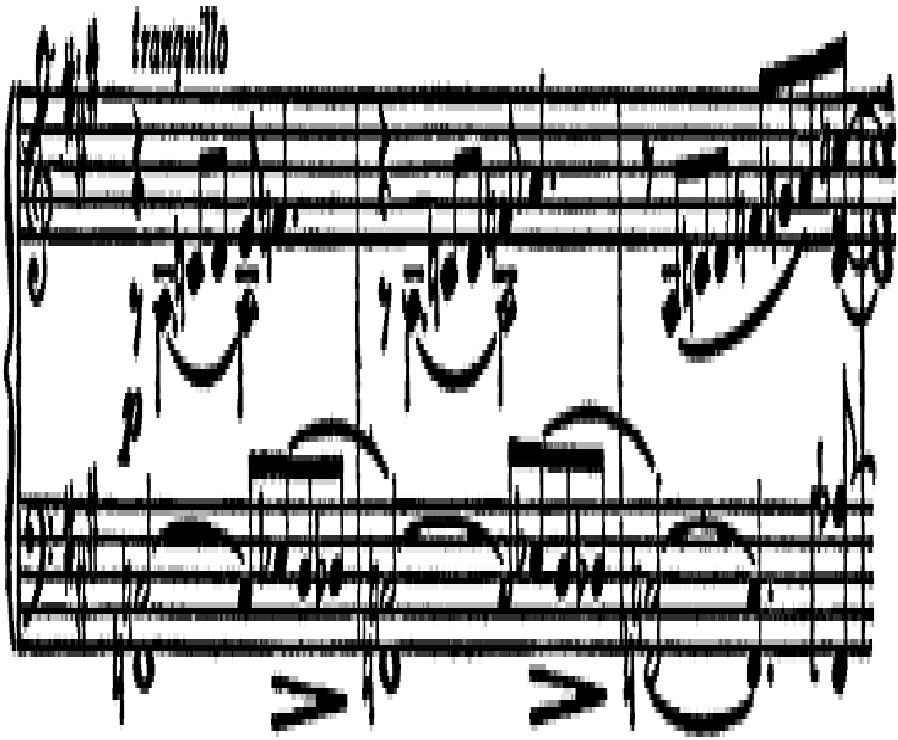
Me preguntaba si los médicos les decían a los muy viejos: «Te

sentirás mejor cuando te hayas muerto».

Tras haber adquirido el compromiso en firme de divorciarme de Peter, con la demanda ya en marcha y los honorarios del abogado pagados, no sabía con más certeza si quería divorciarme de él o qué clase de abrigo querría para la primavera de 1940.

Si hubiera aguantado seis meses más o seis años, ¿habría vuelto Peter? ¿Y habría querido yo que volviera o no?

El semáforo cambió de color. Le dije al taxista que se diera prisa.



Las once.

La joven y ambiciosa redactora, que con toda probabilidad ocuparía mi puesto algún día, llamó a la puerta de mi despacho.

—Las cosas están tranquilas hoy, ¿verdad? —comentó.

—Sí, gracias a Dios.

—Me gustaría invitarte a almorzar —añadió tímidamente—. Verás, como eres una mujer casada, mayor que yo y una profesional de éxito, quisiera pedirte un consejo.

Resultaba que yo tenía veinticinco años, y ella rondaría los veintiuno. Yo misma había considerado los veinticinco una edad bastante avanzada cuatro años antes de alcanzarla.

—Siento no poder almorzar contigo. Tengo una cita con la encargada de compras de vestidos para jovencitas. Pero qué tal si te sientas ahora y me lo cuentas.

Titubeó, sin saber muy bien por dónde empezar.

—Estás haciendo un trabajo estupendo estos días —añadí—. Hace tiempo que quería decírtelo.

—No es eso, aunque te lo agradezco muchísimo... Es que... quiero casarme.

—Qué bien. Puedo pedirte una excedencia cuando la quieras —repuse.

—No. Lo que pasa es que el hombre con el que planeo casarme insiste en que deje mi empleo. No quiere que su mujer trabaje. No tiene mucho dinero, pero irá ganando cada vez más... —Se interrumpió.

—¿El mismo dilema de siempre, la elección entre matrimonio o carrera?

—Sí.

—¿Qué edad tiene ese hombre?

—Es seis meses mayor que yo. Tiene veintidós años.

—¿Estás muy enamorada de él?

Sus grandes e inocentes ojos azules se llenaron de lágrimas.

—Sí, estoy loca por él —repuso.

Me sorprendió mi propio entusiasmo.

—Mi querida muchacha, cásate con él, y si algún día tienes que buscar un empleo, lo conseguirás. Si hay algo que pueda hacer para ayudarte..., me refiero a darte contactos de personas que te vendan los muebles al por mayor y eso, dímelo... Cuéntame más cosas de tu prometido.

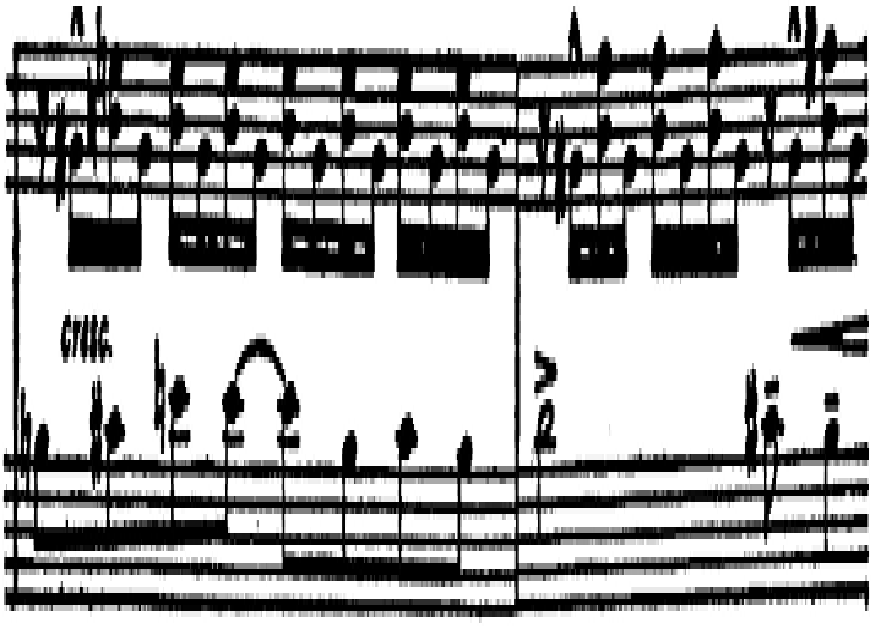
La chica habló por los codos. Dijo que se iría al cabo de dos semanas.

No necesitaba mi consejo: probablemente se habría casado con él de todos modos. Le habría ido bien en la publicidad.

En lugar de eso, comería alubias en lata la víspera de que su marido cobrara, o algo por el estilo, supuse. Y yo tendría que enseñarle

a otra persona a hacer su trabajo.

Me pregunté si mi arrebato final había sido sincero, cuando le dije que nunca debía dejar pasar el amor, o algo por el estilo..., y luego decidí que sí, que eso siempre lo decía en serio cuando estaba bien.



A las cinco sonó el teléfono.

—Pat, soy Nathaniel, estoy de celebración. ¿Has quedado para cenar?

—Sí, he quedado, pero antes me gustaría celebrar lo que sea contigo, aunque tendrá que ser breve.

—Nos vemos en la puerta lateral a las cinco y media.

Fin de la jornada. Me lavo las manos y el cuello. Me aplico leche limpiadora en la cara, y luego pintalabios, polvos y colorete.

Nat me espera en la puerta lateral.

—Hola, jovencita. Estás preciosa. Mi anciano padre ha estado aquí y me ha aumentado la paga. La semana pasada ganó doscientos mil en la bolsa, así que ahora va a pagarme sesenta dólares en lugar de cincuenta. Tomemos unos cócteles.

Fuimos al bar Giacomo. Nos tomamos sendos *clover club*, fríos como helados y del tono rosa del quitaesmalte para uñas.

—Nat, ¿dónde has estado estos dos días?

—Con la emoción por mi aumento olvidé decírtelo... He estado de viaje, el viaje más largo que haya hecho nunca desde la repentina muerte de mi hermano... Fui a Filadelfia, mi padre está construyendo un banco allí.

Parecía agotado y taciturno.

—Es fantástico lo del aumento, Nat... Y algún día..., algún día viajarás a algún sitio y verás todos los cuadros bonitos del mundo.

—Sí, algún día, cuando haya cumplido cincuenta años y tenga tan mal la vista que no pueda ver nada más pequeño que un mural de tres metros por seis.

Sentí lástima por él. Se había pasado siete años pagando los platos rotos del hermano que había muerto alegremente por la vía del alcohol y la corista. Pero, al fin y al cabo, todo el mundo pagaba los platos rotos de los demás. Y algún día su padre le dejaría mucho dinero para ir a sitios y ver cosas.

—Cariño..., si quieres que anule mi cita para cenar, lo intento, y así podemos dar un paseo hasta que te sientas mejor.

—No, Pat. Pero eres un encanto, y siempre estás alegre. ¿Ha sido dura tu jornada?

—No. He aconsejado a una joven que antepusiera el amor al negocio de la publicidad y se casara con un hombre que gana cincuenta dólares a la semana.

—Eres una muchacha temeraria. Tú sí deberías casarte, aunque no con alguien que gane menos de cincuenta por hora: tu gusto en ropa es demasiado refinado.

—Qué perspicaz te estás volviendo, Nathaniel.

—Bueno, me gusta mirar cuadros, y por eso me fijo en ti.

Los esfuerzos de Nathaniel por soltar piropos siempre me sacaban los colores. Eran tan solemnes...

Le conté la historia de la hija del granjero que tenía una abuela, le revelé que Lucia se iba a casar con Sam y le dije que estar con él (con

Nathaniel) era siempre un momento muy especial en el día de cualquier mujer joven..., y luego añadí que tenía que irme a casa a vestirme con sumo cuidado, porque iba a cenar con Horace.

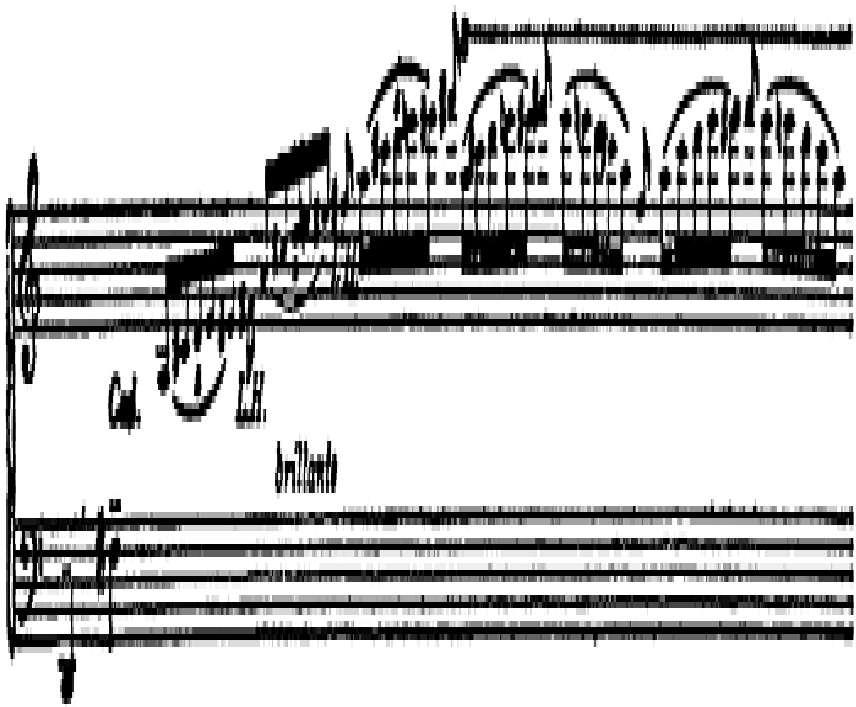
Nathaniel quedó impresionado.

—El mejor retratista de América... Pat, ¿va a pintarte? Le pediré dinero prestado al médico para tener una opción de compra de ese cuadro.

—Dudo que me pinte; no ha terminado del todo con su chica española. —Y entonces deseé no haberme tomado tan deprisa cuatro cócteles *clover club*, porque Nathaniel detestaba oír cosas así sobre personas cuyo trabajo admiraba.

—Su sentido del color es maravilloso, Patricia.

Le hablé sobre el color —de los cuadros, del cielo, de los edificios — y, para cuando lo dejé marchar a una sombría y silenciosa cena en casa con su padre, ya se sentía feliz y entusiasmado ante la posibilidad de convertir Nueva York en la ciudad más colorida del mundo.



Me topé con Lucia bajando por las escaleras cuando yo subía. Llevaba un vestido blanco y dorado y una estola con cuello de zorro blanco.

—Lucia, estás divina. ¿Todo esto es en honor a tu prometido?

—Sí, querida, en honor a él y a su hermano de Chicago, y a una cena en el Ritz.

—No sabía que Sam tuviera un hermano en Chicago.

—El hermano tiene cuatro hijos, querida, y una esposa saludable.

Nada conveniente para ti en los próximos días de tu libertad.

—No busco marido, ya te lo dije.

—Eso ya lo veremos, Pat. Hablando de hombres con los que no te vas a casar, ¿tiene Kenneth llaves de tu apartamento?

—Sí, olvidé decírtelo. Se las di hace algún tiempo para que pudiera sentarse a esperar para llevarme a Harlem si aparecía tarde.

—Bueno, pues se ha pasado una hora asomando una y otra vez su antaño hermosa cabeza por mi puerta, reclamándote. Está muy borracho. Pobre Ken, parece la versión nórdica del judío errante. Aunque se ha ido hace un rato, lo he oído dar tumbos escaleras abajo. ¿Cenas con él?

—No, con Horace.

—¿Qué haces, probar a todos los autoproclamados grandes amantes de Nueva York, uno tras otro, o acaso quieres un boceto de ti misma? Nunca los dibuja hasta después, según él no es anatómicamente posible... Pero supongo que haces bien en entretenerte un poco..., y hace un tiempo que has reducido las aventuras, ¿verdad?

Se sentó en la hornacina junto al rellano, donde una vez, supongo, antes de que remodelaran la casa, hubo un santo o el busto de un estadista o quizá incluso una virgen.

—Pat, dispongo de un momentito para hablar. ¿Te sientes muy desdichada por divorciarte de Peter?

—No pienso en ello. En efecto, he reducido lo que tú llamas «aventuras»; no me sirven de nada. Al principio, creí que podría tomármelas como la forma más fácil de olvidar a Peter, pero no lo es. Tal vez no soy de las que se dan un revolcón por pura diversión.

—No importa, tampoco yo podría llegar a ese nivel. Te encontraré un marido. Cuando me haya casado, tendré mucho tiempo libre. Entretanto, pásalo bien con los grandes amantes.

—Horace no es un gran amante, que yo sepa, y es más viejo que Matusalén, Lucia.

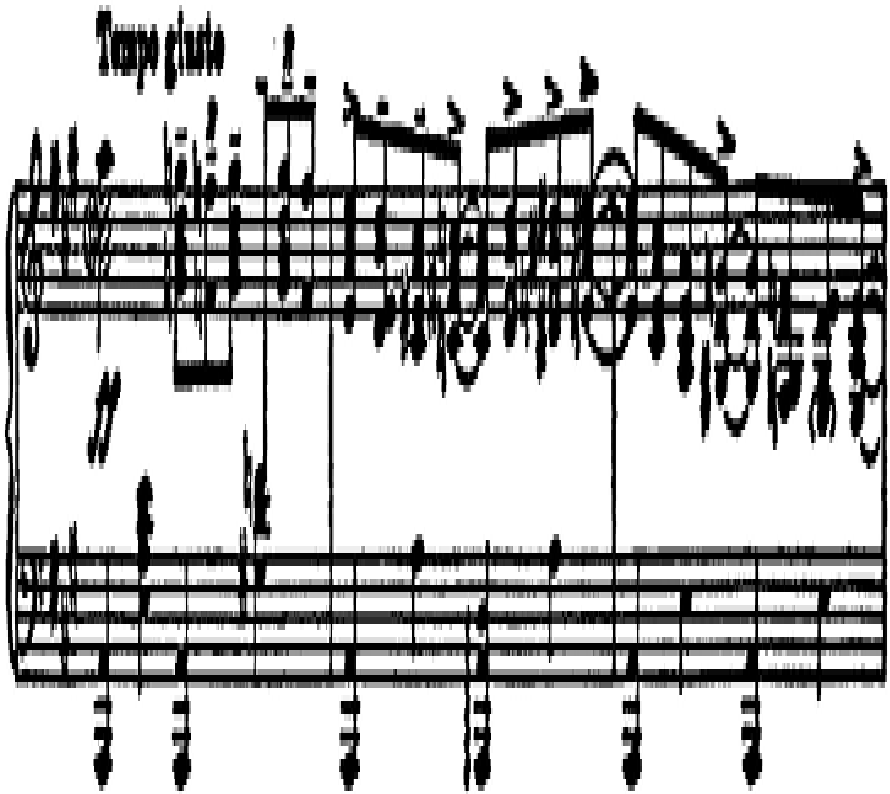
Pero ella se levantó y empezó a bajar por las escaleras. Su voz volvía flotando con su perfume.

—Los grandes amantes, los que han «conocido a cien mujeres» y presumen de ello, me recuerdan al hombre que quería ser músico y tomó una lección de cada instrumento de la orquesta.

—¿Qué fue de él, Lucia? —exclamé hacia el piso de abajo.

Apoyó la cara en la balaustrada.

—Al final no pudo tocar ni una sola melodía con ninguno de ellos, Pat.



Las ocho de la tarde.

Horace era casi tan ancho como largo, físicamente hablando. Me reuní con él en su estudio, como me había pedido. Quería ver las cosas en las que estaba trabajando, porque merecerían la pena y porque a Nathaniel le encantaría oír hablar de ellas.

Horace ya se había tomado media coctelera de martini antes de que yo llegara. Me besó la mano, me sirvió un martini en un vaso largo

y empezó a hablar. Admiró mi vestido; me había puesto el de tafetán azul zafiro, porque era un vestido «de cuadro», y aunque no pensaba hacer grandes esfuerzos para que Horace me pintara, nunca se sabía.

Si decidía pintarme, el cuadro se colgaría en alguna galería a la que Pete quizá iría a verlo de viejo, y lo ayudaría a recordar cómo había sido yo. (Fui incapaz de «venderme» esa bonita idea con la más mínima convicción. Estaba segura de que Pete me recordaría, si acaso, como uno más entre los errores de su juventud.)

Horace era un tipo entretenido. Se había abierto camino a besos y pinceladas desde el Soho hasta Manila, y sus recuerdos de los cuadros y las damas que había pintado en su época eran casi tan buenos como los cuadros en sí, y probablemente mucho mejores que las damas.

Me contó la historia de una mujer que lo había hecho acudir (de San Luis a Honolulu) para que fuera el padre de su hijo. Sin embargo, el hijo en cuestión resultó ser niña y, además, la fecha de nacimiento fue solo seis meses después de que Horace llegara a Honolulu. Sin embargo, el resto de la historia era romántico.

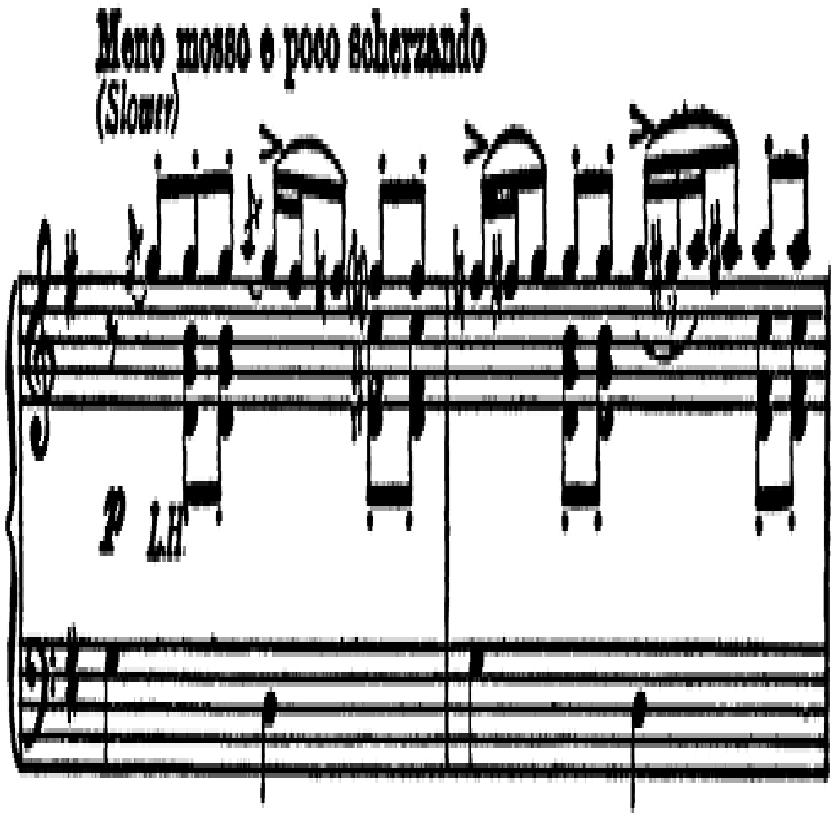
Cuando pasó de ese tema a un monólogo sobre la cantidad de *savoir faire* que las mujeres jóvenes podían obtener por asociarse con hombres mayores y mundanos, exhalé un suspiro y comprendí que pensaba en mí como un adorno de alcoba, no de una galería de arte. Pete tendría que arreglárselas con una fotografía mía, si es que conservaba alguna.

Batirme en retirada, por el momento, resultaría fácil. Siempre lo es cuando se trata de hombres que de verdad están locos por la belleza, si la mujer sabe ser lo bastante humilde para comprender que la consideran menos excitante que una puesta de sol y nada realmente comparable a una buena pieza de cerámica.

Horace tenía en su estudio la más exquisita cómoda de arce que jamás había visto. Tenía unas proporciones celestiales y su pátina era un cruce entre la suavidad del terciopelo y el brillo del satén que en realidad nunca se consigue en una tela.

Empecé a admirarla; lo hice con toda la inteligencia posible. Horace no tardó en mirarla con amor y ensimismamiento, y en acariciar su superficie con la misma consideración que diez minutos antes había dedicado a mis hombros.

Cuando su concentración en la cómoda alcanzó su plenitud, le dije que me moría de hambre. Era un hombre de buenos modales: nos encaminamos a la puerta para que me llevara a cenar y, de camino, se detuvo para maldecir el retrato inacabado de su muchacha española.



La una de la madrugada.

Lo había pasado estupendamente hasta entonces. Horace era un genio, y yo había conocido a muy pocos entre las semicelebridades. Había hablado durante cinco horas seguidas, con tiempo libre en medio para dar cuenta de una cena pantagruélica e interminables copas, sobre pintura y mujeres, y arte y mujeres, y la vida y las mujeres creadas para solaz de los hombres.

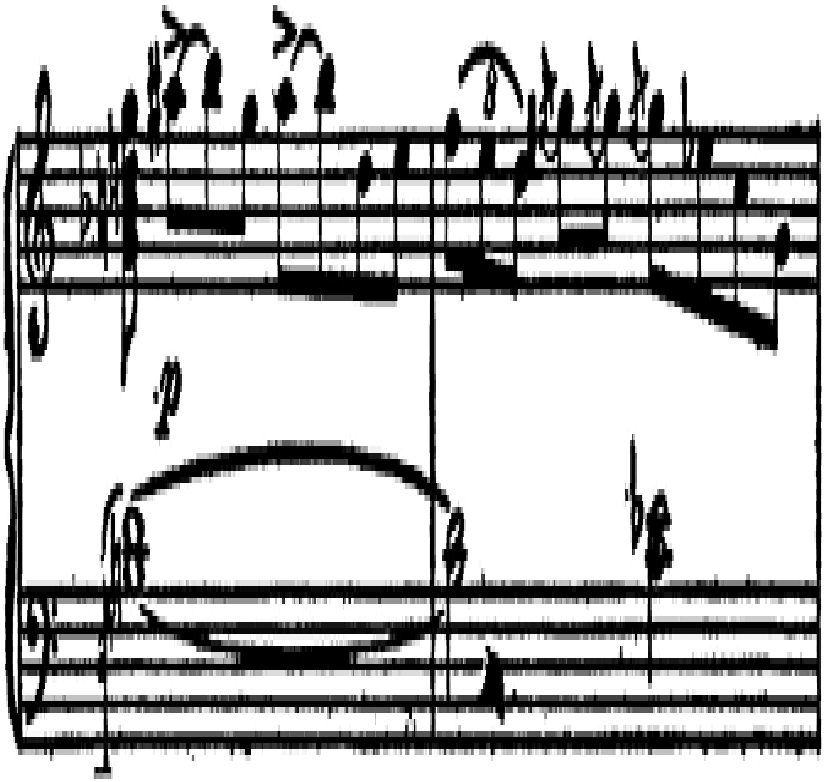
Intentaba recordar para Nat todo lo que había dicho sobre pintura, pero apenas podía mantener la cabeza sobre los hombros. Horace era treinta años mayor que yo, pero tenía cuatro veces más energía.

Sin embargo, tuve la impresión de que un poco más de comida lo tumbaría esa noche, de modo que me lo llevé a rastras a Childs, de camino a casa, con el pretexto de que me apetecía un poco del café que preparaban allí. Si Horace todavía era capaz de valerse por sí mismo al llegar a mi apartamento, no tendría que depender de Lucia para que me ayudara. Ella quizá no aparecería hasta el amanecer. Así pues, probé a pedirle una tortilla, un bizcocho de mantequilla y una tarta de calabaza. Se metió todo eso entre pecho y espalda sin dificultad aparente.

Diez personas me saludaron con gestos, pero ninguna se nos acercó. Y Horace acababa de descubrir que yo era tremendamente voluptuosa. (Nadie más me había dicho eso, y puse en duda su juicio: en ese momento pesaba apenas cincuenta kilos, y eso, según la mayoría de los estándares, no es voluptuosidad.)

Paseé la vista alrededor, pero en Childs no había ninguna cómoda de arce que Horace pudiera admirar en mi lugar. De modo que dejé que pidiera un taxi, le sugerí dar una vuelta, pero descubrí en cuestión de cinco minutos que más me valía dejar que me llevara a casa, así que le propuse eso:

—Vayamos a mi casa.



Las dos de la mañana.

Mientras esperaba a que Horace pagara el taxi, el aire de la noche soplaba limpio, frío y tonificante contra mi rostro, y una luna de invierno, que parecía muy remota y distante, derramaba su luz sobre los altos y oscuros edificios, y sobre la calle silenciosa, tranquila y gris, y sobre Horace, sobre el taxista y sobre mí. Y durante un instante tuve la sensación de que Nueva York era un lugar hermoso donde vivir

independientemente de lo que me ocurriera viviendo en ella, una sensación reconfortante que me había llegado a veces, de un tiempo a esta parte, cuando dejaba de buscar consuelo en la gente.

Horace subió por las escaleras con un trote enérgico detrás de mí. Me sentía peor, con cada peldaño que subía menos deseaba que se quedara, pero no se me ocurría ninguna buena razón para pedirle que se fuera, y abrí la puerta.

Me senté en un pequeño sillón para que Horace tuviera que sentarse en el sofá, frente a mí; encendí un cigarrillo y deseé poder irme a algún sitio a dormir durante un mes.

Horace se sentó pesadamente.

Esperé a que empezara lo que tuviera pensado empezar.

—Jovencita —dijo (era probable que a esas alturas estuviera lo bastante borracho para no recordar mi nombre)—. Cuando te conocí me pareciste inteligente porque tu cabeza tiene la forma adecuada.

Sonreí. Iba a ser original... Bueno, podría haber confiado en que lo sería.

—Sin embargo, no eres inteligente, pues de lo contrario darías más valor del que pareces conceder a la admiración de un hombre como yo, un conocedor de las mujeres. Quizá prefieres a chicos inmaduros y guapos...

(Ah, conque le importaba ser viejo, ¿eh? Ahora no podía mandarlo a casa. Se sentiría... acabado. No era justo que una subdirectora de publicidad hiciera sentir acabado a un gran pintor.)

—Me siento muy halagada de que me hayas dedicado una velada, Horace.

—No digas palabras que no significan nada, jovencita. Escúchame, por favor. Tengo algo que decirte que puede ser de tu interés.

Se mostraba un poco antojadizo, pero si le apetecía serlo, no me importaba. Estaba demasiado cansada. Su enorme cabeza quedaba enmarcada por la blancura de la puerta panelada de detrás del sofá. Me pregunté si alguna vez habría hecho un retrato de sí mismo: aquella cabeza entrecana era maravillosa. Deseé que aquella puerta diera a algún sitio al que pudiera huir, en lugar de dar solo al baño; no podía pasar la noche en la bañera.

—Jovencita...

(Me dije que si volvía a llamarme así le arrojaría un cojín. No había razón para dejar que la gente se sentara en mi propio apartamento y me llamara «jovencita», tanto si sabían pintar hermosos retratos como si no.)

—Tienes un cuerpo delicioso —continuó—, aunque carezcas de inteligencia. Y ya que pareces no valorarme en absoluto como persona, te daré la cómoda de arce que tuviste el buen gusto de admirar si me permites quedarme aquí esta noche.

Eso significaba que la chica española no iba a volver para que terminara su retrato, y que el tipo me estaba ofreciendo ser su sucesora. Pues podía quedarse, a no ser que se me ocurriera un método más sutil para echarlo que decirle: «Eres un viejo repugnante; vete, por favor». Porque no era repugnante, sino solo cándido. Quería lo que quería, y pagaría un precio por ello.

Supuse que tendría que permitirle quedarse, pero podía guardarse su cómoda de arce donde le cupiera. Lo único que a mí me quedaba era mi categoría de aficionada. (¿Se ha movido esa puerta detrás de él? Por supuesto que no; estoy tan cansada que veo visiones...)

Horace no había terminado de hablar.

—Permíteme encenderte otro cigarrillo, y tómate cinco minutos para considerar la oferta de la cómoda; no hay otra igual en toda América.

Me encendió el pitillo. Luego sacó su reloj.

—Son las dos y veinte. Te pediré tu respuesta a las dos y veinticinco. —Se quedó mirando la esfera.

Me eché a reír. Me ignoró. Miré mi propio reloj. Sabía que debía decir algo para poner fin a aquella escena tan absurda, pero no podía hablar, solo reír.

—Son las dos y veinticinco —declaró entonces—. ¿Quieres cinco minutos más para decidirte?

Del cuarto de baño llegó el sonido de unos cristales rompiéndose. Horace se volvió. La puerta del baño se abrió un poco y una voz dijo:

—Por el amor de Dios, Pat, tómala o déjala ya, no puedo vivir cinco minutos más sin beber.

—¡Kenneth! —exclamé.

La puerta del baño se abrió. Kenneth salió tambaleándose y se apoyó en ella. Llevaba mal puesto el sombrero de ópera y tenía el frac arrugado. Se quedó ahí plantado, alto, con el pelo dorado y su terrible delgadez, sonriéndonos a los dos: parecía el dibujo animado de un joven de mundo.

Detrás de él alcancé a ver una botella hecha añicos en el suelo.

Horace había recuperado el aliento. Rugió:

—¿Quién diantres es este? —Volvió a quedarse sin aliento tras el rugido.

Respondió el propio Kenneth.

—Señor —dijo con su más severo tono de Harvard—, si se refiere a mí, soy el representante de esta joven. Estoy de acuerdo con usted en que es encantadora, pero tiene la molesta costumbre de salir de vez en cuando por ahí a buscarse asuntillos por sí misma, pese a nuestro acuerdo. Ahora, si hace el favor de tratar estas cuestiones conmigo... Decía algo sobre una cómoda de arce. No solemos llevarnos muebles, pero si está accesible para evaluarla...

Horace recuperó el aliento, de forma permanente, que yo supiera. Recuperó el aliento y el sombrero, el abrigo, los guantes y el bastón. Empezó a soltar rugidos.

Rugió todos los improperios cortos anglosajones que había oído en mi vida, y algunos más cuyo significado deduje por su tono. Luego se marchó. Se oía cómo se alejaban sus rugidos a medida que bajaba por las escaleras pisando fuerte.

Me volví en mi sillón.

—Kenneth, serás idiota... —le dije—. ¿Alguna vez habías oído tantos sinónimos de fulana como los que ha usado ese hombre?

Pero a Kenneth aquello no le hizo gracia.

—Maldita seas, Patricia —soltó—. Habrías dejado que ese viejo espantoso se quedara. «Deja que me quede y te daré una cómoda.» Santo cielo, deja que me quede yo y te daré...

—Kenneth, para, por favor. He pasado una hora horrible y no puedo aguantar más. Será mejor que te vayas.

Y entonces aquel trágico joven, cuya alegría era tan perpetua como el azul de sus ojos, se echó a llorar sin parar. Se sentó en el suelo, aferró entre sus manos un volante de mi vestido azul y se estremeció a causa de los sollozos.

Le di unas palmaditas en el pelo. No se me ocurría nada más que hacer por él.

—Por favor, para ya, Kenneth, querido. No soy tan importante como para que alguien llore por mí.

Al cabo de un rato se tranquilizó, pero seguía retorciendo el volante azul entre las manos.

—Patricia —dijo en voz muy baja—, tan menuda y tan bonita..., demasiado bonita para que todos los tontos de Nueva York anden maltratándola.

—Por favor, basta, Kenneth —rogué.

—También a mí me enardeces —susurró—, ¿no lo sabías? No soy diferente a los demás.

—No, no lo sabía.

—Malditos sean —soltó—, y yo no podré tocarte nunca.

—Kenneth, querido, querido...

—Patricia, si nunca te tocara, ¿te casarías conmigo y te vendrías a alguna parte? Me queda suficiente dinero para que puedas vivir un año. No viviré ni un año. Podríamos ir a California, y tú podrías nadar en el Pacífico.

Sonaba agradable.

—Pero ¿de qué serviría eso, Kenneth? ¿No es tu aforismo favorito que no tiene sentido ir a otros lugares si tienes que llevarte contigo? Gracias de todos modos.

Nos quedamos un rato en silencio.

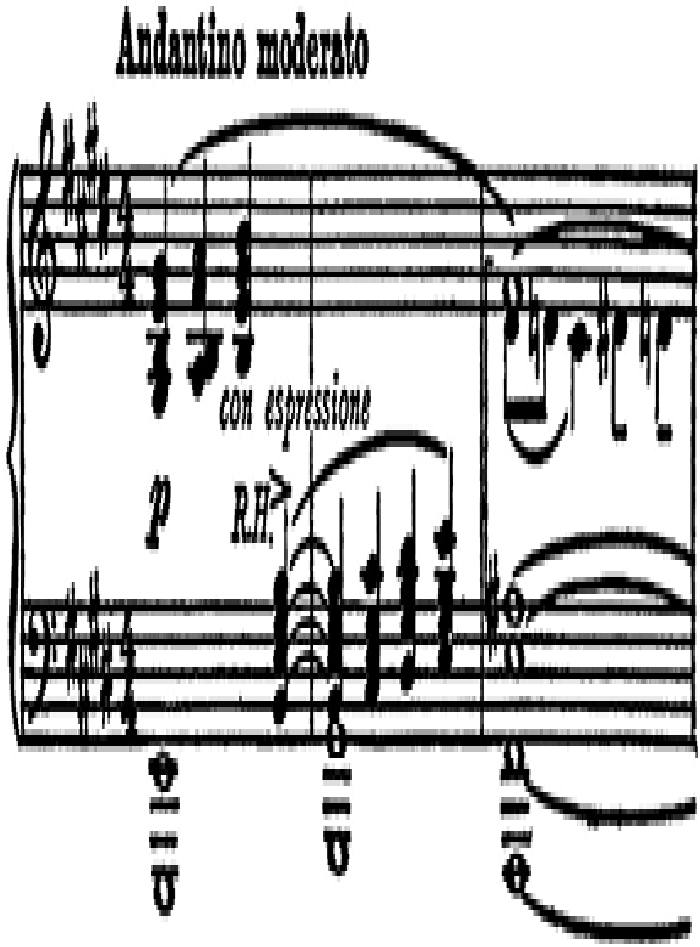
Levantó la vista y sonrió, y supe que volvía a estar bien.

—Tengo el coche a la vuelta de la esquina, Pat —dijo—. ¿Quieres ponerte algo de abrigo y tomar una bocanada de aire fresco?

—Vamos —accedí.

—Tráete un volumen de Swinburne, sé buena chica —pidió—. Haré que me leas en voz alta durante el desayuno, si pasamos fuera tanto tiempo.

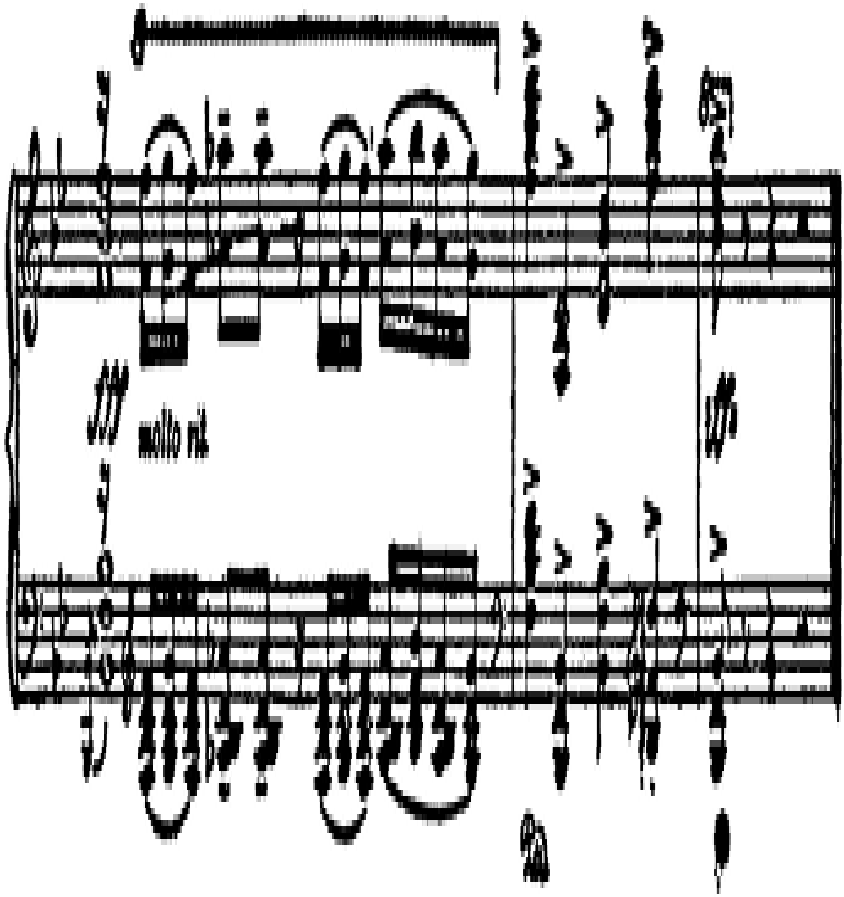
A Kenneth le gustaba que le leyera poesía, cosas románticas y pasadas de moda. Quizá eran cosas que le gustaban cuando estaba en la escuela, o quizá le habían gustado a su bailarina húngara. Nunca se lo pregunté.



Las siete de la mañana.

El sol salía por el East River. Estábamos sentados en su coche al pie de Beekman Place, junto al río, Kenneth con su arrugado traje de etiqueta y yo con mi vestido azul (que ya no volvería a estar impecable) bajo un viejo abrigo de piel. Estábamos calentitos, felices y soñolientos. Yo le leía en voz alta «El jardín de Proserpina».

Por un exceso de amor a la vida,
por la esperanza y el miedo liberados,
brevemente agradecemos a los dioses,
sean quienes sean,
que la vida no dure para siempre.



Capítulo 13

—¡Taxi! Lléveme al juzgado de la calle Center, en la manzana de arriba del Ayuntamiento.

—Allí hay muchos juzgados, señora..., ¿a cuál?

—Ni idea..., nunca he estado allí. Conduzca y ya veremos.

—Es posible que sea aquí; pare y le preguntaré a ese policía.

»Agente, ¿es este el juzgado donde se celebran los divorcios?

—No, señora, esto es peor: es la prisión de Tombs. Siga otra manzana.

El taxista recorrió una manzana más. Cuando me bajé, me dijo:

—Le deseo buena suerte, señora.

Así que le di cincuenta centavos por la carrera en lugar de veinticinco.

El edificio del juzgado era bonito, nuevo y limpio. Subí despacio por la amplia escalinata de entrada, más sorprendida que otra cosa. Nunca había pensado que llegaría ante un tribunal de divorcios; no quería ser una divorciada; y sin embargo allí estaba, camino de encontrarme con mi abogado y mi criada, que sería mi testigo, a la puerta de una sala con el número 238.

El vestíbulo del juzgado era un gran espacio circular. El suelo de mármol tenía animales de latón incrustados; probablemente se trataba de signos del zodíaco. Recordé que en el vestíbulo de la Biblioteca Pública de Boston también había animales de latón, y que de niña me gustaba caminar sobre ellos porque los notaba muy frescos y resbaladizos.

La sala del tribunal estaba llena de hombres vestidos de oscuro, con expresiones reservadas, que olían a humo de puro.

Mi abogado, que había sido el de Lucia, me había dicho que vistiera de negro. El señor Charles Marshall Henry era de los que pensaban en cosas así. Sin embargo, fue idea mía pedir prestado el conjunto para no tener que volver a ponérmelo. Estaba segura de que lo pasaría fatal en cualquier lugar al que fuera con la ropa con la que me

había convertido en divorciada.

Se lo pedí a Helena, que acababa de traerlo de París. Helena se iba a quedar con el piso de Lucia cuando esta se casara. Helena pintaba; hacía preciosos figurines de moda, como una pintora realista, y en su tiempo libre se dedicaba a hacer máscaras. Se burlaba de las que nos liábamos con hombres; ganaba tres veces más dinero que Lucia y yo; siempre estaba dispuesta a prestárselo a amigos que pasaran apuros; y le apasionaba leer a los dramaturgos griegos en su lengua original. Tenía un rostro poco agraciado, una figura ágil y flexible (jugaba al tenis con fría ferocidad) y un gusto absolutamente perfecto para la ropa.

El abrigo, el vestido y el sombrero que me prestó me hacían parecer una joven viuda discretamente abierta a tener un futuro.

Intenté seguir pensando en Helena, y en si era en verdad feliz, y en lo que Helena valoraba más en la vida, mientras subía las escaleras hacia la Sala 238, para no pensar en la Sala 238.

Mi criada me esperaba en la puerta de la sala. Era una mujer de color, taciturna, tranquila y competente. Cuando le pedí que fuera testigo, después de que mi abogado me dijera que debía elegir a personas que nos hubieran conocido a Peter y a mí durante nuestro matrimonio, me dijo, con toda naturalidad, que había empezado su vida como criada personal de una actriz y que ya había sido testigo en tres casos de divorcio.

—Buenos días, Nora. ¿Recuerdas todo lo que tienes que decir?

—Sí, señora, lo recuerdo.

—Esperemos al señor Henry dentro, Nora.

Me alegré de que estuviera tranquila, porque mi otro testigo se había ido a Chile en beneficio de los Guggenheim, sin dejar otra cosa detrás de él que declaraciones judiciales.

Yo también estaba tranquila. Lucia temía que todo aquello me perturbara, y había querido acompañarme; pero una conferencia con uno de sus clientes se lo impidió. Me quedé un rato pensando en Lucia.

—Señorita Patricia, ¿es esto lo que llaman el tribunal no combatiente?

—No creo que se llame así exactamente, Nora. Es el tribunal para casos de divorcio no contencioso.

—Sabía que era algo parecido. Aquí está el señor Henry, señora.

—Buenos días, señor Henry. No, no estoy nada nerviosa, gracias.

—El tribunal iniciará su sesión de inmediato. Su caso no debería llevar más de veinte minutos.

Alguien, mucho antes, me había dicho algo parecido a «su caso no debería llevar más de veinte minutos». Fue hace mucho tiempo, en un taxi… Ah, sí, aquel casi olvidado doctor mío.

(¿Por qué tengo que pensar en eso? He dejado de ser indiferente.

Algo empieza a dolerme mucho en el corazón. Será mejor que mire a mi alrededor y no piense.)

Nora está sentada muy erguida, con aspecto satisfecho y dándose aires de importancia. La sala está llena de pequeños grupos, cada uno compuesto por un abogado, una mujer a punto de convertirse en divorciada, un par de testigos. Son como los grupitos que llegan a la sala de espera de una maternidad: un médico, una futura madre, un marido ansioso. Pero aquí no hay maridos ansiosos. Eso ayuda.

Las que están a punto de convertirse en divorciadas tienen la misma expresión tensa que las que están a punto de ser madres... Bueno, eso también lo viví.

Es una tontería que esto te importe. No es más que un incidente en la carrera de una mujer moderna. ¡Qué diablos!

Pero nunca esperé que me pasara a mí. A lo mejor tampoco lo esperaba ninguna de esas otras mujeres reunidas. Me fijé bien en ellas.

Una iba vestida de seda púrpura, con colorete púrpura y el pelo teñido con jena. Las comisuras de su boca púrpura no dejaban de temblar. Otra parecía rondar los setenta años y llevaba una capota bordada con cuentas y guantes de seda negra. Me pregunté por qué el divorcio le llegaba tan tarde. Consideré que bien podría haber soportado el matrimonio durante el poco tiempo que le quedaba.

Una mujer llevaba un chal de lana y otra un atuendo de marta cibelina y perfume Le Début.

—El juez va a hacer su entrada, hay que ponerse en pie —indicó el señor Henry.

El juez era un hombre muy mayor con un rostro de lo más apacible. Me dije que debía de haber dejado atrás la pasión, la angustia y el éxtasis veinte años antes de que yo naciera.

El señor Henry me explicó que el secretario estaba comprobando la agenda, y que el mío era el segundo caso.

«¿Para qué quiero esto? —pensé—. ¿Por qué no me voy ahora mismo? ¿Qué diría Peter si me marchara y lo llamara por teléfono para decirle que a los jóvenes tan agradables que él y yo habíamos sido no podía ocurrirles algo tan absurdo como esto? Peter no diría nada seguramente; se limitaría a colgar el auricular.»

Es probable que en todos estos casos haya connivencia. Debo recordar contestar «Sí» cuando me hagan esa pregunta, la que reza: «¿Se cometió este adulterio sin su conocimiento y su consentimiento?».

Recordé haber oído decir a alguien en una fiesta que los únicos motivos de divorcio en el estado de Nueva York eran el adulterio o el perjurio, con frecuencia el perjurio. Deseé que el perjurio hubiera sido una de las pocas cosas que había pasado por alto.

Tenía lugar la vista del primer caso. Intentaba no escuchar. Miré a

mi alrededor y recordé que los juicios por divorcio eran supuestamente divertidos, así que traté de divertirme.

La sala, limpia y desnuda, estaba revestida en nogal. Entraba un sol desapacible, pero el sol de marzo solía serlo, y yo había vivido lo suficiente como para no ponerme demasiado sentimental. O por lo menos debería haber superado esa fase.

(Te quería tanto, Peter. Bueno, y no he querido a nadie tanto como a ti.)

La testigo en el estrado iba diciendo:

—... y en la cama había una mujer, que se tapó con la sábana.

(No le hagas caso. ¿Dónde si no debería estar? El lugar de toda codemandada es la cama.) Intenté recobrar la compostura. Observé cómo se deslizaba la luz del sol por todos aquellos rostros poco agraciados. Pensé en cómo describiría James Branch Cabell aquella sala... Diría algo así: «A esta lóbrega estancia llega el romance en su máxima expresión, y aquel gozoso desafío de antaño, el que a sus veinte años ella les lanzara al tiempo, al hábito, a la pobreza y a todas las otras mujeres que amarían el apuesto rostro y la serena voz de su amado, al final solo se reduce a esto».

(Lo nuestro iba a ser para siempre, en aquellas tardes de verano en que nos sentábamos en la azotea y nunca veíamos las chimeneas circundantes porque estábamos mirando la luna; y no nos importaban los ruidos de la calle porque, en un piso de enfrente, un hombre tocaba a Chopin al piano... Pero eso fue hace siglos... Cinco años... No importa ahora si la culpa fue suya o mía. Ambos éramos demasiado jóvenes, ambos éramos unos niños mimados. Eso no importa ahora. Todo lo que queda de la capacidad que teníamos de conmovernos mutuamente es una increíble habilidad para crisparnos el uno al otro.)

Me pareció entonces que no quería volver a ver a Peter. Si no lo veía nunca más, tal vez, cuando fuera vieja, solo recordaría cosas como la música de Chopin.

En el estrado de los testigos, alguien acabó de declarar.

El señor Henry me dijo:

—Acuérdese de hablar despacio para que al juez no le cueste oírla.

La falda del conjunto negro de Helena se agitó con un frufrú cuando me dirigí al estrado de los testigos.

—¿Jura solemnemente decir toda la verdad y nada más que la verdad?

—Sí, lo juro. —(Primera mentira. Este divorcio me está costando cuatrocientos dólares y cuatro mentiras. Me alegro de que mi voz sea firme.)

—¿Cuándo contrajo matrimonio con el acusado, Peter...?

—El 27 de diciembre de 1921.

(Nos fugamos..., nuestras familias nos consideraban demasiado jóvenes, pero después nos enviaron regalos de boda. Nos casamos el día de paga de Peter, para tener dinero con el que celebrarlo. Ganaba treinta y cinco dólares a la semana en el *Telegram*. Fuimos a cenar a Mouquin. Ese sitio ya no existe.)

—¿Dónde se casaron?

—En el edificio del Ayuntamiento de esta ciudad.

(El ayudante del secretario municipal se encaramó a un estrado rojo entre dos palmeras y declaró de un tirón: «Que Dios os bendiga a los dos, ¡siguientes!». Yo llevaba unas rosas de tono rosa que me había traído la mujer de la limpieza del apartamento de Pete. Me planchó un vestido de organdí blanco, que había quedado todo arrugado en la maleta en el trayecto desde Boston, para que me lo pusiera en mi boda. Me pregunto qué habrá sido de aquella mujer. Solía fumar mientras fregaba los suelos.)

—¿El adulterio se cometió el 12 de enero de 1927?

—Sí. —(Segunda mentira. No fue con aquella pobre chica desaliñada. Lo más probable es que estuviera encantada de recibir los cincuenta dólares que Pete le pagó..., y parecía muy asustada.)

—¿Sin su conocimiento y consentimiento?

—Sí. —(Tercera mentira. Peter y yo pasamos dos horas planeándolo la semana anterior. No nos habría llevado tanto tiempo de no habernos pasado la mayor parte discutiendo.)

—¿Y no ha cohabitado voluntariamente con el acusado desde esa fecha? —(Qué sucio suena expresado de esa manera tan formal... Peter vino a verme esa misma noche, muy borracho. Dijo que parecía muy trastornada. Pobrecito, él también lo parecía. Fue la única vez en años que reinaba la cordialidad entre nosotros... He ahí todo el final feliz que vamos a tener.)—. ¿No pide pensión alimenticia? —(No tiene que pagar por negarse a vivir conmigo.)

(El señor Henry me hace bajar del estrado. Ahora es el turno de Nora; no hace falta que escuche. Esto lleva mucho más tiempo que casarse. Maldita sea, voy a echarme a llorar. Eso probablemente complacerá al señor Henry..., parece muy auténtico. Lloraré cinco minutos por Peter, porque lo quise durante cinco años.)

Nora:

—Llevaba un batín de seda azul.

(Se lo compré justo antes de que me dejara, cuando intentaba demostrarle que podía ser más buena con él que Hilda. Era un batín muy bonito, y sin duda ha gozado de mucha admiración. Nora parece más contenta que unas pascuas. Es probable que sea su gran día. Se lo contará a todos sus amigos de Harlem, y todos oirán que esta «dama» se echó a llorar. Me pregunto cómo se lo habrán tomado los demás.)

El señor Henry leyó la declaración de Dudley. Confié en que

Dudley lo estuviera pasando bien en Chile. Me dije que con toda probabilidad nunca lo volvería a ver. Me acordaba de cómo Peter y yo y Dudley y una novia suya desayunábamos y jugábamos al bridge los domingos lluviosos. Nos emocionábamos mucho en esas partidas por una décima de centavo el punto, y yo me sentía muy adulta porque empezábamos con los cócteles desde la hora del desayuno.

Me parecía muy amable por parte de Dudley que hubiera accedido a ser mi testigo.

—Estoy bien, gracias, Nora. Ha sido solo un momento.

El señor Henry juró no sé qué.

Y ahí acabó todo.

—Siento mucho que se haya angustiado —me dijo el señor Henry—. La sentencia interlocutoria le llegará por correo dentro de poco.

Me pregunté si debería enmarcarla.

—Recibirá la sentencia definitiva dentro de noventa días —prosiguió él—. Su estado será entonces como si nunca se hubiera casado.

—Sí, señor Henry. —(Adjunte a esa sentencia un surtido completo de ilusiones juveniles, una beatífica confianza, una entretenida falta de sentido común y una expresión inocente, y en efecto estaré como si nunca me hubiera casado.)

Me despedí de Nora.

Bajé por las escaleras y crucé el vestíbulo circular y decidí que me daba tiempo a pasar por casa y quitarme el conjunto negro de Helena antes de ir a la oficina.

—¡Taxi! Lléveme al centro.

Capítulo 14

Me compré un vestido de gasa rosa y un sombrero transparente de ala ancha para ponérmelos en la boda de Lucia y volví a casa para sacarla a cenar.

Lucia estaba sentada en el suelo, leyendo rodeada de baúles y bolsas de viaje ya cerradas y una maleta a medio hacer. Levantó la vista y sonrió.

—He encontrado un lema para ti, Pat, el lema perfecto para cualquier joven divorciada. Escucha:

> Vive, tú, a quien la vida
> casi curará del recuerdo...

—¿Quién lo escribió?

—Kipling.

—No creo que sea un lema perfecto, pues el «casi» lo echa por tierra, y en cualquier caso, ¿por qué leer poesía la víspera de tu boda?

—El «casi» lo vuelve preciso... Arch me envió esto (es *The Years Between*) cuando se fue a Francia. Entonces estábamos prometidos. Creo que pensó que iba a morir muy rápido y como un héroe, y subrayó esos dos versos en el libro para que me sirvieran de consuelo si ocurría. ¿Quieres el libro? No voy a llevármelo a casa de Sam.

—Gracias... ¿Dónde quieres cenar?

—En el Waldorf, si no has planeado otra cosa. Podemos pedir una mesa junto a las ventanas que dan a la Quinta Avenida y ver pasar a la gente. Sam quiere traer a unos parientes esta noche a las diez, y le he dicho que podía hacerlo, Pat, ¿te importa? Mi plan era reservarte toda la velada.

—No pasa nada. Es posible que Kenneth venga más tarde de todas formas. Va a cenar con ese misterioso amigo suyo del *Times*, el hombre que no quiere que yo conozca, Noel no sé qué. Habrás oído a Ken hablar de él.

—Sí. —Se levantó y empezó a peinarse.

—Voy arriba a vestirme, Lucia.

—No, espera un momento. ¿Cuándo se va Ken a California?

—A principios de la semana que viene.

—No volverá, Pat, ya lo sabrás...

—Él mismo lo sabe. Pero cuando empezó a hacer calor, sintió el repentino deseo de volver a ver el Pacífico antes de morir. Voy a echarlo de menos. Pasaré un verano muy triste, sin ti, o sin él.

—Te enviaré una postal desde cada fiordo de Noruega, Pat. Dime una cosa: ¿alguna vez estuviste enamorada de Ken?

—No, la verdad.

—Eso está bien... Me lo preguntaba porque lo has visto muy a menudo.

—Él, Nat y Bill son los únicos hombres que conozco que no quieren nada de mí más allá de mis horas de vigilia.

Lucia se rio, y yo fui a vestirme.

En el Waldorf quise decirle que me había encantado compartir piso con ella y que me caía mejor que cualquier otra mujer que hubiera conocido, pero a Lucia y a mí nos costaba decirnos ese tipo de cosas. De modo que hablamos de los lugares que visitarían ella y Sam, y de las cosas que yo quería que me comprara en París, y tomamos confitura de tomate, langosta y aguacates; la clase de comida un poco absurda que piden las mujeres cuando cenan juntas. El cálido crepúsculo veraniego se tornaba más intenso afuera en la avenida.

Lucia volvió a hablar de Kenneth.

—Es curioso que a una no le dé mucha lástima. Es obvio que ha tenido su cupo de buenos momentos.

—Sin embargo, tampoco dirías que ha tenido precisamente una vida feliz.

—Bueno, ¿y quién la ha tenido? ¿Tú? ¿Yo?

—No, feliz no, pero desde luego no ha sido aburrida. De todos modos, hemos recorrido un largo camino desde el par de crías simplonas de Nueva Inglaterra que éramos: hemos visto mucho más que si nos hubiéramos casado con la estabilidad cuando teníamos diecisiete años.

—Ya te decía que te reconciliarías con la idea de ser una divorciada, Pat.

—Me reconcilio con ella cuando me compro un vestido nuevo o como la clase de comida que me gusta, o bailo al son de buena música. Hablemos de otra cosa. Me reconcilio con la idea solo cuando no pienso en si lo hago o no.

—Pat, ¿con qué frecuencia piensas en Peter ahora? Por fin has dejado de hablar de él.

—Pienso en él a menudo, casi todo el tiempo cuando no estoy ocupada. Pero pienso en él como alguien a quien conocí, no como una persona importante para mí en el presente. No sé cómo es ahora, la

verdad. Judith debe de saberlo mucho mejor. Yo sé cómo era de más joven... En cierto sentido, es como si estuviera muerto...

—Pues no intentes organizar una resurrección en algún momento de aburrimiento.

—Ni hablar, Lucia. Hasta yo soy capaz de aprender...

Tomamos café con hielo mientras contemplábamos la avenida.

—Ahí está Kenneth —dijo Lucia.

Caminaba muy despacio, en compañía de un hombre que yo no conocía.

Lucia dio unos golpecitos en el cristal de la ventana con el anillo. Ken nos vio, pareció vacilar y luego indicó con un ademán que se reuniría con nosotras.

Al cabo de un minuto, Kenneth y el otro hombre entraron en el comedor. Cuando cruzaban el local hacia nosotras, le comenté a Lucia:

—Qué atractivo, ¿no? —Me refería al otro hombre, no a Kenneth.

—No está mal, si te gustan los pelirrojos, claro. A mí no, porque soy de su misma especie.

Kenneth le dijo a Lucia que parecía un híbrido entre una futura novia y un ángel saludable, o algo de ese tenor, y nos presentó a su acompañante. Era Noel, del que yo llevaba tanto tiempo oyendo hablar.

Lucia le dio las gracias a Ken por la pitillera que le había enviado, y todos nos pusimos a hablar sobre el matrimonio y de Noruega y California y las Colinas Negras. Estas últimas se incluyeron en la conversación porque Noel iba a pasar allí el verano para informar sobre las vacaciones estivales del presidente Coolidge.

Al cabo de cinco minutos, Noel y yo nos pusimos a conversar entre nosotros. No recuerdo en absoluto de qué hablamos; solo soy capaz de rememorar tres cosas que dijo, y eran intrascendentes.

La primera fue:

—El matrimonio es como la guerra: una experiencia que ningún aventurero eludiría y ningún hombre sensato repetiría.

La segunda fue:

—Coolidge es la mejor demostración viviente de que, si guardas silencio el tiempo suficiente, puede ocurrirte algo afortunado.

Y la tercera:

—Tu voz es como un violonchelo.

Semejantes declaraciones no me parecieron extraordinarias: solo eran el tipo de cosas que dicen los hombres. No tenían nada que ver con algo que había sucedido cuando se sentó y empezó a hablar.

Cuando se sentó y empezó a hablar, me dije: «Por esto me he empolvado la cara, me he comprado ropa bonita y he hecho calistenia durante el largo periodo desde que Peter dejó de quererme. Siempre creí, en algún recoveco de mi cabeza, que algún día, en algún lugar, aún

podría ocurrirme algo bonito. Es esto».

Tenía el pelo y las cejas de un rojo oscuro. Su voz era cálida y alegre. Tenía unos hombros anchos y bonitos y una barbilla prominente con un hoyuelo incipiente. Todo eso no importaba.

Daba la impresión de que las mujeres despertaran su interés, pero en absoluto de que fueran el objetivo principal de su vida. Empecé a desear haberme portado mejor aquellos últimos años. Entonces recordé que al día siguiente se marchaba a las Colinas Negras, y supe que era poco probable que volviera a verlo. Decidí que eso no habría ocurrido si me hubiera portado mejor.

Dijo que conocía a Kenneth desde la guerra, y le pregunté si también había estado en la 26.ª División; y cuando dijo que sí, le pregunté si en la primavera de 1919 había desfilado en Boston con la división.

—Sí —contestó.

—Pues yo presencié ese desfile. Lo vi desde la primera fila de una tribuna en Commonwealth Avenue. Tenía diecisiete años.

«¿Por qué no lo conocí entonces?», pensé.

Él pareció entender las implicaciones.

—Iba a lomos de un caballo blanco —aportó, muy servicial.

Entonces nos echamos a reír.

Recordé durante un instante que estábamos siendo muy groseros con Kenneth y Lucia. Ella estaba recogiendo sus guantes y sus cosas. Al parecer estaban hablando sobre la Vida, con mayúscula.

(Para mí, aquella tarde, la Vida había vuelto a tener de repente cierto calor, cierta sensación de importancia, de significado.)

—Es como una procesión preciosa para verla desde un asiento decente a la sombra —comentaba Lucia—. Pero supone una marcha agotadora para quienes desfilan.

—Pero el matrimonio no significa jubilación, Lucia —repuso Kenneth.

—En ciertos casos puede equivaler a asegurarse un asiento muy bueno en la tribuna —dijo ella; sonrió y se levantó para irse.

—Quédate aquí, Pat. Voy a encontrarme con Sam y nos vemos luego esta noche. —Dirigiéndose a Noel, añadió muy seria—: Patricia es una chica encantadora. Adiós. —Luego le dijo a Kenneth—: No volveré a verte, querido. No, no me acompañes a la puerta. Tengo ganas de irme andando sola hasta casa y contemplar... lo que sea que vaya a contemplar. Kenneth, ha sido un placer conocerte. Cada vez que vea un retrato de alguno de los oficiales de caballería más jóvenes, temerarios y valientes, me acordaré de ti. Adiós.

—Gracias —contestó él—. Que tengas una vida feliz, Lucia.

Ella nos sonrió y salió sola entre las filas de mesas, una muchacha esbelta y pelirroja, con un vestido de flores amarillas. Y yo pensé: «Ahí

va mi querida amiga». Y luego: «Me pregunto en qué estará pensando Lucia». Y finalmente: «Voy a echarla mucho de menos».

Y me volví hacia Kenneth y Noel.

Noel y yo hablábamos y Kenneth escuchaba; parecía divertido.

Al cabo de un rato, Kenneth dijo algo sobre «la despedida» y caí en la cuenta de que tanto Noel como él se iban a Chicago al día siguiente.

Resultó que Kenneth había decidido partir hacia California una semana antes de lo previsto para que así pudieran hacer juntos esa parte del trayecto.

—Santo cielo —exclamé—, por lo visto esta es la noche en que me toca despedir a la gente de mi vida para siempre. —Entonces me di cuenta de que era una falta de tacto decirle eso a Kenneth; y, para compensar, me volqué en él mientras caminábamos todos juntos hacia la parte alta de la ciudad.

Noel nos dejó en el cruce de la calle Cuarenta y tres con la Quinta Avenida. Tenía que ir al *Times*.

—¿Irás a despedir a Kenneth? —me preguntó.

—No puedo. Tengo que ir a la boda de Lucia.

Kenneth esperaba, muy cortés.

—¿Puedo llamarte por teléfono cuando vuelva a Nueva York este otoño? —me preguntó Noel.

(Pensé: «No volveré a verlo; no recordará mi nombre».)

—Sí, por supuesto —le contesté—: Estoy en la guía telefónica. Que pases un buen verano con el señor Coolidge.

Kenneth y yo seguimos caminando hacia la parte alta de la ciudad. Al cabo de dos o tres manzanas dijo:

—Vayamos a Harlem. Me gustaría ver cómo giran las luces en el Small. ¿O crees que hace una noche demasiado calurosa?

—No, vamos..., puede ser divertido.

Bailamos un poco, nos sentamos y tomamos bebidas frías. No hablamos mucho. Yo quería decirle algo a Kenneth que lo hiciera feliz, pero no hay mucho que decirle a un joven que se va a California a morir, muy rápidamente, de una dolencia pulmonar y sus complicaciones.

Tras un silencio bastante largo, dijo:

—Noel te llamará por teléfono cuando vuelva.

—¿Por qué iba a hacerlo, Kenneth?

Ignoró mi pregunta.

—Nunca tuve intención de que te conociera, Pat.

—Lo sé, Ken... Pero no sé por qué.

—Porque tú ya has pasado por tu gran catástrofe, y lo que necesitas ahora es un poco de tranquilidad.

—Noel me ha hecho sentir como si tuviera diecinueve años y nunca me hubiera pasado nada, pero como si ahora, al cabo de un

instante, fueran a pasarme todo tipo de cosas maravillosas.

—Ya me he dado cuenta —repuso Kenneth.

Bebimos un poco. Luego Kenneth siguió hablando.

—Es una gran persona. Siempre he tenido la sensación de que él y tú estabais hechos el uno para el otro.

—Vaya, entonces ¿por qué no hiciste que nos conociéramos el año pasado?

Kenneth bebió un poco más.

—No hace falta que me lo cuentes si no quieres, Kenneth.

—Bueno, él mismo te lo dirá, pero su versión lo condenará demasiado. Será mejor que escuches el relato de un espectador fortuito.

—Olvídalo, Ken. Hablemos de ti.

—Gracias, pero no. Te resumiré todo lo que pueda la historia de Noel. No te parecerá divertida.

»Contrajo uno de esos matrimonios justo antes de la batalla, antes de zarpar hacia Francia. Su esposa era una deliciosa jovencita rubia, sin más cerebro que un gatito. Cómo no, mientras él estaba fuera, ella se enamoró de otro. Cuando Noel regresó, la chica quiso el divorcio.

»Como es natural, aquello lo perturbó también a él. Discutieron la situación ante muchos whiskies con soda. Luego se dispuso a llevarla a casa. Era una noche lluviosa y Noel estaba bastante borracho. Chocó contra un árbol, o quizá fue un poste de telégrafo. No lo recuerdo.

—¿Ella murió, Kenneth?

—No. Se destrozó toda la parte izquierda de la cara y perdió la visión de un ojo. Creo que lleva una especie de parche negro, en las raras ocasiones en que viene a Nueva York. Era una joven muy guapa. Tenía veinte años cuando le ocurrió aquello. Dicen que ahora se ha vuelto una arpía y que su principal interés en la vida es recordarle a Noel lo que le hizo.

Me sentí un poco descompuesta.

—¿Qué pasó con el hombre que quería casarse con ella?

—Cambió de opinión la primera vez que la vio en el hospital. Sigue casada con Noel. Vive en el norte del estado con su hermana, y Noel la visita los fines de semana alternos; le lleva libros y cosas.

»Creo que unas veces ella parece alegrarse de verlo, y otras se enfada con él durante dos días seguidos. Cuando estaba convaleciente del accidente, le suplicó que le prometiera que no se divorciaría de ella. Él tenía motivos de sobra para acceder en aquel momento, y se lo prometió... Bueno, Pat, ¿explica eso por qué no quería que lo conocieras?

—Sí, supongo que sí. Pero no ando buscando marido.

—Ahora que lo sabes, puedes hacer lo que te plazca. Bailemos, Pat.

Bailamos, como si hubiera sido cualquier otra noche. Estábamos

muy alegres. Cuando salimos del Small, nos encontramos un coche de caballos, un Victoria, vagando desamparado por Harlem; lo paramos y volvimos a casa cabalgando a paso de tortuga a través del parque.

Kenneth hablaba alegremente de su bailarina húngara, como tantas otras veladas. Luego añadió:

—¿Sabes, Pat?, no deberías tener aventuras de alcoba con retratistas y rusos. No es divertido, ¿verdad?

—He dejado de hacerlo. Me pareció que sería divertido, pero siempre resultaba deprimente..., como buscar oro y encontrar una mina de carbón. El carbón tiene su utilidad, pero si no es lo que una pretendía encontrar... El número entero, los besos y lo demás, estuvo una vez tan ligado a la belleza y la dulzura de las cosas...

—Para mí todavía es así —repuso Kenneth—. ¿Sabes, Patricia? Mi esposa es la única mujer con la que me he acostado en toda mi vida.

—Oh, Kenneth, querido...

—Toma, fúmate un cigarrillo, Pat.

Y seguimos el trayecto a través de la cálida noche de verano.

Una vez ante mi puerta, Kenneth dijo:

—No voy a subir, es muy tarde. Y no se te ocurra soltar ningún discurso de despedida, mi niña. Finge que volveré, en septiembre, y deséame unas agradables vacaciones.

De modo que le deseé unas felices vacaciones, nos dimos un apretón de manos y nos dijimos «buenas noches».

Capítulo 15

Julio. La primera ola de calor del verano mandó al director de publicidad de los grandes almacenes de cabeza a un sanatorio, con una crisis nerviosa en toda regla. Yo heredé sus problemas y a su secretaria. Todos los días, durante toda la jornada, planeaba páginas de publicidad de «Artículos imprescindibles para las vacaciones», «Accesorios para el fin de semana» y «Trucos para vencer el calor». Luego me iba a casa y de ahí a nadar con Helena en la piscina del Shelton, y a cenar con ella mientras hablábamos lánguidamente sobre *art moderne*. O, en una búsqueda desesperada de frescor, me iba con Nathaniel a Long Island, donde hablábamos lánguidamente ante una langosta y un Sauterne sobre la salud en declive de su padre. De vez en cuando, me iba con Bill a un jardín en una azotea donde hacía un fresco relativo y hablábamos de licores y mujeres, de cosechas recientes y de otras que no lo eran tanto.

Me llegó una carta de Lucia:

Pat, querida:

Estoy feliz o resignada o satisfecha. He engordado más de tres kilos. Sam es el hombre más considerado que he conocido jamás. París es caluroso pero emocionante. No tardaré en convertirme en una de esas mujeres que, sobre múltiples papadas, emiten una cariñosa cantinela de «mi marido, mi marido, mi marido» a intervalos de cinco minutos como aporte a toda conversación.

Pretendo encontrarte un banquero y convencerte de que el caudal es más satisfactorio que las sombras. (Pese a que incluso la sombra de un banquero tiene su enjundia.) Entretanto, te he encontrado un picardías divino en oro y plata. Hará que te arrepientas de haber optado por el celibato. ¿O no? ¿De verdad el bello pelirrojo Noel partió a las pocas horas de su primera aparición? ¿Cómo os va a ti y a Helena?

Aunque el camino pueda ser largo, al final coronamos la cima de la respetabilidad, mi niña: ahora tengo una estola de marta cibelina.

Con todo mi cariño…

Agosto. El piso de abajo olía a las pinturas y aceites de Helena en lugar de a las sales de baño y el perfume de Lucia. Por la noche, cuando llegaba a casa, veía cómo ella decoraba unas máscaras increíblemente realistas en lugar de ver a Lucia decorar su propio rostro encantador.

Recibí una carta y un paquete de Kenneth. Abrí primero la carta.

Patricia, querida:

He dado instrucciones para que te envíen esto por correo. Para cuando lo leas, ya habré averiguado si en el cielo tienen bailarinas húngaras. (De no ser así, pretendo arrojarme de inmediato por encima de la dorada barra del bar.)

Si me has tenido cariño, Patricia, como a veces, presa de la vanidad, he creído que en efecto ocurría, te pido en honor a mi memoria que no vuelvas a beber absenta en todos los días de tu vertiginosa vida. ¿Te importa?

Puede que te haya hecho alguna clase de ofrenda, o puede que no, al arrojar a Noel a esa vida tuya. Tanto si resulta un regalo como si no, te envío otro: un collar de cuentas de ámbar para volver cálido el cuello de una joven que consiguió irradiar calor en mi corazón.

Hasta que nos volvamos a encontrar, querida (eso era de una canción de guerra, o quizá eras demasiado joven para recordarlo).

Con todo mi afecto...

Septiembre. El calor parecía haberse prolongado desde tiempos inmemoriales.

Llevaba las cuentas de ámbar dorado de Kenneth sobre vestidos de verano que, tras una hora de uso, se veían tan marchitos como rosas al cabo de cuatro días. Helena se llevó su cuadro en curso a la costa de Nueva Escocia. Eché de menos sus incisivos comentarios sobre la gente que pasaba.

Recibí una carta de Peter. Durante un instante, cuando la encontré en el buzón, el corazón me latió más deprisa de lo normal. Me di un baño, me puse un *negligé* limpio y me preparé té helado; luego, ya más tranquila, abrí la carta.

Mi ya legalmente divorciada expareja:

¿Te arriesgarías a cenar conmigo una vez más? Será una última aparición, una genuina gira de despedida y todo eso. Tengo algo que decirte y preferiría hacerlo yo, antes de que te llegue de cuarta mano en algún bar clandestino.

¿Qué tal si me llamas por teléfono a la oficina? Sería un placer verte, Patricia.

Dos días después, lo llamé por teléfono y quedé para cenar con él el domingo. Hasta entonces, no especulé sobre sus «noticias».

El domingo fue el primer día fresco en semanas.

Me vestí con esmero, por los años en que la opinión de Peter sobre mi aspecto me había parecido importante. Llevaba un vestido con un estampado de capullos de rosa de un tono rosado brillante sobre un fondo azul oscuro y un sombrero de terciopelo en el mismo tono de azul, y me había puesto mi querida estola de zorro plateado.

Nos encontramos en el Brevoort; decidimos no cenar allí y nos encaminamos al Giacomo, porque era un restaurante con jardín. Peter tenía buen aspecto; parecía un poco mayor, pesaba un poco más.

De camino a la cena, hablamos de lo caluroso que había sido el verano.

Me pregunté qué estaría pensando, y me dije: «No es cierto que con el tiempo una "supere" casi cualquier cosa. Con el tiempo, una "sobrevive" a casi cualquier cosa; hay un matiz distinto».

Ante unos martinis, le dije:

—He sobrevivido a ti, Peter. Nunca creí que podría hacerlo. Es sorprendente que lo haya hecho, ¿no?

—Hablas como si no te hubiera pasado nada en la vida —repuso.

—No me ha pasado gran cosa. Nunca he cruzado a nado el canal de la Mancha, ni he tenido gemelos, ni he escrito una obra de teatro, ni he asesinado a una rival. Solo he vivido tranquilamente, año tras año, a base de whisky y besos.

Eso me pareció entretenido; fue lo mejor que se me ocurrió, así de improviso. Sin embargo, su rostro siguió serio, de modo que volví a intentarlo.

—Cuéntame tus grandes noticias —le dije—. ¿Has encontrado por fin el amor, te han nombrado experto en aviación, o tienes un nuevo contrabandista que solo vende auténticas existencias de antes de la guerra?

«Antes me dolía mirar a Peter porque le quería mucho —pensé—. Ahora me duele cuando lo miro porque nada en mí se conmueve. No es más que un joven apuesto con el que estoy cenando. Me pregunto cómo será realmente.»

—Lo peor de ti es que parezcas tan virginal —dijo—. No cambias en absoluto.

—Los hombres piensan que una mujer es tal como era hasta que su rostro empieza a venirse abajo, Peter. Juzgan por la apariencia, no por el carácter. Tengo veintiséis años... ¿Tenía veinte cuando nos conocimos o eran diecinueve?

—Tenías diecinueve.

—Dicen que cada parte del cuerpo de una persona cambia en siete años... Dime, ¿lo pasaste bien en Boston?

Su periódico lo había enviado allí a cubrir los últimos días de Sacco y Vanzetti, electrocutados hacía poco. A lo largo de la cena, hablamos de los dos hombres de un modo informal, como lo harían

unos desconocidos que se encuentran por primera vez y comentan cualquier noticia de primera plana.

Cuando llegamos al café y los licores, Peter dijo:

—Ven a sentarte en mi jardín trasero y charlemos allí. Es más agradable que aquí.

—No me apetece mucho ver a Judith.

—Oh, se ha trasladado a la parte alta de la ciudad. Hemos encontrado un sitio bastante divertido junto al East River. Me mudaré yo también allí cuando Judith y yo nos casemos la semana que viene... Esas eran las noticias que tenía que darte.

Me empolvé la cara, me calé bien el sombrero y me puse los guantes.

—Espero que los dos seáis muy felices, Peter.

Y algún absurdo resto de creencia en los milagros se enroscó y murió dentro de mí, casi sin dolor.

—¿Tienes que ser tan condenadamente formal, Patricia?

Le respondí muy seria.

—Sí, Peter, tengo que ser formal. No te conozco muy bien hoy en día, y nunca conocí bien a Judith.

—¿Todavía me conoces lo suficiente como para visitar mi jardín y tomarte un Tom Collins conmigo?

—Creo que te conozco lo suficiente para eso.

Cruzamos Washington Square y subimos por la Quinta Avenida, despacio, sin hablar, como podríamos haber paseado entre otras personas al hacernos viejos.

El jardín tenía una fuente diminuta que producía un gorgoteo muy agradable y sillas de lona pintadas, y uno de esos árboles de especie indeterminada que deberían llamarse «Árbol de jardín de Nueva York». Miré cómo brillaba la luna entre sus ramas torcidas mientras Peter iba a servir unos Tom Collins y traté de no pensar en nada en absoluto.

Cuando Peter volvió, le dije:

—¿Por qué te casas con Judith? —No quería saber por qué se casaba con Judith, pero como tema para entablar conversación era tan bueno como cualquier otro.

—Oh, es una chica agradable y le tengo cariño. Pero no quiero hablar de eso. Me ha parecido que podríamos pasar una velada hablando de ti y de mí.

Yo tenía la sensación de que no soportaría hablar con Peter sobre nosotros dos. Los sentimientos, las esperanzas, incluso las opiniones con respecto a Peter se me habían ido desvaneciendo despacio, muy despacio, a lo largo de los meses y los años. No quería que volvieran. No quería que me hicieran más daño.

—No creo que haya mucho que decir sobre tú y yo, Peter. Limítate a considerarnos un par de tragedias menores de la Prohibición o

ejemplos de la Generación Joven en decadencia, y déjalo estar.

—No pretendo entrar en largos análisis sobre quién tuvo la culpa de qué. Pero hay cosas que me gustaría contarte.

Comenzó a pasearse de aquí para allá bajo el árbol del jardín. Cuando volvió a hablar, su voz sonó tensa.

—Patricia, te quise mucho y te traté muy mal.

—Seguramente no peor de lo que yo te traté a ti, Peter.

—No recuerdo muy bien cómo fue la cosa. Éramos jóvenes, nos amábamos y «queríamos ser libres». No tiene mucho sentido.

—Yo nunca fui capaz de sacar ninguna gran lección moral de la cuestión, Pete.

—Seré para Judith un marido mucho mejor de lo que nunca lo fui para ti, Patricia.

—Sin duda. Pero ¿se espera de mí acaso que saque algún consuelo de eso? Aún no tengo edad para ser altruista. ¿Me sirves otro trago?

Llenó mi vaso y el suyo.

Quería irme a casa. Peter me hacía sentir vieja.

—En realidad, la gente no tiene segundas oportunidades con los demás —declaró—. Si fuera tan tonto como para pedirte que te casaras conmigo otra vez, y tú lo fueras tanto como para aceptar, te estrangularía antes de que pasaran tres meses. Cada vez que llegara a casa y te encontrara sirviendo té a algún hombre, daría por sentado que habías pasado la tarde en la cama con él.

—Lo sé. Y yo nunca te vería coger un libro sin esperar que me lo lanzaras a la cabeza. La cosa tiene su gracia.

—Supongo que sí... Pero, Patricia, ¿recuerdas...?

—Peter, para ya. Es probable que sí me acuerde de lo que me ibas a preguntar, pero no quiero recordarlo. Me gustaría que empezaras a ser desagradable; eso me pone las cosas más fáciles.

Se echó a reír.

—Querida, sé exactamente cómo te sientes. Si en este momento tuvieses una pataleta y me maldijeras con acento de Bowery, podría observar cómo te alejas de mi vida y me alegraría verte desaparecer. Pero estás ahí sentada con ese aspecto tan encantador... Es curioso lo perturbador que es ser cualquier cosa menos frívolo. Si te dijera con voz entrecortada: «Adiós para siempre, mi querido amor de juventud», me sentiría como un imbécil. Sin embargo, quiero decirte algo bonito.

Los dos nos reímos, y Peter cruzó el jardín, apoyó la cabeza contra mis rodillas y las rodeó con los brazos.

—Patricia, me alegro de haberme casado contigo cuando era joven. No me lo habría perdido por nada del mundo.

—Peter, querido mío —le contesté—, maldito seas por hacerme llorar. Yo también me alegro de haberme casado contigo cuando era joven. Y siento todas las estupideces que he cometido y que tanto daño

te han hecho.

Las lágrimas me surcaron la cara y se derramaron en su nuca de un modo absurdo. Me dio un pañuelo y un cigarrillo, y me preguntó si quería otra copa.

—No, creo que quiero irme a casa, Peter, y sola.

—De acuerdo. ¿Me creerías si te digo que no intento ser desagradable al afirmar que espero no volver a verte?

Podía entenderlo.

—Si nunca volvieras a verme ni cinco minutos, te caería muy bien.

—Eso es... ¿Me darás un beso desenfadado antes de irte, Patricia?

Lo besé con desenfado. Agachó la cabeza y puso su mejilla contra la mía, con suavidad. Hubo un tiempo en que ese gesto suyo me resultaba familiar. Me dolió. Deseé, más de lo que había querido nada en años, ser capaz de encontrar las palabras para decirle a Peter cuánto lo había amado una vez y cuánto lamentaba no amarlo ahora.

Me besó en los párpados, la boca y el cuello. Encendió un cigarrillo y se paseó brevemente por el jardín. Luego dijo:

—Patricia, ¿te quedarás aquí conmigo esta noche?

Deseé muchísimo tener ganas de quedarme. Quería sentir durante una hora que amaba a Peter, pero no era capaz de sentir nada en absoluto.

—Solo supondría fingir —contesté—, y es probable que me hiciera llorar, porque ya no sería real; y eso te haría enfadar.

—Sí, y por la mañana te trataría todo lo mal que pudiera, supongo. No podría evitarlo.

—Lo sé. Mejor pídeme un taxi, Peter. Me voy a casa.

Fue en busca de un taxi. Cuando volvió, dijo:

—Por el amor de Dios, piensa en algo frívolo para tu discurso de despedida, cariño. Yo ya he pensado en el mío.

Me empolvé la cara a la luz de la luna.

—De acuerdo. Dime primero el tuyo, Peter.

—Yo te dejé, y ahora tú me dejas a mí, de modo que la última batalla la ganas tú.

—Eso no es muy divertido, Peter.

—Probablemente no.

Desde el jardín, cruzamos su apartamento a oscuras hasta la puerta de la calle. Antes de abrirla, me preguntó:

—¿Cuál es tu frase de despedida?

—Y ahora, Señor, deja que tu siervo se vaya en paz.

—No es mejor que la mía —opinó.

—Lo sé. Pero es lo mejor que se me ocurre, Pete.

El taxi estaba esperando fuera. Peter le dio mi dirección al conductor.

—Bueno, Patricia —dijo—, gracias por cenar conmigo.

—Lo he pasado bien —contesté.

Al día siguiente, Helena volvió de Canadá y fuimos juntas a comprar ropa de otoño. El director de publicidad regresó tras su crisis y yo tuve vacaciones.

La primera noche después de mi vuelta a Nueva York estaba sentada sola, leyendo cartas acumuladas de Lucia, cuando sonó el teléfono.

Una voz dijo:

—Tras abandonar las Colinas Negras tuve que hacer una sustitución en nuestra oficina de Washington. He vuelto a Nueva York hace veinte minutos. ¿Es demasiado tarde para invitarte a bailar a algún sitio? Me he pasado todo el viaje desde Washington hablando de los republicanos que quieren presentarse contra Smith el año que viene y me apetece oír música.

—Hola, Noel —le dije—. Claro que iré a bailar contigo. ¿Cuándo pasarás a buscarme?

—Dentro de media hora —respondió él.

Capítulo 16

Aquella conversación telefónica con Noel tuvo lugar en septiembre de 1927.

Una tarde de noviembre de 1928, estaba tomando té y magdalenas con él frente a su chimenea.

Los republicanos habían presentado como candidato a Hoover contra Al Smith, y los estadounidenses chapados a la antigua, a quienes tanto había inquietado la posibilidad de que Al invitara al papa a desayunar un domingo en la Casa Blanca, volvían a dormir bien por las noches.

Cuando terminamos el té, Noel se puso el abrigo.

—Volveré dentro de dos horas más o menos —dijo—. Tengo que despedirme rápidamente de un par de personas. Luego iremos a cenar a donde quieras.

—Has terminado de hacer la maleta, ¿verdad? —repuse.

—Sí. Cuando lleves los papeles del escritorio a mi caja fuerte, asegúrate de meter con ellos esa caja de hojalata que hay en la estantería. Contiene todas tus cartas. A mi regreso, las necesitaré a modo de consuelo en el ocaso de mi vida.

Nos sonreímos.

—¿Te importa si meto tus cartas para mí en la misma caja fuerte, cariño? —le pregunté—. Es lo más cerca que estaremos nunca de compartir la misma tumba.

—No hagas eso, Patricia —dijo.

No se refería a las cartas.

—Lo siento, Noel. No pasa nada. Al fin y al cabo, hemos tenido mucho más de lo que la mayoría de la gente sueña siquiera con tener.

—Siéntate junto al fuego hasta que vuelva, Pat, y relee tus cartas. No te perturbarán.

(Mi querido Noel sabía que las cartas me recordarían alegres veladas juntos; por el momento, era lo mejor que podía hacer por mí.)

Justo antes de salir, pareció darle vueltas al asunto.

—No sé —dijo—. Quizá sea mejor que leas el *Mercury*.

—No —respondí—. Quiero averiguar si alguna vez me las apañé

para escribirte que eras la persona más agradable del mundo.

Fue a despedirse de la gente y yo me preparé otro té. Antes de ponerme a releer mis cartas a Noel, subí y saqué de un cajón de mi tocador las que él me había escrito. Noel y yo vivíamos en sendos apartamentos en la misma casa desde hacía casi un año.

Mi sugerencia de guardar sus cartas con las mías había sido fruto de un impulso, pero me parecía bastante sensata. No quería destruir sus cartas; tampoco quería tenerlas cerca para leerlas y releerlas cuando me sintiera sola y descubrir en cada relectura que cada vez me transmitían menos emoción.

Tenía veintisiete años. Más de mil días atiborrados de gente y de cosas me separaban de aquella mujer más joven que no se creía capaz de vivir sin Peter. Cuando ahora, en raras ocasiones, me acordaba del Peter que había conocido, pensaba en él con afecto, como alguien con quien había compartido una dolorosa postadolescencia, alguien que sin duda se había sentido tan desconcertado como yo ante la mayoría de las cosas. Él y yo nos casamos, tuvimos un hijo y nos separamos antes de que ninguno de los dos hubiera crecido del todo. Yo había vivido para descubrir que después del primer amor se puede volver a amar, y mucho más, porque se sabe más. Creía que quizá querría a Noel para siempre, pero también sabía que podría vivir sin él, y que, a medida que el tiempo me fuera cambiando, ni siquiera lo echaría de menos a menudo, o terriblemente.

Abrí la caja que contenía mis cartas para él. Había muchas, pues le había escrito a diario siempre que estaba de viaje.

Noel conservaba todas las cartas bien empaquetadas, en el orden en que yo las había escrito, y eso me pareció infinitamente conmovedor, porque era el tipo de hombre que tenía que rebuscar en cuatro cajones para encontrar los gemelos de la camisa, los pañuelos, una estilográfica o los botones del cuello.

La primera carta iba dirigida a su alojamiento en Nueva York.

> Querido Noel:
>
> Recuerdo haberte dicho, hace unas semanas, que nunca pasé dos noches con el mismo hombre, en los años transcurridos desde Peter, porque nunca me gustó ninguno tras haber pasado con él la primera. Por lo tanto debo decirte, de forma muy específica, que me has gustado veinte veces más esta mañana en el desayuno que anoche en la cena.

Escribí esa carta dos meses después de aquella tarde de finales de septiembre en la que Noel me llamó por teléfono. En esos dos meses decidí que su pelo tenía el tono del bronce bruñido (y me quejé a él de

que lo llevara tan corto, pero nunca, hasta el último día de nuestra relación, lo llevó más largo). Decidí que me encantaban su voz y su sonrisa y la forma de sus cejas (que hacían juego con su pelo) y las cosas que decía, y su forma de reír, y el hecho de que creyera en los beneficios de hacer ejercicio.

Sabía que era un hombre brillante, o eso decían. Había oído una historia que circulaba sobre él: varios directores de prensa de la ciudad, cenando juntos, hicieron listas por separado de los cinco mejores periodistas de Nueva York, y el de Noel era el único nombre que aparecía en todas ellas. Pero yo había conocido a mucha gente supuestamente brillante. Noel me gustaba sobre todo porque era a todas luces sensato y equilibrado. Estar con él me proporcionaba una gran sensación de estabilidad.

Y había encontrado a alguien con quien poder hablar de verdad, tras años de puro parloteo.

Lo veía casi todas las noches, y no veía a nadie más, excepto a Nathaniel y Bill. A ellos los conocía lo suficiente como para decirles: «Podré ir a cenar, pero debo llegar a casa a las diez menos cuarto. ¿Te va bien?».

Noel trabajaba en un periódico matutino y su jornada acababa a las diez u once de la noche. Paseábamos, íbamos a bailar y a cenar. Hablábamos de política, de desarme, de la Gran Guerra (tenía una condecoración de combate, pero no me lo contó, lo supe por otra persona), de periódicos, de publicidad, de libros, de óperas. Hablamos sobre su infancia, sobre mi infancia, de la gente que él había conocido, de la gente que yo había conocido. Nos contamos las vicisitudes de nuestras vidas.

Al principio me preocupaba que alguien le dijera que tenía fama de promiscua. Creía que entonces dejaría de gustarle. Estaba segura de amarlo, tras haberlo visto tres veces, pero no se me ocurría ninguna razón por la que él debiera quererme. Solo era una mujer cuyo propio marido la había considerado imposible. Con otros hombres no me había sentido tan humilde, pero el caso es que me daba igual si alguna vez me amaban o no.

Decidí contárselo yo misma a Noel. Si saber que había sido promiscua iba a hacer que dejara de verme, dolería menos si ocurría inmediatamente que más tarde. Así pues, una tarde de octubre, cuando paseábamos por la parte baja de la Quinta Avenida, le dije de repente:

—Mira, no te hagas ilusiones conmigo. Me he acostado con más hombres de los que soy capaz de recordar.

Era una exageración, pero tenía que exagerar, no fuera a quedarme corta.

No pareció asqueado, ni presa del asombro, ni siquiera sorprendido.

—Qué interesante —comentó—. ¿Qué hacías? ¿Utilizabas el sexo como anestesia para algo? Eso no suele funcionar.

—No hace falta que seas educado —repuse—. Si crees que soy una persona espantosa, dímelo.

—Mi querida tontaina, creo que eres la persona más adorable que he conocido. Fuera lo que fuese lo que te pasó, ha hecho que tengas aplomo, que seas tolerante y comprensiva, y cualquiera que te conozca debería estar agradecido por lo que produjera ese resultado.

—Oh —repuse—. ¿Lo dices en serio? ¿No es solo que lo lamentas por mí?

—Qué va, por Dios. Hablo en serio.

Algo en mi interior que me había dolido horriblemente en algunos momentos a lo largo de mucho mucho tiempo dejó de dolerme para siempre.

Deslicé mi brazo en el suyo.

—Me alegra de que no te importe, pero de todas formas he dejado de hacerlo.

Se rio de mí. Lo hizo con tanta simpatía que yo también me reí.

—Pues debe de haber miles de hombres amargamente decepcionados en Nueva York, Pat. No te importa que te tome el pelo, ¿verdad? Prometo no pedirte nunca que pases la noche conmigo, si puedo evitarlo. —El tono de su voz cambió—. Por varias razones, no paso la noche con mujeres que podrían llegar a importarme mucho; me parece un poco injusto.

Era la primera vez que aludía a su matrimonio.

—Sé lo de tu mujer, Noel —dije—. Kenneth me lo contó.

—Vaya —repuso.

—Noel, hagamos una parada en Childs y tomemos café y bizcocho de mantequilla. Tengo hambre.

Después de eso, hablamos también de nuestros matrimonios, como parte de las cosas que nos habían ocurrido.

Transcurrió otro mes sin que Noel me besara. Aunque en una ocasión sí me abrazó en ese intervalo, cuando cruzábamos Madison Square Park, porque le dije que, si me daban a elegir entre Gene Tunney o Jack Dempsey, me quedaría con Dempsey, y encantada.

Entonces, una noche en la que habíamos pasado hablando horas y horas ante su chimenea, le dije, a regañadientes, que debían de ser las cinco de la mañana o algo así, y que sería mejor que me trajera el abrigo. Fue a buscarlo al instante. Me lo tendió para que me lo pusiera. De pronto, me rodeó los hombros con ambos brazos y yo me volví, le eché los míos al cuello y levanté la cara para que me besara.

En ese momento supe que iba a quedarme a pasar la noche, y me alegré.

Poco después lo enviaron a Boston para cubrir una investigación

naval sobre un desastre submarino. Me sentí viva solo a medias mientras estuvo fuera, pero aproveché el tiempo libre para resolver el primer problema de nuestra relación: cómo apañármelas para dormir. Yo trabajaba desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde, y Noel, desde las dos de la tarde hasta las once, más o menos, la mayoría de las noches, y luego deambulábamos por la ciudad hasta las cuatro o las cinco de la madrugada.

Así que me conseguí un nuevo empleo, como directora de publicidad de una tienda especializada, donde a nadie le importaba si no aparecía antes del mediodía, siempre que trabajara hasta las siete u ocho de la noche.

Durante la semana que permanecí en mi antigua oficina, tras haber comunicado que dejaba mi puesto, vino a verme la muchacha de ojos muy abiertos que había sido una ambiciosa redactora hasta que decidió casarse. Se la veía algo desaliñada y tensa. Al parecer, su marido no había conseguido de momento los aumentos de sueldo con los que habían contado tan alegremente, y ella lo había convencido para que la dejara volver a trabajar.

Quería saber si me había llegado la noticia de alguna vacante, donde fuera. De modo que la muchacha heredó mi puesto, como yo había previsto tiempo atrás.

En el nuevo me pagaban menos, pero pensaba compensarlo haciendo más publicidad por cuenta propia; así disponía de tiempo libre para desayunar con Noel, que era lo más importante.

Noel me escribió una carta desde Boston, la primera que recibí de él.

(La busqué entre sus cartas. Estaba escrita a lápiz, en una serie de hojas de un taco de la Western Union para corresponsales de periódicos.) Empezaba así:

> El almirante de la flota de combate está sentado muy erguido en la silla central de la larga mesa, escuchando; tiene un rostro moreno y alargado, y parece cansado y pensativo. Un contralmirante lee un mensaje tras otro de un enorme fajo que contiene las órdenes de movilización de las fuerzas navales de rescate, tras el hundimiento del submarino.
>
> Hasta ahora parece que dichas órdenes solo movilizaban barcos, equipos y tripulaciones, pero no inteligencia. He llegado a comprender que un puñado de hombres diseñan máquinas que muchos otros utilizan, y todos parecen muy inteligentes hasta que ocurre un accidente. Entonces el usuario se descubre incapaz ante la máquina y espera a que acuda alguien que la entienda, como un banquero al que se le haya caído el reloj suizo.
>
> El contralmirante sigue leyendo... Y se me ocurre que sería bonito que Patricia se las apañara para pasar un fin de semana en Boston.

Por supuesto que me las apañé.

Noel no volvió a dejar Nueva York hasta la primavera, salvo para visitar a su mujer dos veces al mes.

Durante una larga conversación sobre la fidelidad mutua, que yo misma había cometido la estupidez de empezar, me había contado que en esas visitas pasaba la noche con su mujer.

—No sé, Patricia, si me odia, y no podría culparla si lo hiciera, o si me tiene cariño, como el que se le coge a un guardián cuando se cumple cadena perpetua. Quiero decir que soy el único contacto que le queda con la vida. Detesta salir a causa de esa desfiguración suya, y excepto por su hermana y la criada no ve a nadie un mes tras otro. A veces monta escenas si se entera de que he estado con alguna mujer en particular. Su hermana suele averiguarlo.

—Debe de ser difícil, Noel —repuse—, pero lo comprendo. Has sido muy amable al contármelo.

En efecto lo entendía, aunque hacerlo no me suponía mucho consuelo. Me había hecho mayor, me daba cuenta de que en su vida había habido otras mujeres antes de mí. Podía entender incluso que, algún día que esperaba lejano, hubiera mujeres después de mí. Pero deseaba que durante un tiempo fuera solo mío.

A veces pensaba en su mujer, como una figura un tanto fantástica y del todo trágica que aparecía en la periferia de la vida de Noel. En los momentos en que era consciente de estar especialmente guapa y me sentía de maravilla, la compadecía, porque Ken me había contado que había sido preciosa. Con menos frecuencia, en los momentos en que me moría por casarme con Noel y tener un hijo pelirrojo, y por olvidar todo lo ocurrido en mi vida antes de conocerlo, sentía celos de ella.

Las noches en que sabía que Noel estaba con su mujer, me paseaba de aquí para allá, diciéndome que debía ser civilizada, que él arrastraba responsabilidades de su pasado hasta su presente, que era mucho mejor tener todo lo que un hombre de primera clase pudiera ofrecer que poseer por completo a un hombre de segunda clase. Creía todo eso, pero las noches que él pasaba con ella yo no conseguía pegar ojo. Finalmente, recurrí a comprarme un libro gordo cada sábado que Noel iba a visitarla, y lo leía hasta la mañana. Entonces dormía los domingos.

O algunos de esos fines de semana visitaba a Lucia, que había vuelto de Europa para encontrarse con que le agradaba el lujo de las afueras. (Resultaba lujoso estar en Westchester, pero no en Long Island.)

Lucia había vuelto a ver a Noel. Cuanto me contó al respecto fue:

—No es sensato por tu parte, cariño, pero si te hace feliz, ¿por qué no? Estás más joven de lo que te he visto en años.

En la casa donde vivía Noel había un apartamento vacío en el piso

de arriba. En cierta ocasión en que tuve que irme a mi casa, porque no podía presentarme en la oficina a la mañana siguiente con vestido de noche, Noel me dijo que ojalá viviera arriba. Le dije que me mudaría allí. A partir de ese punto, nos enzarzamos en un largo debate sobre convencionalismos. Noel insistía en que para una mujer seguiría siendo muy poco conveniente tener un compromiso de este tipo con un hombre que no podía casarse con ella.

A mí el grado de mi «compromiso» no me importaba lo más mínimo. Por supuesto que deseaba poder casarme con él, quería estatus, estabilidad y un bebé. Pero por lo menos disfrutaba de felicidad en el día a día. Eso era mucho más de lo que había esperado volver a encontrar en mi vida, así que me las apañaba para mostrarme filosófica (casi siempre) con respecto a la falta de estatus.

Pocos días después de que Noel hubiese dicho que le gustaría que yo viviera en su casa, almorcé con la muchacha que había sido una entusiasta redactora publicitaria cuando yo era subdirectora, la chica que ahora ocupaba mi antiguo puesto.

Me pareció triste y desamparada.

—Voy a dejar a mi marido —me reveló—. Nos peleamos a diario porque yo gano más dinero. Según dice, eso demuestra el materialismo de Estados Unidos. O a veces dice que no entiendo su carácter. —Vertió unas lágrimas discretas—. Ahora pasa cinco veladas por semana con una chica que se supone lo entiende mejor. De modo que se me ha ocurrido que, si lo dejaba yo por un tiempo, quizá se alegraría de tenerme de vuelta.

—Es posible —admití—. ¿Dónde vas a vivir?

—No lo sé. He pensado que quizá sabrías de alguna chica con la que pudiera compartir piso. Tengo mis cosas en un guardamuebles; hemos estado viviendo en hoteles desde que volví a trabajar.

Así pues, me llevé a la muchacha a conocer a Helena, que se sintió conmovida por su actitud de gatita indefensa, como ya me había parecido que pasaría. Al cabo de una semana, la muchacha se mudó al apartamento que Lucia había compartido conmigo, y yo con Helena.

—Bueno, Pat —me dijo Helena—, me ha gustado vivir contigo. Por Dios, haz el favor de venir a verme a menudo; y si algo va mal con tu gran amor, vuelve. Entretanto, le enseñaré a esta cría de ojos azules que me has endilgado a abrirse paso en la ciudad.

Un sábado, cuando Noel estaba fuera de viaje, me instalé en su casa. Cuando volvió, me regañó por ser tan imprudente, pero estaba tan contento que no podía dejar de sonreír mientras me reñía.

En primavera se fue a Albany para asistir al juicio de una política acusada de malversación de fondos públicos. Venía a Nueva York los fines de semana, y yo empecé mi carrera de escritora de cartas cotidianas.

Saqué de la caja las cartas que le había escrito a Albany y les eché un vistazo.

Queridísimo:

Me alegraré tanto de verte cuando regreses que no seré capaz de hablar, ni por tanto de ponerme parlanchina, al menos durante cinco minutos.

Veo en todos los periódicos vespertinos que el juicio por el caso de tu dama política debe celebrarse mañana, pero tengo entendido que el jurado deliberará durante noventa y ocho horas; entonces no alcanzarán un acuerdo unánime, pues todos menos uno querrán condenarla. El único miembro del jurado a favor de la absolución lo estará porque la acusada se parecía a su madre, que era una mujer chapada a la antigua que no sabía leer ni escribir... ni desde luego administrar fondos. Entonces deberá celebrarse un nuevo juicio, que durará hasta el periodo de elecciones; la acusada por fin será condenada en Navidad. Para entonces, la gente te señalará como el residente más antiguo de Albany. La acusada apelará; tendrá lugar un largo debate; el caso se someterá a juicio una vez más. A esas alturas, tú ya peinarás canas y yo me habré sosegado. Transcurridos quince años más, la acusada morirá y las feministas harán verdaderos milagros reivindicando su legado ante su tumba. También circulará una leyenda sobre ti, que la seguiste fielmente durante cuarenta años; yo habré muerto tiempo atrás, de tanto esperar un telegrama que dijera que vuelves a casa...

Y tras un fin de semana:

Amado mío:

Tan contenta estaba esta mañana cuando caminaba calle abajo después de dos días enteros contigo, que al cruzarme con dos camioneros, uno de ellos le ha dicho al otro: «Jes, mira cómo sonríe esa chica». Y no he tenido la delicadeza de avergonzarme.

Si para cuando llegue el próximo fin de semana te han desenterrado de Albany de forma definitiva, seré presa de la alegría más absoluta y tendrán que contenerme para que no me ponga a cantar en los bares clandestinos o tenga algún otro comportamiento indigno.

Noel, ¿soy indigna? Ay, cariño, dime, por favor, ¿acaso soy indigna siempre o de vez en cuando, o nunca lo soy? Por favor, cariño, ¿me enseñarás a ser digna? Toda mi vida he deseado ser digna, aunque nunca se me había ocurrido hasta hace cinco minutos.

Lo enviaron a Wisconsin en junio, para cubrir la estancia del presidente Coolidge en la Casa Blanca de verano, y lo despedí en la estación de Pensilvania, donde me comporté bastante bien hasta que se fue, pero

luego, en el taxi de camino a casa, me dio un ataque de llanto tan fuerte que el taxista se dirigió a mí cuando le pagaba la carrera y me dijo: «Escucha, muchacha, no sé de qué se trata, pero sea lo que sea, no te lo tomes tan mal».

Al cabo de tres semanas, durante las que mantuvimos el contacto entre Nueva York y Superior, Wisconsin, por telégrafo y teléfono, decidimos que no podíamos soportarlo más, y pedí un permiso para irme a pasar un mes con Noel, que vivía en Duluth, a unos treinta kilómetros de distancia; y allí me dediqué a deambular encantada todo el día por las calles principales mientras él estaba ocupado.

Al parecer, la noche en que me fui de Wisconsin de regreso a Nueva York, Noel se sentó a escribir a su esposa y le preguntó si no sería igual de feliz si se divorciaba de él. Sin embargo, su mujer no quería el divorcio, y mandó a su hermana a Nueva York para que indagara entre conocidos comunes de ella y de Noel sobre cualquier nueva razón que él pudiera tener para pedir la libertad.

La hermana averiguó cuanto había que averiguar sobre Noel y yo. Fue más culpa mía que suya que los hechos resultaran tan fácilmente accesibles. La mujer de Noel no le dijo, en aquel momento, que conocía mi existencia. Solo le comunicó por carta que no podía soportar la idea de ser una divorciada.

A mi regreso de Duluth, le escribí a Noel:

> Considera que te he echado los brazos al cuello, he apoyado la cabeza contra tu hombro, satisfecha, y he declarado que el recuerdo de las luces del lago Superior brillará felizmente en mi corazón durante el resto de mi vida.

Y cuando me esforzaba por escribir una carta alegre:

> He pensado en emprender una nueva trayectoria: planeo abrir un bar clandestino para mujeres de negocios cansadas, donde puedan ir sin compañía y cenar a base de líquidos sin que las miren por beber solas… Ven y sé mi socio, querido.

En cierta ocasión no supe nada de él durante tres días seguidos, de modo que le telegrafié: «¿Cómo estás?». Más tarde me explicaría que no había palabras capaces de describir lo condenadamente incómodo que se sentía, así que pasó un día sin contestar al telegrama.

Para entonces, yo había decidido que ya no me quería. Al final de la jornada, un día caluroso en el que había tenido que trabajar muchísimo, estaba pensando en el suicidio. Le escribí:

> Esta es una carta de amor para Noel y nada más, pero… es probable que acabe llena de blasfemias; no puedo evitarlo. No sé cuándo se me ocurrió por primera

vez, por si fuera poco el infierno general de Nueva York con esta humedad, que estabas molesto conmigo. En mi telegrama te sugería que me telegrafiaras. Qué deberías decir, no lo sé. «Hace fresco aquí, estoy trabajando mucho», quizá. Bueno, tendrías que dar por hecho que eso ya lo sabía.

Sin embargo, la idea de que estabas molesto conmigo creció hasta adquirir proporciones enormes, creció hasta transformarse en «Él cree que solo estoy de juerga con Nat y Bill o cualquiera que aparezca, muy satisfecha conmigo misma», hasta que se me ocurrió que tenía que haber una putilla de Wisconsin. «Y espero que se ahogue en el lago Superior y vaya de allí al infierno, pero confío en que, mientras tanto, le muestre aprecio.» ¿Es eso fruto de mi instinto maternal?

Entonces traté de verlo con filosofía y de mostrarme firme. Es muy posible que el esfuerzo filosófico en cuestión te resulte entretenido. Consistía en lo que sigue:

En una amistad, *affaire* o cualquier etiqueta inadecuada que uno ponga a las cosas que tú y yo compartimos, va implícita una mayor confianza en la otra persona que en el matrimonio o en cualquier situación que se base en un estatus organizado.

En el amor fuera del matrimonio, tan corriente ahora con toda la nueva libertad y las viejas leyes de divorcio, no hay vallas que encierren a dos personas, y muy pocos cojines que amortigüen los golpes. No pasa nada. No me importa. Ya hemos hablado sobre eso antes.

En lugar de vallas y cojines, tiene que servirnos la franqueza. Si estuvieras molesto conmigo, si tus sentimientos hacia mí cambiaran, creo que me lo harías saber, de forma específica e inmediata.

Eso supone generalizar... Las mujeres adultas que intentan «comprender» a los hombres no se esfuerzan en encerrarlos. Pero las mujeres (enamoradas) sobrellevan el encierro bastante bien. Si me dijeras: «Lo siento, pero me deprime mucho pensar en otras personas cogiéndote de la mano y qué sé yo, ¿te importaría no salir con otros hombres?», me quedaría en casa.

Pero tú no dirás eso. Tú crees en esta libertad más que yo, que solo creo en ella para los hombres. Sin embargo, acepto citas para cenar, ¿no? Aunque no como antes. Ahora ni siquiera intento conseguir hombres nuevos... Pero sí he salido con tres personas esta semana, y dos me hicieron el amor. (Con el otro me limité a un par de citas para almorzar.)

Mi abuela habría llorado tu ausencia —o más bien la de tu abuelo— derramando lágrimas sobre su bordado, posiblemente. Apuesto a que yo lloro la tuya con mayor violencia, en un taxi con la persona equivocada, o en un bar clandestino tomando una copa que no estoy tomando contigo.

Salgo a cenar y trato de ser divertida..., me gano la cena a base de encanto, ¿por qué no? Y si hay un instante terrible en el que pienso: «Ojalá encontrara un

mensaje telefónico suyo en la centralita cuando llegue a casa», es más probable que diga: «Sí, tomaré otro, gracias», antes que parecer aburrida y soñolienta. No hay razón por la que ir a casa: no habrá ningún mensaje en la centralita.

En cuanto al resto, debe juzgarse en su justo valor. No discuto que me besen una vez en el transcurso de una velada. No invito a que ello ocurra, y dejo bien claro que no voy a corresponder al gesto.

La única persona a la que deseo besar deambula por el gran noroeste, y me gustaría que a Coolidge le entrara nostalgia de ver la cúpula de la Casa Blanca.

Una nota al pie de todo esto: dijiste una vez que los besuqueos fortuitos te parecían terriblemente aburridos. A mí también. Pero se trata de una de las cosas en las que eres extraordinario. La mayoría de los hombres parecen sentir que supone un logro, si bien menor, que sus labios rocen la barbilla o los alrededores de una mujer un par de veces en el transcurso de una velada. Me hace sentir un poco como cuando viajo en un metro abarrotado, pero tampoco es motivo para hacer una escena. Forma parte de esta maldita libertad.

Por último, sobre la posible existencia de esa putilla tuya de Wisconsin, espero que no la haya, pero no me importa, excepto cuando me guían esos instintos que no se pueden evitar. No te haré preguntas, pues quiero que hagas siempre lo que quieras. Pero sí te diré que cualquier putilla de Wisconsin tendrá que resultar bastante milagrosa para llegar a ser la mitad de buena, dulce o angelical contigo de lo que yo planeo serlo cuando vuelvas por fin a casa.

Aquella noche, una hora después de haber enviado aquella carta, Noel me llamó por teléfono desde Wisconsin y pasamos diez extravagantes minutos hablando de alegres sandeces. Le dije que había escrito una carta increíblemente tonta que haría bien en romper sin haber leído.

Pero contestó a mi carta como sigue:

Patricia…

Te echo mucho de menos. No me he dedicado a la caza de putillas. Me he sentado a hablar de política con los viejos o a escuchar a los jóvenes (los fotógrafos) cuando hablan de sus tratos, probablemente ficticios, con las vírgenes locales. El recuerdo que tengo de ti parece no haber disminuido un ápice en calidez, y con él me voy a dormir, sosegado y solo.

Este verano tendrá un final. Y, cariño, cariño (como dices tú con tu voz de violonchelo), estoy más cerca de ti a tres mil kilómetros de distancia de lo que podría estarlo de cualquier otra mujer en mis brazos.

Más adelante, le escribí:

Cuando vuelvas, méteme en una maleta, y llévame contigo a Viena o a Buenos Aires o a Leningrado, y cuando quieras conversación puedes sacarme de la

maleta y sentarme en una silla, y tendremos una alegre charla. Cuando quieras soledad me acurrucaré en la maleta sin rechistar, durante días enteros. Y nunca nos aburriremos ni nos agobiarán las prisas ni la presión por hacer nada; nos limitaremos a seguir alegremente con nuestra dudosa reputación, alegremente despreciables hasta que muramos. Salvo que te harás famoso y las mujeres peregrinarán para verte, sobre todo cuando sepan que eres tan apuesto. No dejaré entrar a ninguna, excepto a las más bellas... A esas sí las dejaré entrar para que puedas admirar mi buen gusto.

Te mando un beso de larga distancia.

Me escribió con tono de disculpa para decirme que, si no era mucha molestia, le gustaría que le mandara un abrigo más grueso y varias cosas más. Le contesté:

Debes saber que adoro hacer pequeñas cosas por ti. No es nada moderno, demonios, pero no puedo evitarlo..., así que no pienso fingir al respecto; contigo no me hace falta fingir con respecto a las cosas.

Me envió un whisky desde Canadá, a través de un fotógrafo que regresaba a Nueva York.

Noel, ángel mío:

Guardaré el whisky para reanimarme cuando por fin vea un titular que rece: «El presidente regresa a Washington». Imagino que me encontrarán aferrada al periódico, murmurando cosas sobre nuestro dirigente. Has sido el líder indiscutible en el periódico con tus crónicas del pacto de Kellogg durante tres días seguidos... ¿Lo sabías? Qué joven tan brillante eres.

¡Volvía a casa al cabo de dos semanas! Le escribí:

Noel: Cuando vuelvas te llamaré por teléfono y te propondré que vayamos a nadar; te llamaré y te pediré que me saques a cenar... Te llamaré y te exigiré que me lleves a pasear. Inventaré excusas para telefonearte. Te llamaré a diario, cada hora, sin cesar. ¿Te importará que haga eso?

Tengo la impresión de que, en cuanto llegues a casa, sucederán al instante toda clase de cosas hermosas, y que tú y yo pasaremos felizmente la vejez (tomando unas copas) frente a la misma chimenea, contemplando una larga hilera de libros escritos por ti. Y la vejez me parece muy bonita y lejana a la vez.

Estoy guapa, con la piel tostada por el sol, y espero que te guste el efecto. Recuerdo bien tu aspecto en todo tipo de estados de ánimo. Tengo toda una colección de instantáneas tuyas dentro de mi cabeza. Una de las más bonitas es la de Noel en persona, dormido, con una expresión plácida en la cara y

aparentando tener unos diez años.

Hace dos o tres días, cuando una de mis cartas se perdió, me telegrafiaste para preguntarme si me había liado con algún rubio. Por supuesto que no, los rubios solo les gustan a las adolescentes.

Se me ocurrió algo espantoso: que podrías tener que quedarte en Washington, cubriendo lo que hiciera el presidente, hasta las elecciones... Noel, una buena mujer chapada a la antigua (me refiero a mí) se volvería entonces moderna. Las mujeres anticuadas no persiguen a un hombre, cuidan de su reputación..., son pacientes para siempre. Pero si tú te quedas en Washington, yo me voy a Washington y consigo trabajo de camarera en un restaurante, y lo único que nos separará, en adelante, será tu deseo de estar a solas.

Quiero saber (si me encuentro contigo en Washington como sugieres) si me llevarás a ver el monumento a Washington y me invitarás a whiskies con soda y si hablarás conmigo horas y horas sobre política y el pacto de Kellogg. No me importa de qué hables, solo quiero oír tu voz. Y que me cojas en brazos y me lleves por la habitación, pero sin estropearme el peinado, y que me des un paseo por Washington. Y si me porto bien, ¿me besarás un par de veces?

Contestó con un telegrama:

No me importará que me llames a intervalos de veinte minutos stop te llevaré al monumento stop no te garantizo lo del peinado stop sí, sí, sí.

Le escribí una vez más a Wisconsin.

Tras mi desvergonzada correspondencia anterior, es probable que me sienta tan cohibida que insistiré en sentarme a dos metros de ti para mirarte con expresión de estúpida satisfacción... Vámonos un fin de semana a la costa, donde podré quedarme dormida en la arena al sol con la cabeza apoyada en tu hombro. Sentiré que he alcanzado la verdad suprema, como un ruso al final de setenta y dos horas de conversación.

Me contestó por telegrama:

Arreglado ir derecho a Nueva York stop espero entrar en la ciudad gritando amor amor sin parar hasta llegada a Penn Station miércoles siete y cinco tarde stop podría venir alguien a recibirme.

Y en efecto fue alguien.

Siguieron días y semanas en los que fuimos muy felices. A veces, cuando caminaba por la calle, me asaltaba el recuerdo de los tiempos en los que había sido desdichada, y me parecían infinitamente lejanos

y del todo irreales, como las historias que una oye sobre una amiga de una amiga de una amiga.

Le hicieron a Noel una oferta extraordinaria: trasladarse a Yokohama como director de una agencia de noticias de Extremo Oriente. Le habría gustado ir. Había sido corresponsal extranjero en Europa y hablaba ruso, algo que le sería útil en el puesto de Extremo Oriente, pero nunca había estado en Asia.

Le planteó el proyecto a su mujer. Parte de las condiciones según las que habían organizado sus vidas era que Noel no debía aceptar un puesto fuera de Nueva York, porque a ella le resultaría demasiado embarazoso viajar. Se negó a oír hablar del proyecto asiático.

Noel me lo contó, y me sentí totalmente dispuesta a arrojar por la borda el negocio de la publicidad y marcharme. Habíamos hablado a menudo de los lugares que veríamos, y de cómo yo me ocuparía de aprender japonés mientras él cubría las guerras chinas y los levantamientos fronterizos indios. Pero ninguno de los dos nos tomamos aquel proyecto muy en serio; no esperábamos que su mujer le dejara ir.

Durante la conversación, cuando él le dijo que era una oportunidad extraordinaria y que tenía muchas ganas de ir, ella le reveló que lo sabía todo sobre mí. Noel se llevó una gran sorpresa, que fue aún mayor cuando descubrió que su mujer no tenía nada más que añadir a lo que ya sabía de mí.

Noel le pidió que reconsiderara su decisión de permitirle ir a Asia. (Tenía tres meses para decidirse, mientras alguien llegaba al fin de su periodo en el cargo.) Ella le dijo que no, pero que podía volver a preguntárselo al cabo de unas semanas, si quería.

Noel estaba cada vez más inquieto en el *Times*. Tenía la impresión de que, en la plantilla de Nueva York, había llegado todo lo lejos que podía llegar, y no consideraba con mucha alegría la probabilidad de pasarse los próximos veinte años haciendo la misma clase de reportajes una y otra vez.

Sin embargo, la mayor parte del tiempo que pasábamos juntos estábamos demasiado satisfechos con el mundo en general como para preocuparnos por cosas así. Sí sufrí un ataque agudo de querer ser vista como una mujer honorable, y le escribí al respecto cuando él estaba en el norte del estado cubriendo la gira de campaña de un gobernador.

> Querido Noel:
>
> El prefacio de esta carta es: estoy más borracha que nunca. Es la primera vez en un año. Nat y yo hemos vuelto a empinar el codo, hemos recaído con el estruendo más estrepitoso imaginable; aquel conocido tuyo, Tony, el que lleva tanto tiempo con este encaprichamiento conmigo no correspondido, ha sido el culpable.

Nat me llamó para invitarme a cenar a las siete. (Ya sabes que lleva meses con un ataque de ganas de huir de todo. Pobrecillo.) A las siete menos diez sonó el timbre. Era el tonto de Tony. Llevaba el pelo rubio muy repeinado, como de costumbre, y estaba borracho, como de costumbre. Tenía una petaca y eché un trago. Luego vino Nat. También estaba como una cuba, algo extraordinario. Por lo visto acababa de ver cómo su padre sufría uno de sus ataques. De modo que todos tomamos más copas.

Fuimos al bar Delano y empezamos a beber *manhattans*. Afuera llovía a cántaros y no había taxis, así que tomamos más copas y los camareros nos prepararon huevos y otras cosas.

Me sentía tristona, de puro cansancio, y Tony y Nat son una combinación espantosa, aunque parece que salen juntos con frecuencia. Quiero decir que es probable que Nat se ponga lúgubre y Tony amoroso de forma simultánea.

Ambos estaban cada vez más borrachos.

Entonces Tony le dijo a Nat:

—Tú eres el chico con el que Pat se casará al final, por supuesto. Un día, ella se mirará al espejo y sabrá que no va a ser eternamente una muchacha sofisticada que aparenta veintidós. Entonces se casará contigo, y será una esposa fenomenal, he ahí lo gracioso. Os enviaré un regalo de boda.

—No quiero casarme con nadie —dije.

—Algún día entrarás en razón —insistió Tony.

Tomamos dos rondas más y hablé sobre el edificio Paramount. Y entonces Tony dijo:

—A Pat me la llevaré yo al altar algún día..., pero no hasta dentro de un par de años, cuando ya esté cansada.

—Y una mierda —soltó Nat—. Soy yo el que se casará con ella algún día, cuando esté cansada. Tienes razón, debería casarse... Las mujeres necesitan estabilidad... No me importa cómo ocupe el tiempo mientras tanto.

—Parad ya de hablar de mí como si fuera un coche que al final habrá que aparcar en algún sitio. Si no os importa, soy perfectamente feliz en este momento.

—Ya, pero él nunca podrá casarse contigo —respondieron a la vez.

—Hablad de otra cosa, por favor —les pedí.

No pasa nada, Noel; probablemente no te escribiría sobre esto si no estuviera borracha yo también. Fue una noche bastante desagradable, pero no extraordinaria. Somos una generación sin modales. El hombre mejor educado que conozcas puede ponerse a proclamar a gritos sus ambiciones sexuales en un bar clandestino en cualquier momento. No significa nada.

Sin embargo, esto sí significa algo: la pura y maldita verdad es que algún día me miraré al espejo y sabré que, ni con el vestido escarlata que he llevado esta noche ni con ningún otro, volveré a aparentar veintidós años. Y desearía tener

estabilidad..., es decir, un marido que me pague masajes faciales durante mis años de madurez. Pero no aceptaré un marido así. Supondría un desperdicio demasiado grande de ti y de mí, de sueños y de amor.

Sí te pido algo, no obstante. Probablemente no te lo pediría si estuviera sobria. La idea de envejecer sola me asusta, de modo que ¿me escribirías una carta para decirme: «Me casaría contigo si pudiera»? Sé que nunca podrás, pero tener una nota, apenas dos líneas donde dijeras que te habrías casado conmigo si las cosas hubieran sido distintas, me reconfortaría.

Debes saber que tu afecto es lo más hermoso que he encontrado, en un mundo lleno de soluciones de segunda clase para todo, y preferiría tener la remota posibilidad de una relación permanente contigo que diecinueve certificados de matrimonio enmarcados en oro con cualquier otra persona. Sin embargo, ¿puedes entender que una nota de dos líneas sería reconfortante, porque ha sido una noche triste?

Me respondió con una larga carta. La busqué entre las demás que me había escrito. La leí y la aparté. Sería la única carta que conservaría, porque no me parecía posible que pudiera perder alguna vez su calidez. Terminaba así: «Lo que todos los hombres buscan, yo lo he encontrado contigo».

Me recuperé de aquel estado de ánimo de «me muero por ser una esposa».

Durante nuestras veladas juntos de aquel octubre, Noel y yo fuimos más felices que nunca, porque cada vez nos sentíamos más a gusto el uno con el otro y nos comprendíamos cada vez más. Él decía que empezábamos a parecer dos filósofos antiguos que se sentaban, satisfechos, y escuchaban los pensamientos del otro.

Un día, me disponía a salir de la oficina, pensando que tendría tiempo de pasar una hora en el gimnasio antes de ir a casa a vestirme para cenar con Noel, cuando entró mi joven ayudante-secretaria y me dijo que una señora quería verme.

—¿Quién es, Doris?

—No ha querido dar su nombre. Dice que es personal. Me ha parecido que la conocerías. Lleva un parche negro que le cubre todo el lado izquierdo de la cara.

—Oh —solté—. Hazla pasar Doris... Y puedes irte a casa. Esta noche ya no voy a necesitarte.

Hubo un instante en el que pensé: «Debería haberme negado a verla; ella nunca será real para mí mientras no la vea». Pero era consciente de que no podía haberla echado; no podía haberle hecho eso a Noel.

—Encantada —le dije—. ¿No quiere sentarse?

—Soy la esposa de Noel —contestó—. Hace tiempo que quería hablar con usted. —Ocupó el sillón junto a mi escritorio.

La luz de la lámpara de la pared de enfrente se derramaba sobre ella. Era una mujer bastante alta, con una figura que se habría visto bonita si hubiera escogido mejor su ropa. Llevaba el tipo de prendas rurales de tweed que las mujeres eligen porque resultan prácticas y duraderas, sin tener en cuenta los matices del estilo.

Bajo su sombrero *cloché* de fieltro color canela, asomaba un cabello dorado con cierto efecto de desaliño que, en otro tiempo, podría haber tenido esplendor. El lado izquierdo de su rostro quedaba cubierto por un parche negro que ocultaba lo que había debajo, desde el ala del sombrero hasta la barbilla. El lado derecho de su cara estaba compuesto por un gran ojo de un azul violáceo, una graciosa ceja castaña, piel blanca y clara, y media boca a la que en su momento, por supuesto, los hombres que la conocían se habrían referido a ella como un «capullo de rosa».

No debería haber dudado del buen gusto de Noel: por muy novia de guerra desposada a toda prisa que hubiera sido, en aquel entonces debía de ser un compuesto de nata y rosas.

—Me parece que esto es una intrusión, y debo disculparme. Ha ocurrido algo que lo ha hecho necesario.

Sí, su voz traslucía buena educación, si bien sonaba curiosamente anodina, como la de una chica muy joven.

—No se preocupe en absoluto. Siento tanta admiración por Noel que estoy encantada de conocer a su mujer.

(Ser civilizada significa que, cuando es necesario, pronuncias palabras que no guardan relación con tus pensamientos.)

—No estoy acostumbrada a hablar con la gente, de modo que me sería más fácil tutearte y que me permitieras que te dijera yo primero lo que tengo que decir.

—Como prefieras —respondí.

—No me gusta Noel, por lo general. Si a los veinte años hubieras ido en un coche con un hombre borracho y él lo hubiera dejado hecho añicos junto con tu cara, convirtiéndote en una lisiada para el resto de tu vida, tampoco te gustaría.

—Tal vez no —contesté.

—He dispuesto de semanas, meses y años para pensar. No he tenido otra cosa que hacer desde aquel verano de 1919. A veces pienso que le he destrozado la vida a Noel. Pero él hizo otro tanto con la mía.

—Eso es cierto, sin duda. Pero yo lo he conocido años después de todo aquello. ¿Puedes decirme qué tiene que ver conmigo?

—Sí —repuso—, ya estoy llegando a todo eso. Admito que amaba a otra persona cuando Noel volvió de la guerra. Él hizo que eso también

acabara para mí.

—Sí, desde luego.

—Él es la única persona que conozco que sigue en el mundo donde las cosas suceden —añadió—. Mi hermana es una solterona cansada.

—Eso he llegado a entenderlo un poco. Habrás oído hablar mucho de Noel y de mí, pero nunca he intentado arrebatarte lo que te quedaba.

—Lo sé —contestó—. No tengo nada contra ti. Solía pelearme con Noel porque conocía a mujeres más jóvenes y hermosas, mientras que ni un hombre de este lado del infierno volvería a fijarse en mí, pero me he reconciliado con eso. Solo que ahora es distinto.

—¿Por qué? —quise saber.

—Porque Noel y yo vamos a tener un hijo, dentro de siete meses más o menos.

Me agarré al borde de mi escritorio. Los afilados remates se me clavaron en las manos. La mujer de Noel se convirtió en parte de un cuadro, junto con las paredes y el techo de la oficina y la vista de las luces de Manhattan en el exterior. El cuadro daba vueltas y más vueltas, frenéticamente.

«Has gozado de un raro privilegio, Patricia —me dije—. Has sido esposa y has sido la otra. Has jugado en ambos lados de la red, y has tenido el privilegio de perder en ambos: he ahí una experiencia bien singular.»

«Esto supone el final para ti, Patricia —pensé—. Esa esposa que era una vaga imagen fantástica en la periferia de su vida le pertenece ahora para siempre. Pobre Noel, pobre Noel: nunca irá a Yokohama, nunca podrá salir de Nueva York. Vivirá y morirá donde está, atado a esta figura medio enmascarada, y el bebé pelirrojo que yo deseaba lo tendrá esta mujer.»

«No, no, una no se vuelve loca ni empieza a gritar, sino que recuerda que los años te han enseñado algo. Pero ¿qué te han enseñado, al fin y al cabo? Ah, sí, ahora me acuerdo: que todo pasa, que todo pasa.»

—¿Te alegra que Noel y tú vayáis a tener un hijo? —pregunté.

—Sí. Él solía hablar sobre tener hijos hace diez o doce años, cuando me amaba. Después del accidente, fui yo quien no quise tenerlos, durante años, porque creía que un niño se asustaría con una cara como la mía, y no quería un bebé que me tuviera miedo. Pero... este último año más o menos —(o sea, el tiempo transcurrido desde que yo había conocido a Noel)— he llegado a pensar que a un bebé no le importaría mi aspecto si lo trataba con cariño. Hace un año que deseo tener uno; antes no me pasaba.

—Me alegro mucho por ti.

—He venido a verte porque sé que eres la amante de Noel. Durante todos estos años no lo he necesitado, ni deseado, muy a menudo; no

tenía nada de que hablarle. Pero ahora lo quiero a mi lado como padre de mi hijo.

(Dios, parecía una de esas frases que usaban en los subtítulos de las películas.)

—No se lo he dicho a Noel —continuó con su voz aniñada—. Quería verte a ti primero. Quería pedirte que dejaras de verle. Tengo previsto vivir en algún barrio de las afueras de Nueva York, y que él viva conmigo, o por lo menos que venga a verme varias veces por semana, para que se encariñe con su hijo... Hubo un tiempo en que Noel deseaba tener hijos, cuando éramos jóvenes... Espero que sea un niño. Y te pido esto porque eres una mujer joven y guapa: para ti habrá otros hombres. Yo solo tengo a Noel y a este niño, que me dará algo por lo que vivir.

Me las arreglé para decir:

—Entiendo cómo debes sentirte con todo esto.

(Me había llamado «amante» de Noel. Qué palabra tan fea, «amante». Él y yo nos habíamos amado tanto... Noel quería un hijo; había querido uno mío. Envejecería y quedaría atado para siempre; acabaría en la redacción de algún periódico, cansado y acabado. Noel era un hombre honorable. Me encantaba eso de él. No abandonaría a su esposa desfigurada, que ahora estaba embarazada.)

—Tuve un hijo una vez, y me acuerdo de él. Murió.

Cierta animación, o compasión incluso, pareció agitarse en aquel medio rostro.

—Lo siento —dijo—. ¿Era niño o niña? ¿Qué edad tendría ahora?

—Era un niño. Ya me he olvidado de cuántos años tendría. Casi cuatro, creo.

—Bueno —concluyó ella—, ¿renunciarás a Noel para que pueda tenerlo yo como padre de mi hijo? Hace unas semanas quería ir a Asia... Yo aún no sabía esto con seguridad... Ahora ya no le importará no viajar allí.

«Qué poco conoce a Noel en este momento», pensé.

Miré hacia fuera, hacia la oscura línea de edificios que se recortaba contra el horizonte de Nueva York, con las brillantes luces de otras oficinas. Me pregunté qué estarían discutiendo las personas sentadas en esas oficinas. Y me dije: «Esto es el final para mí, pero también lo es para Noel, para siempre, y él es una persona más valiosa que yo».

—No me culpes, Patricia... ¿Puedo llamarte Patricia? Siempre he oído hablar de ti con ese nombre. Con esto le impido a Noel irse a Asia..., pero piensa en las cosas que su negligente actitud al volante de aquel coche me ha negado a mí a lo largo de estos nueve años. Y trataré de compensarlas teniendo un hijo.

—Estoy pensando —le dije.

Y entonces se me ocurrió una idea bien curiosa, una idea que me

llenó de calidez, a mí, que durante diez minutos me había sentido como si nada en la vida pudiera volver a darme calor alguna vez.

Y pensé: «Sí, si consigo hacerlo». (Y cuando, en algún bar clandestino, alguien a quien le caigo mal me diga: «Por cierto, Patricia, ¿qué fue de aquel apuesto novio pelirrojo tuyo?», responderé: «Oh, ¿no te has enterado? Me lo quité de encima y lo mandé al continente asiático». Pero no responderé así. Si consigo lo que me propongo, no se lo contaré a nadie, excepto quizá a Lucia... y a Helena.)

—¿Por qué no haces las maletas y te vas a Asia con Noel? —propuse—. ¿Y empiezas allí una nueva vida con tu hijo?

—Te enseñaré por qué.

Se quitó la máscara negra de la cara. La miré. Donde diez años atrás había contornos que los hombres, y sin duda Noel, había deseado besar, ahora había un borrón informe, rojo y ciego, un espanto congelado. Cualquier odio o resentimiento que yo hubiera abrigado contra aquella mujer se desvaneció. De haber padecido una cosa así, ¿qué clase de mujer habría sido después?

Volvió a cubrir aquella cicatriz roja y retorcida que había sido la mitad de su rostro y oí cómo su voz me decía:

—Si estuvieras en mi lugar, ¿viajarías entre extraños con esto?

Lo cierto es que no sentía lástima por ella. Una no se compadece del destino cuando se interpone entre una y lo que más desea en el mundo.

—No —contesté al principio—, no viajaría con eso. —Luego pensé en Noel, que tanto amaba la belleza de las mujeres y la belleza de los lugares extraños, y añadí—: No, pero hay cosas que podrías hacer.

—¿Cuáles? —quiso saber—. Cuando acabó la guerra, acudí a varios cirujanos faciales. No pudieron hacer nada por mí. No quedaba nada sobre lo que reconstruir.

Entonces, de repente, se echó a llorar, con su único ojo azul violáceo. Y yo le dije:

—No llores. Estoy pensando en ti y en Noel, a quien tanto he amado. Espero que no te importe oírme decir que quería mucho a Noel.

—No. En cierto sentido es un buen hombre. No recuerdo haberle amado exactamente. Entonces solo tenía diecinueve años, ¿sabes? Pero ha sido bueno conmigo durante todos estos años en la medida de lo posible. A menudo he sentido amargura y lo he culpado a él, pero supongo que nadie tuvo la culpa.

«En esta obra no hay villanos», pensé. Yo ya sabía eso. Si existe un Dios, ojalá recuerde, entre otras cosas que he manejado mal, que en este caso lo he hecho lo mejor que he sabido. Que lo hago por un bebé..., un niñito de largas pestañas oscuras que se rizaban sobre su piel blanca..., un bebé que murió hace mucho tiempo..., y por Noel, que supo cerrar todas mis heridas, y que me consideró una mujer generosa;

por ellos haré esto lo mejor que pueda.

—Noel quiere ir a Asia. Vete con él —le dije—. Si te quedas por aquí, no prometo mantenerme al margen de su vida. No sé si podré. Si te vas, lo tendrás para siempre, y él tendrá el trabajo que tanto desea.

Empezó a hablar, pero la detuve.

—Un momento... Tengo una amiga, una pintora... que pinta máscaras..., sobre todo máscaras teatrales. Pero también hizo tres para una joven que se iba al sur, una joven con una piel especialmente delicada que no soportaba la luz del sol, y esa chica las llevaba todo el tiempo al aire libre, durante el día. Le diré a esta pintora que te haga algunas. Son máscaras que no resultan evidentes a tres metros de distancia, y podrás decirle a la gente que te encuentres en el viaje que te lastimaste la cara hace poco y que solo la llevas tapada hasta que mejore.

Fue terrible contemplar lo que eso despertó en aquel medio rostro blanco y frío.

—¿Hablas en serio? ¿Quieres decir que podría ir a ver la costa y subirme a un barco con destino a Japón y que no me señalarían, que la gente no se estremecería y se apartaría? Mi hermana es tan fastidiosa... Sería un alivio ver lugares nuevos. ¿Y te parece que Noel no se avergonzaría de mí?

(«Ya que tienes que hacerlo, Patricia —pensé—, hazlo a lo grande. Confía en lo que te reconfortará durante los largos años en los que nada más te procurará consuelo.»)

—Te llamas Beatrice, ¿verdad? —le dije—. Voy a llamarte Beatrice... Si no te interpones en la carrera de Noel, él se encariñará mucho contigo, estoy segura. Y le encantará el bebé... Ahora voy a llevarte a ver a Helena; es la chica que hace las máscaras. Podría tenerlas terminadas para ti en una semana más o menos; entonces podrías venir otra vez a la ciudad a probártelas, y si quieres, te llevaré a varias casas de ropa elegante al por mayor, donde podrás comprar montones de cosas para el viaje.

»Tienes una figura bonita, y cuando ya haya nacido el niño, podrás usar esas cosas en Oriente. En muchos lugares tal vez te resultará interesante llevar un velo, al estilo de una mujer mahometana. Deja que tu pelo rubio se vea bien y todos encontrarán el efecto de lo más intrigante.

La joven temblaba de emoción.

—Haces que parezca tan real... —dijo—. Me caes bien. Y yo que pensaba que debería odiarte... Creo que lamento estar alejando a Noel de ti.

Los años de práctica en el ejercicio de la frivolidad eran como un muro contra mi espalda.

—Oh, no te preocupes por eso —repuse—. Lo superaré. He

superado un montón de cosas, al fin y al cabo.

Llamé por teléfono a Helena:

—Tengo un trabajo urgente para ti..., la clienta es amiga mía. Se trata de unas máscaras, te lo explicaré con detalle cuando te vea. ¿Puedo pasarme con ella ahora?

—Claro —contestó Helena—. ¿Por qué suena tan rara tu voz? Lucia está aquí, de visita. ¿Le digo que te espere?

—Sí, que me espere, por favor; no tardaré más de un cuarto de hora.

»Vamos —le dije a la mujer de Noel.

Una vez en el taxi, de camino a casa de Helena, me preguntó:

—¿Tendrá que verme la cara?

—Que no te importe que lo haga, Beatrice. Es como si fuera cirujana: solo se concentrará en las proporciones.

Cuando subíamos por las escaleras hacia el apartamento de Helena, pensé en otras ocasiones en que las había subido sintiéndome feliz, triste o cansada. Ahora, al menos por el momento, no sentía nada.

Lucia estaba sentada en el pequeño sofá, muy atractiva, con su cálido vestido marrón y sus pieles. Helena daba los últimos toques a un figurín de moda. Ambas me miraron fijamente, y les dije:

—Esta es la mujer de Noel..., las dos lo conocéis... Va a aceptar el trabajo de Yokohama que os mencioné, y Beatrice se va con él. Ella tuvo un accidente hace mucho tiempo... y quiere que le hagas unas máscaras, Helena, para que no le dé vergüenza viajar.

—Es una idea maravillosa —repuso Lucia—. Las máscaras de Helena son tan decorativas...

—Estaré encantada de hacerle unas cuantas máscaras —dijo Helena—, y combinar el tono de su piel con los de su hermoso cabello. Hacía años que no veía un pelo tan bonito.

Beatrice vaciló unos instantes y luego se quitó el sombrero. En efecto, tenía un cabello precioso. Se lo peinaba mal, pero la próxima vez que viniera a la ciudad podía llevarla a una peluquería.

Atravesé la habitación y dejé el abrigo y el sombrero sobre el diván cama de Helena.

—Qué vestido violeta tan bonito llevas, Pat —me dijo Lucia desde el otro extremo de la habitación.

Helena me siguió sin que se notara mucho.

—Hay una botella de whisky debajo del lavabo, en el baño —me susurró—. Por el amor de Dios, ve y sírvete un par de tragos; parece que estés a punto de desmayarte. —Luego añadió en voz alta—: ¿Cómo se llama la mujer de Noel, Pat? Me gusta llamar a mis modelos por su nombre de pila.

—Beatrice —contesté.

—Beatrice —repitió Helena—, quiero hacer un molde de tu cara...,

no llevará mucho rato. ¿Tienes tiempo ahora?

—Sí... Mi tren no sale hasta las ocho y media.

—Pues os dejo durante cinco minutos —dije.

Lucia me siguió al cuarto de baño. Me temblaban las manos cuando empecé a verter el whisky. Me quitó la botella y me sirvió un gran trago.

Encendió dos cigarrillos, me dio uno y no abrió la boca hasta que me hube acabado el whisky. Entonces dijo:

—Te estás portando muy bien, Pat, pero ¿de qué narices va todo esto?

—La mujer de Noel va a obsequiarlo con un hijo —revelé—. Él siempre ha querido uno. ¿No te parece un mundo extraordinario?

Lucia me estrechó entre sus brazos, y durante un instante espantoso me aferré a ella intentando no llorar, no fueran a oírse mis sollozos en la habitación contigua.

—Calma, calma —me tranquilizó, como recordaba que ella misma u otra persona había hecho mucho tiempo atrás.

—No pasa nada —respondí—. Noel y yo nos las hemos arreglado para estar juntos un año.

—Dios santo —soltó Lucia dirigiéndose a la ducha y al despliegue de lociones faciales de Helena—. Hay ciertas mujeres que, con el sistema actual, deberían dedicarse profesionalmente a jugar a las cartas, porque en el amor no tienen suerte, desde luego.

Me reí.

—Eres más sabia que antes —añadió Lucia—. Podrías aguantar esta vez, y él te amaría un tiempo y luego te odiaría, porque acabarías interponiéndote entre él y su propio concepto de persona decente. Repito que te estás portando bien.

Me había aplicado loción limpiadora en la cara, y ahora me estaba poniendo colorete.

—Bueno —dije—, dudo que me produzca gran satisfacción en los años venideros que Noel tenga toda Asia para consolarlo..., quién sabe. Nunca he intentado hacer esto antes, pero quizá la única satisfacción posible, en definitiva, resida en efecto en el convencimiento de haberme portado bien.

—Los victorianos expresaban eso como «cumplir con lo que tus propios ojos consideren tu deber» —repuso Lucia.

—Pues algunos deberes que vemos por ahí le pondrían los ojos bizcos a un victoriano. —Me retoqué el pintalabios, como si el efecto me pareciera importante.

—Por cierto, ¿sabe Noel cómo habéis apañado su destino entre vosotras?

—Claro que no. Beatrice tiene previsto contárselo durante el fin de semana, pero yo se lo diré esta noche en la cena.

Lucia se aplicó unos polvos innecesarios en la preciosa nariz.

—Será mejor que pases el fin de semana con Sam y conmigo, Pat.

—De acuerdo —accedí—. Gracias.

—Debo salir ya —dijo Lucia—, o la mujer de Noel va a sospechar de un cónclave aquí dentro. Ya veo por qué haces esto, Patricia. Independientemente de los pequeños infiernos que tú y yo hayamos visitado, esa chica ha vivido en uno más grande.

—Lo sé.

Lucia me besó, quizá por segunda vez desde que nos conocíamos.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti antes de irme, pequeña? —quiso saber.

—Sí, para en un *drugstore* y llama por teléfono a Noel. Dile que me reuniré con él en casa de Dante a las diez para cenar, y que no me llame. Tendré el tiempo justo para vestirme después de subirla a su tren.

Lucia apoyó la mano en la puerta y luego se volvió hacia mí.

—Patricia, te diré algo muy en serio: la mayoría de las cosas deben llegar a su fin. Mi sincera opinión es que tú y Noel podríais haber tenido un final mucho peor que este.

—Gracias, Lucia. Nos vemos el fin de semana. —Y me limpié los polvos de las cejas.

Helena había sabido tratar a Beatrice con habilidad. La que llevé hasta el tren era una mujer emocionada, casi feliz, que no paraba de hablar.

—Esta tal Helena dice que va a hacerme máscaras para usar bajo el sol, la lluvia, la luz eléctrica... e incluso a la luz de la luna. Es muy amable... Hacía años que no sentía tanto interés por algo. Y no te importa lo de Noel, ¿verdad? Quiero decir que encontrarás un sucesor para él, con lo preciosa que eres. ¿Alguien te ha dicho alguna vez que tienes una cara muy espiritual?

«Se ha vuelto espiritual tras pasar por un buen número de camas, sobre todo... No, si es espiritual, ha sido obra de Noel.»

—Hay hombres para quienes una encuentra sustitutos, pero no sucesores —repuse—. No te preocupes por eso. Piensa mejor en ver el Fujiyama; ya sabes, la montaña siempre nevada de Japón.

—Espero que tú también lo veas algún día.

No me importó eso, pues era probable que yo fuera la primera mujer a quien ella había tenido ocasión de tratar con condescendencia en diez años.

Me fui a casa, me vestí y cené con Noel.

Después fuimos a su apartamento, y le dije:

—Ve a prepararte un whisky con soda. Tengo algo que contarte, y quiero que mires por la ventana y pienses en el tiempo y el espacio y la relatividad mientras te lo cuento, y que no me interrumpas hasta que acabe.

Y empecé así:

—Puedes irte a Asia, después de todo.

Cuando terminé, se acercó y me estrechó entre sus brazos; yo le pasé los dedos por el pelo y no hablamos durante mucho mucho rato. Después, debatimos un poco los detalles..., pero ningún hombre como él está muy dispuesto a renunciar a una aventura ni siquiera por una mujer.

Noel podría irse a Asia. Creo que la idea de perderme lo hacía sufrir, y era posible que aún lo hiciera más cuando Asia llegara a convertirse en su día a día; pero, mientras tanto, Asia era su otro gran deseo.

Pasamos una semana como si entre nosotros todo hubiera durado desde la noche de los tiempos y fuera a durar para siempre. Entonces recibí un telegrama de Beatrice, que quería saber a qué hora debía llegar el jueves para ir a comprar ropa entre los mayoristas de moda.

Quedé en tomarme libre la tarde del jueves, y como su condena a llevar un parche negro estaba tan cerca de su fin, fuimos sin ningún pudor a varias tiendas de ropa al por mayor y compramos trajes de tweed, vestidos de noche, jerséis, faldas, conjuntos de punto y sombreros para llevar con todo ello. (Incluso un turbante plateado para ir a bailar.)

Terminamos la tarde en una zapatería, y me divirtió descubrir que, pese a ser más alta que yo, calzaba zapatos más pequeños que los míos.

Había más entusiasmo en su voz que la semana anterior. Le dijo alegremente al zapatero que viajaba a Chicago para ver a su madre, a quien no visitaba desde hacía diez años.

(Noel se reuniría con ella en Chicago. Se iría de Nueva York un par de días más tarde que su mujer.)

Helena no podía vernos antes de las seis y media. Beatrice me pidió que fuera a tomar el té con ella para hacer tiempo.

—Bueno, estaba pensando en ir a un bar clandestino —le dije—. Conozco uno muy bonito, en la calle Cincuenta y dos, donde las mujeres sin acompañante no llaman la atención.

Cuando habló, su voz fue como la de una debutante en ciernes a la que invitaran a un importante baile universitario.

—Oh, ¿de verdad podemos ir a un bar clandestino? Mi accidente fue en 1919, antes de la Ley Seca, y nunca he visto uno de esos bares.

—Pues qué maravilla —comenté—. He desperdiciado mi juventud en muchos de ellos.

Fuimos a la calle Cincuenta y dos. Beatrice se emocionó al comprobar que podía apoyarse en el reposapiés de latón de la barra. Había leído sobre esos tubos de latón, pero nunca los había visto. Nos tomamos dos cócteles Alexander, que no parecieron perturbarla gran cosa.

Yo iba pensando que aquella chica solo tenía un par de años más que yo y que, entre una cosa y otra, debería haber sido mucho más guapa que yo.

(¿Y habría retenido a Noel para siempre a su lado? Menudas casualidades determinan la vida de las personas. Bueno, tampoco tenía mucho sentido considerarlas con mucha atención; una se limitaba a aceptarlas, era más fácil.)

Helena había hecho seis máscaras para Beatrice. Eran preciosas; debía de haber trabajado hasta el amanecer, varias noches seguidas, para terminarlas. Repartidas por su apartamento, parecían asombrosamente realistas. Ni siquiera vistas de cerca resultaban grotescas, porque eran muy decorativas.

Había máscaras completas para la noche y otra entera para llevar con ropa deportiva. También había medias máscaras.

—¿Y cómo hago para comer con ellas puestas? —quiso saber Beatrice.

Helena le explicó que las medias máscaras estaban pensadas para eso.

—Les he hecho unos pequeños recortes alrededor de la boca. Es complicado de explicar, pero come una galleta y verás qué sencillo resulta.

Si una mujer con solo media cara podía estar radiante, Beatrice lo estaba mientras se las probaba. Sus manos (bien formadas y elegantes) parecían entusiasmadas.

—Son maravillosas —declaró—. Tan ligeras, cómodas y bonitas. ¿Cuánto te debo por ellas?

—Nada —respondió Helena—. Patricia es una vieja amiga mía.

Algo vagamente familiar en la expresión de la boca y la barbilla de las máscaras me resultaba perturbador, no supe decir por qué.

Lucia entró para admirarlas y Beatrice volvió a probárselas. Luego la joven le enseñó a Helena toda su ropa nueva (había insistido en traerla en el taxi), y Lucia y yo fuimos al cuarto de baño a tomar un trago de whisky.

—¿Estás bien? —preguntó Lucia.

—Sí. Ella se va a mediados de la semana que viene, ya sabes, y Noel se va a finales.

»Esas máscaras son extraordinarias, ¿verdad? No son solo decorativas, sino que tienen una individualidad muy definida, incluso un encanto propio.

—Siempre le gustaste a Helena —comentó Lucia.

—¿Qué quieres decir?

—¿De verdad que no lo sabes, Pat? ¿No ves nada reconocible en la parte inferior de la cara, en las máscaras completas?

—Noto vagamente algo, pero no sé decir qué.

Lucia esbozó su sonrisa más benevolente.

—¿Alguna vez te has visto la cara, Pat, cuando estabas en paz y satisfecha con la vida? Helena tiene un humor sarcástico... Ha copiado esa solemne sonrisa tuya para que siga a Noel por toda Asia.

De camino al tren de cercanías de Beatrice, las dos mantuvimos una breve conversación.

—Es posible que yo no te caiga muy bien —me dijo—, aunque confío en que no sea así... Tengo la sensación de que te debo mucho, y se me ha ocurrido que... si mi hijo es una niña, podría ponerle tu nombre.

Encendí un cigarrillo.

—Dios es un maestro de la ironía —dije, pero al parecer era un comentario demasiado elevado para Beatrice.

—En fin —repuso—. Quería decirte que... pretendo ser buena con Noel. Sé que tendrá que dejarme sola gran parte del tiempo en el Extremo Oriente —(esas palabras evocaron imágenes de los lugares que Noel y yo podríamos haber visto juntos, y los sonidos y colores de los bazares, que ahora ya nunca conocería; exhalé un largo suspiro)—, pero no pondré objeciones. Ahora que va a ser mi marido de forma oficial, quiero darle tanta libertad como sea posible. Al fin y al cabo, yo tendré al bebé.

—Eso es sensato, Beatrice —respondí—. Y si tiene un breve romance con una *geisha*, no lo condenes ni lo eches a la calle. Volverá para ver al bebé y conseguir una camisa limpia; en eso consiste el matrimonio.

—Me comportaré, Patricia —me aseguró. Su tren salía al cabo de tres minutos. Se detuvo junto a la entrada al andén y añadió—: Dime que no me odias.

—No te odio. Espero que todo te salga bien, Beatrice.

Pasados dos minutos, nunca volvería a verla; por eso, al menos, podía sentirme agradecida.

—Beatrice —añadí—, dicen que hay espléndidos cirujanos británicos en el Este, y que la cirugía facial ha avanzado mucho desde la guerra... Tal vez allí puedan hacer algo por ti.

Ella sonrió a medias, y dio con una buena frase de despedida. (Peter, casi olvidado a esas alturas, me había pedido que dijera una en cierta ocasión.) La de Beatrice fue:

—Entretanto, tengo las máscaras... Tú también las llevas, ¿no? — Echó a correr, no sin cierta elegancia, para subir a su tren.

Me apresuré a volver a casa para cenar con Noel.

Y el tiempo infinito que ambos creímos tener destinado se redujo entonces a diez días. No fueron días desdichados. Nos hablábamos como si todos los años de mutua comprensión que habíamos vivido

hubieran sido estables, y como si dispusiéramos de los años venideros para compartirlos.

Solo una vez le hablé del poco tiempo que nos quedaba.

—Ahora entiendo mejor a los aristócratas franceses que murieron tan estoicamente en la guillotina. No creo que sufrieran al final... Liberados de toda preocupación por el mañana, estaban serenos. Kenneth se sentía así, ¿te acuerdas?

—Sí —contestó—. El único problema es si uno añade vida a sus años o años a su vida... ¿O me dijiste eso con respecto a otra cosa, Pat?

—Quizá lo dije con respecto a una divorciada... Noel, el color de tu pelo está destinado a relucir en mi alma.

Pero él estaba pensando en las ciudades asiáticas donde iba a transcurrir su vida, y lo dejé hablar sobre la posibilidad de aprender chino en cinco años.

—Tengo un contrato de cinco años, Pat, con opción para renovarlo por el mismo periodo. Cuando vuelva, es posible que ya tenga cuarenta y cinco.

(Dentro de diez años yo tendré treinta y siete y, me depare el futuro lo que me depare, ojalá me ahorre pasar por volver a encontrarme con Noel a los treinta y siete.)

Noel seguía trabajando en el *Times*. En uno de sus últimos días allí, fue a Lakehurst para hacer un reportaje sobre aviación. Le escribí una carta, porque siempre le había escrito cuando lo mandaban fuera de la ciudad. (Habíamos acordado que no le escribiría a Yokohama. No habría regreso de Yokohama, al menos no uno en el que yo tuviera algo que ver. Noel me escribiría solo en las historias que iba a publicar en el *Times* sobre cómo pasaron los años en Asia.)

Le escribí a Lakehurst:

> Por favor, no creas que esto me importa poco por el hecho de que me lo tome con mucha calma. Te aseguro que me he retorcido las manos con todo este asunto, de principio a fin.
>
> Por lo visto tú y yo hemos llegado al final de lo nuestro. Las relaciones corrientes, posesivas, exigentes y estúpidas en las que se mete la gente tienen un mal final tarde o temprano. Pero ¿qué tiene que ver eso contigo y conmigo? Es posible que aún vayamos a acabar sentados ante una chimenea, cuando tú tengas ochenta y siete años y yo setenta y nueve, hablando sobre vinos y aventuras. ¿Por qué no?

Yo también lo creí, durante cinco o diez minutos.

Esa fue mi última carta a Noel.

Volví a meterla en la caja de hojalata, con las demás, y añadí el resto de cartas que él me había enviado, sin leerlas.

Subí a cambiarme de ropa.

Y pensé, no por primera vez, que la vanidad es una bendición tan grande para las mujeres que debería figurar entre las principales virtudes. Recordar que la última vez que Noel me vio llevaba un vestido rojo vivo de París, con un sombrero que combinaba con él a la perfección, y un flamante abrigo de astracán gris, me reconfortaría un poco, siempre. Podía parecer absurdo, pero era rigurosamente cierto.

Volví a su apartamento y eché un par de troncos al fuego.

Noel entró.

—Estás muy guapa, Pat —dijo—. ¿Has decidido dónde te gustaría cenar?

—En el Dante, creo.

—Gran idea..., y tomaremos cangrejo en salsa *ravigote* y *filet mignon* y Chianti y *crêpes Suzette*...

Nos quedaban una tarde, una noche y una mañana por delante. Las pasamos tan alegres como habíamos pasado otras cien. Fingimos que esa tarde, esa noche y esa mañana eran como las demás.

Lo fingimos tan bien que, de camino a su tren, tuve la sensación de que estaba despidiendo a Noel en otro de sus asuntos fuera de la ciudad.

Como siempre, me hizo cruzar con él las puertas de embarque en Grand Central (aunque se supone que quienes no son pasajeros deben hacer sus discursos de despedida sin acceder a los andenes) para que pudiéramos hablar un poco más. Como siempre, observé cómo el mozo acomodaba su equipaje. Como siempre, recorrimos el andén y Noel me dio un cigarrillo.

Pero me di cuenta de que no podía sostener el pitillo con firmeza, allí de pie junto a ese tren, de modo que lo arrojé al suelo y Noel hizo lo mismo con el suyo.

—¿Cuánto tiempo nos queda? —quise saber.

—Dos o tres minutos —contestó.

—No quiero ser superficial. Quiero decirte que te amaré para siempre jamás, signifique lo que signifique.

—Yo también lo haré, Pat, signifique lo que signifique.

Se quitó el sombrero. Era un hombre joven, con un cabello pelirrojo del tono del bronce bruñido, con una barbilla bonita que casi tenía un hoyuelo, un abrigo de tweed gris y una bufanda también gris que yo le había regalado. Quería recordar exactamente su aspecto... Quería que se me ocurrieran algunas palabras significativas que le hiciera feliz recordar.

Me vino a la cabeza un absurdo e inapropiado latiguillo de Virgilio: «*Forsan et haec olim meminisse iuvabit*». «Y quizá algún día será agradable recordar incluso esto.» Me había cogido la mano y me la apretaba con tanta fuerza que el viejo anillo de esmeralda, uno que

llevaba porque Noel lo había admirado, se me clavaba en el dedo. Intenté recordar de dónde había salido aquel anillo de esmeralda.

—Debo irme ya, Patricia —dijo Noel—. ¿Te parece que podrías esbozar una sonrisa ante un expreso transcontinental?

Sonreí; él me devolvió la sonrisa.

Alguien gritaba «¡Pasajeros al tren!». Los labios de Noel me rozaron la cara, y de repente me había soltado la mano y se había ido, y ya no podía verlo en el interior del tren. Corrí en su busca. Estaba ahí, sonriendo, con la cara cerca de la ventanilla y la mano pegada al cristal. Puse mi mano en el exterior del cristal contra la suya en el interior.

Parecía triste, pero sonreía. Me decía algo, pero un ruido me impedía oírlo. El tren se puso en marcha con estruendo... y el cristal de la ventana se deslizó bajo mi palma y desapareció, y el rostro de Noel también. Vi pasar otras caras, todas borrosas, tras las ventanillas. Se oyó el ruido de un tren que cobraba velocidad, y luego solo hubo una vía vacía donde antes hubo un tren.

De pronto pareció reinar el silencio.

Recorrí de vuelta el andén, subí por las escaleras, crucé la estación y salí a la calle. Había montones de gente apresurándose como si tuvieran que ir a algún sitio importante. Deseé tener algún sitio importante al que ir.

Tenía el día libre: podía pasar a ver a Helena y a la joven de ojos azules que acababa de descubrir sus primeras veladas en Broadway. La última vez que la había visto, la muchacha me había dicho, satisfecha, que tenía que irse corriendo a casa a vestirse para un estreno «importante».

No me apetecía ir a ver a Helena, ni a ella. Quería que se me ocurriera algún sitio importante al que ir yo. Empecé a reírme de toda aquella gente que corría de un lado para otro.

Pasé por delante de un quiosco y recordé que, desde el día en que conocí a Noel, había leído todos y cada uno de sus artículos. Entonces me sentí muy satisfecha conmigo misma, porque había dado con un lugar importante al que ir... Crucé el centro hasta llegar al *Times* y contraté una suscripción por cinco años.

Capítulo 17

Ya no me quedaba ninguna razón para desayunar a las once en lugar de a las ocho. Renuncié a mi empleo de doce a siete y encontré otro de nueve a cinco, mejor pagado.

Antes de empezar en el nuevo trabajo, me fui a pasar dos semanas a las islas Bermudas; elegí las Bermudas porque recibí una carta de Bill cuando intentaba decidir adónde ir.

La carta decía:

> Mi querida Patricia:
>
> Delante de un cóctel *brandy flip* por las mañanas y una copa de champán por las noches, desearía que estuvieras aquí. El clima, el paisaje y la ausencia de automóviles me producen la impresión de que los últimos veinte años no han pasado, excepto cuando me fijo en la ropa de las mujeres.
>
> ¿No puedes tomarte unas vacaciones? Si apareces, te llevaré al circuito de carreras de locos que tienen aquí y que me recuerda a las ferias del condado en Maryland de cuando era joven. Toda tu generación debería venirse a pasar diez años al trópico y ver cómo florecen las rosas bajo las palmeras. Volveríais todos muy lánguidos y hechos unos finolis.
>
> Supongo que no dejarás tu ridículo trabajo, pero si lo hicieras te llevaría a pasear en carruaje y podrías fingir que eres una de tus propias tías, y mostrar una leve alarma ante mi temeridad si doblara una esquina al galope.

Pensé que sería agradable contemplar la vejez satisfecha de Bill durante un par de semanas, de modo que le envié un cable y me embarqué. Pero me alojé en un hotel que quedaba a kilómetro y medio del suyo, no fuera que la contemplación de la vejez satisfecha se volviera monótona durante todas mis horas de vigilia.

Por las mañanas me bañaba en el mar antes del desayuno, me vestía y desayunaba, y luego me sentaba lánguidamente en la terraza del hotel a contemplar las palmeras sin pensar en nada, hasta que la rechoncha y robusta figura de Bill se alzaba sobre la cresta de la colina.

—Bueno, bueno, vamos a hacer una excursioncita por los bares

antes del almuerzo. Eso te animará; pareces necesitar un poco de ánimo... Dios sabrá por qué, con lo joven que eres.

Algo de ese tenor era su saludo invariable. Luego bajábamos al embarcadero y subíamos a bordo de una lancha que zarpaba hacia Hamilton, con Bill diciéndome que me sentaba bien el blanco, o el azul, o el amarillo, o el color que fuera que llevara.

En el bar Bermudiana, Bill se sentaba ante un *brandy flip* con una expresión radiante en la cara ancha y roja y amable, a explicarme que cuanto yo necesitaba era un marido, y acto seguido sometía a su consideración, con su voz sonora y potente, a aquellos de sus contemporáneos que podrían cumplir los requisitos.

—Pero todos somos demasiado viejos para ti, Pat. Ojalá conociera a hombres más jóvenes; ojalá hubiera tenido hijos. —Y exhalaba un alegre suspiro por unos vástagos cuya inexistencia era el único pesar aparente de su vida.

Luego me hacía trotar por Hamilton, todos los días, murmurando:

—A las mujeres les gustan las baratijas; a una mujer siempre le anima que le compres chucherías.

A intervalos se internaba con paso animado en alguna tiendecita, para reaparecer con collares o pendientes o broches de coral que no pegaban con nada de lo que yo tuviera, pero que me ponía de todas formas, con todo.

Por las tardes, Bill jugaba al golf con hombres de su edad.

Yo me iba sola a sentarme en arenas de un rosa increíble, y veía cómo se rizaban y rompían en la orilla unas olas de un azul y un blanco increíbles, y leía *El mundo de William Clissold*.

Durante aquellas largas tardes, mientras las alargadas sombras de las palmeras avanzaban sobre la arena y una leve brisa fragante de mar, palmas y rosas soplaba alegremente en la orilla, leí y releí una parte del segundo volumen, donde el señor Wells considera la relación entre hombres y mujeres.

En esas páginas encontré consuelo para mi resentimiento contra la estúpida broma que, durante mucho tiempo, yo había llamado en secreto «esta maldita libertad para las mujeres». Había frases destacables del señor Wells:

> Vivimos sexualmente en un mundo de códigos mezclados y defectuosos, de experimentos y actos de rebeldía irregulares y extravagantes.
>
> Nuestras formas de vida son ahora más provisionales que nuestros gobiernos.
>
> Uno encuentra a su pareja en la forma de un sueño en los corazones de unas pocas personas aquí y allá, en la de un experimento, un experimento casi desesperado, en la de una cerilla encendida bajo un viento fuerte, o en la de un

nadador arrastrado por la corriente.

Leía aquello, miraba las sombras de las palmeras sobre la arena y pensaba: «Noel, Noel..., un sueño hecho realidad, un experimento exitoso... y un sueño perdido, un experimento que llegó a su fin para siempre. Pero no terminó en feos desaires y recriminaciones, de modo que algo permanece... Algo, y quizá mucho: un fuego en el que calentarme las manos todos los días de mi vida».

Y era capaz incluso de bromear conmigo misma sobre Noel y yo. No era una broma muy alegre que digamos. Decía así: «Bueno, ambos estábamos destinados a ver palmeras, pero no en el mismo país».

Volvía de esas tardes solitarias a cenar y tomar copas de champán con Bill, y a escuchar sus historias de principios de siglo, sintiéndome tan serena como antaño, cuando era muy jovencita y volvía a casa después de pasar las tardes navegando a vela bajo un viento fuerte y emocionante.

Y aunque a veces me despertaba en plena noche y escuchaba el viento cálido y constante que soplaba entre las palmeras y sentía un horrible pesar por Noel, a quien no volvería a ver, sabía que ese dolor pasaría y tenía la certeza de que, esta vez, el recuerdo de las cosas hermosas que habíamos compartido duraría mucho más que el pesar por que hubieran llegado a su fin.

Volví a Nueva York con la sensación de haber pasado fuera mucho tiempo.

Lucia me recibió en el muelle. Verla fue un gran consuelo.

—Gracias a Dios, querida, que no es probable que te marches a Asia o Sudamérica, o a cualquier otro lugar, de forma permanente —le dije—. Estoy deseando pasar los fines de semana contigo en Westchester cuando seamos dos viejas chochas.

—Gracias —respondió—. Tienes un aspecto estupendo y descansado, pero dime, ¿estás recuperada?

—Creo que sí.

Pasé con mi equipaje por la aduana y salimos hacia el centro en el coche de Lucia. Saqué para mi amiga una botella de Crême Yvette de debajo de la blusa, y le dije:

—Llevo todo el día con corsé por ti, para evitar que esto se me cayera; espero que lo aprecies.

—¡Oh, cariño, mi licor favorito! —exclamó—. Pero no sé si podré beberlo. Voy a tener un bebé... Estoy muy contenta, creo, y Sam, por supuesto, está como loco... Aunque estoy a régimen estricto para no arruinar para siempre la figura que me queda... Te ponen una dieta bien curiosa.

—Lo del bebé es maravilloso, si lo quieres —dije.

La conversación de Lucia siempre seguía sendas tortuosas: era su

método habitual para abordar noticias cuyo efecto pudiera ser perturbador.

Miró a través de la ventanilla del coche.

—Por lo visto, en Nueva York siempre llueve cuando la gente vuelve de un crucero —comentó—. Peter y Judith tienen una hija, por lo que he oído.

No me alegré, ni lo lamenté, ni sentí un interés especial.

—Todo el mundo parece estar haciendo algo por la próxima generación, excepto yo —repuse.

—Aún eres joven, Patricia... Oye, Nathaniel se aloja estos días con nosotros. Su padre murió finalmente, y le dejó a Nat todo su dinero, junto con una nota en la que decía que apreciaba los años que Nat dedicó a cuidarlo. A él todo esto lo está afectando mucho: parece que la nota le ha hecho sentir que nunca fue bueno con su padre, que era impaciente con él y todo eso. Esa clase de cosas no sirven para nada, pero Nat está bastante alterado.

—Lo sé. Nathaniel es un cielo.

Lucia me miró un instante con mucha fijeza.

—No, cariño —añadí—. Lo único que quiero ahora es paz. Me siento tan vieja como el tiempo, no importa lo eterna que parezca.

—Lo sé —repuso Lucia—. No obstante, un hecho reconfortante para todos nosotros es que hemos pasado por tanto, y tan rápido, que no puede quedar gran cosa más. Dudo que esta vaya a ser una generación longeva. Llegaremos al sedentarismo de los cuarenta por la vía del agotamiento emocional, y moriremos de senilidad a los cuarenta y ocho...Temía que las noticias sobre Nathaniel te perturbaran.

—¿O era la relativa a Pete la que te daba miedo? —pregunté—. Ya nada conseguirá perturbarme mucho, nunca más.

—Eso es estupendo —opinó Lucia. Parecía muy preocupada. Y entonces dijo—: Pat, ¿te parecería una mujer terriblemente egoísta si hiciera que el chófer abriera esta botella de algún modo y paráramos a conseguir copas en algún sitio para tomarnos un poco de Crême Yvette? Es que me chifla... y me da mucho miedo que el médico me lo prohíba. Si tomo un poquito antes de preguntarle, no puede hacerme mucho daño.

Tomamos Crême Yvette todo el camino hasta la casa de Lucia, y luego fuimos incapaces de cenar, pero el Crême Yvette nos había sabido tan bien que nos dio igual.

Nathaniel pareció muy contento de verme, y en efecto tenía pinta de desdichado.

—Se ha quedado sin su misión en la vida —comentó Lucia más tarde—. Se ha dedicado a su padre estos últimos ocho o nueve años, desde que tenía veinte, y ahora se siente perdido al no tener

responsabilidades. Pobre tesoro, voy a sugerirle que adopte a un huérfano.

No obstante, lo cierto es que Sam, Lucia, Nat y yo pasamos un fin de semana bastante agradable, y luego volví al trabajo.

El mes de enero transcurrió lúgubre y deprimente, al igual que febrero. Trabajé mucho, eché mucho de menos a Noel y busqué en el *Times* los artículos que iba publicando. No estaban firmados y nunca sabía con seguridad si eran suyos o de otra persona. Se habían escrito desde lugares muy lejanos.

Un lluvioso día de marzo, cuando volví del trabajo, encontré a Nathaniel esperándome en el vestíbulo. Me pareció más alegre que en todo aquel invierno. Cuando me lo llevé arriba, empezó a arrojar sobre el sofá catálogos de vivos colores que llevaba en un sobre. Eran folletos de viajes.

Su voz sonó exultante:

—Pat, el médico dice que debería dejar el negocio en manos del gerente, que de todos modos sabe más que yo, e irme de viaje. ¿Y sabes qué?, hace tantos años que no voy a ninguna parte que no había caído en la cuenta de que ahora puedo irme.

Me quité el sombrero, lo dejé sobre la mesa y me alisé el pelo. También iba a echar de menos a Nat, pero estaba bien que él viajara a sitios a los que había querido ir durante tanto tiempo.

—¿Adónde vas a ir, Nat?

Empezó a recoger folletos y a agitarlos frente a mí.

—Pues no lo sé... Las Bermudas, Cuba, Florida, Nueva Orleans.

—Bendito idiota estás hecho —le dije—. ¿Por qué no viajar alrededor del mundo?

Me miró como si hubiera sacado dos conejos de tamaño natural del sombrerito que había dejado sobre la mesa.

—Dios mío... —soltó—. Podría dar la vuelta al mundo.

—Espera un momento, cariño, y te prepararé algo de beber para que te hagas a la idea —le dije—. Debes prometerme que me enviarás postales de mezquitas y cosas así.

Estaba cansada y resfriada, y deseé ser capaz de mostrar más entusiasmo, porque Nat era una persona encantadora.

—No prepares copas todavía —me pidió—. Tengo que decirte algo... Quiero que vengas conmigo.

Me quedé mirándolo. Empezó a hablar muy deprisa.

—Quiero que te cases conmigo, quiero decir. Oh, ya sé que nunca se te ha pasado por la cabeza; solo lo mencioné una vez cuando estaba muy borracho, creo. Es posible que no esté locamente enamorado de ti, pero si eso no te importa, podríamos pasarlo bien juntos. Eres muy alegre y será estupendo ir de viaje contigo... Me encantaría que me acompañaras a dar la vuelta al mundo, y sin ti me sentiría muy solo. Te

tengo mucho cariño, ¿sabes?

Yo seguía mirándolo sin parpadear.

—También te tengo afecto... —le dije— y supongo que me gustas más que cualquier otro hombre que conozco en este momento.

Cuando volvió a hablar, su voz pareció más segura que antes.

—Entonces lo mejor será que te vengas conmigo, Pat. Y asunto concluido.

Recordé haber oído decir a alguien que su padre tomaba las decisiones con mucha rapidez.

—Nat, querido, dame un minuto. —Me sentía muy cansada.

Quería decirle a Dios o a Noel o a quien pudiera entenderme: «He recorrido un largo camino atravesando toda mi juventud, creo, y estoy agotada. No debes culparme mucho por aceptar el refugio que me están ofreciendo».

Sonreí a Nathaniel y le dije:

—Seré capaz de hablar dentro de un instante, cariño. ¿Te parece bien?

—Por supuesto, Pat, tesoro —repuso—. No pretendía asustarte.

Observé mi sombrero, que reposaba sobre la mesa junto a un ejemplar sin leer del *Times*. Miré hacia la oscuridad al otro lado de las ventanas. La lluvia repiqueteaba con fuerza contra los cristales. Deseé no estar demasiado cansada para pensar.

Y entonces me invadió una oleada de recuerdos de Noel. Con gran viveza, como si lo hubiera visto una hora antes, fui capaz de recordar su sonrisa, el tono exacto de su pelo y la sensación que me producía su boca cuando se inclinaba para besarme. Noel, que me había elevado durante un tiempo, a la altura de su fuerza... Los recuerdos me envolvieron con su calidez, fluyendo como la marea, y luego retrocedieron y se desvanecieron. Me quedé sola en una habitación con Nathaniel.

—Nat, ¿qué me dices de mi llamativo pasado? —le pregunté—. Se supone que tengo uno a mis espaldas.

Se encogió de hombros.

—Yo también lo habría tenido en tu lugar, sin duda. No me molesta, aunque preferiría no conocer los detalles.

—De acuerdo —repuse—. Me casaré contigo, Nat, querido. Gracias por proponérmelo.

Los dos nos reímos, él me besó y nos fuimos a cenar.

Lucia se puso muy contenta.

Nos casamos una tarde de abril en el edificio del Ayuntamiento, donde, mucho tiempo atrás, alguien que se llamaba como yo se había casado con Peter. Una frase de la ceremonia me resultó vagamente familiar:

—¿Prometes serle fiel, amarle y respetarle hasta que la muerte os

separe?

Bueno, a lo mejor esta vez resultaría cierto.

Como el padre de Nathaniel había muerto hacía tan poco, no hubo más celebraciones.

Esa misma medianoche zarparíamos para emprender la vuelta al mundo.

Todos nuestros amigos vinieron al barco para desearnos buen viaje. Dije las cosas apropiadas en respuesta a sus felicitaciones, hasta que me dolió la garganta de tanto hablar.

Bill estaba enfermo y no pudo venir al barco, pero nos envió una caja de champán por medio de su propio contrabandista, un italiano muy corpulento que apareció de repente, pronunció un florido discurso para desearnos una larga vida y nos ofreció una crónica detallada de sus dificultades para subir el champán a bordo. Era un champán excelente.

Empezamos a beberlo de inmediato; cuando casi se había acabado, la gente empezó a decir «adiós».

Lucia me dijo en un aparte:

—¿Te gusta tu estola de armiño? Ayudé a Nathaniel a elegirla para ti.

—Es preciosa —contesté—. ¿Por qué quería regalarme una estola de armiño?

—Desde que leyó *El sombrero verde*, Nat cree que las estolas de armiño son prendas románticas. Pat, es una gran persona. —Lucia vaciló y luego añadió—: No es asunto mío, Pat, pero ¿te parece que Asia es un lugar grande o pequeño?

Nos miramos.

—Es un lugar grande, Lucia —contesté—. Pero nunca se sabe...

—Tampoco pasaría nada en ese caso, supongo. —Acarició con un dedo la estola de armiño—. Podría llevar la etiqueta de «Éxito en la versión americana», Patricia.

Nos sonreímos. Y luego ella se marchó. Todos los demás se habían ido ya a excepción de Nathaniel.

—Patricia —me dijo—, voy arriba a enviar a Bill un telegrama o un mensaje por radio, o lo que sea que uno envíe en el último momento, para agradecerle el champán. Luego volveré para llevarte a cubierta, para que veamos pasar Nueva York.

—De acuerdo, cariño. Quiero retocarme un poco el maquillaje, de todos modos.

El camarero estaba recogiendo las botellas de champán y las copas del salón. Fui a nuestro camarote. Había botellas de champán y copas por todas partes. Me pinté los labios, me empolvé la cara y me puse perfume. Me sentía reconfortada por el champán y con ganas de dar la

vuelta al mundo.

Había un espejo de cuerpo entero en la puerta del camarote. Fui hasta él y me quedé allí plantada.

En el espejo había una mujer joven, menuda y delgada. Tenía el pelo negro, liso y brillante, los ojos grises y unos labios curvos y rojos. Alrededor de sus ojos se veían sombras tenues, que al cabo de diez años serían arrugas, pero aún faltaban diez años para eso. Llevaba un vestido de brocado en tono rosa. Un lado de la falda con volantes sobresalía como un abanico entreabierto. Llevaba una estola de armiño, con cierta indolencia, sobre los hombros. Eran unos hombros suaves que muchos hombres habían besado y en los que ahora, probablemente, solo un hombre posaría los labios.

No parecía ni feliz ni desdichada. Se la veía cansada y divertida a la vez.

Me pregunté cómo sería en realidad bajo esa apariencia. Pero a esas alturas era consciente de que ni yo ni nadie llegaría a saberlo nunca con certeza.

Tras hacernos una mutua y solemne inclinación, fui a reunirme con Nathaniel.

Nathaniel y yo permanecíamos en silencio. El barco avanzaba con suavidad río abajo y veíamos alejarse Nueva York. Nathaniel me puso una mano amiga en el hombro.

Dejábamos atrás las luces de los rascacielos de la ciudad, que pasaban deslizándose, y con ellas toda mi vida. Peter, Patrick, Kenneth, Lucia, Noel..., voces y sonidos de personas y cosas que antaño eran mi mundo.

Nathaniel habló.

—¿No te sentirás sola, Patricia?

—No, querido.

Abrió los brazos, tendiéndolos hacia aquel fantástico horizonte.

—Volveremos, Patricia, y construiremos un rascacielos o quizá dos... y luego zarparemos otra vez. Quiero ver todas las ciudades del mundo: Ciudad del Cabo, Budapest, Moscú, Cantón, Calcuta y Yokohama... Me encantan los sonidos de sus nombres.

Su voz se tornó más grave.

—Tengo la intención de ser muy bueno contigo, Patricia.

Me resultó fácil asirme de su brazo, como sin duda me resultaría fácil ser muy buena con Nathaniel, siempre.

—¿Qué estás pensando, Patricia?

—Que pretendo convertirme en una esposa perfecta para ti.

Me sonrió, feliz.

Lo decía en serio.

Sin embargo, siempre tendré la esperanza, durante toda mi

juventud, durante toda mi vida, de volver a encontrar a mi amor en alguna ciudad lejana.

Las luces de Nueva York se difuminaban a nuestras espaldas. Era una ciudad rutilante.

Epílogo a la edición de 1989

Cuando la editora de esta colección, a un continente y medio océano de distancia, se puso en contacto conmigo tras lo que según ella había sido una ardua búsqueda y me propuso reeditar *La divorciada*, me quedé de una pieza. Ni siquiera sabía que fuera el titular de los derechos de autor.

Me acordaba del libro, por supuesto. En mi vida, *La divorciada* ha representado dos imágenes distintas: un mueble y un albatros. Muchísimas familias han heredado alguna pieza incongruente de mobiliario, como un escritorio o un aparador de un estilo sospechoso y pasado de moda tiempo atrás, un Biedermeier o un Luis XVI. No combina con el resto de la casa, pero está muy vinculado con la tía abuela Tillie, que te dejó el objeto en cuestión. De modo que se le hace sitio, aunque sea en el desván o en un rincón del granero, y se aplaza el momento crítico de qué hacer con él, por lo menos hasta que haya nuevos herederos o tengas que vender la casa y mudarte a la ciudad. En mi caso me convencieron, solo tras un largo debate, de que ciertas personas aún tendrían interés en esa pieza concreta de mobiliario Luis XVI.

He mencionado un albatros, un ave de mal agüero según la tradición. *La divorciada* era eso también, en cierto sentido. Su *succès de scandale*, en el invierno del crac de 1929, le reveló a mi madre, por entonces una escritora y periodista de moda, que podía ganar mucho dinero en aquel tiempo todavía casi sin impuestos. A partir de entonces, prácticamente no hubo quien la detuviera. Se convirtió en una de las principales profesionales de lo que hoy en día es un gremio extinguido en términos que no sean los anteriores a la televisión: la narrativa para revistas femeninas, un material de radiofórmula. Otras figuras punteras de este tipo de literatura fueron Faith Baldwin, Margaret Culkin Banning y Viña Delmar, nombres casi todos tan olvidados hoy en día como el de mi madre. Kathleen Norris fue quizá la decana, la madre de la tribu.

Mi madre trabajaba como un galeote: recuerdo bien el caos y la tensión para cumplir aquellos eternos plazos de entrega para

Cosmopolitan o *Women's Home Companion*, ya desaparecidas. Creo que ella y un puñado de sus compañeras ganaban más dinero que cualquier mujer estadounidense en aquella época, excepto por las actrices de cine a las que contrataban con regularidad. De 1930 a 1945, sus mejores años en cuanto a ganancias, calculo —pero solo puede ser una estimación— que mi madre ganó unos setecientos mil dólares, incluyendo algunas ventas de películas. Gastó hasta el último centavo, y más. Mi madre era una derrochadora; le gustaban los hombres y otras posesiones. Se casó cuatro veces, y dos de sus maridos le costaron dinero.

Casas, coches, criados, viajes y los mejores productos de Bergdorf Goodman y Bonwit (que realzaban de maravilla su estampa de irlandesa menuda, vivaz y morena) absorbieron todo el dinero. No se trataba del lento deshielo de una herencia, ni de una fortuna repentina; ella gastaba según ganaba, o por anticipado. (Mi madre constituía una curiosa aplicación del método del «prepago», que se supone que es una política fiscal sensata; en cierto sentido, ella, en efecto, pagó de antemano por muchas cosas en su vida.) Cuando se quedaba sin blanca, lo que recuerdo como un suceso casi anual, se ponía a trabajar de nuevo y, en un ambiente de café bien cargado, colillas de cigarrillos, el repiqueteo de las teclas sobre una mesa de juego y noches sin dormir, forjaba los sueños que vendía a *Cosmo* o *Redbook* para deleite de las amas de casa de los años treinta.

En todo momento fue muy generosa, siempre tenía algo que dar. Mi principal parte del botín fue una educación de primera calidad; mi madre intentó prepararme para el *establishment* (un término posterior, que no se utilizaría mucho en Estados Unidos hasta los años cincuenta). Podría haber funcionado de no ser por dos cosas: mi falta de aptitudes y la falta de interés de dicho *establishment*. Aun así, varios hombres muy buenos me enseñaron primero a leer y luego a pensar en la historia de una forma algo rudimentaria. Mi madre creía firmemente (un convencimiento muy extendido entre los irlandeses de Boston y luego entre los judíos) en las virtudes talismánicas y mágicas de la Universidad de Harvard. Fui testigo de ello en una época, los años cuarenta, en la que diría que dicha entidad gozaba de una variedad social mucho mayor que la de ahora; resulta curioso, en términos del frenético esfuerzo por democratizar el lugar, pero creo que es así. Mi madre había sido una chica de Radcliffe en los tiempos de la Primera Guerra Mundial, y me he preguntado a veces si sus rasgos jactanciosos, algunos encantadores, otros muy peligrosos, derivaban de los desaires encajados en Cambridge en su calidad de ambiciosa chica irlandesa de Dorchester de clase media con ínfulas. Pero eso son solo especulaciones.

Lo que sé con certeza es que siempre fue propensa a meterse en

líos y a dejarse embaucar. En los años treinta tuvo la fuerza, la astucia y la suerte de evitar lo peor; aun así, le fue de un pelo. Cuando yo tenía doce años, ya sabía que la habían chantajeado al menos dos veces. Una de ellas no tuvo importancia, pues se trató de una criada, fácil de asustar, en aquellos días, por un abogado o un fiscal cercano y amistoso. Mi madre despidió a la chica, quizá con una pequeña suma para facilitarle la salida. En la otra ocasión, fue víctima de una estafa bastante elaborada, en la que la otra parte la formaban un escritorzuelo y su supuestamente complaciente esposa. Y eso tuvo su coste. Años más tarde leí la necrológica de su examante en el *Times*. Su posición social había ido en ascenso y una de las dos o tres editoriales más prestigiosas de Estados Unidos había publicado sus libros; se mencionaban varios títulos.

En los años cuarenta y principios de los cincuenta, mi madre fue perdiendo poco a poco el control de su vida, y los diversos Waterloos personales que padeció aún deben constar en amarillentas columnas de cotilleos y noticias de prensa y en los registros judiciales de varios estados. Mi madre murió en una sala de beneficencia de un hospital de Nueva York, de un cáncer por fortuna rápido, en 1957, a los cincuenta y ocho años. (Mintió un poco para las notas del anuario biográfico *Who's Who*, pero nunca supe cuánto hasta que vi la inscripción que su hermana hizo poner en su tumba: se quitó tres años y le sacó el mejor provecho.) Ingresó en el hospital, y tal vez murió con un nombre falso; para empezar, seguía vigente una orden de detención contra ella en el estado de Nueva York. Esta táctica tenía sus ventajas: consiguió darle esquinazo a la prensa, a la que temía, pero cuyas atenciones no podía dejar de atraer; no tuvo que enfrentarse a una manada de lobos en su lecho de muerte.

Nickolas Muray, que aparece caricaturizado, más que retratado, en este libro, hizo las mejores fotos de mi madre. Pero en el único libro que he visto con imágenes de la obra de Muray, ella no figura. De modo que, en lugar de a un retrato suyo, he recurrido para recuperar su estilo a una portada de *Vogue* que se ha vendido mucho en los últimos años como tarjeta de felicitación. Se trata del número de «Compras de primavera» de 1927. No consigo distinguir la firma del artista; no es Covarrubias, como creí en su día.

La modelo lleva una especie de abrigo de noche con cuello alto de armiño y un collar de perlas a modo de gargantilla un poco apretada. Luce uno de esos clásicos sombreros *cloché* con una larga lanza o flecha de brillantes sujeta en vertical en la parte frontal y el ala ligeramente curva en un lado. Es rubia, pero creo recordar ese cabello corto, el labio superior en forma de arco de Cupido y la mirada muy fija y serena de esos grandes ojos. Palas Atenea en el papel de *flapper*, de chica moderna de la época de Fitzgerald. Detrás de la modelo hay una vista

nocturna de Nueva York, un pastiche del artista, al parecer, de Broadway y Park Avenue, con rascacielos y luces blancas; se supone que debemos reconocer el antiguo edificio Woolworth. Me gusta esa imagen. Me parece que la chica y su entorno son en gran medida como debían de ser; soy capaz de recordar a mi madre de esa manera, pese a que entonces solo era un niño de cuatro años y tengo recuerdos muy tenues de 1927.

En algún lugar de la obra de Santayana hay una especie de epitafio a mi madre. Según el filósofo, algunos de nosotros nos metemos en líos tremendos porque nos atrae vivir con dramatismo en un mundo que no es dramático en absoluto. Mi madre vivió durante un tiempo como el rey del poema de Yeats que llenó el día de su boda de desfiles y conciertos y salvas de cañón: «hasta que llegue la noche». Y a ella le llegó, al estilo calamitoso; pero es muy posible que le pareciera que el día en sí había merecido la pena.

La Nueva York que se describe aquí —y que yo diría que fue así durante veinte años más— era mucho más pequeña, tranquila, segura y barata que la ciudad desde los años cincuenta hasta la actualidad. También era más limpia. Mi madre la tilda de «rutilante», y en cierta ocasión me dejó perplejo un pasaje de un ensayo de Scott Fitzgerald porque, para él, la ciudad ofrecía una imagen de un blanco radiante. Si los rascacielos de la primera generación se edificaron con una piedra más clara, es evidente que los constructores no habían previsto el enorme aumento del parque automovilístico, ni que la población de la ciudad casi se duplicaría entre 1920 y 1960.

La gente bebe mucho en *La divorciada*. Tengo sesenta y cuatro años, y no creo que nadie menor de sesenta pueda recordar cómo era una sociedad bebedora, una sociedad entera que empinara el codo a esa escala. Hablo del mundo que yo conocí, de clase media y media-alta, de profesionales y algunos artistas, o vinculados a las artes, en la zona noreste. Una de mis primeras impresiones cuando dejé la casa de mi abuelo en Boston tras su muerte y me reuní con mi madre en Nueva York fue que un tercio de los adultos estaban bastante borrachos (uno llegaba a dominar los grados) para cuando llegaba la hora de cenar, sobre todo los fines de semana. El alcohol era omnipresente. Distribuyendo entremeses a mis quince años, conocí a un ganador del Nobel y a un hombre que más tarde sería candidato a la presidencia; ambos estaban borrachos como cubas en aquel momento.

John O'Hara dijo en cierta ocasión que, en sus tiempos, dos cosas habían tendido a convertir a los estadounidenses en sinvergüenzas: la Ley Seca y el impuesto sobre la renta. Creo que el novelista le asestaba con eso una buena puñalada al carácter nacional.

La confesión como género literario, y este libro se sitúa ahí en gran medida, es extraordinariamente difícil de lograr, y de los buenos libros de ese tenor, un gran porcentaje son religiosos, desde san Agustín al cardenal Newman. Me gustaría tomar prestada del ámbito secular —y de un gran libro— una bendición para la novelita de mi madre, reeditada tantos años después de su muerte. Al principio de sus *Confesiones*, Jean-Jacques Rousseau parece preocupado por la reacción del público. Dice lo siguiente:

> Que la innumerable multitud de mis semejantes se reúna en torno a mí para que escuchen mis confesiones, lamenten mis flaquezas y se sonrojen ante mis miserias. Que cada cual desnude entonces su corazón a los pies de tu trono con la misma sinceridad, y que aquel que se atreva declare: «Yo fui mejor que ese hombre».

Si no fuera demasiado tarde para un epígrafe de esta novela, me decidiría por ese.

Marc Parrott
Honolulu, abril de 1988

Ursula Parrott

(1899-1957). Ursula Parrott es el seudónimo de Katherine Ursula Towle. Nacida en Boston, estudió en Radcliffe College antes de mudarse a Nueva York y convertirse en reportera. En 1926 se divorció de su marido, el influyente periodista Lindesay Marc Parrott, que maniobró para que las principales cabeceras vetaran a su exmujer. En esta ruptura se basó Parrott para escribir su primera novela, *La divorciada*, que la convirtió en una de las escritoras más célebres de la época. Sus *best sellers* dieron lugar a varias adaptaciones cinematográficas, protagonizadas por estrellas como Cary Grant y Humphrey Bogart. Tras una ristra de escándalos personales y judiciales, la estrella de Parrott se fue apagando en los años cuarenta y cincuenta. Olvidada de todos, murió de cáncer en un hospicio de Nueva York.

Nueva York, 1924. Peter y Patricia son el perfecto ejemplo del matrimonio moderno. Ambos fuman, beben y trabajan. En cuanto al sexo con terceros, creen firmemente en la «política de la honestidad»... hasta que él deja de creer. De pronto, Patricia se ve obligada a labrarse una nueva vida como soltera. Un tipo de soltera muy particular: la divorciada. Redactora de anuncios de moda en unos grandes almacenes, Patricia tratará de conciliar las dos facetas de una mujer liberada: trabajadora diligente de día, joven hedonista y sofisticada de noche. Pero la frivolidad de la vida mundana, la nostalgia por un ideal irrecuperable del amor eterno y los romances fallidos con hombres poco disponibles le hacen sospechar que «la libertad para las mujeres resultó ser el mayor regalo que Dios les hizo a los hombres».

Escrita poco después del amargo divorcio de su autora, esta novela fue un auténtico *succès de scandale* y vendió más de cien mil ejemplares cuando se publicó anónimamente en 1929. Lejos de ser un canto desenfadado a la emancipación femenina, es un retrato irónico y feroz de los desafíos que conllevaba ser una mujer libre en una época en que, pese a los vientos de cambio, los hombres seguían teniendo mando en plaza.

«Léelo si te gustan la malicia, ir de compras, desayunar a la hora de la cena, capear las adversidades con dignidad y las *Crónicas de los Cazalet* de Elizabeth Jane Howard.»

New York Times

Otros títulos publicados en Gatopardo

1. Alejandro Magno
Pietro Citati

2. En peligro
Richard Hughes

3. La primavera de los bárbaros
Jonas Lüscher

4. El temperamento español
V. S. Pritchett

5. Mi Londres
Simonetta Agnello Hornby

6. Una vista del puerto
Elizabeth Taylor

6. Una vista del puerto
Elizabeth Taylor

7. Tumbas etruscas
D. H. Lawrence

8. Mis amores y otros animales
Paolo Maurensig

9. Los mejores relatos de
Frank Norris

10. La gente del Abismo
Jack London

11. Mujeres excelentes
Barbara Pym

12. La vida breve de Katherine Mansfield
Pietro Citati

13. Paseano con hombres
Ann Beattie

14. El legado
Sybille Bedford

15. Alejandría
E. M. Forster

16. Unas gotas de aceite
Simonetta Agnello Hornby

17. Dame tu corazón
Joyce Carol Oates

18. Teoría de las sombras
Paolo Maurensig

19. Amor libre
Ali Smith

20. El turista desnudo
Lawrence Osborne

21. El cielo robado
Andrea Camilleri

22. Amor no correspondido
Barbara Pym

23. Sexo y muerte
VV. AA.

24. La muerte de la mariposa
Pietro Citati

25. Vida de Samuel Johnson
Giorgio Manganelli

26. Viginia Woolf. Vida de una escritora
Lyndall Gordon

27. La mecanógrafa de Henry James
Michiel Heyns

28. Invierno

Christopher Nicholson

29. Desmembrado
Joyce Carol Oates

30. Río revuelto
Joan Didion

31. Quédate conmigo
Ayòbámi Adébáyò

32. Bangkok
Lawrence Osborne

33. La moneda de Akragas
Andrea Camilleri

34. Un alma cándida
Elizabeth Taylor

36. Palermo es mi ciudad
Simonetta Agnello Hornby

37. Lo que Maisie sabía
Henry James

38. El cuidador de elefantes
Christopher Nicholson

39. El río del tiempo
Jon Swain

40. A la mesa con los reyes
Francesca Sgorbati Bosi

41. Nada que ver conmigo
Janice Galloway

42. María Estuardo
Alexander Dumas

43. Conversaciones con Ian McEwan
Edición de Ryan Roberts

44. Los perezosos
Charles Dickens y Wilkie Collins

45. La vanidad de la caballería
Stefano Malatesta

46. Un asunto del diablo
Paolo Maurensig

47. Fresas silvestres
Angela Thirkell

48. Cazadores en la noche
Lawrence Osborne

49. Extranjeros, bienvenidos
Barbara Pym

50. La escritora vive aquí
Sandra Petrignani

51. Nadie puede volar
Simonetta Agnello Hornby

52. La casa intacta
Willem Frederik Hermans

53. Morir
Cory Taylor

54. Un montón de migajas
Elena Gorokhova

55. En un lugar solitario
Dorothy B. Hughes

56. Cásate conmigo
John Updike

57. Persecución
Joyce Carol Oates

58. Tú también puedes tener un cuerpo como el mío

Alexandra Kleeman

59. Los perdonados
Lawrence Osborne

60. El saltador del muro
Peter Schneider

61. El mal camino
Sébastien Japrisot

62. Los que cambiaron y los que murieron
Barbara Comyns

59. Los perdonados
Lawrence Osborne

60. El saltador del muro
Peter Schneider

61. El mal camino
Sébastien Japrisot

62. Los que cambiaron y los que murieron
Barbara Comyns

63. El corazón verdadero
Sylvia Townsend Warner

64. Hielo
Marco Tedesco y Alberto Flores d'Arcais

65. Beber o no beber
Lawrence Osborne

66. Estado del malestar
Nina Lykke

67. Temas de conversación
Miranda Popkey

68. Bienvenidos a América
Linda Boström Knausgår

69. Cuánto oro esconden estas colinas
C Pam Zhang

70. Perversas criaturas
Lawrence Osborne

71. Kalmann
Joachim B. Schmidt

72. Cuarteto de otoño
Barbara Pym

73. Caer es como volar
Manon Uphoff

74. Mía es la venganza
Marie Ndiaye

75. Los inquietos
Linn Ullmann

76. No y mil veces no
Nina Lykke

77. Niña de octubre
Linda Boström Knausgår

78. Trío
Johanna Hedman

79. La aldea perdida
Max Gross

80. Saturno
Sarah Chiche

81. Cantos de sirena
Charmian Clift

82. Jane y Prudence
Barbara Pym

83. Hombres en prisión

Victor Serge

84. La Chef
Marie NDiaye

85. Maldita suerte
Lawrence Osborne

86. Bienvenidos a High Rising
Angela Thirkell

87. Los detalles
Angela Thirkell

88. Chica, 1983
Linn Ullmann

89. Ayer
Juan Emar

90. El pacto
Thorkild Bjørnvig

91. Mis estúpidas ideas
Bernardo Zannoni

92. Los buscadores de loto
Charmian Clift

93. Una estela salvaje
Kathryn Schulz

94. Hotel Splendide
Ludwig Bemelmans

95. Te quiere, Boy
Roald Dahl

96. Pasiones públicas, emociones privadas
Charles Dickens

97. Ven a este tribunal y llora
Linda Kinstler